

**LA**  
**ESTRELLA DE CHILE**

---

A PIO IX,  
PONTIFICE INFALIBLE

Y

REI DE ROMA.

Ego autem rogavi pro te ut non deficiat fides tua: et tu aliquando conversus confirma fratres tuos.—S. Lucas, c. 22, v. 32.

Ego autem constitutus sum Rex ab Eo super Sion, montem sanctum ejus, prædicans præceptum ejus.—Psalm. II, v. 6.

---

SANTIAGO DE CHILE.

OFICINA CENTRAL:

Calle de Ahumada, núm. 33, altas.

1873.

## CONTENIDO DE ESTE NUMERO.

Pájs.		
641	Corona Literaria en honor de N. S. P. Pio IX.....	LA REDACCION.
642	El conde Mastai i Pio VII, poesia.....	DAVID BARI.
645	Viaje a Chile del canónigo Juan Maria Mastai Ferretti.....	ALBERTO UGARTE.
647	El Hospicio de San Miguel.....	ALBERTO IZQUIERDO REYES.
648	El poder temporal de los Papas.....	JOSÉ BERNARDO LIRA.
650	El Arzobispo de Espoleto i el Obispo de Imola.....	ALEJANDRO LARRAIN.
653	Eleccion de Pio IX.....	EDUARDO OSSA.
655	El cardenal Mastai toma el nombre de Pio IX, poesia.....	QUITERIA VARAS MARIN.
655	El pastor vuelto a su grei, poesia.....	HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.
656	Pio IX i Bismark.....	CÁRLOS AGUIRRE VARGAS.
658	Pio IX, poesia.....	ENRIQUE DEL SOLAR.
659	EL PONTÍFICE INFALIBLE.....	MANUEL DIAZ.
667	LA INFALIBILIDAD, poesia.....	RAIMUNDO LARRAIN COVARRÓBIAS.
669	Rasgos característicos.....	CÁRLOS A. BERRO.
672	El dogma de la Concepcion Inmaculada, poesia.....	JUSTO MOLINA.
673	El prisionero del Vaticano, poesia.....	AMELIA SOLAR DE CLARO.
674	Amor i admiracion del mundo hácia Pio IX.....	CÁRLOS V. RISOPATRON.
678	Pio IX i la Polonia, poesia.....	RAMON ANJEL JARA.
680	El Misionero del mundo.....	VENTURA BLANCO.
681	Sufre, ora i espera, poesia.....	LUIS R. PINEYRO.
683	A Pio IX, Príncipe de paz.....	ESTEBAN MUÑOZ DONOSO.
684	Pio IX convoca el Concilio del Vaticano.....	VICENTE AGUIRRE VARGAS.
688	El 20 de setiembre, poesia.....	FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.
689	Pio IX ve i supera los dias de San Pedro, poesia.....	MERCEDES I. ROJAS.
690	El Centenario de San Pedro.....	CÁRLOS ALDUNATE.
691	Castelfidardo, poesia.....	ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.
693	El Peregrino Apostólico.....	MARIANO EGAÑA.
696	Pio IX abandonado de los gobiernos, poesia.....	RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.
697	El <i>Syllabus</i> .....	RAFAEL B. GUMUCIO.
717	La Inmaculada Concepcion i Pio IX, poesia.....	MIGUEL ANJEL PRIETO.
719	Pio IX i Chile, poesia.....	FRANCISCO JAVIER VIAL.
719	Roma i sus invasores.....	JOSÉ VÍCTOR GANDARILLAS.
728	Adhesion.....	ARDON CIFUENTE.
730	Canonizaciones hechas por Pio IX.....	ENRIQUE CUETO GUZMAN.
734	Carta del.....	LMO. I RMO. SEÑOR ARZOBISPO DE SANTIAGO.

# LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, julio 18 de 1873.

## CORONA LITERARIA

EN HONOR DE N. S. P. PIO IX.

Si los que nos agrupamos en derredor de *La Estrella de Chile* no viéramos en Pio IX al Vicario i Representante del Dios Hombre, al Padre de nuestra fé i de nuestras almas, a nuestro maestro i nuestro guia, nos bastaria ver en Pio IX al débil despojado, al anciano cobardemente vejado, al hombre de derecho i de justicia atropellado por los hombres de ambición, de perfidia i de violencia; nos bastaria ver a Pio IX anciano, indefenso i prisionero en el Vaticano, para interesarnos como nos hemos interesado siempre por todo lo que a él atañe, para consagrarle nuestras mas vivas simpatías. El hijo bien nacido no puede ser indiferente a la suerte de su padre. El amor filial hace regocijarse de los triunfos i las glorias del padre i entristecerse por sus tribulaciones i angustias. El hombre de fé no puede mirar con indolencia las rudas persecuciones de que es víctima el maestro de sus creencias i el representante de su Dios. El corazon de la juventud se siente naturalmente inclinado a rendir homenaje a la noble entereza, a la firmeza incontestable en el deber i en la defensa del derecho; el corazon juvenil consagra siempre sus simpatías al débil oprimido, a la víctima inicuamente desposeída i vejada. Por eso, las glorias de Pio IX han sido glorias nuestras, i sus sufrimientos sufrimientos nuestros.

Tal dia como hoy, el agosto Congreso del episcopado católico reunido en el Vaticano, proclamaba solemnemente en

nombre del Espíritu Santo i ante la faz de la Iglesia i del Orbe el grandioso dogma de la Infalibilidad Pontificia, verdad salvadora i consoladora profesada por la Iglesia cristiana desde el primer dia de su existencia.

El dia de hoy es un glorioso aniversario para la verdad: el error recibió en él un golpe de muerte. El faro majestuosamente levantado sobre las siete colinas es norte i consuelo para los que navegan el oscuro i tormentoso mar de la vida i quieren llegar al puerto de la verdad.

Hoy es un glorioso aniversario para la Iglesia porque lo es para la verdad.

Hoy es un glorioso aniversario para Pio IX, porque lo es para la Iglesia i porque la predileccion de Dios, que con tantas i tan grandes glorias ha querido señalar el pontificado de Pio IX, habia destinado su venerable cabeza para ser la primera dogmáticamente ceñida con la espléndida corona de la Infalibilidad.

Hoy es, por último, un glorioso aniversario para todos los hijos de Pio IX, a quienes alcanzan tambien las glorias acumuladas por Dios sobre la cabeza de su Padre.

Por eso hemos escogido el dia de hoy para enviar a Pio IX, desde esta apartada rejion de la tierra, en un tiempo honrada con su presencia i siempre con su predileccion, un testimonio de sumisa adhesión i de amor filial. Hemos querido manifestarle que le amamos mientras se le odia, que le rendimos nuestra obediencia mientras se le veja, que sufrimos con él i le admiramos mientras se le persigue, que suspiramos i oramos con



él por el triunfo de la Iglesia, por que él lo vea, pues es justo que el Calvario se trueque ya en Tabor, i ciña la corona del vencedor, la cabeza que tanto ha lleva la de espinas. Hemos querido mirar nuestras voces a las del orbe católico entero para hacer llegar a los oídos de Pio IX palabras de fé, de amor i sumision cuando tantas llegan a ellos de negacion, de blasfemia, de odio i de cobardes insultos.

Reciba el gran Pontífice la humilde corona que deponemos hoi a sus piés. Las flores de que está hecha no son hermosas ni fragantes, las manos que la han tejido no son hábiles; pero es sincero i grande el amor filial que nos ha movido a cojer las flores i entrelazarlas. Tosco cuadro de sus triunfos i de sus dolores, homenaje de amor i afirmacion de nuestra fé: eso es solo la *Corona Literaria* que ofrecemos hoi a Pio IX. Los que la han tejido no pretenden ni ambicionan sino que aquel a quien va consagrada la acepte con benevolencia de Padre i los bendiga. La satisfaccion de haber enviado esa corona i de haber recibido en retorno esa bendicion serán cumplida recompensa i bastante gloria.

## EL CONDE MASTAI I PIO VII.

### I.

Como negra nubecilla  
Que remota se levanta  
Allá en los mares tranquilos  
Que intrépido cruza el naut.,

I, poco a poco cundiendo,  
Cubre la atmósfera clara  
I empieza imponente lucha  
Con las ondas ajitadas;

Bonaparte así surjió  
Desde el seno de las aguas  
I en vértigos ambiciosos  
Tendió su vuelo a la Francia;

Mas siendo para él estrecho  
El círculo en que jiraba,  
Sobre todo el continente  
Fiero estendió la mirada.

I a su voluntad se vió  
La Europa entera ajitada;  
Los cetos se conmovian,  
I las testas coronadas

De los ennumbrados tronos  
Hacia el olvido rodaban;  
A los pueblos, aquel hombre  
Colocó bajo las plantas

De reyes advenedizos,  
De pretendidos monarcas  
Que su jénio caprichoso  
De la oscuridad sacaba.

En su delirio el gigante  
Profanó la ciudad santa.  
Que al piloto de la Iglesia  
Dios señaló por morada.

I al ilustre Pio Séptimo  
Proscrito arrastró a la Francia,  
Donde, sacrilego e infame,  
Retuvo en prision amarga!.....

¡Pero al unjido del Cristo  
No en vano se toca! airada  
La divina Providencia  
Venció tan torpe arrogancia.

I de aquel temido coloso,  
Vencedor en cien batallas,  
Que hasta los hielos del norte  
Pascó altanero sus águilas,

Presto el poder grandioso,  
Como terrible avalancha,  
Rodó en tierra; i su vergüenza  
Fué a ocultar a isla lejana!.....

En tanto, el anciano principe,  
Padre de la Iglesia santa  
Volvió las puertas de Roma  
A traspasar con sus plantas.

I aquel pueblo alborozado  
Al pastor que así tornaba  
Desde el redil solitario  
Salió a recibir con palmas!.....

### II.

Por aquella época a Roma  
Un jóven de triste aspecto  
Llegó; su sangre era noble,  
Su carácter dulce i bello.

So la sombra protectora  
Del ilustre Pio Séptimo,  
Dendo cercano, a quien siempre  
Guardó un entrañable afecto,



Vino, como pretendiente  
De una plaza en el ejército,  
Que era la única ambición  
Que abrigaba dentro el pecho.

Hasta entonces de Volterra,  
En ignorado silencio,  
Cursado había en las aulas  
Con afán i rudo empeño.

Su última resolución  
Le mostraba un campo abierto,  
Para ceñir a su frente  
Laurel imperecedero.

Sin embargo, la memoria  
De mui lejano suceso,  
Llegó a estremecer su espíritu,  
Como el retumbo del trueno;

Inminente nubarrón,  
Que en horizonte sereno  
Iba a esparcir las tinieblas  
I el pánico mas siniestro!.....

Un grave mal a aquel joven  
Desde sus años primeros  
Aquejaba; i muchas veces,  
Con sus terribles efectos

Puso tan preciosa vida  
En fatal e inmenso riesgo;  
Mas Dios velaba por él  
Desde lo alto de los cielos!.....

El tenía ya contados,  
Desle el trono angusto, excelso,  
Esos dias que venturas  
Traerian al mundo entero!.....

Con todo, al potente influjo  
Del anciano Pio Séptimo,  
El príncipe Barberini  
La súplica escuchó atento

I entre los guardias del Papa,  
Todos nobles caballeros,  
El conde Mastai Ferretti  
Tuvo promesa de acceso.

En tanto que se cumplían  
Sus jenerosos deseos,  
De la ciudad de los Césares  
Hacia estudios amenos;

El Foro i las Catacumbas,  
El Panteon i el Coliseo  
A la luz crepuscular  
Recorría en el silencio.

¡Qué de emociones sublimes  
No alimentaba su pecho!.....  
¡Cuánta mágica ilusión  
No arrullaba sus recuerdos!.....

De allí, en alas de su fé,  
Lleno de ardoroso afecto  
Corría a Tata Giovanni (1)  
Tras de los miseros huérfanos.

¡Oh! i allí, qué de placeres  
A aquel corazón tan tierno  
No ajitaron!... Cuántas penas  
No endulzó su grato acento!.....

### III.

Era una noche; i la hora  
En que costumbre tenía  
De hacer el conde Mastai  
Al hospicio su visita.

Pasó; pero de los niños  
No fué desapercibida,  
E inquietos se preguntaban  
Lo que esa ausencia sería.

No trascurrió mucho tiempo  
Sin tener ya conocida  
La causa de tal demora  
Que por extraña tenían!.....

Algunos palafreneros,  
Ante la atónita vista  
De los huérfanos, entraron  
Al conde casi sin vida!.....

Exánime fué encontrado  
En una calle vecina,  
Preso del horrible mal  
Que largos años sentía!

Es difícil describir  
De aquellas almas sencillas  
El dolor i el triste llanto  
Que en su pesar verterían.

El eco repetidor  
Arrebató la noticia  
I cundió por Roma entera,  
Como una eléctrica chispa.

I el príncipe Barberini,  
La promesa concedida  
Le retiró, de una plaza  
En la Guardia Pontificia.

¡Adios ilusiones bellas!.....  
¡Adios ideas tranquilas!  
Para no tornar volaron  
Al soplo de la desdicha!.....

Los proyectos que Mastai  
Abrigaba con fé viva,  
Presto se desmoronaron  
En fúnebre i densa ruina!.....

(1) Hospicio para niños pobres, fundado por Giovanni Borgi.

¡El bondadoso Pontífice,  
Para endulzar el acibar,  
El mismo al conde anunció  
Aquella triste medida!.....

¡Cuánto aqnel ilustre anciano,  
Previendo futuras dichas,  
No lo animó a que siguiera  
Otra senda mas tranquila!.....

Si de su soberbio alcázar,  
Lo rechazó la milicia,  
Aun puede sus puertas de oro  
Abrirle la Iglesia pia.

¡Así fué, a ella ocurrió  
I vió su existencia asida  
A tabla que surjirá  
Siempre en borrascas bravías!.....

Esta delicada ofrenda  
De virtud pura, suavísima,  
Se elevó hasta el casto seno  
De la Virgen sin mancilla.

I ella con tierna mirada  
Desde la rejion empirea  
Derramó sobre él el bálsamo  
De su bendicion divina.

El conde Mastai Ferretti  
Desde aquel tan fausto dia,  
En que, resuelto i gozoso,  
Entró en la sacra milicia,

Desapareció de Roma  
I nadie tuvo noticia  
Del lugar donde escondido  
Preparaba su alma digna!.....

#### IV.

El espíritu infernal  
En vano fué que soberbio  
Todo el poder desplegara  
Desde el fondo del averno.

Vana fué la ruda alianza  
Que entre él i el mortal hicieron  
Para destruir en su cuna  
Tan sublime pensamiento.

¡Solo un anciano inspirado,  
El ilustre Pio Sétimo  
Prestó a tan feliz idea  
Todo su enérgico empeño!

El noble conde Mastai  
Dedicó al estudio sério  
De la docta teología  
Todo su afán i su tiempo.

De sus amigos de escuela  
I de sus sabios maestros  
Fué el iman arrobador,  
El lucidísimo espejo!.....

¡Un no sé qué de grandioso  
Desde el fondo de su pecho  
I radiaba encantador  
Vivos i claros destellos!

Al fin las tenaces luchas  
I los rudos contratiempos,  
Se evaporaron fugaces,  
Leves se desvanecieron,

Como del astro del día,  
Con el contacto benéfico  
En amenazantes grupos  
Huyen las nubes del cielo;

Como la risueña aurora,  
Con su sonrosado aspecto,  
Rompe de la noche oscura  
El fúnebre i denso velo!.....

¡Llegó el instante solemne  
En que ante un altar modesto  
Consumó el conde Mastai  
El mas sublime misterio!.....

Los ángeles reverentes  
En ese instante, su vuelo  
Detienen, ante la sangre  
Del sacrosanto Cordero.

I temblorosos bendicen  
Aquel sacrificio incruento  
Que por amor de los hombres  
Dios jeneroso se ha impuesto!.....

Aureola de blanca luz,  
Deslumbradores destellos  
Las sienes del nuevo unjido  
Cercan, con sus lampos trémulos.

El perfume de la mirra  
I el aromático incienso  
Se elevan con las plegarias  
Hasta el trono del Eterno.

¡I Dios ese instante mismo,  
Para bien del Universo  
Ensalzar esa alma pura  
Decretó desde su asiento!.....

Muchos años no pasaron  
I en la silla de San Pedro  
A Mastai, por Pio Nono  
Lo proclamó el mundo entero.

I a tan aplausible nueva,  
Que en sus alas llevó el eco,  
Se alegraron las naciones  
I los impíos rujieron.

¡Bendita mil veces sea  
 Por los siglos sempiternos  
 La voluntad soberana  
 Del Señor del Universo!.....

Julio 5 de 1873.

DAVID BARI.

## VIAJE A CHILE

DEL CAÑÓNIGO JUAN MARIA MASTAI FERRETTI.

En mayo de 1792, nació en Sinigaglia, ciudad italiana sobre el litoral adriático, Juan María Mastai Ferretti, hijo del conde Jerónimo Mastai Ferretti. Los secretos destinos de la Providencia habían predestinado a este niño para ser más tarde el Vicario de Cristo en la tierra; mas, antes de llegar a tan alto puesto, era necesario que el corazón del joven Mastai se reemplazara en toda suerte de sufrimientos para que así supiera más tarde desafiar con serena frente las cien i cien tormentas que sobre él debían estallar. Después de pasar sus primeros años en un hospicio al cuidado de pequeñitos desvalidos cumpliendo con aquellas sublimes palabras de su Maestro: *Sinete parvulus venire ad me*; debía cruzar la inmensidad de los mares, desafiar en una débil tabla las colosales fuerzas de la naturaleza, i aprender en medio de la lobretez de la noche toda la grandeza de Dios.

Estas tempestades del Mediterráneo i del Océano eran una pálida imájen que le presentaba el destino de los combates que más tarde había de sostener la Barca Santa, de la que él sería valeroso capitán, con las tumultuosas pasiones humanas, harto mas temibles que la furia de todos los elementos de la naturaleza.

Corría el mes de agosto de 1822 i ocupaba el solio pontificio Pio VII, cuando llegó a Roma el arcediano don José Ignacio Cienfuegos, representante de la nación chilena, a pedir para su patria una misión apostólica. Don Juan Muzzi, después obispo de Città de Castello, fué el nombrado como misionero apostólico, yendo con él en calidad de compañero el cañónigo Mastai, i el señor Sallusti como secretario.

El 5 de octubre de 1823 partía de Jénova el misionero apostólico i su comitiva en el bergantín francés *Eloisa*. Apenas habían salido del temido golfo de Leon cuando una furiosa tempestad asalta el pequeño buque; por tres o cuatro veces nuestros viajeros creyeron quedar sepultados en los tenebrosos abismos del mar; mas, Dios, que reservaba al conde de Ferretti para altos destinos, hizo lucir otras tantas ve-

ces la esperanza en sus desalentados corazones, dando, como a sus apóstoles en el mar de Tiberiades, una hermosa lección de confianza en su poder.—Esta desgracia era tan solo el primer sorbo de la amarga copa de sufrimientos que el cañónigo Mastai debía apurar en este largo viaje. Al siguiente día, calmado un tanto el mar, pudo anclar el bergantín en frente de Parma, capital de la isla de Mallorca. Aquí les esperaban nuevos contratiempos. Los mallorquinos los tuvieron por sospechosos de peste i solo después de un largo encierro en la triste cárcel del lazareto pudieron hacerse nuevamente a la vela.

Sería demasiado largo referir una a una las mil i mil contrariedades que nuestros viajeros sufrieron hasta su llegada a Chile. Baste solo saber que hasta la sed i el hambre formaron parte de esta larga cadena de sufrimientos.

En la tarde del 5 de diciembre avistaron los desnudos peñascos de Santa Elena. Las cenizas del gran capitán del siglo, de Napoleon I, aun no se habían entibiado. A su vista Mastai trajo a su imaginación a aquel hombre extraordinario, recordó sus victorias una a una, midió su poder mas colosal que el del mismo Océano i una lágrima se escapó de sus ojos al ver tanta grandeza sepultada en tan triste tumba. Allí comprendió que el hombre es vana sombra que pasa sin dejar señal alguna en su camino i que una sola cosa es eterna: la palabra de Dios; allí sintió en su tierno corazón que mas bien se puede rejir a los pueblos con la dulzura i la clemencia que con la brillante espada que gotea sangre humana. ¡Tierna i sublime lección que la Providencia daba al que mas tarde había de gobernar todo el orbe de la tierra!

Por fin, el 3 de enero, siete cañonazos avisan a la ciudad de Buenos-Aires la llegada del bergantín *Eloisa*. Todas las autoridades eclesiásticas, civiles i militares, acompañadas del pueblo, salieron a recibir al enviado de Roma. El Vicario Apostólico había suplicado repetidas veces, que se le dispensase de aceptar aquella pompa, i con este fin desembarcó a las 7 de la noche; mas esta precaución fué inútil. Cuando llegaron a tierra, fueron recibidos con los gritos de: «Bendito el que viene en nombre del Señor.» La ciudad estaba iluminada i una larga fila de niños i niñas con faroles de cristal en las manos les formaba calle hasta la fonda de los Tres Reyes, en donde un sumnoso banquete esperaba a los bienvenidos viajeros: aquí alegres brindis al Vicario, a Chile, a la América, se hicieron oír durante esa feliz noche que debía compensar a los viajeros sus largos padecimientos.

El 16 de enero partieron de Buenos-Aires en medio de las bendiciones de la multitud. El camino de esta ciudad a Mendoza fué un continuo sufrimiento.

Entre los desagradados i placeres que se alteraban en aquel viaje debe contarse la vista de



la grandiosa cordillera de los Andes. Sus cimas cubiertas de eternas nieves i doradas por los primeros rayos del sol iban a perderse, formando fantásticos mirajes, en la inmensidad de los cielos. El jóven Mastai se detuvo absorto ante tan sublime cuadro. Ni el majestuoso Océano en medio de su furiosa rabia, ni los magníficos rios de América, ni los numerosos bosques i llanuras cubiertas de vejetacion, ni los esplendentes horizontes de las rejiones australes habian admirado i sorprendido tanto al canónigo Mastai.

Los grandes espectáculos de la naturaleza ejercen una poderosa influencia en el hombre; en ellos hai algo que, dilatando el alma hace que nuestras ideas i sentimientos salgan de la mezquina esfera de lo terreno i elevándose a rejiones mas puras, tomen todo su primitivo grandor.

Esa es la causa porque agrada tanto ver al jóven Mastai, a quien Dios predestinaba para tan altos destinos, visitar varias naciones i contemplar las maravillas de la creacion.

El paso de la cordillera fué para los viajeros, i especialmente para Mastai, mui penoso. Mas al llegar a su cumbre un cuadro consolador se presentó a su vista: Chile con sus amenisimas campiñas i su risueña naturaleza. ¡Cuántos i cuán gratos recuerdos de su cara Italia no harian estos campos nacer en la mente de Mastai!

Por fin, se acercaban al término deseado. Despues de pasar por la ciudad de Santa Rosa entraron en el valle de Chacabuco. Mastai cruzó absorto en profundas meditaciones este santuario de la libertad, que en 1817 fué regado con la jenerosa sangre de nuestros padres. Su pecho se dilató con placer al aspirar las puras auras de estos campos en donde la tiranía española lanzó su último jemido de muerte.

Por fin, amaneció el risueño dia en que los fatigados caminantes iban a entrar en Santiago de Chile, feliz término de su larga peregrinacion. Imposible es describir la loca alegría con que en esta ciudad se esperaba a la comitiva. El pueblo en masa i todas las autoridades vinieron a su encuentro para conducirla en procesion a la iglesia catedral despues de ser solemnemente recibida por el jefe de la nacion.

Al siguiente dia se invitó a los viajeros a un espléndido banquete diplomático, al cual asistieron mas de cien convidados de las personas mas respetables de Santiago. Los platos, las copas i hasta la vajilla de la mesa llevaban escrito en letras doradas el nombre de cada uno de los lugares en que Chile habia triunfado de la tiranía de su vieja madrastra. Durante la comida una franca alegría se notaba en todos los semblantes, i cada uno que alzaba su voz lo hacia mas bien para dar expansion a los tiernos sentimientos de su corazon que para cumplir con los deberes de una diplomática cortesía.

Mastai, durante su residencia en Santiago, ocupó la casa situada al frente del templo de las Monjas Capuchinas, en la calle de la Bandera, (en ese tiempo de Valdivia) rodeado siempre de esa simpática modestia que tanto ha amado i que es uno de los distintivos de su carácter.

Su Santidad cultivó las relaciones de muchos eclesiásticos notables i de varios seglares, en el corazon de todos los cuales dejó imperecederos recuerdos por su exquisita amabilidad i bondad suma, como tambien, una profunda admiracion hácia el filósofo notable por la elevacion de sus principios i el poder de su inteligencia. Entre los primeros pueden citarse al canónigo don Pedro Reyes (entonces simple presbitero), al señor don José Alejo Eyzaguirre i muchos otros; i entre los segundos, a los señores don Pedro Palazuelos, don José Ruiz Tagle, don Pedro García de la Huerta i otros varios. Pero con quien simpatizó mas su grande alma i mas estrechó el vinculo de la amistad fué con el canónigo Reyes. Antes de separarse, ámbos se prometieron mantener una íntima correspondencia; i en efecto, cuando mas tarde Mastai fué elevado al obispado de Spoletto, al de Imola i últimamente al cardenalato, escribió a Reyes anunciándole estos fautos acontecimientos.

En las tardes, acompañado de algun amigo, sin pompa ni boato, salia a visitar nuestra ciudad, dirijiendo casi siempre un paseo hácia el oriente, para poder admirar constantemente el grandioso espectáculo de los Andes con sus cimas cubiertas de perpétuas nieves. Sin cesar repetia a sus amigos: «Santiago es un bellísimo cuadro; lo grandioso de las cordilleras i lo apacible de sus campos forman un contraste encantador.» Durante estos cortos paseos, Mastai, se entretenia i gozaba repartiendo por todas partes el bien i la alegría. La viuda era consolada en su triste soledad por consejos llenos de dulzura, el pobre encontraba en él un amigo i para el niño que se entretenia en sus inocentes juegos tenia una caricia. Todo el tiempo que permaneció en Santiago Pio IX, no dejó un solo instante de practicar la caridad con una dulzura anjélica.

Pero la caridad no era su única virtud, su modestia era igualmente grande. Si algúnien dirijia a él una peticion era él mismo en persona quien, con una humildad sin ejemplo, llevaba la concesion a casa del que la habia pedido.

La jovialidad de su carácter le llevó a usar de mil condescendencias con José Romero (alias Peluca) cuyas orijinalidades le divertian en extremo; i hasta admitir gustoso ser su compadre, bautizando a uno de sus hijos.

Pio IX, tiene un grande aprecio por el clero de Santiago, cuya ilustracion i sólida virtud pudo apreciar durante su permanencia en esta ciudad. Como prueba de su cariño, se sirvió enviar a la Catedral un magnífico cáliz, que, ade-

## EL HOSPICIO DE SAN MIGUEL.

mas de ser una obra maestra de arte, tiene el insigne mérito de haber sido el mismo cáliz en que Su Santidad celebró la fiesta de Natividad el año de 1847. Eso vaso sagrado es de elegantísimas formas i del mas delicado gusto. Adornan el pié de la copa, dividido sexagonalmente por arabescos, seis medallones con las armas de Mastai i cruces de rubí. En redor de la copa hai otros medallones conteniendo en oro, sobre un fondo de lapizlázuli, el nombre de nuestro amado Pontífice, Pio IX.

El clero i el pueblo de Santiago han correspondido a estas muestras de cariño, que siempre mirarán con orgullo. El retrato de Su Santidad se encuentra casi en todas partes rodeado siempre del mas profundo amor i veneracion, i su nombre es una de las mas preciosas joyas de nuestra historia contemporánea.

Existen numerosas cartas que Su Santidad ha enviado a Chile como una muestra de los recuerdos de su morada en Santiago. Una de ellas es dirigida a don Manuel Búlnes al ser elevado a la presidencia de la república, otra al venerable Dean i Cabildo de la Catedral de Santiago i a las Monjas Capuchinas i Agustinas las otras.

Aun en el dia existe en el convento de las Capuchinas, un altar cuyo frontal era compuesto de espejitos i que llamó mucho la atencion de Mastai.

El Papa en todas ocasiones tiene presente a Chile i con cada chileno que habla hace numerosos recuerdos de nuestra patria i de las familias que en ella conoció.

De Santiago partieron nuestros viajeros en la mañana del dia 19 de octubre de 1824. Desde muchos dias atras una inmensa muchedumbre de pueblo se hallaba reunida en torno de su casa, pues nadie podia conformarse con la idea de verlos partir. Mastai i el Vicario, en un mismo carruaje, se dirigieron a Valparaiso, seguidos de las bendiciones i el amor de todos los chilenos.

Vuelto a Roma el canónigo Mastai, fué poco despues nombrado obispo de Spoleto por Leon XII. Su sabiduría i prudencia en e te obispado le valió el de Imola, i en seguida el capelo cardenalicio el 14 de diciembre de 1840; i por fin, el 16 de junio fué electo Pontífice Máximo i tomó el nombre de Pio. Hoi dia el mundo católico e-tá convencido que Nuestro Santísimo Padre merece llevar tan gran nombre, pues la piedad i la clemencia son el carácter distintivo de su corazón.

ALBERTO UGARTE.

Habiendo llegado a Italia despues de su viaje a Chile el abate Mastai, fué elevado por Leon XII a la prelatura romana. Su virtud, su intelijencia i su desprendimiento, lo hicieron presidente de uno de los mas vastos establecimientos de caridad, el gran Hospicio de San Miguel, en Ripa-Grande, junto al Tiber. Este gran asilo, que la caridad cristiana ofrece a los desvalidos, fué puesto desde el principio bajo la proteccion del arcánjel San Miguel. Allí no solamente se admira la industria, toda alma noble i elevada sufre al considerar la suerte que correrian esos infelices si esa casa bienhechora no les diera su proteccion; algunos talvez estarian destinados a perecer de hambre; otros se entregarían a toda clase de crímenes a trueque de conservar su existencia; otros en fin, llevarían una vida desordenada i licenciosa. ¡Qué bienes hace esta casa al pobre pueblo! i cuántas almas que en el mundo talvez se perderían no conquista para Dios!

En este lugar se enseña a los jóvenes las principales artes mecánicas, la tipografía, los trabajos de lana i aun las artes liberales.

Aseguran con esto no solo su propio porvenir sino tambien el de sus hijos. Los viejos, las personas inhábiles para el trabajo son cuidados i alimentados allí con cristiana caridad.

El lugar que ocupa San Miguel es célebre desde la antigüedad. Los portentos que narra la historia romana de Mucio Scévola, de Clelia i de Horacio Cocles se realizaron en el lugar ocupado actualmente por el Hospicio. En este mismo punto estaba el antiguo puente Jubileo sobre el Tiber, que pasa junto al Hospicio.

Inocencio XI tuvo la gloria de fundar este establecimiento. Clemente XII, Pio VI i Gregorio XVI lo ampliaron i lo hicieron prosperar, dándole por consiguiente mucha importancia; pero el que perfeccionó esta obra fué Leon XII, poniendo al canónigo Mastai a la cabeza de ese vasto establecimiento, que es sin contradiccion la escuela mas antigua para la enseñanza de las profesiones manuales i artísticas que haya sido fundada en Europa.

En el Hospicio de San Miguel se reciben niños de ambos sexos, i se ofrece un asilo a la ancianidad desvalida. Es, pues, un vasto centro de caridad, un pequeño mundo en que talvez se necesita mas ciencia que para gobernar un pais: pues allí se forman los corazones para guiar esas almas hacia Dios i se da consuelo a los aflijidos i desgraciados.

A la entrada de Mastai, como director, el servicio estaba bastante desorganizado i, por consiguiente, exijia reformas considerables. Pero el nuevo presidente, que ya empezaba a manifestar sus dotes para gobernar, en ménos de



dos años, reparó, restauró i renovó todo lo concerniente a su buen régimen. Este Hospicio fué para Mastai una escuela de buen gobiernotemporal.

Las grandes dotes de que Mastai estaba adornado, se vieron en relieve desde que empezó a dirigir el gran Hospicio de San Miguel. Estableció el orden i dió muestra de la mayor actividad i el mas puro desinterés en ese gran teatro que se ofrecia a su caridad inmensa. Jamas los huérfanos i desvalidos se vieron cuidados con mas tierna i paternal solicitud. Aquellos que no conocian de quien habian recibido la existencia se encontraban allí con el mas amante i desinteresado padre. Los que ya se hallaban con la pesada carga de la vejez eran protegidos i consolados por el canónigo Mastai. Jamas ningun establecimiento ha sido administrado con mas prudencia i economía que el Hospicio de San Miguel por su digno director.

Merced a su actividad el canónigo Mastai puso mui luego en orden el inmenso mecanismo de este gran establecimiento. Así es que la Santa Sede, al ver los dotes de gobierno que Mastai desplegaba, lo creyó mui capaz de ser puesto a la cabeza de una diócesis. Fué entonces elevado al arzobispado de Espoleto.

Antes de concluir, es preciso decir algo que habla mui alto en favor del canónigo Mastai. Su caridad era tan grande, mientras estuvo a la cabeza del Hospicio, que cuando salió de él no tuvo con que pagar las bulas en que se le creaba arzobispo, i tuvo al efecto que vender una pequeña propiedad que le quedaba.

ALBERTO IZQUIERDO REYES.

---

## EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS.

---

### I.

Dogma fundamental de la fé católica es la independencia de la potestad eclesiástica de toda potestad temporal.

Investida del mismo poder que su divino fundador recibió del Eterno Padre, la Iglesia de Jesucristo no puede estar subordinada a ninguna potestad temporal. Al enviar sus apóstoles a predicar el evangelio a todas las jentes, solo les dijo el Salvador: «Todo poder me ha sido dado en el cielo i en la tierra; i así como mi padre me envió, así tambien os envío yo a vosotros.» A ningun poder de la tierra pidió su venia para predicar ni para hacer predicar la buena nueva: a ninguno, su autorizacion para investir a sus apóstoles, i especialmente al principio de ellos, del poder de atar i desatar: a ninguno, su beneplácito para darles la potestad

de dictar leyes en su nombre a la sociedad cristiana.

I era menester que la Iglesia quedara revestida de semejante independencia. Sociedad universal, desparramada por toda la faz de la tierra ¿cómo habria podido mantener su necesaria i esencial unidad de creencias, de costumbres, de pastores, si, dominada por el pueblo en los países democráticos, avasallada por los soberanos en los despóticos, entregada a los caprichos de la multitud o de unos pocos en los no civilizados, hubiera tenido que soportar por doquiera el yugo de las instituciones o de las costumbres nacionales?

Como condicion de su existencia requiere la independencia de la Iglesia la inmunidad de sus pastores i del clero que de ellos depende: verdad palmaria para cuya demostracion bastaria observar tantos frecuentes i dolorosos testimonios que nos suministra la historia de los pueblos en que encuentra trabas, mas o ménos embarazosas, para sus relaciones con los fieles el ministerio sagrado de los que rijen i administran la Iglesia.

Ahora bien, esta inmunidad, mas o ménos susceptible de relajacion respecto de los obispos i de las personas sagradas que ocupan grados inferiores en la jerarquía eclesiástica, no puede dejar de ser absoluta e ilimitada en el jefe de la Iglesia, que es su centro de luz, de fuerza i de vitalidad. ¿Qué sería de las inteligencias si por ventura se oscurecieran los rayos que parten de aquel centro luminoso? ¿Qué, de los corazones si llegara a faltarles en las duras pruebas de la vida el poderoso apoyo del que los conforta en las tribulaciones? ¿Qué, de las conciencias si por acaso no alcanzaran a recibir el espíritu de aquel manantial de vida? Depositario i dispensador de la verdad celeste, maestro i ejecutor de la lei divina, supremo pastor de las almas, el Papado es la vida de la Iglesia i la savia de la civilizacion cristiana.

I ¿cómo podrian desparramarse por todo el orbe cristiano los rayos de ese foco de luz si hubiera alguien que con mano temeraria echara un oscuro velo sobre él? ¿Cómo podria circular por todas las ramas del árbol de la Iglesia la savia que lo vivifica i alimenta, si su accion no fuera libre, espedita, desembarazada?

En el vasto i complicado sistema del catolicismo, que se liga con todo el organismo del Estado, con las leyes, la política, las ciencias, las artes, la industria, ¿cuántas causas no se presentan amenudo de graves i delicadas contenciones entre la Iglesia i el Estado! Es verdad que en teoria corresponde a la Iglesia como a autoridad de un orden superior i mas vasto el resolver las competencias entre la potestad temporal i la espiritual; pero la fuerza material de que disponen i abusan los Estados, no ménos que la mal encubierta hostilidad de algunos o la atmósfera de regalismo que rodea a los otros, quitan en realidad al presente toda



esperanza de que en semejantes conflictos pudieran, alguna vez siquiera, ser reconocidos i respetados los derechos de la Iglesia, los caros i sagrados intereses de sus hijos.

Para evitar esos conflictos i asegurar la independencia del Papa en el régimen supremo de la Iglesia, no hai, en el estado actual de las sociedades humanas, otra garantía eficaz i posible que la anexión de la soberanía territorial al primado espiritual. Es claro entónces que Jesucristo confirió a su vicario el derecho de adquirir i ejercer aquella potestad, supuesto que le dió todos los medios indispensables para alcanzar el fin de la Iglesia.

Tal es, entre otras, la principal razon del origen de la soberanía temporal que en la Ciudad Eterna, centro del catolicismo, compete al vicario de Jesucristo.

Así lo ha manifestado el episcopado católico adhiriéndose unánimemente a la declaración que, en nombre de él, presentaron a Pio IX el 9 de junio de 1862 varios obispos residentes a la sazón en Roma.

## II.

No cabe en los reducidos límites de este trabajo todo el desenvolvimiento de que tan importante materia es susceptible.

Trataremos, sin embargo, con brevedad de las principales objeciones que contra la doctrina espuesta se formulan.

Observemos ante todo que no podría negarse a la Iglesia de Jesucristo la enunciada facultad de reservarse las cosas i las personas que, como la soberanía temporal del Estado romano, le fueran indispensables para realizar su celeste mision de practicar i extender el culto de Dios, de procurar la salvacion de las almas. Semejante facultad nadie la niega a las potestades temporales, tan inferiores a la Iglesia cuanto son inferiores a los excelsos bienes del cielo los caducos i perecederos intereses de la tierra.

Dicen algunos que la soberanía temporal de Papa está espresamente prohibida por aquellas palabras del Salvador: «Mi reino no es de este mundo.»

Esas palabras, empero, no significan que el reino de Cristo no esté en la tierra. Significan solo que ni su origen ni su fin son de este mundo. El divino Salvador, en efecto, no recibió de los hombres sino del Eterno Padre, que le constituyó mediador entre El i las creaturas, su omnimoda soberanía i dominio sobre todo el orbe; ni vino a procurar la felicidad temporal del linaje humano, a la manera que lo procuran los reyes del siglo, sino a conducir a los hombres a la vida espiritual, la cual no pára en el tiempo sino en la eternidad, no se perfecciona en la tierra sino en el cielo. De aquí no

se sigue, empero, que la Iglesia no pueda usar de las cosas de la tierra: síguese solamente que no puede usar de ellas sino para su fin espiritual. Sirviendo las cosas de la tierra para el fin espiritual de la Iglesia, puede servirse de ellas, i no con un derecho cualquiera, sino con un derecho divino, como que son divinos su origen i su alto fin.

Atacan otros la soberanía temporal del Papa, alegando que es incompatible con la espiritual.

Tal incompatibilidad no existe, sin embargo, como no existe incompatibilidad entre lo espiritual i lo temporal, entre el cuerpo i el alma. La historia de muchos pueblos antiguos i modernos nos muestra unidas en una misma persona la potestad temporal i la espiritual; i, si bien es cierto que el cuidado de la primera aumenta la solicitud del que ejerce la segunda, tambien lo es que, respecto del Papa, esa mayor solicitud es conveniente i necesaria al buen régimen de la Iglesia. Los cuidados del cuerpo nos quitan tambien mucha parte de la actividad que querríamos emplear en el cultivo i perfeccionamiento del espíritu; pero ¿quién no se somete sin repugnancia a aquellas atenciones necesarias para mantener las fuerzas físicas, sin las cuales sería imposible conservar la vida i desenvolver las facultades del alma?

Los primeros Papas, se agrega, no tuvieron soberanía temporal; i, con todo, la Iglesia pudo en su tiempo no solo conservarse sino dilatarse maravillosamente.

San Pedro i sus primeros sucesores, no ejercieron, es cierto, la soberanía temporal; pero precisamente por eso mismo carecieron de la libertad necesaria para el régimen de la Iglesia.

En los designios de Dios entraba el que la Iglesia pasara por la dura prueba de las persecuciones, para que ésta demostrara tambien a los hombres el origen divino de aquella. Perseguida la Iglesia naciente por encarnizados enemigos, Dios le suministró para su conservacion i propagacion medios sobrenaturales i extraordinarios en el inencontrable valor de millones de mártires, en el espléndido heroismo de innumerables santos, en la eficaz uncion de los apóstoles i evangelistas de los pueblos, en estupendos milagros.

Pero el estado de persecucion no es en los designios de Dios el estado normal de la Iglesia, ni los medios sobrenaturales i humanos son los únicos de que se vale para conservarla.

La Iglesia de hoy se halla en situacion muy diversa de la Iglesia del tiempo de los emperadores romanos. Hija suya es la sociedad del día; i los numerosos pueblos que viven en su seno tienen el deber i el poder de amarla, de obedecerla i de servirla.

III.

Agregaremos algunas breves consideraciones acerca del origen histórico de la soberanía temporal de los Papas.

Desde que Constantino trasladó a Constantinopla la sede del Imperio romano, jamás emperador alguno residió en Roma. Los mismos emperadores de Occidente moraban ya en Milan, ya en Ravena, ya en alguna otra ciudad. Desatendido por los soberanos el pueblo de Roma, comenzó voluntariamente a acudir a los Papas para el alivio de sus necesidades; i poco a poco la tierna solicitud de los Pontífices les concilió el respeto i la obediencia de los que, abandonados ya de sus indolentes emperadores, venían a buscar en aquellos su paternal tutela.

Cuando los lombardos, conducidos por su rei Luitprando, invadieron el territorio romano, San Zacarias logró hacer con ellos una paz ventajosa; i los romanos i todos los pueblos limítrofes se sometieron voluntariamente a la dominación pontificia, a la cual debían en realidad toda su tranquilidad i bienestar.

Mas tarde, cuando Astolfo, rei tambien de los lombardos, llevó sus armas a Roma, Estéban II (o III segun otros), despues de agotar todos los medios pacíficos para detenerle, traspasó los Alpes i se dirigió a Pepino el Breve, el cual, instruido del objeto del viaje del Pontífice i oídos sus próceres, le prometió recobrar para ella todo lo que habia sido quitado a la Sede Apostólica por Astolfo i sus predecesores.

Dos veces vencido Astolfo por Pepino, devolvió sus posesiones a la Santa Sede; i, aunque Desiderio, último rei de los lombardos, renovó despues los mismos ataques, vencido igualmente por Carlomagno i conducido prisionero a las Galias, tuvo que reconocer el dominio de los Papas, quienes quedaron desde entonces soberanos temporales de los Estados romanos.

No hai en los países cristianos ningun soberano que pueda presentar mejores ni mas altos títulos que los Papas para sostener, aun considerado solo el derecho público de las naciones, la potestad que ejercen. No hai ninguno tampoco mas benéfico ni mas venerado que el que es tambien Vicario de Jesucristo en la tierra.

IV.

El inicuo atentado contra el derecho divino i el derecho humano llevado a cabo el 20 de setiembre de 1870 por el intitulado rei de Italia, aunque de ninguna manera nuevo en la historia de las persecuciones de la Iglesia i de las injusticias de los hombres, no ha podido ménos de alarmar profundamente a todos los corazones honrados i de entristecer a los buenos hijos de la Esposa de Cristo.

Los resultados de semejante espoliación no se han hecho esperar.

Los ministros de la relijion han sido perseguidos; los monasterios violados, i sus moradores ya de uno ya de otro sexo, espulsados; sus bienes, arrebataos; los gloriosos monumentos de la piedad cristiana, espuestos a la profanación; i la Ciudad Santa, entregada a todo jénero de estorsiones e inmoralidades.

El Papa mismo no tiene ya libertad para publicar sus bulas, encíclicas i alocuciones; no la tiene para mantener un diario que defienda los sagrados derechos de la Iglesia; no la tiene para su correspondencia con los obispos i los fieles; no la tiene, en fin, para disponer de los eclesiásticos en el servicio de la Iglesia.

Alentados los católicos por el sublime ejemplo del virtuoso Pio IX, adoramos humildemente los inescrutables designios de la Providencia i elevamos al cielo fervorosa plegaria para que se abrevien los días de la prueba i aparezca pronto para la Iglesia aflijida el de la redención i la paz.

Tenemos confianza en que ese día llegará; porque la tenemos en la asistencia de Aquel que nos prometió estar con nosotros hasta la consumación de los siglos, de Aquel que nos aseguró que las puertas del Infierno, esto es, las iniquidades de los hombres, no prevalecerán contra su Iglesia.

Santiago, 7 de julio de 1873.

José BERNARDO LIRA.

EL ARZOBISPO DE ESPOLETO

I EL OBISPO DE IMOLA.

I.

Corria el año de 1827. Espoleto, la capital de Umbria, el ducado que en 780 donó Carlomagno a la Santa Sede, se hallaba sin par. Leon XII, que habia tenido su cuna en Espoleto i que amaba con pasión a su pueblo natal, instado por que no prolongara por mas tiempo la viudez de esa iglesia, contestó repetidas veces a las súplicas que le hacian el clero i el pueblo, entre ellos muchos miembros de su familia: «Orad todavia, a fin de que el cielo os envíe un Pontífice segun el corazón de Dios.» Estas súplicas fueron escuchadas mas allá talvez de las aspiraciones de la grei. Leon XII, como si cediera a una inspiración divina, designó al fin para arzobispo de esa importante diócesis al abate Mastai, el antiguo director de la casa de refugio de niños huérfanos de *Tata*

*Giovanni*, i que, de vuelta de su expedición a Chile, al lado de Monseñor Muzzi, habia sido elevado a la dignidad de la prelatura romana i trasformado en establecimiento de primer orden el inmenso hospicio de San Miguel.

A nadie sorprendió tal elección. La piedad anjelical i el celo admirable del abate Mastai estaban en la conciencia de todos. Solo sorprendió a Mastai mismo, que no ambicionaba mas que poder consagrar sus talentos, su fortuna i sus fuerzas al alivio de la miseria i educar en el trabajo i en la virtud a la numerosa familia de huérfanos infelices, que le llamaba su padre.

La preconización tuvo lugar en el consistorio de 12 de mayo de ese mismo año. Mastai se trasladó en breve a su diócesis, que solo debia gobernar cinco años; cinco años de borrascas para los Estados de la Iglesia, de las cuales Espeleto se vió libre, gracias a su pastor, cuya presencia atrajo sobre el pueblo la proteccion divina i una continua bendiccion del cielo.

## II.

La revolucion francesa de 1830 conmovió a la Europa entera. Fué entónces cuando Bélgica conquistó su independencia i la desgraciada Polonia, intentando otra vez mas sacudir el pesado yugo de los czares, solo obtuvo de sus gloriosos esfuerzos el triste resultado de agravar mas su situacion, perder su nacionalidad i que corriera a torrentes la sangre de sus ilustres hijos.

El movimiento se propagó en Italia, i llegó un dia en que la insurreccion fué jeneral en los Estados Pontificios. Disgustados por los abusos introducidos en el gobierno, eran muchos los que pedian un cambio completo en el orden político; otros, por el contrario, temblando al solo nombre de reforma, se adherian con tenacidad al antiguo réjimen. Ambos partidos se hicieron una guerra cruel, i se sabe que por largo tiempo esas ciudades de Italia fueron teatro de motines populares i de una guerra que costó grandes esfuerzos terminar al gobierno de Roma.

La fermentacion de los espíritus era visible en Espeleto, como en todas partes. Como en la antigua época del odio inconciliable entre Güelfos i Jibelinos, el pueblo se dividia en dos bandos, dispuestos a destrozarse en la primera ocasion. Esa ocasion no vino sin embargo para Espeleto, por los esfuerzos incansables del Arzobispo para calmar las pasiones e introducir en los ánimos ideas de orden i de paz.

Un dia se previno a Mastai que el orden iba a turbarse en su diócesis; que en una reunion popular se habian pronunciado discursos ardientes i que la faccion revolucionaria intentaba acometer con las armas a la autoridad. Se le indicó el nombre de los jefes i los mas minu-

ciosos detalles de la revuelta, de la cual la autoridad civil no tenia el menor conocimiento. Los que tales noticias le llevaron estaban en todo el secreto, i añadieron al prelado que no habian podido resistir a la idea sola de angustiarlo con un acontecimiento que él podia deshacer con la influencia de su palabra i de su virtud. Mastai se acercó a los cabeceillas i el motin se vió sofocado, ántes de estallar.

De esa suerte, el ascendiente de la santidad del Arzobispo i el entrañable amor que éste sabia inspirar a su pueblo, salvaron a Espeleto de los movimientos revolucionarios i de la severa represion de que otros pueblos eran víctimas.

## III.

Pero hubo un instante en que la insurreccion se presentó a los muros de Espeleto. Era en 1831. Cuatro mil insurjentes, repelidos de otras ciudades i huyendo de los austriacos, que Roma habia llamado en su auxilio, penetran sin dificultad en Espeleto, desgarnecida i que no podia en manera alguna defenderse. A vista de los revolucionarios, el pueblo se conmueve i quiere hacer causa comun con ellos. Se alzan gritos sediciosos, i la soldadesca desenfrenada llega a pedir la muerte de los sacerdotes. Los austriacos, entre tanto, van a atacar la ciudad i a desarmar a los rebeldes.

Fué ése el momento en que el Arzobispo no abandonó a su rebaño. Se presenta delante del jefe de las tropas extranjeras i le intima en nombre del Dios de la paz que se detenga, comprometiéndose él mismo a quitar las armas a los sediciosos i a reducirlos a mejores sentimientos. El jefe austriaco, resuelto como estaba a escarmentar a los culpables, no pudo resistir a la palabra del Arzobispo. El mismo confesó mas tarde que habia cedido a una influencia en que nada de humano habia visto.

Mastai cumplió su promesa. Arengó a los insurrectos, i de-pues de un enérgico discurso en que les manifestó la inutilidad de su resistencia, las desgracias en que iban a envolver a la ciudad i el peligro en que a él mismo lo colocarían, pues estaba resuelto a no abandonarlos mientras uno solo de ellos quedara con vida, vió con gozo indecible que su triunfo habia sido completo. Los rebeldes aclamaron con entusiastas vivas a su pastor i fueron a deponer a sus piés las armas que los austriacos solo habrian podido arrancar a frios cadáveres. Mas tarde, el Arzobispo, que así apagaba la guerra civil, debia compensar tan dócil sumision, concediendo espontáneamente al pueblo una libertad que entónces no podia obtener por la revolucion i la violencia.

Espeleto vió luego desaparecer de sus muros los odiados colores del Austria, i ébrio de gozo el pueblo se entregó a las mas vivas manifestaciones de gratitud, que no eran mas que el pre-



ludio de las que su prelado i salvador iba en breve a recibir en la Ciudad Eterna.

#### IV.

El movimiento insurreccional poblaba las cárceles i las fortalezas de Roma con numerosos proscriptos, mientras que comisarios políticos hacian en todas partes estrictas averiguaciones para descubrir a los culpables. Uno de ellos se presentó un día en Espoleto, delante de Mastai, satisfecho de haber llenado completamente su mision i pidiendo al Arzobispo que se dignara añadir algunos nombres mas a la lista, bien larga ya, que habia formado en ese pueblo.

Mastai toma la lista en sus manos. La recorre con avidez, i su corazon se estremece al ver allí el nombre de multitud de sus queridas ovejas.

—¿No creéis, le preguntó el comisario, que ha de dárseme una buena recompensa por mi activo celo?

—Lo que creo es, le contestó el Arzobispo, sonriendo i fijando en él su dulce mirada, que ignorais lo que cumple a vuestro cargo i al mio. Cuando el lobo quiere apoderarse de las ovejas, se guarda mucho de prevenirlo anticipadamente al pastor.

—¿Qué queréis decir, Monseñor?

—Que ese papel no quedará en vuestras manos, añadió el Arzobispo.

Era un día de invierno; Mastai se hallaba de pie junto a la chimenea en que ardía el fuego, i la fatal lista quedó convertida en humo.

Mastai habia cometido una falta; pero falta de aquellas de que no saben arrepentirse los santos. Llamado a Roma para sincerarse de ella, bastó que el Arzobispo revelara ante Gregorio XVI i su ministro Lambruschini, su corazon todo caridad, para que aquel venerable Pontífice terminara la conferencia por dar un tierno abrazo al que habia mirado como un reaccionario contra su política.

#### V.

Pocos meses despues de este suceso, en 17 de diciembre de 1832, con amargo pesar de la ciudad de Espoleto, que enviaba al Papa una comision de la nobleza para que no les quitara su pastor, el Arzobispo Mastai era trasladado a la diócesis de Imola.

Esta ciudad es ménos importante que Espoleto; pero tiene mayor poblacion i su sede episcopal conduce directamente a la púrpura cardenalicia. Imola es la *Forum Cornelii* de los antiguos romanos. Su obispado data desde el siglo IV de la Iglesia i fué sufragánea de Bolonia, hasta que Paulo IV la sometió inmediatamente a la Santa Sede. Tres veces Imola ha

visto a sus pastores ir a ocupar la cátedra de San Pedro: en 1667, a Alejandro VII, el papa que hirió de muerte a la herejía jansenista; en 1800, a Pío VII, el pontífice mártir del despotismo de Bonaparte; i en 1846, a Pío IX.

El Arzobispo Mastai llegó a Imola, precedido de la mas bella reputacion. Su caridad sin límites, que habia dotado a Espoleto de los mas importantes establecimientos a favor de los pobres i de los huérfanos, hizo esperar a Imola no menores bienes.

Esta esperanza fué luego una hermosa realidad.

Apénas instalado en la diócesis, colocó los hospitales bajo la inteligente direccion de las Hermanas de la Caridad, i se veía al mismo prelado entender en la contabilidad de esos establecimientos, «a fin» decia él, «de que los bienes del pobre, que son sagrados, se administren por manos tambien consagradas.» Abrió asilos para los ancianos i para los huérfanos; creó escuelas gratuitas para los pobres i otras en que se exijia una módica pension para las clases mas acomodadas.

Con sus propias rentas realizó la fundacion de una casa para mujeres arrepentidas, a cuyo frente puso a las Hermanas del Buen Pastor. Cuando llegaron a su diócesis las primeras religiosas que con este fin se le enviaban de Augers, les dió hospedaje en su propio palacio i dirigió a la superiora una carta de agradecimiento, en que manifestaba la inquietud que su corazon sufría por la triste suerte de tantas infelices estraviadas por el crimen, a quienes desde ese momento abría el camino de su regeneracion por el trabajo i la piedad.

Al mismo tiempo, consagraba los mas empeñosos afanos a ilustrar a su clero i hacerlo digno de su santa vocacion. Su obra mas querida era el seminario episcopal, que visitaba con frecuencia. Introdujo en él importantes reformas i aumentó considerablemente los ramos de enseñanza. A él le debe Imola el establecimiento del *Cinostto*, asilo donde moran gratuitamente los jóvenes que se preparan al sacerdocio i que se ven en la necesidad de seguir en calidad de externos los cursos del seminario. La *Academia bíblica*, fundada tambien por él, era una reunion mensual de los eclesiásticos, que él mismo presidía, destinada a dilucidar algun paraje de los libros sagrados, i que produjo el buen resultado de impulsar a su clero en el amor por el estudio de la alta teología.

Su celo infatigable lo impelia a realizar toda clase de empresas en que se hallara interesada la gloria del Señor. A sus expensas, reparó la tumba de San Casiano i decoró con bellísimos frescos la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, de la iglesia de los Servitas, en donde se complacía en pasar largas horas en oracion.

De esa suerte, Dios preparaba al Obispo de Imola, entre los múltiples cuidados de su dió-

cesis, para el árduo trabajo que en breve iba a confiarle de reir la Iglesia Universal.

## VI.

Mastai vivía amado de Dios i amado de los hombres; su caridad le hacía el ídolo de su pueblo. A mas de las grandes obras de celo fundadas i sostenidas por él, sabia procurarse recursos para atender a los infelices que golpeaban a su puerta. Ninguno se retiró de su palacio sin bendecir al pastor, pródigo en dar.

Sin embargo, en medio del universal aplauso que se tributaba a la caridad del Obispo, había una voz que se levantaba para quejarse amargamente de sus prodigalidades. Era el señor Baladelli, mayordomo del palacio episcopal; que llamaba por esa razon al obispo *un hombre insoportable*. Cada día veía desaparecer de las habitaciones de Mastai un objeto precioso, i se indignaba de tamaño desórden.

Cuéntase que un día en que, terminada su comida, salía el Obispo a visitar uno de sus establecimientos favoritos, halló en la puerta a una pobre anciana, que arrodillándose a sus pies, le pidió una limosna. Mastai tenía agotado su bolsillo; no le quedaba un solo bajoccho; mas no podía por eso dejar sin socorrer esa miseria, i dijo a la mujer: «Ven i sígueme.» La condujo a sus habitaciones, i tomando de sobre la mesa de su comedor un cubierto de plata le dijo:

—Toma eso; vé a venderlo a un monte de piedad, i llena tu necesidad por hoi.

—Pero, *Monsignore*, replicó la mujer; ¿cuándo podré yo recobrar esta prenda?

—El Obispo se encargará de recojerla, apenas tenga dinero.

La mujer partió i tambien el prelado.

A su vuelta, Mastai halló el palacio en revolucion completa. El señor Baladelli se había apercebido de la sustraccion del cubierto i había puesto a familiares i a criados en horrible aprieto. Apenas llegado el Obispo, le manifestó la causa de su ajitacion, añadiéndole que sin remedio el ladron no podia ménos de hallarse en el propio palacio.

—Teneis razon, le contestó Mastai, riendo, el ladron está delante de vos.

El señor Baladelli, confuso por el chasco sufrido, dejó de buscar al ladron, para echar un tremendo sermón al robado.

## VII.

Una verdadera fiesta nacional fué la que tuvo lugar en Imola, al saber que su amado pastor había sido promovido a la púrpura romana, en el consistorio de 14 de diciembre de 1840. El nuevo cardenal fué festejado con

honores municipales. Felicitaciones en verso i prosa, iluminacion general, fuegos artificiales, nada faltó a aquella hermosa fiesta. El pueblo de Imola no hacía sin embargo mas que anticiparse al gozo que una nueva promocion de su prelado iba a causar al mundo entero.

Todos los años, el santo Obispo se reunía con su clero en el convento de Piratello a tener una semana de ejercicios espirituales. En el mayor número de retiros, era el mismo prelado quien, con su palabra inspirada, recordaba a sus hermanos las grandes verdades de la religion i los graves deberes eclesiásticos.

En esa ocupacion se hallaba el Obispo, cuando, el 6 de junio de 1846, su mayordomo le entregó un despacho venido de Roma, en que se le comunicaba que Gregorio XVI ya no existía.

Mastai salió de Imola, a cuya sede no debía volver mas. Llegó a Roma el día 14; entró en el cóncave el 15, i el 16 cenía sus sienes la triple corona que le confería el augusto título de padre de los principes, guia de los reyes i Vicario de Jesucristo.

ALEJANDRO LARRAIN.

## ELECCION DE PIO IX.

Era el año de 1846.

La Iglesia estaba sumida en el mas amargo de los llantos; el ilustre Pontífice Gregorio XVI había pagado a la muerte su tributo i el cristianismo se encontraba huérfano i Roma sin director.

De entre los cardenales que en ese entonces componían el Sacro Colegio, muchos con justicia podían aspirar al mas encumbrado de los tronos; muchos de ellos, al par que respiraban el dulce aroma de la virtud, estaban dotados de una sólida i profunda ilustracion. Uno, entre ellos el mas humilde i el mas sabio tambien, no había atraído hácia si las miradas de sus compañeros en el primer momento; la modestia que lo caracterizaba había sido siempre la constante encubridora de sus méritos. Era éste el cardenal Juan María Mastai Ferretti.

Se llegó el momento supremo de dar un rei a Roma, a la Iglesia un pastor, un padre al cristianismo.

El 14 de junio del año ya citado se reunió el cóncave en el Quirinal; estaba compuesto de cincuenta i cuatro cardenales.

Al siguiente día los prelados, en número de cincuenta i seis, celebraron una solemne reunion en la Capilla Paulina.

Un silencio profundo reinaba en la ilustre asamblea. Los semblantes de los que la compo-

nian manifestaban las distintas emociones que ajitaban sus almas en ese instante solemne.

Segun lo ordenado, sacáronse a la suerte de entre los cardenales los que debían proceder al escrutinio. De los tres escrutadores nombrados, uno de ellos debía abrir las cédulas en que se contenían los votos, el segundo tenía la obligación de anotar su resultado, finalmente el tercero darlo a conocer a los presentes. Cupo al cardenal Mastai proclamar en alta voz su propia gran leza.

Procedióse a los tres escrutinios que antecedían a la elección definitiva del Pontífice Romano. El cardenal Mastai toma entre sus manos el primer voto i con voz trémula lee el nombre que en él se encuentra escrito: ¡es el suyo! lee el segundo i experimenta una emoción mayor al ver que allí también se encuentra el nombre de Mastai; lee los subsiguientes, hasta concluir el escrutinio, i la mayor parte de las cédulas están escritas con su nombre.

El segundo i tercer escrutinio fueron para Mastai nuevos i cruelísimos sufrimientos; ámbos habían producido un resultado en todo semejante al primero.

En la tarde de ese mismo día debía tener lugar la elección definitiva i la proclamación del nuevo Pontífice. Mastai había ocupado el espacio entre ámbos escrutinios dirigiendo al cielo una sentida plegaria; el resultado de los de la mañana habían producido en su alma una ruda impresion.

Los cardenales electores habían manifestado ya claramente cuál sería el resultado de esta última reunion. Con semblante grave ocuparon los tronos que les estaban destinados; Monseñor Machi presidía dignamente esa asamblea de ilustres Príncipes de la Iglesia. Una turba, ansiosa por el resultado de la elección, esperaba impaciente a la entrada del templo que el subdecano presidente pronunciara en su presencia la sacramental palabra: «*Papam habemus!*» Mil conjeturas bullían en la mente de esa multitud que aun ignoraba ante quien debía inclinarse con respeto su frente i proclamar a grandes voces por padre de sus almas i por rei de su patria.

En el interior, tenía lugar entre tanto una escena conmovedora i tiernísima, cuyos héroes no eran otros que el candor i la modestia de Monseñor Mastai. La palidez de su rostro i las recientes huellas de las lágrimas copiosas que habían surcado sus mejillas en medio de la ardiente plegaria que elevaba al cielo ántes de presentarse al cónclave, conmovieron profundamente el ánimo de los cardenales i los confirmaron mas i mas en la firme resolución que tenían de ser gobernados por el sabio i virtuoso Mastai.

Cada uno de ellos depositó en el cáliz el billete que contenía para el cardenal escrutador un mundo de sufrimientos. Monseñor Mastai

procede a la lectura de ellos i pronuncia su nombre diez i ocho veces consecutivas.

Le presentan la cédula siguiente i al fijar en ella su vista, su rostro se vuelve livido, una nube cubre sus ojos, un sudor frío recorre su cuerpo entero, un temblor nervioso sobrecoge sus miembros i, no pudiendo ya sostenerse en pié, suplica a la asamblea le dispense de continuar el escrutinio; los cardenales se resisten a su ruego, porque ellos comprenden muy bien que, si otro ocupa el lugar que la suerte ha deparado a Monseñor Mastai, la elección queda sin efecto alguno. Todos abandonan sus puestos i rodean al sensible cardenal, quien cae desmayado en brazos de sus compañeros. El no comprende lo que pasa, sus labios no pronuncian una palabra; uno de los cardenales allí presentes acerca a la boca de Mastai un vaso de agua i con ella le humedece el rostro; esto reanima un poco su atribulado espíritu, i desahoga su pena, derramando un copiosísimo llanto. Restablecido el orden, prosigue el escrutinio i en medio de las angustias de que estaba poseído, Mastai lee su nombre treinta i seis veces.

La elección había concluido. Ya la Iglesia tenía su padre i Roma su gobernante.

El ilustre cardenal Machi interroga en alta voz al nuevo Papa, exigiendo de él una contestación explícita, manifestando su voluntad de ocupar el solio; Mastai se sobrepone a su modestia i acatando los designios de Dios da su respuesta afirmativa; todos los presentes doblan ante él la rodilla i le reconocen como su lejítimo jefe.

El pueblo espera entre tanto. Manifiesta su justísima impaciencia con desmesurados gritos, que anuncian a los Cardenales esa llegada ya la hora de mostrarles su Obispo i de hacerles prestar su sujeción al nuevo monarca. Rodeado de todos sus compañeros el Cardenal Mastai avanza hacia el pueblo con la vista fija en el suelo i llevando en su rostro las recientes huellas de las fuertes emociones que hace poco experimentara su ser.

«*Papam habemus!*» les dice el subdecano i un millar de entusiastas hurras se eleva de en medio de esa apiñada muchedumbre.—El Cardenal electo Papa se había captado las simpatías de esa jente ruda i sencilla; en él habían tenido un constante protector de sus libertades; en él un padre, un amigo, un enfermero en el Hospicio de San Miguel.

Poco tiempo despues se anunciaba a la Europa i al mundo todo que la Iglesia había elegido por jefe supremo al inmortal Pio IX. Su gloria ha llegado mas allá de las mares i todos los pueblos católicos rinden homenaje a sus altas cualidades. Por esto es que un sabio presbítero español, dice, hablando a los católicos, sobre el ilustre anciano que ocupa ahora la Cátedra de Pedro:

«La fé en las divinas promesas os comuni-



cará la confianza de que el Papa acierte aun en su gobierno temporal; aunque sin confundir lo divino con lo humano, no dejará de ver el mundo entero que aquí lo humano está muy cerca de lo divino i no se podrá pensar que en la augusta Cátedra de donde se han derramado tantos beneficios para la sociedad, esté sentado un Pontífice que haya de perturbar el mundo; tanto mas cuando es cierto que este Pontífice está dotado de todas las virtudes que la Iglesia venera.»—Estas palabras que salian de la pluma de un distinguido sabio cuando Pio IX contaba aun pocos años de gobierno, han sido confirmadas por la mas palpable realidad; esto solo es la mas brillante apolojía que puede hacerse de su profundo saber i de su sólida virtud.

Pero, este Pontífice Augusto tiene para nosotros los chilenos un motivo mas de simpatía i de amor. El visitó nuestra querida patria i muchas, muchísimas veces, es seguro que un recuerdo de placer ha venido a posarse en su mente, cuando se ha presentado a su memoria este escondido rincón del Universo, que aun ahora tiene un espíritu público eminentemente católico.

Ahora que jime entre cadenas i es víctima de las crueles vejaciones de los esbirros satánicos de Víctor Manuel, ahora que sufre una cruelísima enfermedad, toca a todo católico elevar fervientes votos al cielo por su pronta rehabilitación. I en estas circunstancias en que el solio pontificio es profundamente zaherido por la impiedad i el indiferentismo, estamos en la obligacion de procurar que el magnánimo Pio IX reciba siempre muestras de simpatía i de amor de la juventud católica de Chile i del mundo entero.

Santiago, julio 10 de 1873.

EDUARDO OSSA.

### EL CARDENAL MASTAI

TOMA EL NOMBRE DE PIO IX.

Abrazado Mastai en santo celo,  
Sin duda por los cielos inspirado,  
«Es el de Pio Nono mi reinado,»  
Dice, implorando proteccion del cielo.

Su mente evoca con ardiente anhelo  
De gratitud recuerdo venerado  
De Pio VII, el duro epi-copado  
I de su lento martirio el cruel desvelo.

De la Iglesia esa huella dolorosa,  
Cual eléctrica chispa en el instante,  
Anima de Mastai el alma amante.

Da amnistía con mano jenerosa,  
Al progreso i al bien marcha anhelante.  
La virtud sobre el trono es luminosa.

QUITERIA VARAS MARIN.

### EL PASTOR VUELTO A SU GREI.

¡Pobre Roma abandonada,  
Nadie escucha tu lamento,  
Ni comprende el cruel tormento  
Con que yaces agobiada!  
¡Oh, tú, ciudad populosa,  
Que, orgullosa,  
De virtud eras modelo,  
Hoi te cubre el negro velo  
De la impiedad contajiosa!

Mas, ¡ah! ¿qué miro? ¡Loado  
Sea Dios! La insurreccion  
Cesó ya, i en ovacion  
Vuelve a Roma el Padre amado;  
El pastor marcha sonriendo,  
Esparciendo,  
Sobre el pueblo que camina  
Su amada huella siguiendo,  
Su bendicion peregrina.

Ya llega dichoso a Roma  
Por sobre tapiz de flores,  
De caprichosos colores,  
I de embriagador aroma.  
«¡Hosanna, clama la jente  
Reverente,  
Batiendo ramos i palmas,  
Cuál se gozan nuestras almas  
En ornar tu noble frente.

«Harto tiempo hemos sufrido  
Tu separacion amarga.  
¡Oh, pastor! sobrado larga  
Tu penosa ausencia ha sido.  
Tu grei llorosa i amada  
Profanada  
Se vió por malvada jente  
Impia e irreverente  
En nuestro mal empeñada.

«Hoi damos gracias al cielo  
Porque has vuelto, Padre Santo.  
Hoi hai gozo en vez de llanto;  
Tras el mal, vino el consuelo.

Pues la fé sagrada i pura  
 Nos procura  
 Estable bien en la vida;  
 Porque es nave bendecida  
 Que nos conduce a la altura.

Santiago, julio de 1873.

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

PIO IX I BISMARCK.

Roma, la ciudad de los grandes recuerdos i de los suntuosos monumentos; Roma, la metrópoli gloriosa del universo católico, es ahora la cárcel del mas illustre de los prisioneros.

Berlin, coronada con la majestad de un imperio soberbio, es el palacio de un déspota victorioso.

Ese prisionero es el vicario del Cristo.

Ese déspota es el César de Alemania.

Ambos son soberanos.

Doscientos millones de hombres, de todas las razas i de todas las lenguas, esparcidos en los continentes i en las islas, moradores de las ciudades que se alzan al pié de los montes, i en la orilla de los rios i en la playa de los mares, ciudadanos de las repúblicas i súbditos de las monarquías, bendicen al sacerdote octogenario que se sienta sobre un trono diez i nueve veces seclar.

El César prusiano es la cabeza de algunos millones de servidores i la espada de muchos miles de soldados.

Pio IX ama a los pueblos con el amor de un padre; i cuando la iniquidad se ha erguido para maldecirlo, mira al cielo con ojos compasivos, enjuga una lágrima e implora misericordia i perdón para los que blasfeman del Cristo i escarnecen a su vicario.

Bismark halaga a los que le adoran i alarga la coya de su indignacion a los labios del que no le quema incienso i mirra; espía a sus enemigos para cojerlos con la lijereza del águila i herirlos con la velocidad del rayo.

Ambos hablan a las naciones.

El pontífice augusto, desde la mansión del prisionero, envía una palabra de verdad a los que yerran, una palabra de justicia a los iníquos, una palabra de esperanza i de consuelo a los que sufren, una palabra de bendicion a los fieles del universo entero.

El canciller prusiano ha hablado a los pueblos con el lenguaje elocente del sable i del cañon.

Pio IX anhela por que la paz impere allí donde todo lo inundan las pasiones desbordadas.

Bismark despierta la guerra para conquistar la omnipotencia, i firma la paz para embriagarse con el triunfo.

Ambos son poderosos.

El anciano de la Ciudad Eterna inviste el triple carácter de príncipe de los soberanos, rei de Roma i pastor de los hijos del Señor.

El príncipe del imperio aleman no ciñe sus sienes con una corona, pero es soberano; no sustenta un cetro, pero es la diestra del imperio.

Pio IX es la encarnacion de una fuerza divina: la revolucion se ha estrellado contra un muro de acero; diez i nueve siglos la han visto pasar como una nube tempestuosa en la atmósfera de los pueblos. La barquilla de Pedro flota entre las olas encrespadas: la nube pasa; la tempestad estalla; i la barquilla i el piloto no naufragaron; i la barquilla i el piloto salvan el abismo i prosiguen su camino. Ahora la nube cubre el firmamento; un viento borrascoso hinche la vela de la barquilla; el timonel prosigue con rostro sereno i con voluntad firme; sobre su frente se lee en caracteres resplandecientes: *Soi la fuerza de Dios; no me toques.*

Bismark es la fuerza bruta que hiere i aplasta. Insulta a los hombres i blasfema de Dios. Los demagogos gritan: *No mas Pontífice! Los gobiernos responden: Así sea.* El César de Alemania recoge sus palabras i les dice: *Mi bandera es vuestra bandera; hagamos alianza! yo seré vuestra espada.*

I el César se levanta con la frente altiva i esclama:

«¿No es ésta la ciudad que yo he convertido en metrópoli de un vasto imperio?

«La he construido sobre los despojos de dos naciones.

«Humillé a los grandes; i al fuerte lo destroné.

«Miro al oriente; i el poderoso me tiende la diestra.

«Miro al norte; me saludan con el nombre de amigo.

«Miro al occidente; i diviso tierras regadas con sangre i el polvo de los enemigos que huyen, desolacion en los campos, jemidos en las ciudades.

«Una nacion soberbia i altanera me paga tributo.

«Miro al sur; un hombre anciano habita la ciudad de los Césares: no tiene ejércitos.

«Ese es mi enemigo.

«Tenderé mi brazo sobre su corona i la despedazaré; sobre su trono, i será reducido a polvo.

«Lo perseguiré a él i a sus ministros i a sus operarios. Soplaré mi cólera sobre la obra de sus manos. Arrejaré a los sembradores i la simiente será mia; i talaré sus campos de cosecha. Arrojaré a sus sacerdotes del templo que fabricaron, i de sus escuelas i de sus cátedras.

Comerán el alimento del proscrito, porque han despreciado mi voluntad.»

Ya lo sabeis, el perseguido, la víctima de tanto rencor, es un anciano inerme i destronado del pequeño reino temporal que la Providencia preparó a los sucesores de Pedro, como la garantía de independencia i de libertad en el ejercicio de las sagradas funciones del pontificado.

Quien no dispone de otras armas que una constancia inquebrantable i una palabra firme, provoca la ira de quien puede hacer jugar los resortes de una abrumadora fuerza bruta.

¿No sabe, por ventura, ese diplomático astuto que las naciones han abandonado a Pío IX para arrojarlo en poder de las turbas?

¿Ignota que un soberano impío se ha propuesto convertir a la ciudad de los pontífices en la bacanal horrorosa de las abominaciones?

Vemos un verdugo i una víctima; i no es la víctima quien tiembla ante el verdugo, sino el verdugo ante la víctima.

Hé aquí, pues, una nueva persecución.

Pío IX, a semejanza del Cristo, es un varón de dolores.

Como en una ocasión solemne, puede ahora esclamar:

«Ese anfiteatro, ese coliseo, fué, durante los primeros siglos de la Iglesia, como un cáliz que recibió la sangre de los héroes cristianos; en estos momentos es como la copa que recibe nuestras lágrimas. Esa sangre i estas lágrimas claman al cielo.»

Los jesuitas, la eterna pesadilla del impío, ocupan, con justicia, un puesto glorioso en la vanguardia de los defensores del pontificado.

Por eso el déspota prusiano los ha escogido para ser el primer blanco de sus odios.

Era necesario arrancarlos, i que no predicasen al pueblo ni enseñasen a la juventud.

La seguridad del Estado peligraba mientras hubiera un jesuita en el imperio.

No se ha detenido ahí.

Conforme al texto del decreto de espulsion, ha proscrito a todas las órdenes i congregaciones religiosas afiliadas a la *Compañía de Jesús*.

Ha hecho votar en el parlamento tres leyes impías, en que lo absurdo campea con lo monstruoso, i que podrian llevar el nombre de *Código de tiranía*.

¿Qué mas quiere?

¿O será preciso establecer la tortura i el martirio?

No contento con poder esclamar: *¡El Estado soi yo!* grita con despecho: *¡La Iglesia soi yo!*

Pío IX, con ese conocimiento profundo de los hombres i de los sucesos, que le es característico, i con la firmeza del que aboga por la gran causa de Dios i de los hombres, despues de oponer el terrible *fiat* a todas las amenazas, le ha enviado por contestación una enseñanza saludable.

«Decidle, ha contestado, que todo triunfo immoderado es pasajero, i que el triunfo con espíritu de persecución es la mayor locura del mundo.»

No satisfecho todavía el príncipe de Bismark con los ultrajes inferidos a los católicos de Alemania, ha hecho alarde de la mas cínica hipocresía.

Uno de los ministros se ha encargado de anunciar al parlamento que el Estado se encuentra bamboleante, gracias a la actitud asumida por el episcopado alemán.

«La energía de los obispos católicos, ha dicho, i la moderación de los órganos del Estado han independizado completamente a la Iglesia católica. Han despojado al Estado de todos los medios necesarios para oponerse a las pretensiones de Roma. *Arrepentido, quiere salvar su propia existencia; i cueste lo que costare, detener los ataques de que es objeto.*»

Hé aquí un fantasma espantoso que se desploma sobre un imperio omnipotente; hé aquí al triunfador arrogante convertido en un inocente corderillo, i a los obispos alemanes trocados en lobos rapaces i hambrientos.

¿Cómo!

¿No es el enemigo de sacerdotes indefensos el que hizo tributaria a una nación poderosa?

El se decia con insolente orgullo: *¡Nunquid, non sicut feci Samariam et idolis ejus, sic faciam Jerusalem et simulacris ejus!*

«Pero el cielo, dice la Escritura, visitará la insolencia del corazón de Asur; i despues de su victoria encenderá un fuego que lo consuma.»

«Todavía pasará un poco de tiempo, i se consumará mi indignación sobre sus crímenes.»

Pío IX lo ha predicho ya: su palabra es la palabra de Dios en la tierra; habla en presencia de la tumba de sus enemigos. Oigámosle:

«¡Oh! exclamaba, dirijiéndose a los representantes de la juventud católica de Italia en un día solemne, ¿cuántos son los enemigos del pontificado que han muerto, i que, despues de defogar su rabia i haber diezado las almas de los fieles que servian a Dios, han desaparecido; i el pontificado permanece! Si; *ipsi peribunt*; pero vos ¡oh amado Pedro! que vivis en vuestros sucesores; vos, constituido por Dios su vicario en la tierra, permaneceris i permaneceréis siempre: *ipsi peribunt; tu, autem, permanebis*; i permaneceris joven, vigoroso i constante en frente de las persecuciones que purifican a la Iglesia, de que sois cabeza; la lavan de toda mancha, i la vuelven mas fuerte: *ipsi peribunt; tu, autem, permanebis*. Sea esto nuestro consuelo, nuestro alivio i nuestra fé; tengamos por cierto que *ipsi peribunt; Petrus, autem, permanebit usque in finem seculorum.*»

I, en presencia de una diputación de católicos alemanes, lo decia con tono sereno i palabra segura, al recordar las persecuciones diri-



judas por Bismark en Alemania contra la Iglesia, se expresaba así:

.....«Confiad, pues; una pequeña piedra se desprenderá del monte i romperá los piés del coloso.»

¿Ha llegado ya la época de la solución?

No lo sabemos.

La maldad ríe, los gobiernos tiemblan i el catolicismo espera.

La sociedad se encuentra al borde de un abismo; i es necesario salvarlo o desplomarse en el caos.

No hai mas que dos banderas: o reconocéis la Iglesia, i entonces seréis soldados que luchan a la sombra del estandarte del Pontífice; o tendréis que acogeros entre las turbas de la revolución.

I, como las situaciones constantemente se simplifican, puede decirse que el representante de la Iglesia i el déspota del imperio alemán son los campeones de la contienda.

Se ha trabado la lucha entre el poder de Dios i el poder de Satanás.

¿Quién dudará del triunfo de Dios?

Su rival es grande ciertamente.

Segun la magnífica espresión de Veuillot, Bismark es grande como una sombra: a medida que el sol desaparece en el occidente, crece mas i mas; pero en el momento de su apogeo se perderá en las tinieblas.

Santiago, julio de 1873.

CÁRLOS AGUIRRE VARGAS.

PIO IX.

I.

No es un jil que exhala secreta amargura  
Mi acento que brota del alma angustiada;  
Mi lira no es arpa, do el viento murmura  
Sus fúnebres notas en roche callada.  
De un mundo que llora angustio dolor  
Al eco simpático, responde mi voz.

II.

Cuan'lo aun en la cuna tranquilo dormía,  
Al nombre de Pio de amor palpitaba  
La tierra, que alzalo al solio veía  
El héroe sin mancha que ha tiempo guardaba;  
¡El héroe, en cuya alma celestial  
Trabaron hermanas la Fé i Libertad!

III.

De flores i palmas cubrió su camino  
La turba, i ¡perdite! do qu'ere lo llamaron;  
En h'mnos ardientes su her i eso destino  
Con sacro entusiasmo los vates cantaron;  
I cuantos veneran de Cristo la lei  
Ansiosa mirada fijaban en El.

IV.

Primero los cantos de paz i victoria;  
Despues el rujido de horrenda tormenta,  
I Roma, nublando sus dias de gloria,  
Un cálz de acibar al Justo presenta  
I el rei que llamaba en ecos de amor  
En tierra no suya proscrito se vió.

V.

¡Oh Padre del mundo! comienza la prueba  
Los malos te asechan con fiero delirio;  
I al erbe cristiano tu historia renueva  
La historia sublime del grande martirio....  
I, al ver tu Calvari, recuerla a Jesu',  
Siguiendo el camino que lleva a la Cruz!

VI.

No lauros, no palmas, reclama tu frente,  
Ni senda de flores tu planta sagrada;  
Noa tí blanda calma; la paz no consiente  
El nauta, que, fija en Dios la mirada,  
Las fieras borrascas domando del mar,  
Dirije la nave a puerto inmortal!

VII.

El mal encomado tu terno combate;  
La ciencia orgullosa tu ruina predice;  
I ¡oh Padre! tu pecho de amor s'lo lato,  
I a irgratos e impíos tu mano bendice;  
I el mundo, que ansioso aguarda tu voz,  
Palabras escucha de paz i perdón.

VIII.

¡Oh Pio! tu nombre de onazo a la turrona  
Esparcan los vientos; anante lo escucha  
El pueblo cristiano que sufre i que ora,  
I en fé enardecido lo invoca en la lucha,  
Los fuertes del siglo se humillan ante él  
E intentan en vano tu fuerza vencer.

IX.

Suspense contemplo tu vida, que buella  
De luz en el tiempo derrama rai'osa:

Brilló cual ninguna tu fúljida estrella;  
 I en vano con saña la turba furiosa  
 En días nefandos volcó de tu sien  
 Mundana corona ¡Pontífice R.!

## X.

Oyendo ta historia futuras edades  
 —¡Fué un justo, fué un mártir, d'irán algun día;  
 Maestro enseñaba sub'ímes verdades;  
 Cud nadie las glorias alzó de María;  
 I El solo en la Seta, por don singu'ar,  
 De Pedro los días logró contemplar! —

## XI.

Cantor ignorado, mas de alma creyente,  
 Del pié de los Andes mi voz a tí envío:  
 Si acaso a tí alcanza mi ruego fervient',  
 ¡Bendice a la América, bendicela, oh Pio!  
 I el mundo que el Nauta Cristiano ganó,  
 Inóñimes guarde las aras de Dio! —

## XII.

Bendicela ¡oh Pio! América te ama;  
 La Fé en sus hogares espléndida brilla;  
 Acá el hombre libre *cristiano* se llama;  
 Su sien no manchada a Dios solo humilla;  
 I altivo recuerda, cuando ora por tí,  
 Que un día pisaste su tierra feliz!

ENRIQUE DEL SOLAR.

## EL PONTIFICE INFALIBLE.

## I.

¡18 de julio de 1871! Hé aquí una fecha que será por siempre memorable en los anales del catolicismo i del mundo; día solemne que aclamarán con júbilo los verdaderos hijos de la Iglesia i bendecirán a porfía en medio de los trasportes de la mas pura emoción. Una vez mas queda, pues, comprobado; los grandes triunfos se reservan para las grandes luchas, como quiera que las estremas necesidades reclaman estremos recursos.

Cuando la sociedad, bajo formas quizá mas brillantes que nunca, oculta en su seno vergüenzas i ruinas, las ver-

güenzas del deleite i las ruinas del orgullo, egoismo de la inteligencia, como el placer es el egoismo del corazon; cuando con los pretextos de lealtad, de independencia i firmeza en las convicciones, se pretende negar la actual *falsificación* de todos los caracteres; cuando tanto se blasona de progreso i suficiencia intelectual hasta el punto que todos quieren ser maestros, i nadie discípulo; fué admirable, fué consolador i solo reservado a la Iglesia Católica el espectáculo que ofrecieron ancianos venerables, prelados eminentes, que, atravesando las mares, olvidando muchos sus dolores, sufriendo otras mil privaciones, corriendo presurosos al pié del Viminal, rodeando a uno de los sucesores de quien llegó a ese mismo lugar trayendo solo consigo una palabra que le había dicho en su pequeño país un hombre crucificado: *Tú eres Pedro i sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*. El sacrificio, el valor, la humilde sumisión brillarán ahí en hombres que reunan el triple prestigio de la virtud, de la ciencia i de los grandes servicios.

No obstante, nada será tan providencial como ver a esos mismos Pastores proclamar dogma de fé la infalibilidad del Papa. I esto apesar de la viva oposición de muchos, de las amenazas de los gobiernos, i de los rumores siniestros de formidables complicaciones para la Santa Sede. ¡Ah! Es que la verdad es de todos los tiempos; i, como ella es luz i es fuerza, ni se deja engañar por los falsos profetas ni se intimida por los peligros. Mui al contrario: si hai caos, ella lo alumbrará, i si hai conflictos, ella los salvará! Es que la Iglesia no olvida nunca la palabra de eterna victoria que pronunció su fundador: *¡Sufriréis opresión en el mundo, pero confiad, yo he vencido al mundo!* (1) La barca de Pedro, si no miramos mas que a un punto en la extensión de los siglos, a veces parece próxima a zozobrar en medio de la borrasca, i los fieles se apresuran a exclamar: *¡Señor, sálvanos que perecemos!* (2) Pero, considerando la sucesión de los tiempos, la Iglesia aparece con todo su esplendor,

(1) S. Juan, XVI, 8.

(2) S. Mat. VIII, 25.

con toda su pureza i se comprende muy bien esta palabra de Jesucristo en la tempestad: «*Hombres de poca fé ¿por qué habeis dudado?*» (1)

En presencia de la solemne decision del Concilio Vaticano ¿qué deberes ineludibles incumbian a todos los católicos? Primero admitirla sin reserva i acatarla profundamente; despues rendir a Dios el homenaje de la mas espléndida accion de gracias. La definicion de un dogma revelado es uno de los beneficios mas señalados que la Providencia puede dispensar a su Iglesia. Jesus vino al mundo a enseñar la verdad; la felicidad del cielo consiste en la posesion de la verdad; su declaracion explicita en el curso de los siglos comunicará, pues, al cristianismo un nuevo grado de fuerza i de esplendor. Sinembargo, ha habido sus decepciones; la herejía i el orgullo han hecho algunas víctimas ilustres. ¡Lloremos su desgracia; pero no olvidemos tampoco que los eclipses de la verdad en grandes inteligencias no son siempre un síntoma triste; alguna vez son presajio de estar próximas grandes misericordias!

Entre tanto nos proponemos considerar la infalibilidad pontificia en sus relaciones con el dogma, con la razon i con la sociedad.

## II.

In cathedra unitatis presuit  
Deus doctrinam veritatis.—S.  
Agust.

Desde luego, es inquestionable que la Iglesia no puede crear dogma alguno; ni fué ésa tampoco la mision que le confiara su Divino Fundador. Ella, desde el primer día hasta la consumacion de los siglos ha vivido i vivirá en la verdad total de que Jesucristo la hizo depositaria, bajo la asistencia e inspiracion del Espíritu Santo. «I el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas i os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.» (2) Una verdad definida no es, pues, una verdad creada;

(1) S. Mat. XIV, 31.

(2) S. Juan, XIV, 26.

de la primera se podrá siempre repetir: *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*. ¿Por qué? Porque siempre habrá existido a lo ménos implicitamente en el pensamiento i en la fé de la Iglesia, profesándola en otra verdad espresamente declarada. La Iglesia no ha cesado de esclamar un instante con S. Juan: *el Verbo se hizo carne*, i solo en Efeso declaraba que en el Hombre Dios era preciso reconocer una persona única; para desarrollar mas este misterio agregaba en Calcedonia que habia dos naturalezas, divina i humana, en la personalidad del Verbo-encarnado. Despues decretaba en Constantinopla que se debia reconocer en Jesucristo una doble voluntad i una doble operacion. Escusamos otras citas: la Historia Eclesiástica las suministra muy abundantes. Concluylamos, sí, recordando que, al modo cómo el Redentor no inmortalizó entre nosotros su persona oculta bajo simbolos de vida, así su palabra quedó tambien contenida en la Escritura i la Tradicion. Estas son las fuentes cuya pureza conserva la Iglesia i a ellas vá cuando quiere derramar sobre el mundo los torrentes de luz que lo vivificarán i remediarán las grandes necesidades que de tiempo en tiempo se dejan sentir.

No han faltado quienes hayan esclamado con tono triunfante: «la infalibilidad del Pontífice es un dogma nuevo.» Sí, es nuevo en su manifestacion esterna, tal cual hoí se define; pero es antiguo, muy antiguo en la conciencia íntima de la Iglesia. El foco de luz es lo antiguo, la irradiacion lo nuevo. Lo vamos a demostrar citando tres palabras célebres pronunciadas en tres circunstancias solemnes.

Jesucristo recorria un día la Galilea con sus discípulos; se detuvo i les dijo: «¿Qué dicen los hombres de mí?... ¿I vosotros qué decis?»—Respondió Pedro: «Vos sois el Cristo, hijo de Dios vivo.» El Salvador, para recompensar esta bella confesion de su divinidad, le dijo a su turno: «Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos; i yo te digo que tú eres Pedro i sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, i



las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» (1) El eco de estas palabras ha vibrado siempre en la inmensidad de los siglos i han quedado impresas en caracteres indelebles sobre el trono de San Pedro. Jesus, en aquella circunstancia, hablando de su Iglesia por la vez primera, declaró su intencion espresa de fundarla él mismo, pero declaró tambien la base sobre la cual la estableceria. Un fundamento puesto por Dios no puede fallar; el edificio en él sustentado durará siempre, porque su base es inquebrantable. Pedro hasta entónces era un simple apóstol, Jesus le añade ahora otra cualidad, le cambia su nombre i le llama Pedro, porque Pedro es uno de los nombres proféticos del mismo Cristo. Isaías llamaba al Mesías *pedra escogida, angular, fundamental*. (2) Pedro es, pues, con Jesucristo i en Jesucristo el fundamento de la Iglesia i ésta, sin aquel, no podria existir.

Pero aquí solo se vé un premio especial, una prerogativa individual concedida a la fé de Pedro i al amor de Pedro.—Nó, quien dice Pedro, dice toda la série de sus sucesores, porque Pedro no puede morir; de otro modo la Iglesia, no teniendo fundamento, dejaria de existir i las prerogativas de Pedro son personales en él i en toda la sucesion de los Pontífices romanos, en quienes la tradicion entera ha reconocido formar con él una sola persona; pues bien, el fundamento es único, porque hai un solo Cristo i una sola Iglesia; luego todo debe descansar en este fundamento, apóstoles i discípulos, obispos i simples fieles, en una palabra, toda la sociedad católica: *Super hanc petram edificabo ecclesiam meam*.

Era la víspera de la Pasion, i Jesus celebraba con sus discípulos la última cena, cuando volviéndose a Pedro, le dijo: «Simon, Simon, hé aquí que Satanás os ha pedido a todos vosotros para cribaros como el trigo; mas yo he rogado por tí, que no falte tu fé, i tu, una vez convertido, confirma a tus hermanos.» (3) Todos los apóstoles están amenazados por Satanás, Jesus podia socorrerlos di-

rectamente, pero declaró que será San Pedro quien los salvará. El Salvador ruega por él solo, *pro te*, i obtiene por la eficacia de la súplica divina, que su fé sea siempre firme i estable; *ut non deficiat fides tua*, para que, sostenido con este apoyo, sea la fuerza de sus hermanos; *confirma fratres tuos*. «In Petro ergo omnium fortitudo munitur, escribia el inmortal San Leon, *et divina gratie ita ordinatur auxilium ut firmatas que per Christum Petro tribuitur, per Petrum apostolis conferatur.*»

Jesucristo, al asegurar que la fé de Pedro jamas faltaria ¿no declaró por lo mismo que sería infalible en su enseñanza? I cuando le encargó de confirmar en la fé a sus hermanos, ¿no nos enseñó que el jefe de la Iglesia, lejos de recibir lecciones sobre la fé, debe darlas a todos i a todos confirmarles en esa misma fé?

Por último, despues de su resurreccion, dijo Jesus un dia a Pedro: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?» Pedro respondió: «Señor, vos sabeis que os amo.» Jesus le dijo: «Apacienta mis corderos.» Por tercera vez el Salvador repitió la misma pregunta. Afijióse de éllo Pedro i exclamó: «Señor, vos lo sabeis todo; vos sabeis que yo os amo.» I Jesus le dijo: «Apacienta mis ovejas.»

(1) No podemos dejar de notar las circunstancias en que se pronunciaron estas palabras. Pedro se habia convertido; el Salvador tenia cumplida su mision; iba a dejar la tierra en pocos dias mas; llegaba el momento de establecer en sus funciones al que habia anunciado cuando, hablando de su Iglesia, dijo: «No habrá mas que un solo rebaño i un solo pastor.» (2) El Mesías habia sido designado con los nombres de Piedra Fundamental, de Pastor. Del primero participaba ya el hijo de Juan; del segundo queda ahora revestido. Será el pastor de todo el rebaño, será el pastor de los pastores i solo así se conservará la unidad: *pasce agnos meos, pasce oves meas*. El rebaño no puede vivir sin la verdad: el primer deber del pastor supremo será, pues, enseñarla. Mas, si con la auto-

(1) S. Mat. XVI, 13, 18.

(2) Isaías, XXXIII, 16.

(3) San Lucas, XXII, 31, 32.

(1) San Juan, XXI, 15 i 17.

(2) San Juan, XI, 14.

ridad del maestro, propusiese el error, no habria medio en esta alternativa: o pervertiria a las ovejas i a los corderos que estaban bajo su guarda, i entónces pereceria el rebaño, o este rechazaria a su pastor i al instante se romperia la unidad. Las promesas de Jesucristo nos aseguran que ni una ni otra de estas desgracias es posible, porque traerian consigo la ruina de la Iglesia. Hé aquí, pues, las tres palabras sagradas sobre que descansa la Infalibilidad Pontificia.

La tradicion, la fé viva de la Iglesia, nos atestigua lo mismo con voz unánime i con tal riqueza de testimonios que no la podria presentar quizas la mayor parte de los otros dogmas. Nada es tan consolador para la fé i tan tierno para el corazon como escuchar en los diversos puntos del horizonte católico las elocuentes demostraciones de las antiguas cristiandades. Ora es la primitiva Iglesia que, hablando por boca de San Ireneo, llama a la Cátedra de Pedro, *regla de la fé*, (1) ora es Cartago, declarando por San Cipriano que, si hai cismas i herejias, es porque no se vuelven todas las miradas hácia el Pontífice, juez de la Iglesia, en lugar de Jesucristo, (2) aquí se oye a Cesarea exclamando con San Basilio: «si lo que debemos creer no lo define el Concilio, menester es que lo haga el Pontífice Romano» (3), allí escribe Hipona, por la pluma de San Agustín (4), o bien el desierto por la de San Jerónimo (5) confesando la misma verdad. Para decirlo todo de una vez, las consecuencias de los tres textos bíblicos que acabamos de esponer se encuentran constantemente espesadas o aplicadas en todos los monumentos de la tradicion. Todo este testimonio de la antigüedad cristiana, todas estas voces de santos i doctores, todo esto que puede ser llamado una aclamacion de todos los siglos, está contenido en la reciente afirmacion del Concilio Vaticano. Queda, pues, establecido que la Iglesia, al definir la doctrina de la Infalibilidad del Pontífice, no inventó verdad nueva al-

guna: lo único que sucedió fué que una verdad de fé divina pasó a ser un artículo de fé católica, un dogma.

### III.

*Une autorité doctrinale, divinement instituée ne se conçoit pas sans l'infalibilité.* — (MALEBRANCHE.)

La fé establece este dogma, i la razon, al contemplar su belleza i su necesidad, le rinde tambien el testimonio de su admiracion. Ve en Roma la unidad viviente del cristianismo i la unidad es en sí la mas admirable de las cosas, porque es la misma forma del sér, aquello por lo que todo vive, todo se conserva, renueva i perfecciona; el mismo Dios no puede definirse mejor que aplicándole bajo todas las relaciones, la idea de la unidad. Por la unidad de esencia es espíritu; por la unidad de tiempo, es eterno; por la unidad de lugar, es inmenso; por la unidad de conceptos, es la ciencia infinita. A todos los seres creados Dios les ha comunicado mas o ménos el poder de la unidad, i perecen cuando cesan de poseerla en la medida que necesitan, segun su mayor o menor perfeccion. Desde el cielo a la tierra, desde Dios a la creatura, se desarrolla una cadena no interrumpida de unidades, i se ve que las superiores influyen sobre las inferiores para comunicarles mas vida i perfeccion.

La unidad es tambien la forma de la verdad, porque la verdad no es mas que el sér en cuanto conocido por la inteligencia, i, a la manera que los seres están ligados entre sí, lo están tambien las verdades. La inteligencia trabaja por descubrir las relaciones de las cosas, i la vida por conservarlas. La falta de unidad es precursora de la muerte i antecedente del error.

Finalmente la unidad es la forma de lo bello. Nada es bello sino lo que es uno, o, en otros términos, lo que es armonioso.

Sin unidad, no hai sér, verdad ni belleza. Tampoco habrá, sin ella, vida, inteligencia ni amor.

Jesucristo, en la víspera de su muerte

(1) Adv. hæres, lib. III.

(2) Epist. 55 ad Corin.

(3) Epist. 25, ad Athanasium.

(4) Sermo 131.

(5) Epist. 15.



dirijia a Dios esta plegaria: «No os ruego tan solo por ellos (hablaba de sus discípulos) sino tambien por todos los que crearán en mí por medio de su palabra para que todos sean unos como vos, Padre mio, sois en mí i yo en vos; para que ellos tambien sean unos en los otros, i crea el mundo que me habeis enviado.» (1)

Jesús, el Salvador de la humanidad, habia traído la vida en su persona sagrada, la inteligencia en su palabra, el amor en su sacrificio. I por eso, el pobre se sentó junto al rico, el grande con el pequeño, el civilizado enjugó el llanto del salvaje, i todas las miserias encontraron amigos, i nacieron las vírgenes i sípuse en el Universo que no habia mas que una fé, un bautismo i un Dios. La Iglesia católica estaba en el mundo. Pero, cuando se consideran los elementos de discordia i de error que han minado siempre la gran sociedad humana, cuando todo se desploma en derredor de la Iglesia i solo ella permanece de pié i victoriosa, se pregunta uno: ¿cómo ha atravesado los siglos, siendo siempre la misma i siempre una, siendo siempre combatida i siempre invencible, coronada de la auréola de sus mártires i de sus doctores, resplandeciente con todas las glorias de la ciencia, del talento, de la civilizacion, de las virtudes i del jénio? Es cierto, ella habia recibido de su fundador la triple unidad de vida, de inteligencia i de amor; pero no basta recibir, es necesario conservar. Si Jesucristo hubiera permanecido visible sobre la tierra, él mismo hubiera sido la fuerza que todo lo hubiera reducido, el centro de donde hubiesen emanado i adonde hubiesen converjido, para difundirse de nuevo, todos los rayos de la unidad. Mas, no habiendo sucedido eso, ¿cómo se personificará a su vez esta resistencia? ¿cómo se efectuará la conservacion providencial del depósito de la fé revelada en medio del espantoso i continuo tormento de la herejía? Por el Pontífice. Era preciso que existiese un depositario único i permanente que fuese el órgano supremo de la palabra evanjélica i la fuente inviolable de la comunión

universal; era preciso que, siendo Jesucristo, desde lo alto del cielo, el vínculo misterioso de la Iglesia, tuviera en este mundo un Vicario, que fuese su lazo visible, su oráculo viviente, su unidad madre i maestra. Era preciso que hubiese un centro de unidad i un doctor universal. El Pontífice Romano será lo uno i lo otro. Pues bien, siendo centro de unidad, i siendo doctor, debe ser infalible. Efectivamente, considerándolo bajo el primer carácter, a él deben ocurrir todas las Iglesias i todos los cristianos como los radios de un círculo al punto céntrico, como los rios a las fuentes. Supongamos que el Papa pudiese errar en sus decisiones sobre la fé, la moral o disciplina jeneral de la Iglesia. Como lo decíamos en circunstancias análogas, no habria otra opcion que abrazar el error para mantener en él la comunión o separarse de ella para no unirse con ella en el error. I no se diga que este argumento estriba sobre una equivocacion, pues el Obispo en su diócesis, el metropolitano en su provincia son tambien centros de unidad, i nadie dice que por eso sean infalibles; pero ¿quién no ve que el Obispo, el metropolitano son sus centros intermediarios i subalternos en cuyo defecto queda siempre un centro último i universal i al que debemos estar unidos para ser miembros de la Iglesia de Jesucristo?

Dijimos en segundo lugar que el Pontífice debia ser doctor universal, i así lo declaró tambien el Concilio Ecueménico de Florencia: «Definimos que la Santa Sede Apostólica i el Pontífice Romano tienen el primado sobre todo el mundo... El Pontífice Romano es el sucesor del Bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles; es el Vicario de Jesucristo, el Jefe de toda la Iglesia, el Padre i el Doctor de todos los cristianos... i ha recibido de Nuestro Señor pleno poder para rejir i gobernar a la Iglesia Universal, como se ha declarado en Concilios Ecueménicos, i en sagrados Cánones.» (1) Ni podria ser de otra manera: la Iglesia forma una sociedad publica de entendimientos, eminentemente espiritual i perfecta. Es evidente que

(1) S. Juan XVII, 26, 21.

(1) Labbe, t. XIII, c. 1. 513.



debe existir una soberanía intelectual. Así como no hai sociedad civil sin una soberanía civil, tampoco hai sociedad de entendimientos sin soberanía intelectual, soberanía que no destruye la libertad de la inteligencia, como la soberanía civil no destruye la libertad civil, sino que la garantiza i la establece. En tésis jeneral, nadie tiene derecho de enseñar si no está cierto de lo que enseña, ni nadie tampoco tiene derecho de exigir que se admita todo lo que enseña si no es infalible. La certidumbre es la relacion actual de una inteligencia con la verdad. La Infalibilidad es la relacion perpétua de la inteligencia con la misma verdad. La primera forma parte de los medios i de los derechos del hombre racional; la segunda no pertenece al hombre ni al conjunto de los hombres, porque haitanta debilidad en su espíritu como miserias en su corazón. Todo lo que pueden hacer cuando enseñan es estar ciertos de su enseñanza, i cada cual puede preguntarse si se engañan o quieren engañarnos. Al contrario, cuando una autoridad es infalible, basta conocer lo que ella dice para que se tenga el derecho i el deber de prestarle rendida fé. El Pontífice elegido por Dios para enseñar al jénero humano tiene al mismo tiempo la certidumbre i la infalibilidad; está cierto de sus prerogativas i es infalible en el depósito de la fé, cuya propagacion i confirmacion le fueron confiadas: *confirma fratres tuos*.

¿Cómo enseñar al jénero humano, cómo exigirle su asentimiento constante i absoluto sin la posesion de aquel privilejio? Si el Papa pudiera engañarse, los fieles quedarían en libertad de juzgar si de hecho se habia engañado en cada caso particular, i entonces el jefe de la Iglesia, el centro de la unidad, el Doctor Universal no podría emplear otro lenguaje que éste: «Hé aquí cómo entiendo yo este o aquel punto de dogma, de moral, de disciplina jeneral; ved si vuestra razon está conforme con la mia.» — Cualquiera podría corregir, rechazar i aun condenar la doctrina del Maestro. ¡Ah! si tal hubiera sucedido, la Iglesia no habria podido sostenerse i perpetuarse en su unidad perfecta, durante dieznueve siglos, al traves de una enseñan-

za que se reviste de todas las formas, triunfante de las luchas que descubren todas las contradicciones i entre la multitud de espíritus elevados que esta unidad ha encerrado siempre en su seno. Si el Papa no es infalible, puede errar, i con la plena potestad que le ha dado Jesus puede proponer su error para que lo crea la Iglesia. Esta puede, seguro, creer su proposicion, porque si no cree al que tiene por su fundador pleno poder para apacentarla con la enseñanza i entre la quién debería creer? La Iglesia erraría, pues, con el Papa, i una Iglesia Universal que yerra en materia de fé deja de ser Iglesia. Mas, como esto es incompatible con las promesas del Salvador, es forzoso admitir que el Papa es infalible en sus decisiones para que no pueda inducir a la Iglesia en un error inevitable i para que no vengan a falsear las promesas i palabras del que es eterna verdad.

«Confesamos la infalibilidad de la Iglesia en jeneral, dirá alguno; pero negamos la del Pontífice.» La infalibilidad de la Iglesia, mui léjos de escluir la del Pontífice, la supone, porque no existe sin el concurso de éste, en tanto que él tiene ámplio poder para rejir i gobernar. No se venga a decir que hai dos infalibilidades en choque o por lo ménos neutralizadas. En realidad no hai mas que una: la del Papa. La otra no es mas que un apéndice, un complemento de la primera.

«La Iglesia, añadirá otro, no necesita de la infalibilidad del Pontífice para hacer frente a los errores, para conservar intacta su unidad, posee medios mui seguros i tan espeditos que en su mano está usarlos: reuna concilios ecuménicos, i salvará todos los conflictos.» — Notemos desde luego que la autoridad del concilio descansa sobre la del Papa, es él quien juzga la oportunidad de su convocacion, quien preside todas sus deliberaciones, i tan reconocida es su autoridad, que en caso de fracciones, de mayorías i minorías, el Pontífice, unido a la minoría, prevalece contra la mayoría separada de él. Ahora, por lo que hace al arbitrio que se indica, de ninguna manera salva las dificultades ni produce los bienes en cuyo favor se invoca. Suponed que se suscite una cuestion en ma-

teria de fé, ¿a quién deben recurrir los fieles por una decision de cuya verdad no puedan dudar?—Al concilio se ponderará. Pero ¿es posible reunir un Concilio Universal siempre que lo quieran los obispos? ¿No habrá inconvenientes que lo retarden? ¿Será siempre fácil i pronta su conclusion?

Entre el Concilio de Trento i el del Vaticano mediaron tres siglos, i diga la historia cuántas dificultades hubo que vencer para que pudiera celebrarse libremente ese penúltimo Concilio; i diga cada uno de nosotros cuánto furor, cuántas maquinaciones, cuántas pérdidas insinuaciones, cuántas amenazas persiguieron, desde su convocacion, al Concilio Vaticano, hasta que, consumada la mas inícuca i deplorable usurpacion, se vió obligado a suspender sus sesiones, esperando mejores tiempos, que quizá mui pronto lucirán.

Mientras se reúne un Concilio, mientras se allanen las dificultades para su celebracion, hasta que pronuncie su clausura ¿a quién recurrirán los fieles para salir de la duda o del error? ¿Han de esperar la decision del Concilio? Entonces durante diez, veinte, treinta o mas años la Iglesia deberá estar en la duda o en el error acerca de un punto sustancial de la fé. ¿Es ésto racional? ¿Es ésto salvar los conflictos, oponerse a los errores, conservar pura e intacta la unidad? ¿O es mas bien fluctuar como niños i dejarse arrastrar por todo viento de doctrina, segun la enérgica expresion del Apóstol? (1).

«La Iglesia, esclamará otro, ha desafiado todas las borrascas, hace ya dieznueve siglos. Ella sola ha sido la columna de la verdad i no ha necesitado de la infalibilidad pontificia, que solo ayer se ha definido.»—Exactamente solo ayer se ha definido; pero desde que pronunció el Salvador tres palabras, ello existia en el corazon de las generaciones, en el convencimiento íntimo de todos los hombres mas eminentes que ha tenido la Iglesia en ciencia i en virtud, i todo el gobierno eclesiástico, todos los procedimientos de importancia, todas las necesidades han ido a buscar su inspi-

racion i su auxilio en esa verdad tan antigua i tan nueva.

«¿Hasta dónde se estiende la infalibilidad del Pontífice? ¿A todo lo que decida o prescriba sin condicion, sin limitacion alguna?»—Tamaño absurdo se pretende incluir en el dogma; pero el absurdo no existe en el dogma definido por la Iglesia; existe en el dogma definido por la ignorancia o la mala fé. El Papa es infalible solo cuando habla como autoridad suprema, como Doctor Universal; cuando custodia o promulga verdades reveladas i no verdades inventadas por él; su insigne prerogativa no es la inspiracion que crea lo que no es; es, sí, la asistencia que descubre i conserva lo que ya existe. Si discurre sobre ciencias, sobre artes, sobre política, aun sobre teología, pero solo en calidad de doctor privado, puede incurrir en muchos errores; ménos será infalible en su conducta moral, aun cuando esto es confundir las ideas: la infalibilidad es prerogativa de la intelijencia, i la impecabilidad virtud del corazon. Todos los papas, se ha dicho, han tenido necesidad de un confesor que les remita sus pecados; mas no de un censor que corrija sus errores; i, así como manos impuras pueden, en los altares derramar sobre el mundo la vida del sacramento i del sacrificio, de la misma manera en el trono de San Pedro, la verdad puede descender del cielo a la tierra pasando por labios manchados.

#### IV.

Si desapareciera la Iglesia Católica, nada habria digno ni capaz de reemplazarlo.—(LEIBNITZ.)

Réstanos ahora apreciar el influjo que está llamado a producir en la sociedad el dogma recientemente definido.

Lo hemos visto, la verdad católica, la unidad católica reclaman un Pontífice infalible, sin él no pueden existir; pero ¿qué interes pueden vincular las sociedades a esa verdad, a esa unidad? Humanamente hablando, ¿les va algo en ello?

Nuestro siglo presencia la continuacion de una lucha porfiada i tenaz entre

(1) San Pablo, *Ad Ephes*, cap. IV, v. 14.



dos poderes: el poder católico i el poder racionalista; ¡cosa singular! la escuela que niega todo dogma principia por enseñar i por defender uno: su dogma es que la naturaleza se basta a sí misma en todos los órdenes de cosas, para vivir i para morir. Su aspiracion es llegar a ser en el órden intelectual el soberano absoluto de sus ideas; en el órden moral, el juez único de sus acciones; en el órden social, no reconocen otra autoridad que la que cada cual elije directamente. Todo el que despliegue las banderas del racionalismo, leerá en ella estos principios. Es evidente que su triunfo no sería posible sino por la destruccion del catolicismo; por eso se descubre en tantas inteligencias para quienes todo es bueno, si la Iglesia está oprimida i despojada; para quienes todo es execrable, cuando se percibe que en alguna parte siquiera se le ha hecho sombra para que repose de sus fatigas. Pero, ¿no se palpan ya las consecuencias del racionalismo? ¿no se ve en todas partes el debilitamiento de la autoridad espiritual, junto con la destruccion de las bases de la autoridad civil? Muchas naciones son empujadas hácia el caos por las vías del orgullo, de las ambiciones, de la sensualidad. ¿Qué falta en el mundo? ¿qué se estingue en el mundo? La verdad católica. Ella es el faro que resplandece en el desierto tenebroso de esta vida para alumbrar a la humanidad; si a ella se desprecia, es para caer en un deísmo vago, o en un ateísmo insolente, o en un panteísmo ridículo i absurdo; para quemar incienso en los santuarios de la diosa Razon; para restaurar el paganismo con todas sus pompas, sus voluptuosidades, sus abominaciones i sus horrores. La historia i la esperiencia lo prueban demasiado; por eso, ¡ai del día en que la verdad católica llegara a desaparecer absolutamente de la tierra! Las tinieblas de todos los errores la cubrirían con el fango de todos los vicios, i el mundo moral i el mundo político no presentarian mas que la imagen de un abismo: todo sería ignorancia, confusion, inmoralidad i crimen.

No interesa ménos la conservacion de la unidad católica: es sabido que la perfeccion social consiste en la perfec-

ta union de sentimientos, de intereses i de afecciones. (1) Testimonios mui elocuentes i numerosos aducidos con fines mui diversos, prueban sobradamente que entre los hombres no hai vínculo mas poderoso que la religion. Todos sentimos, aun cuando no lo confesemos, i aun cuando lo neguemos, la necesidad de estrecharnos por unos mismos sentimientos religiosos; ello se funda en una lei intelectual i en una necesidad del corazon: la religion es verdad i es bien. Verdad sublime, acrece al comunicarla, ¿cómo no esforzarse entónces en difundirla por todos los medios posibles, i unidos contemplar su belleza? Felicidad cierta, ¿cómo no hacerla disfrutar a todos los que ama su corazon? En la familia, sobre todo, donde los sentimientos i los vínculos son mas fuertes i mas dulces que en toda otra especie de relacion, ¿qué vacío tan insoportable i tan desolador crea la ausencia de unidad religiosa! (2) Diferentes creencias religiosas deben formar necesariamente diversas sociedades que tiendan perpétuamente a repararse i a concluir con la armonía i la tranquilidad de un Estado. Hé aquí un peligro mui sério i que han divisado todos los políticos de talento i de penetracion. «Los principes i las repúblicas que quieran mantenerse al abrigo de toda corrupcion, escribia Maquiavelo, deben en primer lugar conservar en toda su pureza la unidad de la religion i sus ceremonias i mantener el respeto debido a su santidad; porque no hai signo mas seguro de la ruina de un Estado que el menosprecio del culto divino.» (3)

Pues bien, para conservar ahora la verdad católica; para iluminar el caos producido por la anarquía de todos los errores i de todas las monstruosidades; para establecer el principio de autoridad que se desploma, en medio de las convulsiones de la agonía i de las catástrofes de la demagogia; para reunir con mano vigorosa los restos de instituciones, de creencias, de elementos de vida que flotan aquí i allá en el naufra-

(1) Taparelli. Derecho natural, lib. IV, cap. IV.

(2) Taparelli en el lugar citado.

(3) *Discours sur la première décade de Tite-Live*, liv. I, cap. XII.



ño que presenciarnos, para reconstruir las bases sociales i preparar un porvenir mas venturoso, ¿cómo no ver los recursos i las garantías que ofrecerá la última definición dogmática? Ella es luz, prestigio, fuerza i orden. Ni se alarmen los que viven en el recuerdo de las defecciones, de las apostasías que ha suscitado en la familia católica la resistencia al Concilio Vaticano. Debemos creer en la Iglesia porque es divina i no porque sea popular; además, como se ha dicho muy bien, las divisiones serán pasajeras, la union será durable; de sus resultados juzgará el porvenir.

Concluiremos copiando las bellas i entusiastas palabras de un sabio autor contemporáneo: «Aun cuando no quedarán sino poquísimos católicos, el catolicismo siempre sería la verdad; si las olas de la apostasia cubriesen como las aguas del diluvio las mas elevadas montañas, si, arrastrados a una de estas simas desiertas por la invasion de la iniquidad universal, hubiéramos quedado solos con nuestra cruz, nuestro tabernáculo i nuestro evangelio, solos en medio de las ruinas del mundo católico, con una mano tendida hácia el lugar donde fué Roma i la otra sobre la cabeza adorable de Cristo, debíamos repetir todavía: ¡Señor, aun cuando todo el género humano se escandalice de vos, yo no me escandalizaré jamás!» (1)

Entretanto, a nadie se oculta la gravedad solemne de la crisis por que atraviesa el Pontífice venerable que inclina su frente cargada con el peso de los años i abrumadoras angustias. Deber gratísimo será para todos los católicos, siquiera con el afecto, caer de rodillas a los piés del Vicario de Dios, i allí enjugar sus lágrimas, i allí hacerle protestas de amor i sumision, i allí retemplar el alma en las fuentes del consuelo i de la esperanza al escuchar de sus lábios estas palabras de San Pablo: «*Christus heri et hodie ipso et in secula.*» (2)

MANUEL DIAZ.

## LA INFALIBILIDAD.

...Quod parasti ante faciem  
omnium populorum lumen ad  
revelationem gentium.

Cantemos al señor que el sol ardiente  
Suspendió en la ancha bóveda del cielo,  
Disipando la noche tenebrosa;  
Cantemos al Señor que refulgente  
Hizo brillar el iris de consuelo,  
Después que con su saña poderosa  
En mar tornara el mundo delinciente.

Cantemos al Señor que en alta cumbre  
El fanal encendió de viva lumbre  
Que el anhelado puerto,  
Dulce asilo de amor i paz segura,  
Al naufrago mostrase  
Entre las sombras de la noche oscura  
I del vecino escollo le salvase.

Cantemos al señor que el solio augusto  
Alzó inmortal en medio de los hombres,  
I arrancando una chispa de sí mismo  
De verdad con la espléndida aureola  
Del Pontífice santo orló la frente  
I rujir de furor hizo al Altísimo  
I postrarse a la tierra reverente.

Si, ¡gloria a tí, Señor! porque dijiste  
Al universo: ¡existe!  
I brotaron los mundo de la na'ra,  
I a los mundos los soles alumbraron,  
I las esferas súbitas rodaron,  
I con voz acordada,  
Al compas de su agosto movimiento,  
Anunciaban tu gloria al firmamento.

Si, ¡gloria a tí, Señor! la tierra un día  
Entre las sombras del error yacia:  
Mas tu voz soberana  
¡La verdad, dijo, entre las jentes sea,  
I que todo hombre sus fulgores vea!  
I brilló la verdad i huyó la sombra;  
I los buenos tu nombre bendijeron  
I los malvados de furor jimieron.

¿Ha sido acaso el corazón humano  
Condenado por Dios, sobre la tierra  
A luchar siempre en angustiosa guerra  
I a luchar siempre con esfuerzo vano?  
¿Pudo ser tan cruel el Dios del cielo  
Que al hombre infortunado  
Alas le diese; i un deseo ardiente  
De remontar altísimo su vuelo  
Encendiera en su mente,  
Teniéndole entretanto  
Con pesada cadena atado al suelo?

¿Será el hombre infeliz triste proscrito,  
Que consumido de recuerdos jima,

(1) Canssetto. *Le bon sens de la foi*, liv. III, cap. II.

(2) *San Pablo, ad hebreos*, cap. XIII, vers. 8.

Sintiendo en sus oídos siempre el grito  
Que le diga: ¡tu patria está cercana;  
Mas nunca la veras: tu angustia es vana?  
¡Ah! morir de recuerdos; en el pecho  
Sentir profunda la incesante llama  
Del amor patrio; al lejos  
Entrever los reflejos  
Del patrio sol, traídos por los vientos,  
Oír a la distancia los acentos  
De los seres queridos....  
Hombre, ¿es esa tu suerte?  
¡Ah, no! No es eso vida; es mas que muerte!

¿Qué confuso rumor hasta acá llega?  
Escuchad los lamentos,  
Los gritos de dolor, de furia ciega  
Que se alzan por doquier? Oíd cuál jimen,  
Respirando una atmósfera de crimen,  
I del error entre la niebla oscura  
Los míseros humanos; ved cuál corren  
En confuso tropel, entre las sombras,  
I el orbe todo en su anhelar recorren;  
I, si a lo lejos una luz perciben  
Que entre la oscuridad débil fulgura,  
¡Allá está la verdad! gozosos gritan;  
I por lograrla, férvidos, se ajitan  
I un desengaño mas solo reciben.

¡Miseria humanidad, es tu destino  
Acosada sentirte de continuo  
Por infinito anhelo  
De dicha i de verdad, corriendo siempre  
Por el desierto estéril de la vida,  
Siempre jimiendo en angustioso duelo,  
Asiendo siempre una ilusión mentida!  
¿Es la verdad, acaso, sobre el suelo,  
Cuando a los ojos ávidos se ofrece,  
Miraje que, al llegar, se desvanece?

¡Soberano Señor, Padre amoroso!  
Ese sendero triste  
No es el sendero que al mortal pusiste!  
Mas alto es su destino:  
La verdad con su brillo esplendoroso  
Es la guía que diste a su camino!

Los lamentos del hombre a tí llegaron,  
Viste su pecho henchido de amargura,  
Tus entrañas de pedre se apiadaron  
I con amor miraste a tu creatura.  
¡Yo le alzaré, dijiste,  
Desde su inmundada escoria,  
Al alto trono de mi excelsa gloria!  
Yo ceñiré su frente  
De la aureola de luz que me circunda  
I su palabra de verdad profunda  
Oírá pasmado el querubín ardiente!

Alzóse entónces en medio las naciones,  
De majestad vestido, un noble anciano:  
De sus labios manaban bendiciones  
I rompía su mente todo arcano.

I, su vista tendiendo  
Del frío Septentrión al Mediodía,  
Con voz amante sin cesar decía:  
«¡Venid a mí los que jemís cansados,  
Venid a mí los que el error oprime,  
Venid los que lloráis desesperados,  
Venid los que vivís en negra duda!  
En mí hai consuelo, hai luz: todo el que jime  
A mi regazo paternal acuda!»  
I sus labios se abrian,  
I la verdad hermosa pronunciaban;  
I llegaban a él los que jemían,  
I alegres de su seno se apartaban.

I contra tí, Señor, de enojo llenos,  
Decían los malvados,  
En su despecho atroz: ¿Quién es este hombre  
Que dice la verdad? Regocijados  
Por tu alta gloria i tu bondad, los buenos  
Bendecían tu nombre.

¡Solo tú eres el grande, solo el Santo,  
Solo ante tí se inclinará mi frente,  
I solo a tí se elevará mi canto  
I solo tú doblegarás mi mente!  
No es mengua, nó, que doble lo rodilla  
Ante tí, Santo Dios, que en mí pusiste  
La luz de la razón, que excelsa brilla  
Cuando se rinde a tu palabra angusta.  
Es justo que te adore i que te ame,  
Que, agradecido, el corazón eleve  
Un cántico de amor, que en él lo inflame  
La misma luz que a tus bondades debe.

Una en pos de otra por el mar avanzan  
De furia henchidas las hirvientes olas,  
I el ancho espacio su rujido atruena;  
Ora sus torbellinos  
Hacia los cielos, atrevidas, lanzan,  
Ora permiten ver, al retorcerse  
Del negro fondo la menuda arena.  
¡Ai de la nave que a su rabia ciega  
El navegante temerario entrega!  
Pero es su furia ociosa,  
Su furia que a los cielos amenaza,  
Cuando en la roca inmóvil va a estrellarse.  
Jimiendo se revuelve i despedaza  
I, cual de blanca pluma,  
Vuelan los copos de lijera espuma;  
I, al deshacerse, al rededor blanquea;  
I en el cristal inquieto  
El sol con luz brillante centellea.

Así también, anciano venerable,  
En su furor protervo,  
Se avalanzan rujientes los errores  
A estrellarse impotentes a tu planta:  
Que por tus labios el Divino Verbo,  
El que en Pedro te dijo: ¡Tú eres piedra!  
Dieta la verdad santa;  
I del error rabioso los furcores  
Se destrozan en ella,

Cual la ola espumosa  
Que en la roca se estrella.  
¡Mira a tu alrededor: ni uno parece!  
Castigo justo de su audacia insana,  
El señor los cubrió de negra afrenta!  
I la verdad, en tanto, resplandece  
I su serena luz al orbe ostenta.

¡Hombre insensato, tu razon doblega:  
Es Dios, por ese Anciano,  
Quien a tu mente pervertida i ciega  
Señala, bondadoso,  
De la verdad el brillo soberano!  
Ante él abate tu razon mezquina!  
Es Dios ¡la frente inclina!  
Que te arrancó a tí mismo de la nada  
Con la voz de sus labios emanada,  
Que hace ajitarse al píelago profundo  
I que da vida i movimiento al mundo.

Mas, ingrato, huyes de El, su nombre insultas,  
A su amante palabra no respondes;  
Buscas la luz, i de la luz te ocultas,  
I entre las sombras del error te escondes.  
¡Marcha, insensato, tu razon siguiendo;  
Con Dios compite en conocer su obra,  
La dicha i la verdad desconociendo!  
¡Anda, i tu antigua libertad recobra!

¡Hombre, la libertad que has conseguido  
Es jemir en el duro cautiverio  
A que te ha sometido  
Del error vil el caprichoso imperio!  
La voz no escuchas con que Dios te llama  
I se esparce el veneno  
De la desdicha en tu angustiado seno,  
En tanto que el error el fuego aviva  
Que mas i mas en la maldad te inflama!  
¡Suerte crúel! Vivir en honda pena  
Jemir despues en eternal cadena!

Bendito el Señor sea  
Que en la tierra encendió fanal divino,  
Para que el hombre vea  
El seguro camino  
Que ha de llevarlo a su inmortal destino.  
Bendito sea el Señor que de entre el polvo  
Se dignó levantar a su creatura,  
I coronar su frente  
Con la aureola esplendente  
En que la luz de la verdad fulgura.

Cantemos del Señor la excelsa gloria,  
De la verdad cantemos la victoria;  
Ensalcen al Señor los corazones  
I bendigan su nombre las naciones.

Santiago, julio 10 de 1873.

RAIMUNDO LARRAIN COVARRÚBIAS.

## RASGOS CARACTERISTICOS.

Anjel Bofferrio, al considerar la grandeza i dignidad de Pio IX, exclamaba un dia ante los diputados italianos:

«Me siento conmovido i me parece volver a los tiempos de Gregorio VII, me inclino i aplaudo.»

En verdad, difícil nos parece que pueda dejar de imitar al diputado italiano el que con ánimo desprevenido recorra la historia de ese anciano respetable, que ha derramado sobre el papado la gloria de sus virtudes, como decia M. Thiers, hace algunos años, en el seno del Cuerpo Legislativo. Inclinarle i aplaudir, hé ahí lo que puede hacerse en presencia del gran Pontífice, en presencia de sus hechos gloriosos.

Inclinarse ante la grandeza de la obra llevada a cabo en medio de tantas dificultades, en medio de tantos i tan grandes peligros. Aplaudir en presencia de su caridad ardiente, de su bondad sin limites, de su virtud sin tacha. El Pontífice ha sido grande con la grandeza de Gregorio VII, el hombre caritativo como Leon XII, bondadoso como Pio VII, severo en sus costumbres como su digno antecesor Gregorio XVI.

Que los hechos confirmen con su elocuencia lo que acabamos de decir, i que al unir nuestra humilde palabra al aplauso del orbe católico, quiera el cielo que veamos satisfecho nuestro propósito de dar a conocer, siquiera en parte, el carácter del ilustre jefe de nuestra Iglesia.

Muchas serian las páginas que llenaríamos si intentáramos reunir ese gran número de hechos en que se revela la caridad i bondad de Pio IX; pero, en la imposibilidad de hacerlo, presentaremos aquí algunos que esperamos satisfarán nuestro intento.

En una tarde de otoño, despues de un corto paseo por los suburbios de Roma, el Papa regresaba a su palacio sin acompañamiento alguno.

De pronto ve pasar a su lado un convoi fúnebre que a lento paso se encaminaba al cementerio.

Un sacerdote, que con dolido acento rezaba algunas oraciones, formaba todo el acompañamiento de aquel entierro. Ni un deudo, ni un amigo, ni un curioso siquiera acompañaba el cadáver de aquel desgraciado.

Talvez una mano estraña habia cerrado sus ojos al espirar; talvez nadie habia recogido su último lamento, ni una lágrima ¡ai! regaría su miserable tumba. Desgraciado! el mundo solo habia tenido espinas para él, los hombres su bárbaro desprecio, i aun entónces insultaban sus restos con su indiferencia impia. Pero, si todos se contentaban con lanzar una mirada distraida sobre aquel solitario entierro, si a nadie conmovia la desgracia del que habia muerto en tal desamparo, no sucedió lo mismo con



el bondadoso vicario de Jesucristo, en cuyos ojos se pintó la compasión i cuyos labios se abrieron para elevar por él una ferviente oración al Eterno Padre.

Pío IX manda al momento detener su carruaje, descendiendo de él i, acompañando al buen sacerdote en la recitación de sus piadosos salmos, se dirige al cementerio.

Allí, el jefe de la cristiandad, rocia con agua bendita el ataúd en que reposa aquel desconocido católico, recita por su eterno descanso las oraciones de los muertos i no se aparta de aquel lugar hasta haber plantado con sus propias manos sobre aquella humilde tumba la cruz que deberá protegerla contra la injuria de los mortales. ¡Feliz a aquel a quien su desgracia lo hizo digno de esa tumba mas ilustre que la de los reyes! ¡Feliz aquel cuyos restos han regado las lágrimas de Pío IX!

Mas, no solo la última oveja del rebaño ha movido su compasión i su desvelo; tambien sus mas encarnizados enemigos han tenido ocasion de experimentar la i ser objeto de su paternal solicitud.

Erase el año de 1867. Las tropas garibaldinas acababan de ser derrotadas en el memorable combate de Mentana. Doscientos invasores prisioneros aguardan en una cárcel la hora terrible de un juicio i un castigo a que no creen escapar. En sus duros semblantes pintanse a la vez el despecho de la derrota i el temor de la justicia. A cada instante esperan ser llamados ante algun despiadado tribunal. Pero de repente, en medio de su asombro, ven presentarse a las puertas de la cárcel, no al juez o al verdugo que aguardan, sino al mismo Pío IX, a quien arrastra a aquel recinto su ilimitada bondad. Al verle la turba garibaldina deja oír un sordo murmullo de disgusto, semejante al ruido que pudiera lanzar el encadenado tigre a la vista de su perdida presa. Ante ellos está ese hombre que han aprendido a odiar como a un bárbaro opresor de los pueblos i de las conciencias. Sin duda viene allí a gozarse en la vergüenza i el dolor de los vencidos. Adelántase i les dirige la palabra. ¿Qué dice el Pontífice romano a los soldados de Garibaldi? ¿Por qué vacilan éstos? ¿Por qué se conmueven sus semblantes, se doblan sus rodillas i las lágrimas acaban por surcar sus rostros ennegrecidos por la pólvora i el sol? ¿Acaso ese anciano los ha aterrado con tremendas amenazas? Ah! no; esas lágrimas arráncalas a sus ojos la vergüenza i el arrepentimiento; son lágrimas de dolor, mas no de espanto.

Los valerosos zuavos habianles arrebatado sus armas en Mentana; la bondad de Pío IX rendia ahora sus soberbios corazones en el fondo de una cárcel. La una era la victoria del valor, la otra el triunfo de la virtud. Pocas horas despues, todos aquellos desgraciados eran puestos en libertad i se dirigian a sus hogares llenos de agradecimiento para con el magnánimo Ponti-

fice, jurando no volver a tomar las armas en contra de aquel bondadoso anciano, verdadero padre de su pueblo.

Despues de lo que dejamos dicho podría talvez creerse que en el carácter bondadoso de Pío IX no hallaban cabida el valor i la firmeza; pero, sin embargo, ninguna voluntaria mas firme que la suya, ningun corazón mas animoso que el del ilustre cautivo del Vaticano.

Sereno ha oído rujir en torno de él la mas deshecha tempestad, tranquilo ha visto al rayo estallar sobre su cabeza, i lleno de abnegación ha tomado sin desmayar el duro camino del destierro. Ni las amenazas han podido doblegar su ánimo, ni las desgracias acobardarle, ni abatirle la decepción. ¡Jime por la desgracia de la humanidad i lamenta tu extravío i su injusticia; mas su espíritu permanece siempre firme, siempre resuelto a llenar la gran misión encomendada al Vicario de Jesucristo en la tierra. Un día el principe de Campagnano presentaba a su Santidad una protesta de adhesión firmada por 27,000 ciudadanos romanos. Pío IX contestó con una de esas brillantes improvisaciones que conoce todo el orbe católico. «Se dice, esclamaba él entonces que estoy vencido por las fatigas i por el cansancio. Si, estoy cansado de ver tantas iniquidades, tantas injusticias i tantos crímenes.»

«Si, estoy cansado, pero de ninguna manera dispuesto a ceder a la fuerza..... No estoy dispuesto a ceder las armas, ni a celebrar pactos con la injusticia, ni a dejar de cumplir todos mis deberes. Para esto, gracias a Dios, no estoy fatigado ni creo que lo estaré jamas.»

Hé aqui al Pontífice tal cual se ha presentado siempre a sus enemigos, hélo ahí tal cual se ha levantado siempre para decir a los que pensaban engañarlo: «¡Atras! yo no puedo transijir con el error, manchar mis manos con el crimen»; cual ha dicho siempre a los que le presentaban sus sangrientas bayonetas: «Vosotros podeis continuar vuestra obra, mas yo no puedo retroceder un paso. Vuestras amenazas i vuestras armas son impotentes para acallar la voz de mi conciencia.»

En otra ocasion decia Pío IX: «No espero ninguna dificultad; todo el mundo parece que se ha puesto de acuerdo para pedirme cosas igualmente contrarias al honor humano i a la fé cristiana, i nada mas fácil que decir nó.»

Nó! una palabra, dos letras; pero hé ahí la barrera que detiene el torrente, el rayo que abate al poderoso, la salvaguardia de la Iglesia. Nó! al error que avanza victorioso; nó! al crimen que se ciñe una corona; nó! a los que cual voraces lobos se arrojan sobre el rebaño de Dios. I esa palabra ha separado los dos campos, ha auonadado al criminal i ha arrancado su presa al que ya la creia segura. Nó! hé aquí una palabra que compendia la gloria del pasado i es al mismo tiempo una brillante esperan-

za del porvenir. En este momento no podemos resistir al deseo de recordar las circunstancias en que Pío IX pronunció por primera vez el tremendo *non possumus*, pesadilla de tantos malvados.

En uno de esos terribles días del 48, el pueblo romano se dirige al Quirinal. El Papa aparece en uno de los balcones del palacio, sereno en medio de todos los peligros. Su mano se estiendo sobre las cabezas de la apiñada multitud i sus labios se abren para bendecir a su pueblo. En seguida se oye su voz firme i sonora, que llena el espacio. No me hagáis, dice a la turba amenazante, ninguna petición contraria a la dignidad de la Iglesia, no os la concederé, porque no puedo, porque no debo, porque no quiero, *non posso, non debbo, non voglio*. Estas palabras, observa un escritor, que bien puede decirse que fueron pronunciadas *urbi et orbi*, puesto que forman el gran lema de la bandera que Pío IX viene sosteniendo con tanta gloria, saciándola inéólume de tantos i tan encarnizados combates.

*Non possumus*: hé aquí las armas, los reducos, las fortalezas, las armadas i los ejércitos de Pío IX!

Ellas podrán manifestar tambien cuán grande es la firmeza de ánimo del jefe del catolicismo, que en medio de tan crítica situación hablaba de ese modo a su ajitado pueblo.

Mas si Pío IX es grande por la firmeza de su voluntad i la elevación de sus miras, si es admirable por su abnegacion i su ardiente caridad, no se le encuentra ménos digno, ménos grande cuando se descende a considerarle en los detalles de la vida privada. La severidad inquebrantable de sus costumbres, su desprendimiento de las cosas humanas i su constante laboriosidad, son conocidas del orbe entero. Pío IX es en el Pontificado el mismo que en 1825 presidía el Hospicio de San Miguel.

Allí consagraba todas sus horas al alivio del que sufría en el lecho del dolor, allí esforzábale noche i día por levantar mas arriba el establecimiento que se le habia encomendado; i desde el día que el cardenal Mastai Ferretti se llamó Pío IX, desde el día que recibió a su cargo el vasto hospital de la humana sociedad, desde entónces comenzó infatigable a ejercer su mision sin descansar ni desmayar tampoco ante la grandeza de la obra i la inmensidad del peligro.

Sentimos que la estrechez de nuestro escrito no nos permita seguirle en el desempeño de su diaria tarea i manifestar qué jénero de vida ha sido el suyo. Sin embargo, consignaremos aquí algunos hechos que por sí solos dicen mucho.

Apénas acababa de subir al Pontificado hizo llamar a su presencia a gran número de los empleados del palacio para impartirle sus órdenes.

«Cuando yo era obispo, dijo entónces a su

moyordomo, gastaba solo un escudo en mi mesa, cuando cardenal escudo i medio, i ahora que soi Papa no gastareis mas de dos escudos.» —Hé allí el presupuesto de gastos para la mesa del jefe de la cristiandad i soberano de los Estados Pontificios durante todo su reinado.

Su caballerizo le da cuenta de que en sus pesebres se encuentran ochenta caballos. Cincuenta son inútiles; vendedlos, le contesta el Papa.

Ilégale su turno al jardinero principal, que era hombre que gastaba coche. Pío IX le preguntó:

—¿Cuánto importa el cuidado de mis jardines?

—Treinta i cinco mil escudos.

—Es demasiado; de hoy en adelante no gastareis mas de diez mil escudos i no usareis coche.

Así inauguraba su gobierno el Pontífice, cuya jenerosidad es demasiado conocida para que sus reformas pudieran atribuirse a mezquindad.

La dulzura de su carácter, su prodijiosa memoria, la facilidad de su palabra dan a su conversacion un encanto irresistible. Entre los innumerables viajeros que durante veinte i siete años han tenido la dicha de hablarle, muy pocos serán los que no hayan llevado a su patria un grato recuerdo de Pío IX.

El que ha visto una vez a Pío IX, dice Plitt, profesor de teología protestante en Bonn, no puede ménos de venerarlo.

Hé aquí una anécdota que nos da a conocer cuán grande es la influencia que ejerce sobre todas las personas.

Un día el Papa daba audiencia a un diplomático extranjero, cuya fé no era por cierto muy viva.

Al alargarle la mano Su Santidad, arrojóse i le besó los pies. Terminada la audiencia rodéaronle sus amigos manifestándole su extrañeza. Cómo! le dicen, vos que tanto os preocupais de la grandeza humana, besando los pies a otro hombre!

—No, contestó el diplomático; delante de otro hombre nó, porque una vez en presencia de Pío IX he sentido que no era solo hombre.

En otra ocasion un personaje, muy versado en la política europea, hablaba al Santo Padre de las dificultades de la situacion.

Si los gabinetes tienen su política, yo tambien tengo la mia, dijo Pío IX.

—Podriais, Santo Padre, comunicármela?

—De buena gana, hijo mio.

Entónces, elevando al cielo una mirada trasformada por la fé, el Vicario de Jesucristo dijo, con aquella voz inspirada que tan bien conocen los peregrinos de Roma: «Padre nuestro que estás en el cielo...» I terminando la primera parte de la oracion dominical agregó: «Ya conoceis mi política; estad seguro que ella triunfará.»

La oracion! hé ahí la política del ilustre cautivo del Vaticano.

La oracion i la piedad de los primeros cristianos conquistaron un mundo a la verdad; ¿por qué en nuestro siglo la oracion i la piedad no habian de obtener la misma victoria?

CÁRLOS A. BERRO.

---

## EL DOGMA

DE LA CONCEPCION INMACULADA.

---

### I.

Sin fé, sin esperanza  
Por una senda criminal, incierta,  
Impío el hombre avanza,  
Helado el corazon, el alma yerta,  
Porque en su pecho la virtud no inflama  
Del amor puro la celeste llama.

I torva la mirada  
Entre las sombras del error maldito  
Emprende su jornada,  
Lanzando por doquier audaz el grito  
De muerte para el Dios omnipotente,  
Del bien i la verdad eterna fuerte.

Su espíritu terreno  
Impúdicas pasiones solo abriga  
De odio insano lleno.  
¡Cuán insensato su dolor mitiga  
El placer apurando de este mundo,  
De la vida en el piélago profundo!

Así por dondequiera  
En lodo vil su corazon sepulta,  
Jamás la noble esfera  
Que la belleza i la verdad oculta  
Recorre su mezquino pensamiento  
Inspirado en un dulce sentimiento.

Desolacion i ruina  
Solo el sendero ante su vista ofrece,  
La hermosa luz divina  
De la virtud excelsa desaparece  
I vagando en un caos sin reposo  
Es del mal mensajero tenebroso!

Gran Dios! ¿esta cruel duda  
No hai una vez que detener pretenda,  
I poderosa acuda  
A dedicarte merecida ofrenda,  
Para que digno el mundo i reverente  
Alce del polvo su manchada frente?

¡Oh, sí! que hai un anciano  
Que los destinos de tu Iglesia rije,  
I augusto soberano,  
Al hombre su palabra le dirje  
Que infalible en los ámbitos resuena  
Tronchando del error la vil cadena.

### II.

Mirala: es señal de dulce hermo'ura,  
Orlada de aureola mujer celestial,  
Que siempre aparece benéfica i pura  
Al mundo ofreciendo con suave ternura  
Su amor maternal.

Atónito el hombre sus g'orias admira,  
I en gratos arrobos de paz i quietud  
En esa bendita belleza se inspira,  
I suaves perfumes gozoso respira  
De dicha i virtud.

Eleva tranquilo su vista hácia el cielo,  
Latiendo en su pecho feliz corazon;  
Su espíritu ardiente remonta su vuelo,  
Llevando en sus alas el férvido anhelo  
De pura oracion!

¡Cuán grande es entónces la grata ventura  
Que siente en su pecho radiante nacer;  
La fé le prodiga su luz bella i pura,  
I eterna esperanza palabras murmura  
De dulce placer!

### III.

Inmensa fué la gloria,  
Pontífice inmortal, vicario santo;  
Recuérdelo la historia,  
I elévete sin fin un noble canto  
¡Que tú cual padre cariñoso velas  
Por tu grey aflijida i la consuelas!

Porque eres tú el anciano  
Que el santuario de Dios has custodiado,  
Alzándolo en tu mano  
Contra el ataque del audaz malvado  
I tú eres quien con amoroso acento  
Das vida del mortal al pensamiento.

Mas, ¡oh rei de la Iglesia,  
Cuando tu vida cruel dolor conturbe,  
I la tormenta récia  
De la impiedad i del error te turbe,  
Eleva tu mirada al alto cielo  
I encontrarás dulcísimo consuelo!

Que allí la Reina hermosa  
A quien pura mostraste a las naciones,  
Te ofrece bondadosa  
Las glorias de su amor, las bendiciones  
Que como madre i celestial señora  
Te concede con gracia bienhechora.



I cun! el mensajero  
Que lleva el bien i la verdad amante  
Te muestra al orbe entero;  
I de aureola adornándote radiante  
Sobre tu frente conturbada imprime  
De infalibilidad el don sublime.

¡Ah! no lo dudo: e'la  
A quien glorificaste en esta vida  
Tambien, bendita i bella,  
Feliz te glorifica complacida,  
I, mientras tierna al criminal perdona,  
Ciñe tus sienes de eternal corona.

¡Oh Madre, Virjen pura,  
¿No veis al padre santo que acatamos  
Jemir en la amargura  
I llorar él tambien como lloramos?  
¡Ah! ¡vos su madre i su protectora amiga  
Su llanto seca, su dolor mitiga!

¡Convierte al enemigo  
Que insulta sus pesares, injurioso,  
Consérvalo testigo  
Del triunfo de la Iglesia portentoso;  
Despues... el mártir obtendrá su palma  
I el héros gloria i la celeste calma!

Santiago, julio 16 de 1873.

JUSTO MOLINA.

## EL PRISIONERO DEL VATICANO.

Et Petrus quísem serrabatur in carcere. Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo.—  
(Act. Apost. cap. XII, v. 5.)

¡Quién me diera pulsar en este día  
Del arpa de David las cuerdas de oro,  
Cuando, sumido en su doliente lloro,  
Exhalaba en sus cantos su agonía!  
Oh! quién del querubín la melodía  
Hoi que de hijosos su favor imploro!  
¡Mudas están las cuerdas de mi lira  
Porque mi alma de dolor suspira!!

I, cómo no llorar! El Padre Santo,  
El Pontífice augusto, venerable,  
De la verdad oráculo inmutable,  
De sus cristianos hijos dulce encanto;  
Lanzado de su trono con espanto  
Del orbe entero, en día lamentable,  
¡Alzando al cielo su mirada apura  
Hondo cáliz de amarga desventura!

¡Cumplió la iniquidad su atroz intento!  
El solio por los siglos respetado,  
De los cristianos fieles venerado,  
De mártires i santos noble asiento,  
Holló el impio de ambicion sediento,  
Por su esplendor divino deslumbrado,  
I conturbada la justicia santa,  
Fúnebre un eco de dolor levanta!

¿Do está la luz de nuestros pasos guía,  
La noble frente de dulzura llena  
I la sonrisa paternal, serena,  
I la voz de suave melodía?  
¿Dónde perdida llora su alegría  
El alma amante, jenerosa i buena?  
Volved, volved los anhelantes ojos,  
¡El Vaticano esconde sus ojos!

Allí contempla en la aflicción sumido  
Prisionero de un bárbaro tirano,  
¿Cómo profana su atrevida mano  
Cuanto su pecho ha amado i bendecido!  
Las blasfemias que llegan a su oído  
Desgarran ¡ai! su corazón cristiano,  
I, bajo el peso de su angustia fiera,  
La frente inclina i en silencio espera!...

Imájen fiel del que en la cruz un día,  
Al obtener su redención el mundo,  
Resonar en su oído moribundo  
Oyó la voz de dulcescencia impía;  
Del Salvador divino la agonía  
Comprende ahora, i el dolor profundo;  
I, ¡perdónalos, Padre! tierno clama,  
Mientras su pecho en caridad se inflama.

Sublime abnegación! De Pio Nono  
El mundo atento la actitud admira,  
I el tierno pecho que piedad respira,  
Do no se abriga ni rencor ni encono.  
A la grandeza que en su réjio trono,  
Indiferente a su aflicción, le mira,  
Contempla airado, i con la Iglesia llora  
De la impiedad la obra destructora.

I el que en el azulado firmamento  
Su órbita señala a las estrellas  
Que, en pos dejando luminosas huellas,  
Se agitan en eterno movimiento;  
El que al rujir el aquilon violento,  
I al lanzar la tormenta sus centellas,  
Las rudas olas de la mar enfrena  
De la ribera en la movible arena;

El que del ave hermosa i placentera  
Los cánticos escucha en el verano  
Mientras, copiosa, el anhelado grano  
Le brinda la dorada sembradora  
El que viste a la flor de la pradera  
De ricas galas i verdor lozano  
¡Podrá, insensible de su grei al llanto,  
El ruego desoir del Pastor Santo?

Ya sus cristianos hijos conmovidos,  
Atravesando lo inmensos mares,  
Acuden presurosos a millares  
Su planta augusta a venerar rendidos.  
El jóven i el anciano confundidos  
A mitigar del *Padre* los pesares,  
I la esposa i la vírjen inocente,  
I hasta el niño de labio balbuciente.

Ellos acoje en caridad deshecho,  
I al eco de su voz consoladora,  
Renace la esperanza seductora  
Que iba a extinguirse ya dentro del pecho.  
De sus inmensos males a despecho,  
Por los dolores de sus hijos llora;  
I, cual ántes al orbe bendecia,  
Bendíclo su mano noche i día.

Cuando ¡oh Italia ingrata! tu destino  
Su diestra paternal sabia rejia  
I su yugo de amor te conducia  
De la paz en el próspero camino;  
Cuando, al brillar el esplendor divino  
De la tiara, en tu faz resplandecia,  
¿Cómo pensar pudiste que la historia  
Iba a contar tu oscurecida gloria?

¡Todo fenece sobre el mundo triste!  
Ni eterno es el placer ni eterno el llanto.  
De la virtud el poderoso encanto  
Solo al embate del vivir resiste!  
Aquel que de su fuerza se reviste  
Encontrará consuelo en el quebranto.  
¡Oh adorable virtud! en este día  
Tu grandeza proclama la voz mía.

Tu disco luminoso en la alba frente  
Del Pontífice augusto reflejado,  
El universo admira, subyugado  
Bajo los rayos de su luz ardiente:  
Sufriendo cual si fuera delincuente  
I en su propia morada aprisionado,  
Si grande fué sobre su réjio asiento,  
Sublime es hoy en su hondo abatimiento!

I esos dardos que hieren su alma tierna,  
Con heroica paciencia soportados,  
Ante el trono celeste presentados  
Tejen del mártir la corona eterna;  
Mientras sus hijos que el dolor consterna,  
Bajo la cruz divina cobijados,  
I, alzando al cielo sus amantes ojos,  
¡La hora de redención piden de hinojos!

AMELIA SOLAR DE CLARO.

## AMOR I ADMIRACION DEL MUNDO

HACIA PÍO IX.

Cuando la desgracia nos aflige, cuando el peso de la tribulacion nos oprime, suele ser no poco consolador recordar mejores tiempos, traer a la memoria los días de placer i aun los consuelos que en medio de las tempestades de la desgracia, reaniman el espíritu abatido, i sostienen la esperanza de ver tiempos mas serenos.

Al ver al soberano Pontífice destronado, al ver al caritativo, al dulce Pío IX perseguido por hijos ingratos, al ver a la Iglesia sumida en amargo llanto por la prision de su padre querido, nuestro corazon no puede ménos de oprimirse de dolor; i en estas tristes circunstancias, nada mas grato que recordar los inmensos consuelos que los hijos fieles i amantes, han sabido llevar al alma del padre atribulado, con las manifestaciones incesantes de su intenso amor.

Si la rabia de la revolucion i de la impiedad, ha podido arrebatar al Vicario de Jesucristo su dominio temporal, si ha podido reducirlo a estrecha cárcel i obligarlo a abandonar por algun tiempo la ciudad eterna, siempre ha sido impotente para impedir que el mundo entero le rinda en todo tiempo i en toda circunstancia magníficos tributos de amor i admiracion. Puede decirse que el largo reinado de Pío IX, desde su exaltacion al solio pontificio hasta nuestros días, ha sido una cadena no interrumpida de manifestaciones de adhesion i de amor, con que los católicos de todas las partes del mundo han honrado al mas santo i al mas admirable de los pontífices.

Es de notar que estas amorosas manifestaciones no solo han tenido lugar en los días de felicidad, pues cuando mas ha tenido que sufrir entónces ha sido precisamente cuando mas muestras de amor ha recibido. Mientras mas esfuerzos ha hecho el infierno para destrozr el corazon de Pío IX, ese corazon tan lleno de amor hasta para con sus mismos enemigos, mas se han empeñado tambien los hijos fieles en dulcificar con su amor las amarguras de su padre mui amado.

Es un hecho conocido, i sobre el que no dejaré de decir algo, que en sus días mas aciagos es cuando ha sido Pío IX festejado de un modo mas elocuente; las épocas de mayores desgracias han sido tambien para él las épocas que han dejado en su memoria los recuerdos mas gratos. Puede decirse que el mundo entero ha tenido especial cuidado de ahogar con la magnificencia de su amor los gemidos que unos pocos ingratos hubieran podido arrancar del pecho lacerado del



padre. Ni podría ser de otro modo. El que desde sus primeros años no tuvo corazón sino para amar, no podía dejar de ser el objeto de muchos amores. El que dedicó sus primeros i mas bellos años a instruir i consolar a los huérfanos del hospicio de *Tata Giovanni*, empleando todas sus rentas en alimentarlos i en satisfacer sus necesidades, dedicándoles todo su tiempo i todos los cuidados de que era capaz; el que de tal modo ama a los tristes i desgraciados a quienes falta todo amor, que se hace voluntariamente su padre i les entrega completamente su corazón i con él las mas inagotables fuentes de ternura i de cariño, el que así sabe amar i consolar, es imposible que deje de ser a su vez inmensamente amado, es imposible que cuando suene para él la hora de la desgracia, deje de recibir consuelos proporcionados a sus infortunios.

Si la vida entera de Pío IX no hubiera sido una serie no interrumpida de manifestaciones del inmenso amor i la admiración que el mundo entero le profesa, lo que acabamos de decir bastaría por sí solo para hacérselo presumir.

Recorramos algunas páginas de la vida de este admirable Pontífice, i, por muy a la ligera que pasemos, ello bastará para demostrarnos que, apesar de las declamaciones de los impíos i de los revolucionarios, Pío IX es amado i admirado por el mundo entero.

Aun antes de su exaltación al solio pontificio, el abate Juan Maria Mastai Ferretti, por la dulzura de su carácter, por su natural afable i cariñoso, supo siempre atraerse las simpatías de cuantos le conocieron.

Cuando se trató en Roma de enviar un nuncio a Chile, el canónigo Mastai fué elegido auditor del nuncio i en este carácter visitó a nuestro país. Durante su permanencia entre nosotros supo de tal modo atraerse todas las voluntades i en tanto grado fué querido i respetado de todos, que el gobierno de entonces le ofreció una mitra que él no aceptó. Este hecho, al parecer poco significativo, habla muy alto en favor del aprecio i simpatías que por él se tenía, si se toma en consideración la juventud del abate i el hecho de ser extranjero, pues es sabido cuán celosos son siempre los gobiernos de todos los países por no dar las dignidades sino a los hijos del país.

Mas tarde, cuando Pío IX fué elegido arzobispo de Spoleto, sucedió un hecho que no quiero pasar en silencio. Cuando la revolución asolaba la Italia en 1831, la ciudad de Spoleto se vió asaltada por cuatro mil revolucionarios. Entónces, como ahora, la revolución hacia del clero i de la Iglesia el principal objeto de su rabia, i esto lo sabia muy bien el arzobispo. Sin embargo, desprecian-

do todo temor i desechando toda medida de prudencia humana, salió al encuentro de los revolucionarios a quienes consiguió desarmar con solo la influencia de su dulce e inspirada palabra. Mediante esto, la ciudad se libró del saco que la amenazaba i los insurrectos rindieron a los piés del venerable arzobispo algunos miles de fusiles i cinco cañones, pidiendo ademas perdon de sus delitos. Pero lo que hai de mas notable en esto es que cuando fué el arzobispo a entregar al jefe de los revoltosos cierta cantidad para que la repartiera entre los soldados a fin de que se alimentaran por algunos dias, todos alzaron a una la voz pidiendo que el arzobispo por sí mismo hiciera la repartición; a lo que tuvo que acceder. ¡Mas confianza les inspiraba el hombre mismo a quien perseguían que los jefes a cuya obediencia se habian sometido! Tanto aprecio, tanto amor les merecía el prelado, que querian tener ocasion de manifestárselo cada uno particularmente, pues las ovaciones i manifestaciones que en comun habian hecho i las que pudieran hacer de este modo, no les bastaban. El grande amor no se contenta con manifestarse en concurrencia con otros muchos, tiene el egoismo de singularizarse con el objeto amado, quiere gozar de él, solo i sin que otro alguno se lo dispute, aunque esto no sea mas que un breve instante.

Pero cuando la embriaguez del entusiasmo por Pío IX llegó a su colmo, fué en su exaltación al solio pontificio.

Pío IX ceñía la tiara de las tres coronas precisamente en los momentos mas difíciles. Gregorio XVI, el santo i grande anciano, acababa de morir abrumado de trabajos. Roma salía apenas de la revolución, la cual ajitaba tambien al mundo entero. Todas las naciones esperaban con ansia el acuerdo del conclave, i cuando este anunció i proclamó al cardenal Mastai bajo el título de Pío IX, un grito inmenso de alegría se alzó de las cuatro partes del mundo. El caritativo director del hospicio de *Tata Giovanni* que tanto supo amar a los desgraciados, el dulce i valiente arzobispo de Spoleto, el sabio cardenal obispo de Imola, no podía dejar de ser victoreado por todos, pues no hai hombre, por malo que sea, que no rinda homenaje a la caridad, al valor i a la sabiduría.

Ni la historia ni la tradición conservan recuerdos de que en Roma se haya visto entusiasmo ni alegría mas grandes que en esa época. Las manifestaciones que se hicieron entónces exceden a cuanto puede alcanzar la imaginación, i detenernos en describirlas sería dar a este artículo dimensiones que no nos es permitido.

Los gobiernos de todas las naciones, i aun



aquellos en cuya alma la revolución había alcanzado a hacer algunos estragos, tenían una razón especial para su alegría, i era que creían que con el advenimiento de un hombre tan amado i respetado de todos, podría efectuarse algun avenimiento entre lo que llamaban las exigencias del pueblo, las ideas del siglo i lo que exigen la justicia i el orden. Pero ¡ah! ¡al mismo tiempo que rendían a Pío IX el mayor homenaje de amor i admiración de que eran capaces, dejaban ver cuán equivocados estaban en la idea que tenían de lo que es el orden i la verdad!

Desde entonces hasta el día de hoy, las manifestaciones en honor de Pío IX casi pueden contarse por los días que han transcurrido. Los católicos de todas las naciones han aprovechado cuantas ocasiones se han presentado para hacerlas. Pero me equivoco, no solamente los católicos, los protestantes mismos i aun los cismáticos i los infieles han pagado también su tributo de amor i admiración a este gran Pontífice, como tendremos ocasión de manifestarlo mas adelante.

Cuando por primera vez tuvo Pío IX que llorar la ingratitud de sus hijos, cuando la revolución de Roma lo obligó a abandonar la Ciudad Eterna para refugiarse en Gaeta, fueron tantas las muestras de amor que recibió, que sería difícil narrarlas por completo.

Nos contentaremos con decir una que otra. Apenas el piadoso rei de Nápoles recibió la noticia de que el Papa llegaba a sus estados, corrió a recibirlo, llevando consigo su mas rica vajilla i todo lo que en su guardarropa i en su casa habia de mas suntuoso. El piadoso monarca parecia como enajenado por la inmensa alegría que le proporcionaba la idea de tener en su casa al Sumo Pontífice. Todo le parecia poco para festejarlo, i era tanto el respeto i amor que le tenia, que jamas se le vió delante de él con la cabeza cubierta.

Entre las muchas corporaciones i personas notables que todos los días i a toda hora iban a consolar al venerable proscrito i a ofrecerle las mas significativas muestras de adhesión, se cuentan los oficiales de un buque norte-americano que habia entonces en la bahía i que, aunque protestantes, no fueron los mas tibios en manifestar a Pío IX su amor. Exijieron de él una visita a su buque, a lo que el Papa accedió. Durante toda la navegación, hasta llegar al buque, tanto el rei, que lo acompañaba, como los oficiales de la gran república, permanecieron siempre con la cabeza descubierta. Las salvas i las demostraciones de todo jénero, no cesaron un momento, hasta que el Padre Santo, enternecido i casi confundido con tanto honor, volvió a su alojamiento.

Verdaderamente, la permanencia de Pío IX en Gaeta, mas parecia un paseo triunfal que el asilo de un fugitivo. Todos los soberanos de Europa le hicieron ver, de diversos modos, cuánto les afligia su desgracia, i todo el mundo se dió tanta prisa en consolar al padre aflijido que, bien puede decirse, sin exajerar, no le dejaron tiempo para pensar en su desgracia.

Por otra parte, estas manifestaciones de amor no eran solo de palabras. El amor verdadero se goza mas en los hechos, i al que el mundo entero demostró entonces a Pío IX no le faltó esta circunstancia. El Papa, despojado de sus Estados i de todas sus rentas, obligado a huir secretamente, carecia no solo de lo que puede necesitar un rei, sino hasta de lo indispensable para el alimento del mas pobre de los hombres. Pero el amor de los hijos supo proveer sobradamente a las necesidades del padre. De los mas apartados rincones de la tierra, llegaban continuamente a Gaeta las ofrendas de los fieles i en tanta abundancia que sobraba al Padre Santo hasta para hacer cuantiosas limosnas. No de otro modo se explica la contestación que dió a los que le ofrecieron, en esas mismas circunstancias, cierta cantidad que los revolucionarios de Roma le enviaban, como para paliar talvez su robo sacrilego. Estas fueron en sustancia sus palabras: «Decid a los que os envían que el padre de los pobres no necesita de sus hipócritas ofrendas; pues tiene un tesoro inmensamente mas rico en el amor i la caridad de sus hijos fieles.»

Pero no solamente entonces ha probado el mundo su amor a Pío IX con hechos de esta naturaleza. Desde que volvió a Roma, el Padre Santo ha sido continuamente el objeto de las manifestaciones mas espléndidas. A las audiencias públicas i privadas que casi diariamente ha dado durante su largo reinado, concurren siempre personas las mas notables del mundo, corporaciones i representantes de corporaciones de todos los países, i en ellas, al mismo tiempo que oye las manifestaciones mas cordiales del amor de sus hijos, asombra al mundo con sus contestaciones, llenas siempre de la mas profunda sabiduría i de la dulzura mas encantadora.

Esto sucede en las audiencias de los días ordinarios. En las que tienen lugar en días especiales, por ser aniversarios de algun hecho memorable o por alguna otra circunstancia, en esas sí que se deja ver lo que el mundo siente para con Pío IX. Basta ver lo que sucede en esos días, para convencerse del amor que el mundo profesa al Padre Santo. En esas circunstancias los hombres mas notables van a rendir sus homenajes a

Su Santidad i a escuchar sus inspiradas palabras. Todas las naciones de Europa envían entónces a Roma sus representantes especiales, aun las que no profesan la religion católica.

Quisiera describir minuciosamente lo que sucede en esas circunstancias, para que se viera de cuánto es capaz el verdadero amor. En efecto, si se considera lo que acontece en el Vaticano todas las semanas, si se ven esas demostraciones que podemos llamar permanentes, porque se suceden alcanzándose unas a otras, i por las que se desborda, digamos así, el amor del mundo hácia Pio IX, parece que para las circunstancias extraordinarias no se dejara nada, parece imposible que las demostraciones i las fiestas de los dias notables pudieran corresponder a las circunstancias, dado lo que sucede diariamente i con el mas insignificante motivo. Además las fiestas que se repiten anualmente son tan espléndidas, el Papa es tan agazajado entónces, que la imaginacion no comprende que el hombre sea capaz de hacer mas. Pero, llega el Jubileo Sacerdotal del Papa, i durante sus tres dias, 10, 11 i 12 de abril de 1869, la Ciudad Eterna se convence de que el amor no tiene límites en sus manifestaciones. Pio IX cumple medio siglo de vida sacerdotal, i el mundo celebra este acontecimiento con la pompa que le corresponde. Digo el mundo, porque si solo Roma vió la visita del Papa al Hospicio de Tata Giovanni, donde el Pontífice celebró la santa misa, donde mismo lo habia hecho por primera vez despues de ordenado, i donde se le hicieron los mayores agazajos de parte de los asilados i del pueblo todo; si solo Roma vió la recepcion de los representantes de la juventud italiana, a la que asistieron mas de mil quinientas personas i en la que se pronunciaron los discursos mas llenos de cariñosos afectos i de amoroso entusiasmo; si solo Roma presenció la audiencia en que el Papa recibió a mas de trescientas señoras extranjeras, todas de las mas distinguida nobleza de Europa; si solo Roma vió los magníficos regalos que entónces se hicieron al Padre Santo; si en fin, solamente la Ciudad Santa vió los fuegos artificiales, las iluminaciones i las fiestas de toda especie, con que los romanos festejaron a su Padre mui amado, con aquella opulencia i esplendor que les es peculiar, dondequiera que se alzase una cruz, miles i miles de fieles elevaban sus oraciones al Todopoderoso, para que asistiera i colmara de bendiciones a Pio IX, i hacian además otras manifestaciones públicas de su amor hácia el Santo Pontífice.

¡Ah! ¡Cómo no latiria de dulce satisfaccion el corazon del Padre, al considerar

que el mismo regocijo que veía él en los romanos se repetia al mismo tiempo, i tambien en su honor, en todos los paises de la tierra!

¿Y qué diremos de lo que sucedió en Roma en el jubileo pontifical de Pio IX? En dieznueve siglos, ningun Pontífice habia visto sobre la Cátedra del Espíritu Santo los veinticinco años que vió San Pedro, i Pio IX, contra la universal persuacion de que nadie los veria, llegaba a ellos i los escedia lleno de salud i de admirable energia. Tal acontecimiento no podia sino ser un gran motivo de júbilo para todos aquellos que lo amaran. Pero las circunstancias no podian ser mas desfavorables para hacer cualesquiera demostraciones. Los bandidos, aprovechando la ocasion de hallarse Roma sin defensa, pues los que la custodiaban, demasiado tenian que hacer en su casa para que pudieran atender la ajena, se habian apoderado de ella i el santo i anciano rei se encontraba prisionero en el Vaticano. Los agentes del gobierno de la usurpacion desplegaban todo su injénio para impedir las manifestaciones; pero sus esfuerzos fueron inútiles i solo sirvieron para hacer brillar con mas esplendor las que se hicieron.

Desde la víspera de ese memorable dia 17 de junio de 1871, comenzaron a llegar a Roma los representantes de la catolicidad, que se contaban a millares. Todos, al mismo tiempo que significaban al sublime prisionero el entusiasmo de su amor, se postraban a sus piés i le presentaban magnificas ofrendas. Millones de francos se ofrecieron a Pio IX, venidos de todas las partes del mundo, i el mismo pueblo romano, tan cargado de contribuciones por los usurpadores, no tuvo poca parte en estas generosas ofrendas. Además, los regalos riquísimos que en ese dia recibió el Padre Santo fueron innumerables i de inapreciable valor. Las grandes plazas que forman los patios internos del Vaticano se encontraban llenas de bultos i fardos que contenian ornamentos pontificales de todas clases, joyas i cuanto el injenioso amor de los príncipes i particulares de todas las naciones, pudo hallar de mas rico i mas precioso.

Miles de telegramas, que contenian entusiastas felicitaciones, llegaban a Roma de los gabinetes, príncipes i personas distinguidas de la Europa, sin exceptuar las reinas de Inglaterra i Suecia, el Emperador de Rusia i el Sultan de Turquía. Tambien todos los soberanos habian cuidado de enviar de antemano sus enbajadores extraordinarios con cartas autógrafas que fueron presentadas ese dia.

Pero hubo un hecho mas significativo aun. A las calorosas protestas i entusias-



tas discursos que pronunciaron los enviados de los católicos de Europa, América i hasta del Africa i el Asia, se acompañaban gruesos volúmenes de firmas ricamente encuadradas, que, al decir de un testigo presencial, forman un *plebiscito*, no italiano ni levantado bajo la presión de la fuerza bruta como el de Víctor Manuel, sino *cosmopolita* i enteramente espontáneo.

Nada diré de las fiestas religiosas i demas demostraciones que, apesar de la rábia de la usurpacion, se hicieron en la Italia i en muchos otros lugares del mundo. Baste notar que el Papa i Rei vencido i prisionero fué objeto de tantas ovaciones, que el príncipe Humberto, representante de la usurpacion vencedora, tuvo que huir de Roma para evitar el bochorno de hacer un tristísimo papel.

Despues de todo esto, ¿podrá dudarse del amor i admiracion del mundo hácia Pio IX? Alegría entusiasta hasta rayar en frenesí en los tiempos de prosperidad; manifestaciones de adhesion i consuelos de toda especie en los dias de tribulacion; enerjía, abnegacion para superar todos los obstáculos que a éstas ha opuesto el infierno en todo tiempo; auxilios pecuniarios abundantísimos, que en los tiempos de pobreza han puesto al Papa en el caso de olvidar el robo sacrilego de que ha sido objeto, i que aun hoy continúan llevando al Padre Santo muchos millones anualmente. ¿Qué mas pruebas pueden exigirse a este amor? ¿Se quiere la última, la mas decisiva, la que llega al heroísmo? ¿Se quiere ver a los hijos derramando su sangre en defensa de su Padre? Pues ahí están Mentana, Monte-Rotondo i tantos otros campos donde miles de católicos venidos de las cuatro partes del mundo, sin mas impulso que su amor a Pio IX, i sin mas esperanza ni halago que morir en su defensa, derramaron valientemente su sangre por el que en la tierra representa i sostiene, con valor inquebrantable, los fueros de la verdad i de la justicia.

En vano será que el fanatismo de la impiedad quiera ahogar con sus rabiosos gritos el magnífico cántico de amor i admiracion que el mundo tributa a Pio IX; en vano será que el sacrilegio i la iniquidad pretendan derribar a esa grandiosa figura del magnífico pedestal donde el amor i la admiracion del mundo la ha colocado. Pio IX, robado, vejado i prisionero en Roma, se vé hoy mas grande que nunca, porque tiene a su lado, como para que sea mayor el contraste, la raquítica figura del rei usurpador. En presencia del sol no brilla la luz de un fósforo.

El presente ha dado su corazon a Pio IX, el porvenir lo recordará con asombro. La

mas admirable figura del siglo no morirá nunca, porque la historia le dedicará con orgullo sus mas doradas pájinas. Jamás cesará la admiracion del mundo hácia el Pontífice débil e inerme, que a las incultas exigencias de los poderosos supo oponer en todo tiempo, con la mas admirable enerjía, el irrevocable *non possumus*; hácia el Pontífice que en el siglo de mas impiedad i corrupcion, proclamó el dogma de la Inmaculada Concepcion de Maria; hácia el Pontífice, en fin, que en medio de las mas grandes agitaciones del mundo convoca i reúne el gran Concilio Vaticano, que declara la infalibilidad pontificia, como roca inquebrantable ante la cual se han de estrellar las furiosas olas de las dudas i la incredulidad del siglo en que vivimos.

Pio IX es el amor del mundo, Pio IX es i será su admiracion.

CÁRLOS V. RISOPATRON.

---

## PIO IX I LA POLONIA.

---

¡Justicia, libertad! Mentido lema  
Del siglo diezinueve!  
La majia de ese culto el mundo tema  
No sea que le lleve  
A ahogarse en el incienso que les quema!

¡Justicia, libertad! I sosegados  
Los reyes i naciones  
Contemplan por la fuerza destrozados  
Los cetros i pendones  
Con ruadales de sangre conquistados!...

Justicia no es violar la fiel creencia  
De un pueblo, su derecho,  
Tampoco es libertad si a la concéncia  
Se oprime dentro el pecho  
Porque guarda su patria independencia.

Ayer no mas feliz en sus hogares  
Polonia descansa; ba,  
Entonando dulcísimos cant-re;  
Su trono respataba,  
I al Señor bendecia en sus altares.

De la paz a la sombra bienhechora  
Nacian en su suelo  
Las artes i la ciencia pensadora,  
I en su azulado cielo  
De progreso brillaba ya la aurora.



De Varovia los bosques i praderas  
Jentiles desafiaban  
Los jardines de flores hechiceras  
Que hermosas tapizaban  
Del Vistula orgulloso las riberas.

Feliz era ese pueblo; que en su seno  
Reinaba el cristianismo;  
La Iglesia veneraba, i de fé lleno  
Sobre su trono mismo  
Elevaba la cruz del Nazareno.

Mas un dia llegó. Monarca altivo  
Halló su reino estrecho  
I quiso en su soberbia ver cautivo,  
Cegado de despecho,  
El pueblo de Polonia inofensivo.

¡Autócrata de Rusia, rei impío,  
Inícuo soberano,  
¿Do está de tu pujanza el fuerte brío,  
Si con cobarda mano  
Oprimas al pequeño a tu albedrío?

Sin mas lei que el capricho i el antojo,  
El poderoso ruso  
A la fé del católico en su enojo,  
Con egoísmo intruso,  
Decretó de Polonia el cruel despojo.

I evocando sus múltiples lecciones,  
Les dijo con fiereza:  
«Pisotead de Polonia los pendones,  
«Traedme con presteza  
«Si bandera real rota en jirones!

«Ese pueblo es fanático, i por tanto  
«Yo quiero su estermínio;  
«Cubriille de cenizas con un manto;  
«Entónces mi dominio  
«El mundo temerá con justo espanto.»

Vivando a su monarca, respondia  
La hueste numerosa;  
I de sangre sedienta en su alegría,  
Lanzóse presurosa  
A la salvaje, cruel carnicería.

Del indefenso pueblo el rei valiente  
El reto inícuo escucha,  
Mas ántes que humillar la noble frente  
Morir quiere en la lucha  
En su trono apoyado heroicamente.

Con orgullo el polaco al ruso espera;  
Le aguarda con delirio  
Un heroico puñado en la trinchera  
Que anhela el martirio  
En torno de su cruz i su bandera.

En la penosa, desigual contienda  
Polonia fué vencida;  
El ruso a su furor da suelta rienda  
De la Virjen herida  
Ciñó la vista con inmunda venda.

Sus hogares saqueó; a pira ardiente  
Redujo las ciudades  
I en taberna de chusma malliciente  
Trocaron sus maldades  
Los santuarios del Dios omnipotente.

La horca i el puñal i las cadenas  
Al fuego sucedieron  
I del polaco las horribles penas  
Aumentarlas quisieron  
Sus hijos degollando en las almenas.

Camado estaba el ruso. Su victoria  
Cantó con alborozo  
I Alejandro alcanzó una triste gloria:  
Cobarde i envidioso,  
Va a borrar la Polonia de la historia.

¡Oh, día del escarnio mas profundo,  
De oprobio para el hombre,  
Los triunfos del pillaje mas inhumano  
De la justicia en nombre,  
Impávidos, cantar delante el mundo!

¡Justicia, libertad! I permitia  
La Europa con sus reyes  
De esa guerra la inícuo cobardía  
Despreciando las leyes  
Que impone a las naciones la hida'guía!

¡Vergüenza de los pueblos! Victoriosa  
La Rusia con su trono  
Solo una voz oyeron majestuosa,  
La voz de Pio nono  
Que se alzó contra el crimen valerosa.

Del poderoso, del mas cruel tirano  
La feria no le aterra  
I en medio del silencio el noble anciano  
Protesta de esa guerra  
Porque es de Roma libre el soberano.

El jefe de la Iglesia, el Padre amante  
Escucha el triste canto  
Que de Siberia en la rejion distante  
Alzan en su quebranto  
Los hijos de Polonia en turba errante.

Con ellos llora i en su ardiente celo  
Al mundo entero ordena  
Que eleve su plegaria al alto cielo  
I de confianza llena,  
Que endulze de Polonia el desconsuelo.

Fortalece en la prueba sus pastores,  
Su bendición envía  
Al rebaño que sufre los rigores  
De la barbarie impia,  
Porque guarda la fé de sus mayores!...

¡Po'acos, aguardad! Tambien hoi jime  
Cautivo, prisionero,  
El padre de la Iglesia; cruel le oprime  
Un dé-pota altanero  
I con valor espera i fé sublime!

¡Polacos, aguardad! tened confianza;  
Mirad que en Occidente  
Un astro se divisa de bonanza:  
La súplica ferviente  
Del cautivo será vuestra esperanzal

¡Orad con Pío nono; orad corrales  
Del triunfo el día aome;  
Que el martirio sufristes abnegados  
Porque amabais a Roma;  
¡I por Roma también seréis salvados!

Julio de 1876.

RAMON ANJEL JARA.

## EL MISIONERO DEL MUNDO.

El Pontífice no desmaya ni vacila. En medio de las amarguras que agobian su corazón, rodeado de penas i de trabajos sin cuento, en las horas de oracion i de santas i mudas plegarias, vuelve sus ojos a las mas lejanas tierras del orbe, i allí reposa, i allí encuentra solaz i consuelo.

Al traves de veinte siglos resuena en sus oídos la voz del Cristo; i, como los discípulos del Evangelizador de Galilea, se pone de plé i se calza las sandalias i toma el bordon del peregrino i se dispone para marchar.

Divisa ya en el horizonte los linderos de la nueva tierra velados por la bruma del misterio i de las leyendas, a la sombra de sus bosques seculares se cobija apiñada muchedumbre que celebra, al són de sus canciones acompañadas por las armonías de las selvas, una fiesta de sangre i de horror.

Pío IX se abisma, se acerca, oye ya distintamente los ayes de la víctima, quiere detener la mano del verdugo, se empeña por salvar al infeliz que sufre..... i se encuentra mui léjos de la víctima i deja de percibir sus ayes i lamentos.

Vuelve a orar, i a la escena cambia.

En las inhospitalarias orillas de un río, i sobre un lecho de abrazadas arenas, duerme un niño abandonado; mas allá otro lucha con la corriente que lo arrastra al abismo; en ese mismo instante llega una mujer, i deshaciéndose de la carga que sustentan sus brazos, la mira con ojos de indefinible ternura i la arroja, con toda la fuerza de que es capaz, al fondo de las aguas.

Adonde alcanzan sus miradas descubre cuadros de barbarie, iluminados por las melancólicas luces que arden en los templos de los antiguos i deleznable dioses, cuyos sa-

cerdotes i agoreros han dado el terrible grito: ¡los dioses se van!

¡Prodijios de Dios! Lo que bastaria para amedrentar a la misma osadía, da vigor al que, aplicando con harta justicia una célebre frase, podríamos llamar, el anciano-prodijio.

Hé allí víctimas de la barbarie oriental. «Salvémolos,» se dice el Pontífice..... Quiere hacerlo..... i vuelve a sentir la impotencia de sus esfuerzos.

Ora de nuevo i con fervor creciente, i en su oracion vuelve a encontrar la fé que aliena, i la caridad inestinguible del apóstol.

Ha sonado la hora del trabajo, i el primer instante es consagrado a las víctimas que hace pocos momentos imploraban su piedad.

Va a enviar sus ejércitos a la conquista de esos mundos i manda hacer los preparativos de la espedicion.

Unos cuantos minutos bastan; las puertas se abren i dan paso a los guerreros.

Son apenas un puñado de sacerdotes. Visten sotana negra, llevan sobre el pecho una pequeña cruz i en su frente el sello del martirio!

Dispuestos a partir, esperan arrodillados la voz del Pontífice.

«Id i predicad el Evangelio,» les dice, al mismo tiempo que alza su mano para bendecirlos.

Hé allí un ejército que no tiene otras armas que un breviario, i que va a conquistar, para el cielo i la civilizacion, naciones que no doblegarán su frente al empuje de las armas invencibles de la Europa, ni a la fuerza de las lecciones de los siglos.

I esta escena se repite en cada día, i en cada día, de los puertos de los Estados en que el respeto de muchos siglos consagró el dominio de la Iglesia, salen los misioneros que van a predicar la lei de vida i de verdad, i a regar con su sangre jenerosa el surco en que arrojan la semilla que será fecundada. ¡Dios lo ha prometido por el Verbo del Eterno!

Es imposible encontrar en Pontífice alguno mayor celo que el de Pío IX por la predicacion del Evangelio. Es su idea dominante; no hai un solo momento de vida que no esté consagrado todo a ella.

Al calor de sus exhortaciones, al májico poder de su palabra, movidos por su ejemplo, lejiones de apóstoles, de Hermanas de la Caridad i de la Providencia van a buscar un puesto en las filas de los soldados de la paz.

La historia de esa guerra es un poema, iniciado apenas en este mundo, concluido en el cielo por los ánjeles que escriben en el Libro de los Siete Sellos los nombres de

los que realizaron el sublime de la caridad, porque dieron la vida por sus hermanos.

¿I a qué lugar, i a qué ciudad, i a qué punto de la tierra no han llegado los misioneros católicos, que en los momentos de descanso vuelven los ojos a Pio IX para darle cuenta de sus triunfos, i en los de duda para buscar en Pio IX la esperanza que no vacila, porque tiene por fundamento la *palabra que nunca pasará?*

I, cuando los salones del Pontífice, respetado por la barbarie del bárbaro Atila, ultrajado por la civilizacion del civilizado siglo XIX, se llenan de viajeros, de peregrinos i de creyentes que quieren ver en su persona el milagro de la independencia entre cadenas, del poder infalible encarnado en un anciano que se siente desfallecer bajo el peso de los años i de las penas, del Padre i Rei de la cristiandad escarnecido por los mismos que pretenden llamarse sus hijos, entónces Pio IX no es ya un apóstol, es la personificación del Evangelio.

¡Oh! si a los que a millares de leguas hemos leído sus exhortaciones i encontrado en ellas la luz que guía, la palabra que alienta i la fuerza que vivifica, nos hubiera sido dado oír las de sus propios lábios, i estampar en sus santas manos el ósculo del mas tierno i filial respeto!

¡Oh! si nos fuera dado, no ya llevar una flor a la corona de Pio IX, siquiera una voz mas unida al inmenso coro que en este día celebra en el prisionero del Vaticano, al Pontífice infalible, al Padre de la fé, i al centro de la verdad i de la unidad católicas!

VENTURA BLANCO.

SUFRE, ORA I ESPERA.

Clamavit ad me et ego exaudiam eum: cum ipso sum in tribulatione: eripiam eum et glorificabo eum.

Es la hora del inocente  
Que entre duros hierros jime,  
Es la hora de quien oprime,  
Insensato, a la virtud:  
Eleva el bueno a los cielos  
Conmovedora plegaria,  
En su mansion solitaria  
Vela el malo en la inquietud.

Por los valles i colinas  
Calma la noche se estiende  
I luz tímida desciende  
Sobre la Eterna Ciudad.  
¡Cuánto palacio soberbio  
Sobre ruinas elevado!  
¡Cuánta leccion del pasado  
A la necia humanidad!

Roma, tumba majestuosa  
De glorias i de grandezas  
¿Dónde están hoy las proezas  
De tanto conquistador?  
Ruinas, que estais proclamando  
Con vuestro callar profundo  
Los vanos triunfos del mundo.....  
¿Qué será del invasor?

Ayer en alcázar réjio  
Soñaba lecho de flores,  
Hoy sueña con los traidores  
I le asalta miedo vil,  
I su pecho temeroso  
Late con golpes violentos,  
I siente remordimientos,  
I sufre insomnio febril.

Vision de muertes persigue  
En el silencio, a su alma,  
Le da terrores la calma  
Le espanta la tempestad;  
¿Que es el verdugo mas fiero  
De los malvados, su crimen,  
I el llanto de los que jimen  
Al peso de su maldad!

Rei, tiembla en ese palacio  
Tiembla ¡las fuerzas humanas  
Qué son sino sombras vanas  
Ante la fuerza de Dios?  
Tú le juraste la guerra  
I sus templos profanaste  
I los santuarios hollaste  
Donde moraba el Señor!

El volverá a tí su rostro  
I al ver tu orgullo profuando  
Hundirá, a la faz del mundo,  
En polvo tu altiva sien:  
Dispersarase las jentes  
Que alzaban tus pabellones;  
Huir verás tus lejonos  
Ante el Fuerte de Israel.

¿No escuchas nefandas voces  
De turbas desenfrenadas  
Que profanan embriagadas  
De la noche la quietud?  
Déjalas—¡Son tus secuaces!—  
Ahogar en risa sus penas  
I el ruido de las cadenas  
Que hoy arrastra la virtud.



Déjalas! ahogar no pueden  
La voz débil del anciano  
Que para el mundo cristiano  
Piedad implora de Dios.  
La oracion que de sus labios  
Se desprende, leve sube  
Llevada por un querube  
Hasta el trono del Señor.

En vano con cruda saña  
Se desenfrena el Averno  
Luchando con odio eterno  
Contra el triunfo de la Cruz:  
En vano contra las puertas  
Del templo de Dios, osados  
Se avalanzan los malvados  
En compacta multitud.

Porque sostiene esa enseña,  
Porque defiende ese templo  
Pío IX del orbe ejemplo  
Con invencible valor!  
Suben las olas en torno  
I el huracan ruje fiero,  
Mas su espíritu está entero  
I entero su corazón.

¡Santo anciano! Ya su frente  
Bajo los años se inclina,  
Ya al ocaso se encamina  
De su glorioso existir,  
I siente cómo se ajita  
Batiendo palmas, triunfante  
La maldad, i vacilante  
La virtud mira gemir.

I mira cómo se aprestan  
Con ruin algazara impía  
A cobarse en su agonía  
Las falanjes de Luzbel;  
Mas no tiembla, ante el peligro  
Su corazón se engrandece,  
I mas su esperanza crece  
I se aviva mas su fé!

¿Quién ese valor sostiene?  
¿Quién hace firme i potente  
Su brazo desfalleciente?  
¿Quién retiempla su virtud?  
¿Qué poderosas naciones?  
¿Qué formidables armadas?  
¿Qué murallas coronadas  
De guerrera multitud?

Mas que monarca, era padre  
De su pueblo, i un tirano  
De su veneranda mano,  
Audaz, el cetro arrancó;  
I en el trono mas angusto  
Que ha contemplado la historia,  
Sin honor, sin fé, ni gloria.  
Se asentó el usurpador.

Ni la virtud, ni las canas  
Al verdugo han arredrado,  
I con las palmas ha orlado  
Del martirio su vejez.  
¿Tú, que los vientos bravios  
I los mares encadenas,  
¿Por qué, señor, no refrenas  
Del malvado la altivez?

¿No escuchas cómo a tí llega  
En la noche silenciosa  
Una plegaria ardorosa  
En busca de tu piedad?  
¿No miras cómo la fuerza  
De tu brazo solicita  
Contra la turba precita  
Que empuja la iniquidad?

Es la voz de tu Vicario,  
Desamparado en la tierra,  
A quien hacen cruda guerra  
Los que aborrecen tu fé  
—; Señor, clama, anda el rebaño  
Por estraviado sendero;  
Yo me encuentro prisionero  
I lo miro perecer!

¿Su guarda me encomendaste,  
I el mas cruel de mis tormentos  
Es percibir sus lamentos  
Sin poderle dar favor!  
¿No lo dejes de tu mano;  
La maldad crece, Dios mio,  
Yo me vuelvo a tí, i confío!  
¿No abandones al Pastor!

¡Oh, señor! tú no desoyes  
Esas plegarias ardorosas  
I tus voces misteriosas,  
Que oye solo el corazón,  
Descienden en el silencio,  
Cual luz plácida, del cielo  
Disipando el desconsuelo  
Del anciano en su prision.

—; Clamaste a mí, le respondes,  
Pusiste en mí tu esperanza  
Yo haré tornar la bonanza,  
Yo la mar aquietaré.  
Contigo esto; no te arredren  
Los gritos de turba impía!  
¿Qué vale contra la mia  
La potencia de Luzbel?

Seré en la lucha tu escudo  
Contra los odios del hombre,  
Inmortal haré tu nombre,  
Gloriosa tu ancianidad:  
Ya en manos de mis querubes  
Una corona esplendente  
Para ceñirte la frente  
Te aguarda en la eternidad.

A PIO IX, PRINCIPE DE PAZ.

Cuando ahuyentó la nada  
El soplo del Eterno omnipotente,  
I la tierra creada,  
Purísima inocente,  
El sello del autor muestra esplendente;

I cuando de hermosura  
I animales i frutos i de flores  
I perenne verdura  
Vestida i resplandores  
A los hombres la dió como a señores,

Tú fuiste, oh Paz divina!  
La armonía feliz, la clara lumbre  
Que todo lo ilumina,  
El abismo i la cumbre,  
De seres mil i mil la muchedumbre.

Sonriese la tierra  
Arrullada en tu seno delicioso,  
No el monstruo de la guerra  
Aun ruje sanguinoso  
Ni alza el vuelo de llamas, espantoso.

Mas ¡instante maldito  
El que lo trajo entre los negros males  
I en el duelo infinito,  
Infinitos raudales  
De lágrimas i sangre a los mortales!

Nunca indultada pena  
Cruel compañero del primer pecado,  
Como la Paz serena  
Era el premio acordado  
Al mundo de inocencia coronado.

Cual si infernal veneno  
A todo sér con vida corrompiera,  
Ya desde entonces lleno  
De ira el orbe ardiera  
I todo estrago i luto i muerte fuera.

Lloraron las esposas  
Prematura viudez, al par lloraron  
Las madres cariñosas,  
Que huérfanas miraron  
Cadáveres los hijos que enjendraron.

El ave huyó del ave  
I de la fiera el bruto i del hermano,  
El hermano no sabe  
Si estrechará la mano  
Que talvez armará furor insano.

No rien ya las flores  
Marchitas al nacer i despojadas,  
Tristísimos rumores  
Brotan ensangrentadas  
Las fuentes en campiñas desoladas:

A tanta desventura  
A lloro tanto i dolorosa ruina  
La Paz vuélase pura  
Al cielo, a la divina  
Mansion de do bajara se encamina.

Mas conmovió al Eterno,  
Victima el mundo del fatal pecado  
I al monstruo del Averno  
Del orbe enseñoreado  
Quiere ver otra vez encadenado.

I de la Paz se viste  
De Dios el santo, el inefable Verbo  
Cesa el gemido triste,  
Calma el dolor acerbo  
I arde en despecho Satanas protervo....

En su indeleble huella  
El Príncipe de Paz, el Rei divino  
La Paz dejó, i con ella  
Al hombre peregrino  
De su destierro le endulzó el camino.

*Pastor de los pastores,  
Pastor de las ovejas, amoroso,*  
I no de triunfadores  
El nombre sanguinoso  
Da a su Vicario el Redentor piadoso.

De Paz el iris bello  
Corona desde entonces su alma frente,  
Cual celestial destello  
Piedad, perdon clemente  
Halla en sus labios la afijida jente.

Mirad si no al agosto  
Pontífice inmortal, al dulce Pio,  
Que con brazo robusto  
Lucha contra el bravío  
De guerra i muerte ensangrentado rio.

Paz dice a las naciones,  
Paz a los reyes, paz a los tiranos,  
Toca sus corazones,  
Muestra puras sus manos  
I abrazarse les ruega como hermanos.

Aquí a la turba ciega  
Que reducen mentidos redentores  
El alumbrá i sosiega;  
Allí a los opresores  
Con sus rayos conturba aterradores.

Cuando horrisono el vuelo,  
El huracan de guerra gigantea  
Derrama espanto i duelo,  
La Europa señorea  
I a la Francia infeliz arde su tea.

¿Quién a cortar sus alas  
Corre i maldice la feroz tormenta  
De las furiosas balas?

¿Cuál árbitro se ostenta  
Í, Príncipe de Paz, la Paz presenta?

Es Pio, el dulce anciano  
Quien, de sangre, luchó, contra la ola;  
Í fué su intento vano,  
Í la ambicion le inmoló  
Í de mártir le ceñe la aureola.

De qué sirve el bañido  
Al cordero inocente, si engrifado  
El leon enfurecido  
Al leon se ha abalanzado,  
Del matador crúel verse acosado?.....

¡Oh si la voz se oyera  
Del Padre universal, la plaga impía  
No ya al mundo encendiera;  
Í si le alumbraría  
De la preciosa Paz eterno día!

ESTÉBAN MUÑOZ DONOSO.

## PIO IX CONVOCA EL CONCILIO

DEL VATICANO.

En los días de Pio, el nóveno de los Sumos Pontífices de su nombre, asimismo en los de aquellos que le antecedieron en la cátedra de Roma, Ciudad Santa, los hombres levantaron entre sí una gran disputa.

Decían unos: Nada hai sobre el haz de la tierra que no engañe i no sea causa de que los hombres caigan en equivocaciones.

Engañosas son las fuentes, i los arroyos i los mares, porque una cosa son de cerca i otra cosa son de léjos.

Engañosos son los montes, i los valles i los desiertos, porque en ellos se oyen i se ven cosas que son como las ilusiones del que duerme i sueña.

Engañosos son los astros i los cielos, porque aparentan cosas que no hai: engañan en su camino, i en su luz i en su tamaño, i engañan en su distancia.

¿Por ventura solo el hombre no engañará?

¿Quién puede decir: Yo no mas no yerro?

Hé aquí que cuanto el hombre encierra i manifiesta es ilusion, i nada sólido puede encontrarse en su existencia.

Sueño es lo que pretende i sueño es lo que lo halaga en sus pensamientos.

En la noche encuentra una cosa i en la vijilia ve otra que no se parece a la primera.

En el día afirma i en la noche niega.

En la vispera dice: Esto será así; i al día siguiente dice: Erré; pero mañana sucederá de otro modo.

Hé aquí que nada de lo que dice el hombre i nada de aquello que piensa tiene consistencia.

¿Quién ha dicho a un hombre: Lo que tú digas será la verdad, i lo que tú hagas será lo bueno?

¿Quién es aquel que ha podido decirle: Si tú vacilas, yo te sostendré para que no caigas; si tú desfalleces, yo te confortaré para que no mueras; si tú no ves, yo te alumbraré para que veas?

¿Dónde está el hombre que ha oido tales cosas? Mostrádmelo si lo descubris sobre la tierra.

I decian otros: ¿Por ventura la verdad no mora ya entre los hijos de Adán?

¿Quien pudo arrojarla de la tierra i hacer que no se descubriese siquiera con trabajo?

¿Acaso alguno se ha puesto delante de ella i con la espalda vuelta a su luz ha esparcido las tinieblas sobre el mundo?

¿Quién tanto pudo i no fué conocido de los hombres?

Es cosa cierta que la verdad está con nosotros i cierto es que vosotros no la quereis ver.

Es cosa cierta que hai un hombre que no engaña cuando habla a los demas hombres i cierto es que vosotros no le quereis creer cuando habla.

Existe Dios; i habla por intermedio del hombre que no se engaña, porque Dios tampoco se engaña.

I otros, levantándose como indignados, replicaban:

Cuanto sale de vuestra boca es vanidad i quimera.

¿Pensais que álguien formó el universo i le impuso leyes?

¿Alguno ha dicho a la tierra: Fórmate i obedéceme? ¿i dijo alguno al sol i a la luna i a las estrellas: Resplandeced i seguid estos caminos?

¿Existíais vosotros en el tiempo en que estas cosas pudieron hacerse o podeis dar testimonio de que otros las vieron?

¿Cuál es aquel que ahora puede presentarse diciendo: Yo he visto el rostro del Omnipotente i he escuchado las palabras de su boca?

¿Cuál es ese tan temerario e insolente?

Oíd, i sabreis lo que es el hombre.

Principia en el vientre de una mujer i acaba en el polvo de una sepultura.

Sus dias se disipan como una ilusion nocturna i no dejan huella de su paso: su rastro es como el del pez en el agua i del pájaro que cruza el aire.

I su duracion es como el día de ayer que



ya pasó i es contado por instantes como la agonía del moribundo.

Por lo cual es necesario no despreciar aquello que da encanto i todo lo que alegra o deleita.

Preciso es acercarse a lo que trae gozo i alejarse de lo que puede oprimir i fastidiar.

Esta es la ciencia de la vida i la sabiduría del hombre.

Pero un día ha de llegar en que el hombre se haga mas perfecto i sepa cuanto puede saberse en todo.

Los límites de su inteligencia desaparecerán i su sabiduría será como el océano, i penetrará los arcanos del firmamento i será como una luz resplandeciente.

Entónces se esclamará: Cuán necios eran los que creían misterios i se esforzaban en que otros los creyesen.

Hé aquí que nos hemos hecho como dioses i nos hemos engrandecido sobre nuestro pasado, que es despreciable.

Mas, el día en que estas cosas acontezcan está aun léjos de nosotros.

I otros, tomando parte en la disputa, decían:

No es lo que vosotros decís lo cierto sino otra cosa.

Sabed que un tiempo el Verbo Eterno tomó carne i moró entre los hombres, i enseñó muchas verdades, i su enseñanza era irresistible, porque tambien obró muchos prodijios.

I quiso que entre los hombres estuviera la verdad que los salvase i estableció su Iglesia.

I tambien prometió que su Iglesia no caería en falsedad, i que sería estable en la tierra i duraría hasta el fin del tiempo.

I que todo lo que dijera su Iglesia i todo lo que mandara era palabra de Dios que debía creerse.

Hé aquí que hai sobre la tierra quien dice la verdad i no se engaña, mas no es un hombre sino la Iglesia.

I oyendo esto, esclamaban algunos:

¿Hasta cuándo la razon permanecerá esclava, i hasta cuándo no será oída en lo que habla con elocuencia?

¿Hasta cuándo el hombre no será libre, i hasta cuándo no verá lo que está delante de sus ojos?

¿Por qué la razon no es respetada i por qué se cierran los ojos a su luz, que anima i engrandece?

Todo lo que ella rechace, delirios son del hombre i todo lo que ella no comprenda debe ser rechazado.

I solo lo que ella diga es verdad i no aquello que es invisible i aquello cuyo principio no se descubre.

Hé aquí que el hombre es grande por la razon, porque por ella conoce el lugar don-

de el sol se levanta i el lugar donde se oculta;

I el movimiento de los astros en el cielo i el modo como alumbran;

I la formacion de las lluvias i de las tempestades, i la causa del rayo i del relámpago;

I los cimientos de la tierra i todo lo que ésta guarda en sus entrañas;

I las leyes de las plantas i de las aguas que las riegan;

I el orijen del frio i del calor, de la escarcha i del rocío;

I las leyes a que obedecen los animales que se mueven sobre la superficie de la tierra;

I la formacion del universo desde el momento de constituirse, i tambien la manera como existe en órden i armonía i tambien el modo con que sucederá su fin.

Todo lo cual sabe el hombre por la razon i solo en ella debe apoyarse i creer en los días de su vida.

Mas, aun la razon es prisionera i su voz no es escuchada sino como el lamento del que está con cadenas.

I otros se levantan para decir:

Imposible es que haya un hombre que esté escento de error i que un hombre imponga su palabra a los demás.

No puede presentarse nadie en medio de los hombres i sostener que su palabra debe ser creída por todos, porque esto solo de Dios es propio.

No puede un hombre ni muchos hombres juntos tener el privilegio de no caer en falsedad, porque cada uno entiende por sí solo i cree lo que entiende.

Que cada cual tome el libro de Dios i lea i medite lo que en él está escrito.

I aprenda la manera como el Omnipotente hizo la tierra i el cielo.

I conozca los nombres de los Patriarcas i los hechos de ellos i el número de su descendencia.

I recapite sobre lo que está profetizado i sobre lo que hai de Dios en los Profetas.

I tome noticia de la esclavitud de Egipto i de la lei que fué dada en el Sinai.

I sepa todo lo que vino despues i está escrito en el Libro de Dios, hasta la predicacion del Mesías, el cual fundó una Iglesia invisible.

Mas, nadie diga: Yo creo esto, porque tal lo cree; mas, diga: Yo creo esto, porque así lo entiendo en el Libro de Dios.

Hé aquí que solo debe creerse aquello que cada uno entiende que está contenido en el Libro de Dios, porque servidumbre de espíritu es toda otra cosa.

I aquellos que decían: Hai un hombre que no se engaña cuando habla a los demás

hombres,—replicaban a todos los otros, diciendo:

Creednos: hai palabra de Dios entre nosotros.

Hai palabra de Dios que condena a muchos de vosotros, porque hablais cosas falsas i cometéis abominaciones.

Hai palabra de Dios para que un hombre sea su Vicario en la tierra i sea como la piedra angular de su Iglesia.

Hai palabra de Dios para que un hombre no yerre cuando se sienta sobre su cátedra a enseñar a los hombres.

Mas, este hombre no yerra porque es tal, o porque es sabio, o porque es virtuoso, o porque otros le ayudan, sino que dice la verdad porque el Altísimo lo asiste i endereza sus pensamientos.

Creednos: este hombre es el Gran Sacerdote que habita en la Ciudad Santa, el cual habla bendiciendo.

I sus bendiciones son como la bendición que da el padre al hijo que se ausenta a tierras extrañas, i su voz es suave como la voz del que consuela.

I su acento conmueve i enternece como la caricia de la madre llega al corazón del hijo.

Su mirada es tranquila como la del que no teme i espera, i su rostro complaciente i amoroso.

El impío lo maldice en distancia, mas cuando se acerca a él lo ama.

Desea que el Gran Sacerdote no exista, mas en su presencia queda pasmado i se prosterna herido de admiración.

I la maldición del impío es como la maldición de un hijo contra su padre.

Hé aquí que Dios habla a sus siervos por medio del Gran Sacerdote, que reside en la Ciudad Santa, el cual amonesta a todos para que no caigan en el abismo.

I muchos hacían mofa de éstos i se erguían como sabios i desdeñosos, i hacían escarnio de las palabras de aquellos que decían: El Sumo Sacerdote no yerra.

Mas, el Gran Sacerdote se entristecía con estas controversias i oraba a Dios, diciendo:

Señor, el siervo de tus siervos está pronto a escuchar tus palabras i a ejecutar tus designios.

Hé aquí que muchas de las ovejas que confiaste a tu siervo se apartan del redil, i comen malos pastos, i beben aguas cenagosas i no quieren oír la voz del pastor.

Haz, Señor, que tus siervos no se pierdan i que tus enemigos se conviertan a tus caminos.

Haz, Señor, que los que se burlan de tus palabras las crean para que sean salvos ellos i sus hijos.

Señor, que un rayo de tu luz ilumine a

aquellos que se sientan entre tinieblas i blasfeman diciendo: No hai lei, no hai Dios.

Danos, Señor, tu paz para que todos seamos como hijos de un mismo padre, i unidos a tí muramos en la hora que tú solo conoces.

Mas, en todo hágase tu voluntad.

I el Señor oyó esta oración de su siervo i dijo al Gran Sacerdote:

¿Qué es el hombre para que levante la cabeza delante de su Hacedor i contradiga sus palabras?

¿Qué es su ciencia i qué son sus fuerzas?

¿Acaso el hombre dirá: Yo sé mas que Dios, yo puedo mas que el Omnipotente?

¿Por ventura el hombre se ha olvidado de su oríjen i no recuerda que fué hecho de barro?

¿Por ventura el hombre se ha formado a sí mismo i se infundió a sí mismo el espíritu?

Necio es el impío que blasfema diciendo: No existe Dios.

I los que escucharen sus palabras se perderán con él.

Mas, si los hombres te combaten, yo te sostendré.

I si los hombres te atacan, a mí me atacan i serán castigados.

Tus enemigos se disiparán como el humo que arrastra el viento i desaparece sin dejar rastro.

Te combatirán con el furor de la tempestad, pero tú permanecerás ileso como la roca que rompe las olas.

Ellos pasarán i llegarán a ser como las ruinas de una ciudad destruida.

I su recuerdo será odioso entre los buenos i como una maldición del linaje del hombre.

Mas conviene que el mundo vea esta lucha para que dé testimonio de mi palabra i para que vea que yo estoy contigo.

Si el hombre se levanta contra su Juez, i desconoce su poder, i se enorgullece i ensalza, ruina i desolación caerá sobre su cabeza.

Mas, quiero que reunas a los pastores de mi rebaño, porque voi a hablarles i a decirles lo que deben condenar i lo que deben proclamar como palabra de Dios.

I tú estarás a su cabeza i serás el primero entre ellos.

Llama, pues, a mis siervos para que escuchén mi voz, i decidan muchas cuestiones.

Entonces Pío, Gran Sacerdote, se levantó i alzó su voz exclamando:

Pontífices del Setentrion i Pontífices del Mediodía, Pontífices del Oriente i Pontífices del Occidente, venid a mí i congregaos en la Ciudad Santa.

I oyendo esta voz los poderes de la tie-



rra, los reyes i los emperadores, i los principes i señores de naciones i pueblos, se conturbaron i, como poseidos de espanto, esclamaban: ¿Qué quiere éste?

I crayeron que sus coronas vacilaban i que sus cetros caian de sus manos i que sus tronos se hundian.

I comenzaron a tender asechanzas a los Pontífices i a los hijos de Dios i se conjuraron contra el Gran Sacerdote, a fin de que los pastores no se congregaran a oír la palabra de Dios.

Mas, las asechanzas de las dominaciones fueron en balde i los hijos de Dios se regocijaban i los Pontífices con ellos.

I los que eran fuertes de corazon i grandes de espíritu elevaban al Señor un cántico diciendo:

Loado sea el Señor, que ha puesto su Vicario en la tierra i en sus manos puso todo poder.

Ensalzado sea el Señor, porque quiere hablar a su pueblo i enseñarle cosas que deben ser creidas con fé divina.

I todo lo que habita la tierra i todo lo que puebla el aire i todo lo que existe en los cielos, eleve al Señor un himno, porque grande es el Señor sobre todo lo que ha creado.

Bendito sea el Vicario del Señor i levantado sea sobre las jeneraciones de los hombres, porque el Señor ha querido que su Vicario congrege a sus pastores.

Bendito sea el Vicario del Señor, porque no será amedrentado por los impíos, ni por sus impiedades, ni por los principes i el ejército de sus vasallos.

Bendito sea el Vicario del Señor, porque ama a sus hijos, como la avecilla cuida sus polluelos.

Engrandecido sea sobre los hombres Pio, el Gran Sacerdote del Señor, i su memoria sea imperecedera entre los hijos de los hombres.

Habló, pues, el Gran Sacerdote, i su voz se estendió por los confines del mundo i en la redondez de la tierra fué escuchada con aplauso.

I llegaron a la Ciudad Santa los Pontífices del Oriente i los Pontífices del Occidente, los Pontífices del Setentrion i los Pontífices del Mediodia.

Llegaron aquellos que habitan en lo interior de las tierras i aquellos que moran mas allá de los mares.

I llegaron aquellos que apacientan sus rebaños en las playas de los mares i aquellos que los apacientan en las riberas de los rios.

I llegaron aquellos que residen en islas apartadas i aquellos que habitan en la vecindad de los bosques.

I llegaron aquellos que son semejantes a Pontífices i llevan sobre su cabeza una cogulla i una mitra sobre ella.

I se agregaron asimismo los que tienen poder sobre muchas centurias de operarios del Señor i a los cuales presiden como un jeneral preside sus lejiones.

I estaban con todos éstos i aquellos los ancianos que forman el consejo del Gran Sacerdote i son a semejanza de los setenta de Moises.

I todos se postraron ante el Señor en la tumba de Pedro i en los sepulcros de los apóstoles.

I bendijeron los dias de éstos i evocaron sus hechos i los tomaron como ejemplo.

I prosternados sobre el polvo santo elevaron al Altísimo una plegaria i su voz abrió los cielos i llegó hasta el trono del Altísimo.

I su plegaria era por todo el linaje de Adam i por ellos mismos que oraban: por los grandes i por los pequeños, por los ancianos i por los infantes, por los buenos i por los malos, por el justo i por el impío.

Congregáronse, pues, aquellos que están nombrados i formaron un concilio, al cual presidia el Gran Pontífice Pio.

E invocaron sobre ellos al Espíritu Paráclito e imploraron su asistencia diciendo:

Desciende, oh Paráclito, a las almas de los tuyos e infunde en ellas tu gracia divina.

Enderaza nuestros pensamientos i dirige nuestras acciones para que veamos la verdad i la digamos como es.

Hé aquí que tus siervos están prontos a escuchar tus palabras i a ejecutar tus órdenes.

Enciende tu antorcha en nuestro entendimiento i abraza de tu amor nuestros corazones.

Ven sobre aquellos que instituiste obispos para reir la Iglesia de Dios i aparta de nosotros las tinieblas del error.

Hé aquí que congregados al rededor del Gran Sacerdote imploramos tu asistencia i elevamos a tí nuestros espíritus.

Acoje benigno nuestra oracion i que tu gracia esté con nosotros.

I reuniéndose entraron en concilio ecuménico i el Espíritu Paráclito estaba con ellos i los asistia.

I levantándose los Pontífices dijeron al mundo:

Creed esto que vamos a deciros, como se cree la palabra de Dios, creed con fé divina que el Gran Sacerdote no puede caer en falsedad cuando desde su cátedra enseña a los hombres lo que deben creer i lo que deben hacer.

Así ha parecido al Espíritu Santo i así ha sido visto por nosotros.

I los Pontífices en concilio fueron asisti-



dos por el Espíritu Santo en muchas otras cosas que aun no se saben, pero que el mundo sabrá cuando fuere tiempo.

I los Pontífices se separaron i volvieron a sus rebaños, mas el concilio aun no está concluido.

VICENTE AGUIRRE VÁRGAS.

EL 20 DE SETIEMBRE.

¡Cuántas veces, Italia, cuántas veces  
De la maldad el número sanguinoso  
Tu suelo virgen, sin piedad, ha hollado!  
Cuán amenudo, Italia, has apurado  
La copa del dolor hasta las heces!  
Tu espíritu animoso,  
Que en las glorias del arte se recrea,  
Postrado, envilecido,  
En las armas se abate; i la pelea,  
El cetro maldecido  
Que tus campos fructíferos arruina,  
Lo empuña el rei del mal, el lo gobierna  
Te da la corrupcion i te encamina  
A una eterna opresion, a infamia eterna!

Italia! tu lo has visto  
Tus campiñas talar alevé i fiero,  
I el templo santo, de virtud abrigo,  
Derribar tu lo has visto; de su acero  
El rayo destructor parte i llevando  
Desgracias por doquiera,  
La cabaña, devora, del mendigo  
I la morada donde el rei impera.

Italia! tu lo has visto  
Llevar tus pobres hijos al combate,  
Ejército de siervos  
Que se lanzan furiosos a su presa  
Como bandada de rapaces cuervos.  
Patria, reina del arte, ¿no te abate  
Tanta degradacion? tu gloria es ésa?  
Tu jeneroso espíritu i pujanza,  
Tu majestad, tu gloria, ¿qué se hicieron?  
Fué solo algun instante de bonanza,  
Que los siglos quizás desvanecieron?  
¿No eras tú la que intrépida abrazabas  
El sagrado pendon, Italia bella?  
¿Así abandonas a la Iglesia? a aquella  
Que aplauso i gloria te brindó otros días  
Cuando amparabas sus angustias leyes,  
I, campeón de su honor, la defendias  
De la agresion injusta de los reyes?  
Tan pronto la dejaste,  
Para acatar, entusiasmada i ciega,  
La corona del mal deslumbradora  
Que un deshonroso porvenir te dora?

Italia! tu lo has visto  
I anzarse como lobo carnicero  
Sobre su víctima indefensa; un día,  
Día de llanto para el orbe entero,  
Intenta arrebatar con mano inopia  
Tu alhaja mas hermosa,  
La sacra musa que tu historia canta,  
La bella Roma, la ciudad grandiosa,  
La herencia del Pontifice i su asiento;  
De la I-i del Señor, cátedra santa,  
De diezinueve siglos monumento!  
¡Roma, ciudad eterna! ciudad grande!  
Patria infeliz de hazañas i de horrores,  
Tú tambien cuna del martirio has sido;  
Tú de Neron probaste los furoros,  
I ¡cuántas veces, en tus bellas plazas,  
Has visto estremecida  
Del martirio flamear la santa hoguera,  
Do rendian intrépidos su vida  
Tus hijos mas virtuosos,  
Entre crueles tormentos dolorosos!

Hoi la impiedad intenta  
El santo solio profanar en donde  
De Dios la excelsa majestad se esconde...  
Contra el gran Pio Nono  
Sus dardos pozozosos han vibrado  
El crimen, la maldad; el negro encono,  
La roedora saña  
En su gloria i su nombre se han cobrado.  
Roma, la augusta sede de San Pedro,  
La silla de Gregorio i Pio Quinto,  
Ese asilo de paz i de reposo  
Que la justicia universal acata,  
Como bandido torpe i alevoso,  
La codicia de un rei se lo arrebató...

¡Oh! si el sér misterioso, omnipotente  
Que la sublime inspiracion envi,  
Alumbrara mi mente!  
¡Ah! entónces la voz mia  
Tus acerbas desgracias, Padre Santo,  
Con ardor i cen fí publicaria,  
En armonioso, inimitable canto...

Con grave voz, con inspirado acento,  
Las desgracias cantara  
De aquel día de llanto i de dolores,  
De aquel día de amargo sufrimiento!  
Pues do la muerte su pendon tremola  
Todo es luto, pavor, muerte i horrores.

Ya se acerca bramando  
El ronco estruendo del cañon guerrero  
Que se dilata por doquier llevando  
En sus rápidas alas  
Muerte i desolacion; el limpio acero,  
De rojo humer teñido,  
Mata, derriba, desordena, aterra  
Cuanto a su paso resistencia opono,

Hasta que al fin tronchalo, dividió,  
 En el inmundado ciénago se ent'erra.  
 Por el nublado cielo  
 El plomo mata'dor cruza silbando:  
 Aquí pesar i duelo  
 I luto i padecer a un padre lleva,  
 Allí el jóven intrépido sucumbe,  
 Al lado de sus hijos su querida,  
 Pero espira dichoso, defendiendo  
 La santa religión, fuente de vida!

Por todas partes confusion i espanto,  
 Muerte i estrago reinan;  
 Roba la luz el humo; i entre tanto  
 Mas i mas el combate se enardece,  
 El estrépito crece;  
 La muerte por doquier mil vidas siega  
 I sus despojos a la tumba entrega...

Mas, cesa de repente  
 Del combate el estruendo belicoso:  
 Su cólera refrena,  
 I sus armas deponen silencio  
 El heroico soldado pontificio...  
 Tú lo ordenaste así, Padre clemente,  
 De justicia i de paz modelo eterno;  
 Rios de sangre hermana correr viste,  
 I el fuego detuviste;  
 Cedió a tu voz el indomable acero:  
 No mas sangre, dijiste, recojiendo  
 La cadena fatal del prisionero.

Como la negra nube tempestuosa,  
 Que en la mitad de refuljente día,  
 Enluta el firmamento,  
 Sustituyendo a los purpúreos rayos  
 Las densas nieblas de la noche umbría:  
 Así tambien, la turba asoladora  
 De la italiana hueste, se derrama  
 Por la Ciudad Eterna, presa ahora  
 Del hierro fratricida i de la llama...

Anciano venerable,  
 Glorioso Pio Nono, se ha cumplido  
 El profético lema:  
*Cruz de cruz has de ser... i has merecido*  
 Del sagrado martirio la diadema.  
 Por la gloriosa via del Calvario  
 Tu espíritu gigante se encamina;  
 Sufrir, siempre sufrir, esa es tu suerte!  
 Dios la escabrosa senda te ilumina,  
 I, cual tu blanca estrella peregrina,  
 Siempre delante va la *Mujer fuerte*.

El Eterno sus santas bendiciones  
 Derrama sobre tí, gran prisionero;  
 Su fallo justiciero,

Que al impío castiga i al malvado,  
 Te dará la victoria,  
 I te alzará de nuevo coronado  
 Del lauro refuljente de la gloria.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.

PIO IX

VE I SUPERA LOS DIAS DE SAN PEDRO.

Protejido i guiado por el cielo  
 El anciano Pastor ha resistido  
 A la sinpar desdicha, al desconsuelo  
 De verse injustamente perseguido.  
 El es de la virtud santo modelo,  
 Que resignado todo lo ha sufrido:  
 Soporta del impío la demencia  
 ¡I vive i se prolonga su existencia!

De los hombres sin fé cruelmente odiado  
 Solo porque hacer bien es su codicia;  
 De todos sus dominios despojado  
 Por ser el defensor de la justicia;  
 Por sus perseguidores maltratado  
 Hasta en su propia silla pontificia,  
 ¡El vive todavia, en Dios espera  
 Con esperanza firme i verdadera!

El rije de la Iglesia los destinos,  
 Siempre inspirado, con seguro acierto,  
 I traza con su mano los caminos  
 Que han de llevar la nave a feliz puerto;  
 Los preceptos que impone son divinos;  
 Con la pericia del piloto esperto  
 Dirije de los fieles la conciencia  
 Con diligente afán, con santa ciencia.

Sufriendo con valor duros desvelos  
 Al verse circundado de traidores,  
 Sin nunca desmayar i sin recelos,  
 Confiando de Jesus en los favores  
 I en aquella promesa de los cielos  
 De nunca abandonar a sus pastores,  
 Intrépido i constante se ha mostrado  
 I en el poder del cielo ha descansado.

Con amor bendiciendo a los creyentes;  
 Sin odio perdonando a los impíos  
 Que se muestran con él tan indiferentes  
 Con sus ruines desmanes i extravíos,  
 A religión i a todo indiferentes,  
 Sin moderar sus perniciosos bríos,  
 A despecho de todo, Pio Nono,  
 Seguro ocupa de San Pedro el trono!

Por una lei constante de la historia  
 Los Papas que al gran Pio han precedido,  
 Aunque hayan alcanzado otra victoria,  
 Los años de San Pedro no han vivido:  
 Estaba reservada tanta gloria,  
 Ser de esa lei el único eximido  
 Al Pontífice, acaso, mas vejado,  
 Que los dias de Pedro ha superado!

¡Triunfo de ardiente fé, maravilloso  
 Que henchido de entusiasmo verdadero  
 En cántico inspirado i religioso  
 Ha celebrado el universo entero!  
 ¡Bendigamos al Todopoderoso  
 Que premiar ha querido, justiciero,  
 La virtud del que al mal ha resistido  
 I una gloria inmortal ha merecido!

MERCEDES I. ROJAS.

## EL CENTENARIO DE SAN PEDRO

### I.

Al pronunciar el nombre de San Pedro muchas ideas se agolpan a la mente; él nos representa la virtud pobre i humilde del pescador de Galilea llevada a su legítima heredad por la mano misericordiosa del mismo Jesús; nos representa al discípulo fiel, al jefe de los Apóstoles, al fundador de la sociedad católica i por fin al mártir glorioso del cristianismo.

El hombre virtuoso, el discípulo fiel, el mártir de la religion era acreedor ciertamente al recuerdo imperecedero de la humanidad. I así lo vemos figurar a la vanguardia de la Iglesia triunfante, de esos soldados, cubiertos de honorosas cicatrices, condecorados de insignias de gloria, que con su ejemplo nos alientan al combate en esta vida, mostrándonos en lontananza el galardón eterno a que debemos aspirar.

Todos los años la Iglesia dedica un día a la memoria de este ilustre prócer de la religion; pero existe una fiesta mucho mas solemne, mucho mas grandiosa que todas las que tienen lugar en honor de los mártires de la fé, dedicada tambien al recuerdo del Príncipe de los Apóstoles, del Padre de la Iglesia Romana. Se celebra cada cien años, de manera que a la vuelta de cada jeneracion los nuevos hijos de la Iglesia vienen a renovar sus votos de obediencia i de amor a la primera cabeza de la religion cristiana.

La idea que se conmemora en esta solemnidad ne puede ser mas grande, mas sublime; es nada ménos que la promesa de perpetuidad he-

cha por el mismo Dios a su Iglesia en la persona del pescador, i asegurada por el testimonio de un nuevo siglo de cumplimiento. Si, Pedro aparece como la piedra fundamental en que descansa el edificio eterno, de la Iglesia; si, el edificio eterno, porque sobre esa piedra está escrita en caracteres indelebles una palabra de Aquel que es la misma verdad i la misma justicia.

El polvo del olvido cubre en breve tiempo todas las obras de los mortales. ¡Cuántas ceremonias, cuántos aniversarios de grandes acciones, cuántos recuerdos que un día han hecho latir con vigor el corazón de los hombres, despues solo, merecen de ellos una mirada indiferente, dos palabras que no interpretan una idea!

La fiesta del Centenario de San Pedro está revestida de un carácter que la pone a salvo de semejante peligro: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos*, son palabras que se recuerdan cada cien años en medio de las entusiastas aclamaciones de la multitud. Un sentimiento espontáneo de agradecimiento conmueve el ánimo de los fieles. Durante otros cien años se ha cumplido la promesa de Cristo; durante otros cien años San Pedro, en medio de los justos, ha rogado por su grei; durante otros cien años se ha mantenido en pié la ciudadela inespugnable de la Iglesia, la verdad ha triunfado del error, el cielo del infierno.

### II.

Pio IX, el ilustre i digno sucesor de Pedro, entre los innumerables i señalados favores que ha recibido del cielo, puede contar la gloria de haber celebrado el XVIII aniversario del martirio de su primer antecesor.

El poder de la Santa Sede, mas que nunca en la época presente, se ha visto amenazado, oprimido, vejado por la mano sacrilega de miserables pasiones, que doquiera han encontrado en los hombres viles instrumentos de sus designios infames.

Necesario era, pues, que el Padre Universal hiciera una llamada a sus hijos, los alistase de nuevo bajo sus banderas, hiciera nacer en su corazón el recuerdo de aquellos veteranos ilustres que siempre estuvieron prontos a combatir por la verdad. Así lo comprendió, i, aprovechando la proximidad de la fiesta de San Pedro, convocó a todos los Pastores del Orbe Católico a reunirse en Roma.

A un simple deseo del Pontífice se ponen en movimiento millares de personas, en su mayor parte Obispos de la Iglesia, ancianos dignos de veneracion por su edad i por su saber; sin embargo, obedecian como niños a la voz de su Pastor.



Todos ellos iban a asistir a la fiesta del Centenario.

Oyeron una palabra, i apesar de sus años i de sus achaques, no trepidaron un momento en arrostrar las furias del Océano, las dificultades de un viaje penoso, para humillarse como fieles, para presentar como Pastores los homenajes de su grei, a los piés del mismo San Pedro, en la persona de su sucesor Pio IX.

Fijad un momento la atencion en esos hombres respetables, en esas cabezas cubiertas de canas que humildes e inclinadas marchan tras el anda del Pontífice. Pensad en que esas mismas cabezas han de ilustrarse dentro de poco en la discusion mas elevada e importante que han visto los siglos antiguos i modernos; pensad en que esos mismos hombres que veis con un cirio en la mano formar la fila de una procesion, mas tarde en los sillones del Vaticano han de declarar el sublime dogma de la infalibilidad pontificia.

Pregunto ahora ¿donde habeis visto un espectáculo mas imponente? ¿En algun tiempo San Pedro ha recibido una oracion semejante?

Sin duda, este ha sido un beneficio espresamente reservado por la Divina Providencia al Pontífice Pio IX, como un premio digno de sus eminentes virtudes.

El Centenario de 1867, celebrado al estrepito del cañon, que algunos años mas tarde habia de lanzar fuego sobre la capital del mundo cristiano, al mismo tiempo que una protesta solemne contra los avances de la impiedad, ha sido un reto de desafio, tirado a la cara de sus desgraciados senecas.

La unidad de la Iglesia Católica no podia haber encontrado una ocasion mas propicia para manifestar su poder en medio de la atmósfera envenenada del presente siglo, para cerrar la boca al impio, que, a fin de ahogar los remordimientos de su conciencia, aclama la victoria del error.

CÁRLOS ALDUNATE.

---

CASTELFIDARDO.

---

Léjos de mí la inspiracion mundana,  
Que un noble canto entonará mi lira;  
Léjos la ciencia vana  
Que error tan solo al corazon inspira.  
Quisiera ser entusiasmado bardo  
Para cantar los héroes i los mártires  
Que allá en Castelfidardo  
Pródigos fueron de su noble sangre,  
Como en nuevo Calvario,  
Por la gloria de Cristo i su Vicario.

I ¡qué bello es morir cuando los ángeles  
Bendicen esa muerte;  
I cuando de la arena del combate  
Se desprende del cuerpo el alma pura,  
Para subir al cielo  
En donde está su gloria i su ventura!

Los hijos de Luzbel, que odian la Iglesia,  
En su odio contra Dios, ardiendo en ira,  
Pretenden despojar a Pio Nono  
Del temporal poder. Llena de encono  
Se ceba en él la injuria i la mentira,  
I, reuniendo un ejército, se lanzan  
A arrancar por la fuerza  
Lo que en justicia conseguir no alcanzan.  
Tolerados por todas las naciones,  
Ordenan sus lejonos;  
I sin declaracion, ni amago bélico,  
Toda lei i derecho despreciando,  
El sagrado dominio  
Rapaz invade el atrevido bando.

Ya miro en lontananza  
La infame tropa que hácia Roma avanza.  
Contra la Iglesia i su Pastor Supremo  
La voz de la impiedad de extremo a extremo  
Lanza gritos de horror i de esterminio,  
Alentando al soldado  
Para que no le arredre el atentado.  
No de otra suerte el leon en la montaña,  
Cuando el hambre lo acosa i enfurece,  
Ardiendo en fiera saña,  
La selva hace temblar con sus rujidos;  
I su furia no cesa  
Si en sus garras no vé la ansiada presa;  
Así Cialdini impío,  
A la cabeza de sus siervos viles,  
Ostentando insolente poderio,  
Se lanza a consumar su inicuo intento,  
El mas cruel, ilegal i atentatorio,  
Cual es robar a un rei como es el Papa  
Su lejítimo i santo territorio.  
Mas el Pastor que vé el dulce rebaño  
I en peligro su campo, dá el alerta  
I mil héroes despierta  
De los que el Sena vió i el Rhin helado,  
Que corren a su lado  
Prontos a derramar su noble sangre  
I hasta rendir su vida  
Contra chusma traidora i parricida.

¿Los veis? ¡son ellos que contentos vienen  
Cual Isaac inocente al sacrificio!  
Son uno contra diez i no hai indicio  
De temor en ninguno;  
Llenos de fé i amor, al Dios que adoran  
Con tierno ruego imploran,  
I apresuran su marcha silenciosos,  
Porque ántes que soldados  
De la Iglesia son hijos fervorosos.

Miradlos en Loreto:  
Todos humildes la cabeza inclinan,

Pidiendo a Dios perdon, su vida ofrecen;  
I en entusiasmo crecen  
Al recibir la Santa Eucaristia.  
Tan venturoso dia,  
Que en letras de oro escribirá la historia,  
Refresca la memoria  
De los primeros mártires cristianos,  
Terror de los tiranos  
Que, alimentados con el pan divino,  
Gozosos iban a sufrir la muerte  
Cantando himos de amor en su camino.

Luego, arrobados en ardientes éxtasis,  
Un último recuerdo  
Consagran a sus madres, sus esposas  
I a sus hijos queridos.....  
El hombre venció, i lágrimas ardientes  
I amorosos suspiros  
Exhalaron sus pechos doloridos.

I duermen halagados por visiones  
Anjelicas, risueñas;  
I sueñan con el cielo, con los dones  
Que Dios prodiga al corazon del bueno.  
I un ángel, entre sueños  
Ven que a ellos descende esplendoroso:  
«Dios está con vosotros, dice el ángel,  
El Dios de las batallas, el Dios fuerte,  
Contra el que nada pueden tiempo i muerte.  
No tarda la hora en que emprendais el vuelo  
Del miserable suelo  
A la mansion de luz i gloria eterna,  
Donde el premio os espera  
Con valor conquistado en lucha fiera.  
Os cubrireis de gloria,  
Gloria inmortal que admirará la historia  
I allí baldon encontrará el impío.  
Vergüenza e ignominia,  
I en los futuros siglos, mas de un bardo  
Queriendo maldecir a los traidores  
Himnos entonará a Castelfidardo.»

Sentíanse a lo léjos los rumores  
Del enemigo ejército, i el sueño  
Sacudiendo los bravos defensores  
Prepáranse a la lucha con empeño.  
Llena el alma de fé, de ardor el pecho,  
Tranquila la conciencia,  
Anhelan el instante  
De probar al esbirro del tirano  
Que es valeroso el que nació cristiano.

«Dios está con vosotros, dice el jefe  
Digno de ser caudillo de esos bravos,  
Marchad, poned en Dios toda esperanza  
I él recompensará vuestra confianza.  
Marchad, marchad, soldados venturosos,  
Que si allá no os aguarda la victoria  
Por ser mas numerosos  
Los enemigos, nuestra causa es santa,  
I suyo es el honor, suya la gloria  
Del que vencido fué por mayor fuerza  
Pudiendo con la huida

Poner en salvo la preciosa vida:  
Mas, si en puesto de honor lo halla la muerte  
Ese es el vencedor, ese es el fuerte.»

I al darse la señal los piamonteses,  
Espertos en la guerra i sus reveses,  
Siendo número i fuerza,  
Empiezan la sangrienta i cruel matanza.  
La mente humana a comprender no alcanza  
Cómo en hombres se encierra  
Tamaño iniquidad i cobardia,  
Cual hicieron alarde en ese dia  
De Satan los esbirros infernales.  
I mi alma juvenil nunca avezada  
A tamaño vergüenza e ignominia,  
Se calla i enmudece  
Al ver lo que esa turba desalmada  
Ante la vista ofrece.

Mas nó: que de repente  
Los corderos en leones transformados  
Con ímpetu vehemente  
Atacan, se defienden, llevan muerte  
I ante ellos cede el vencedor i el fuerte.  
No de otro modo que una madre al verse  
Cercada en su guarida  
I de sus hijos peligrar la vida,  
En su debilidad encuentra fuerzas  
I destroza i se ajita  
Con fiera inaudita;  
Así los valerosos defensores  
Del Pontífice Santo i sus derechos  
Atacan a los impíos invasores  
Con sin igual ardor, con fuerte estruendo,  
I monte i valle i cielo ensordeciendo.

Hubo un momento en que el horrendo Marte  
No supo a quién daria la victoria:  
Seis mil por una parte,  
I de la otra un ejército aguerrido,  
Diez veces numeroso  
I nadie prevalece  
I nadie quiere ser él el vencido.

Tal fué Castelfidardo,  
Marca de oprobio del gobierno sardo;  
Doble matanza fué, cruel matanza  
Que siempre justa marcará la historia  
Con negra marca, i guardará memoria  
De tantos nobles héroes que ese dia  
Murieron por su Dios con alegría.

Mientras la voz de mando  
Daba el valiente *Pimodan*, un rayo  
Vino traidor del enemigo bando  
I otro i otro, i en lánguido desmayo  
Apagóse su voz, ciñó la muerte  
Negro crespon sobre la sien del fuerte.  
¡Inmortal *Pimodan*! Noble destino,  
Morir en la mitad de su camino  
Como héroe i como mártir;  
Cuando quizá resplandecer veia

En torno suyo dicha i alegría,  
 I cuando en el azul de su mirada  
 Con tierno devaneo  
 Adivinar queria su deseo  
 Una esposa adorada!

Sus nobles compañeros,  
 Nobles por su nobleza i su osadía,  
 Compañeros tambien de sacrificio  
 En tan aciago i tan glorioso día,  
 Inmortales serán en la memoria  
 De los hombres honrados  
 I en los anales de la humana historia:  
 Mizaél de Pas, Nanteuil i tantos otros  
 Que sucumbieron con valor sublime,  
 Todos jóvenes, llenos de esperanza....  
 ¡Tanto la fé i el heroísmo alcanza!

El ánjel del dolor tendió su velo  
 Al dolorido corazón cristiano:  
 I envuelto en el crespon de negro duelo  
 Lloró sobre esas vidas  
 Tan dulces i queridas  
 Arrancadas en flor i en esperanza:  
 Todos con él lloraron, i otros muchos  
 Perdieron la confianza:  
 ¡Tamaño fué la atroz carnicería,  
 Tanta fué la traición i cobardía!

Empero, así como en tormenta oscura  
 Hai siempre un rayo de esplendente lumbre,  
 I como su luz pura  
 A la noche venciendo, el sol ostenta;  
 Tal así *Pío Nono*,  
 El Rei de Reyes, el Pastor Supremo,  
 Confía en Dios aunque el rebaño todo  
 Vacile i se amedrente.  
 Brilla la inspiración en su alba frente,  
 La fé lo alumbró i el amor lo guía,  
 La caridad lo inflama  
 Con su fulgente i bienhechora llama.

¡Salve, inmortal pontífice!  
 ¡Salve, sublime *Pío*!  
 ¡Yo te saludo, Estrella de la Iglesia,  
 De nuestra religión firme columna!  
 Ahora que su nave  
 Está ajitada por contrarios vientos,  
 I de Luzbel los hijos turbulentos  
 Quieren hundirla entre la mar alevés;  
 Tú su triunfo verás, tú su grandeza,  
 I ellos serán, oh *Pío*  
 Tu mayor triunfo, tu mayor proeza!

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

## EL PEREGRINO APOSTOLICO.

El extranjero que hubiera llegado a Roma el día 16 de noviembre de 1848 no habría sabido darse cuenta del extraño aspecto que presentaba la Ciudad Eterna. Un pueblo insolente i amenazador rodeaba el palacio del Quirinal. Pedía a voces la convocatoria de una constituyente i el cambio de ministerio.

A juzgar por la actitud de los amotinados, era difícil, era imposible comprender que en aquel palacio habitaba el inmortal Pío IX, el bondadoso Pontífice que el 16 de julio de 1846 había firmado con segura mano i con íntima complacencia un decreto de amnistía que volvió la alegría a muchos hogares i la tranquilidad a muchas familias.

I, sin embargo, esto era exactamente lo que pasaba.

El pueblo, falsamente inspirado, había ido a sacrificar a la Diosa de la Libertad en aras del ídolo de la Revolución.

Ese mismo pueblo, creyendo acaso hacer mas expedito el cambio de ministerio que iba a exigir al día siguiente, había asesinado la víspera al conde de Rossi, el ministro mártir.

¡I era bajo la influencia de esos mismos sanguinarios sentimientos como deseaba elejir una constituyente?

El Pontífice, sin embargo, bondadoso hasta la indulgencia, pertenecía al número de los que han hambre i sed de justicia i comprendía demasiado que las exigencias de un pueblo sublevado son insaciables: el ejemplo del «Hijo de San Luis» era sobrado elocuente.

Rechazó, con toda la energía de su alma, las pretensiones que, a nombre de los insurrectos, tuvo el cinismo de presentarle José de Galletti.

Esto fué para el pueblo la señal de la sublevación armada.

Quisieron forzar la entrada del Quirinal: los suizos que custodiaban el palacio hicieron amago de defenderlo i resistir, apesar de la inutilidad de la defensa.

Los amotinados, en el colmo del delirio, hicieron fuego contra el augusto soberano. Una bala sacrilega derribó a monseñor Palma: el Pontífice quiso evitar la efusión de sangre inocente i protestando de la violencia que se ejercía sobre él i declarando que no tomaría parte alguna en el nuevo orden de cosas que se iba a entablar, se manifestó dispuesto a firmar la proposición que se le presentara.

La iniquidad estaba consumada: un ministro del rei i un ministro del Altísimo habían sido sacrificados.

Desde ese momento, era fácil presumir que el desenlace del drama sería tan repugante como el prólogo.

Las revoluciones que comienzan derramando una gota de sangre inocente, concluyen siempre por hacerla correr a mares.



El Pontífice fué ya un simple prisionero: su permanencia en Roma se hizo imposible. Así lo comprendieron todos los que le rodeaban; así lo comprendió también el cuerpo diplomático.

Pío IX, sin embargo, se resistía a abandonar la ciudad: comprendía que su presencia allí sería en todo caso un dique opuesto al desborde del furor popular i tenía las terribles consecuencias que podría acarrear su fuga.

Un suceso providencial vino a decidirlo completamente.

Se refiere que, en medio de las vacilaciones entre su amor al pueblo i su seguridad personal, recibió del nuncio residente en Avignon un pequeño relicario. «Os lo envío, le escribía el prelado, porque este sirvió a Pío VII en su destierro: conservadlo como un recuerdo.»

Para una alma piadosa i ferviente, aquello era decisivo.

Tomada ya la resolución, era menester llevarla a cabo; pero ¿cómo evadirse? ¿cómo salir del Quirinal, cómo salir de Roma, cómo salir de la frontera, cuando el palacio i la ciudad i el reino estaban en poder de los enemigos?

Humanamente, la fuga parecía imposible; pero Dios velaba sobre su siervo i todas las maquinaciones de los hombres i todos los cálculos de la impiedad i toda la astucia de la serpiente, no eran parte a contrariar los designios del Altísimo.

A la época que estamos recordando, era embajador de Francia el ilustre i virtuoso duque de Harcourt, inteligencia distinguida, corazón elevado i lleno de amor i de respeto hacia la augusta persona del Pontífice.

Embajador de Portugal, según unos, i secretario de la legación española, según otros, el caballero de Arnae, no ménas adicto que el de Harcourt al Santo Padre.

I embajador de Baviera el piadoso conde de Spaur, cuya noble, inteligente i hermosa mujer tomó una parte tan activa como interesante en la evasión del ilustre cautivo.

Sea permitido a un hombre que estudia estos acontecimientos, un cuarto de siglo después de acaecidos i en un país distante tres mil leguas del teatro de los sucesos, expresar aquí toda la ferviente gratitud de su corazón hacia a aquellos esclarecidos varones que tan señalado servicio prestaron a la Iglesia del Cristo en la persona de su augusto representante!

Es imposible para los que de veras amamos a Pío IX no dedicar un piadoso recuerdo a esas almas elevadas que estuvieron dispuestas a compartir con él los peligros del combate, cuyo triunfo parecía tan incierto.

Un ángel debió repetir sin duda palabras semejantes a las pronunciadas por el Hijo de Dios: «En verdad os digo que donde quiera que se anuncian estos sucesos, se hará memoria de vosotros.»

¡Quiera el cielo que los que unidos estuvieron

el día de la prueba, unidos se encuentren también el día de las eternas recompensas!

Hemos pintado ya las dificultades que se presentaban para la fuga. Veamos cómo se realizó ésta.

El 24 del citado mes de noviembre, el duque de Harcourt solicitó permiso para hablar con Su Santidad.

Después de muchos trámites, el permiso le fué acordado.

La hora era avanzada i las sombras de las noches iban a proteger la evasión.

Todo había sido previsto, con admirable sagacidad.

El ministro francés llevaba consigo un disfraz completo: un coche esperaba junto a una de las puertas escusadas del palacio.

Para evitar sospechas, ese mismo coche había ido durante varios días a colocarse en el sitio indicado.

Allí subía alguna persona de la servidumbre del Papa i el coche tornaba a dejarla, algún tiempo después.

Por su parte, el duque había tomado también sus precauciones.

Mientras el Santo Padre, disfrazado ya con el traje que ocultamente le llevara el de Harcourt emprendió la fuga, éste continuaba en animada conversación dentro del aposento. Hablaba en alta voz, leía, comentaba, el diálogo parecía sostenido.

Una hora después, salió el duque i anunció a los jentiles-hombres que había en la antecámara que Su Santidad se sentía algo indispuerto i que se había retirado a su aposento.

Ninguno sospechó lo que acababa de pasar.

Pío IX, como estaba convenido, salió por la puerta escusada del palacio: subió al carruaje que se le destinaba i nadie intentó detenerlo.

A corta distancia de la ciudad, lo aguardaba el coche de la condesa de Spaur. Esta i el Santo Padre ocupaban los asientos del fondo, Máximo, el hijo de la condesa i M. Siebel,ayo del vizconde, los del frente.

El coche partió rápidamente.

Cerca de la frontera de Nápoles algunos soldados lombardos detuvieron a los fujitivos.

—¿Quiénes sois i a dónde vais? les preguntaron.

—Soy la condesa de Spaur, replicó ésta con voz firme i tranquila, esposa del embajador de Baviera: venimos de Roma i vamos a Nápoles. Los que nos acompañan son mi hijo i su preceptor.

—Ea, señor abate, decidlo vos en buen italiano.

—Perdonad, señora, replicó el comandante del piquete.

I, deseándole feliz viaje, se retiró apresuradamente.

Pocos momentos más tarde, los Estados romanos quedaban atrás.

A cinco millas de Gaeta, el caballero de

Arnao, se unió a la comitiva: el conde de Spaur había seguido su marcha rápida i forzada hacia Nápoles.

Llegado a Gaeta, Arnao se dirigió al palacio del obispo.

El obispo había salido i fué su mayordomo quien lo recibió.

—¿Qué buscáis? le preguntó ásperamente.

—Busco hospitalidad para cuatro personas que necesitan pasar la noche aquí.

—Id a buscarla a una hostería: aquí no hai alojamiento para todo el que lo pida.

—La persona que lo solicita, replicó Arnao, es tan respetable para Su Ilustrísima, que si llegase a saber que he sido despedido de su casa.....¡oh! no lo creería jamas, moriría de confusion.

—Pues bien! Yo cargo con la responsabilidad, agregó el doméstico, cerrando al propio tiempo las puertas.

Aquello era desesperante.

Fué preciso resignarse a buscar asilo en una fonda miserable.

En un pueblo de escasa poblacion, la llegada de cuatro extranjeros misteriosos, no podía pasar desaperebida. El comandante de la fortaleza de Gaeta supo inmediatamente lo que allí pasaba i se dirigió a la fonda.

Presentado a los extranjeros, quiso averiguar quiénes eran i por qué se encontraban en Gaeta.

El caballero de Arnao sacó sus pasaportes llenos de satí faccion.

Los pasaportes estaban cambiados; el conde de Spaur había llevado los que pertenecian a Arnao i éste tenia los del conde.

—Sois el embajador de Baviera? preguntó el general Gross.

—Sí, respondió Arnao.

—¿Cuánto me felicito de ello! Hace tantos años que no hablo alemán. A lo ménos podré hacerlo con vos.

Todo parecia complotarse.

El embajador de Baviera no hablaba una palabra de alemán!

El comandante Gross concibió vehementes sospechas: resolvió guardar a los prisioneros.

Al día siguiente, se divisaron a lo léjos dos naves de guerra.

El comandante disparó un cañonazo: no obtuvo respuesta.

Hizo cargar con bala i ordenó que se disparara un segundo.

Entónces se enarboló desde las naves una bandera: era la bandera napolitana! i con insignia: la insignia del rei!

El pobre Gross creia que aquello era obra de un ser sobrenatural.

Los buques avanzan i ya no podía dudarse: el rei en persona se dirigia a Gaeta, sin anunciar, sin prevenir nada.

Tan luego como hubieron dado el ancla, se presenta Gross.

—¿I bien? interroga el monarca.

—Vuestra majestad no tiene que temer: los extranjeros están en lugar seguro.

—¿Cómo!

—Están en la ciudadela.

—¡Oh! mi buen Gross, haces fuego contra tu rei i aprisionas al Papa!

El general no cabia en sí de asombro i de espanto.

—¡El Papa! repeta, ¡es increíble!

Fernando II se hizo conducir en el acto a presencia del Pontífice.

E te lleno de gratitud hacia su fiel hijo, le dió su angusta bendicion.

Hé aquí ahora lo que había pasado en Nápoles.

El conde de Spaur llegó a la capital a una hora mui avanzada de la noche e inmediatamente se hizo trasladar a la casa del nuncio, monseñor Garibaldi.

—Es indispensable, le dijo, que hable hoy mismo al rei.

—¡Son las doce de la noche! replicó el nuncio.

—El asunto es de tal manera urgente, arguyó el conde, que no admite dilaciones.

I diciendo esto, le mostró una carta del Santo Padre, que tenia el sello pontificio.

El nuncio no vaciló. Se dirigió a palacio i se hizo anunciar a Su Majestad.

El rei lo recibió en el acto.

—Perdonad, Sire, comenzó el conde de Spaur que nos hayamos atrevido a pedirnos audiencia a una hora tan avanzada. Esta carta os manifestará el motivo.

Fernando II leyó la carta escrita por el Papa.

—Está bien, señor conde contestó. Dentro de seis horas os daré mi respuesta.

A la hora fijada, volvió el conde.

—Llevaremos juntos la respuesta, dijo el rei; todo está listo.

Dos vapores, en efecto, el «Tancredo» i el «Roberto» habían sido convenientemente preparados para conducir a Gaeta a los ilustres viajeros.

El rei i la reina, el infante don Sebastian, los condes de Aquila i de Trapani, el embajador de Baviera i un gran número de miembros de la nobleza se embarcaron en el «Tancredo.»

El viaje fué rápido i feliz.

Ya hemos visto cómo fueron recibidos en Gaeta.

Fernando II puso a disposición de Pio IX todo lo que de él dependia.

El Santo Padre se trasladó a Nápoles.

Entre tanto, los revolucionarios declararon que el Papa, de hecho i de derecho, había dejado de ser el soberano légitimo de los Estados Pontificios; que esto no obstaba, en manera alguna, a su perfecta independencia como soberano espiritual.

Veintidos años mas tarde se ha cometido el

mis no sacrilego despojo i se ha hecho la misma irrisoria promesa: todos sabemos cómo se ha cumplido.

El Pontífice no volvió a sus Estados hasta abril de 1850. Un ejército poderoso lo apoyaba: un pueblo entero lo recibía con las más vivas muestras de afecto i de respeto.

MARIANO EGAÑA.

## PIO IX

ABANDONADO DE LOS GOBIERNOS.

Hai un poder que el mundo ha bendecido  
Porque a su sombra amiga  
La justicia i la paz han florecido:  
Porque en su seno abraza  
La santa libertad que venturosa  
Abre al progreso senda luminosa.

Un rei existe a quien su pueblo adora,  
Porque, padre amoroso,  
Siempre le tiende mano bienhechora,  
Porque rei poderoso,  
Sin armas, sin ejércitos lo rije  
I con leyes benignas lo dirije.

Hai un hombre sin par, un soberano  
Que es de Dios el jereute,  
Que es de los hombres cariñoso hermano,  
Cuyo cetro potente  
Reprime con audacia el despotismo  
I encadena las iras del Abismo.

Ese monarca ilustre, cuyas leyes  
El mundo ha respetado,  
En la Ciudad Eterna de los reyes  
Su solio ha cimentado,  
Do se alza del César el imperio,  
Samido el orbe en duro cautiverio.

Ese rei eres tú, gran potentado  
De la Iglesia en la tierra,  
Ese rei eres tú, jefe i soldado  
En la porfiada guerra  
Que mueve la impiedad contra el Eterno  
I que atizan las furias del Averno.

Ese rei eres tú... tú eres el solo  
Cuyo pendon pasea  
De la abrazada zona al níveo polo  
Sin que vencido sea;  
Pontífice inmortal, el harpa m'a  
En destemplado son salud te envía.

Once siglos miraron levantarse  
Tu alta frente ceñida  
De diadema real, i a prosternarse  
A tu planta querida  
Vídesse llegar a la cristiana jente  
Del triste ocaso i del lejano oriente.

Ante tu solio angusto se postraron  
El Vándalo i el Huno,  
I árbitro de la paz te proclamaron  
Los pueblos de consuno;  
Del orbe entero la gloriosa historia  
Guarda en pájinas de oro tu memoria.

Mas ¿qué miro? ¡gran Dios!... ora por tierra  
Tu prepotente solio  
Caído al golpe de opresora guerra...  
No ya en el Capito'io  
Flota al viento tu flámula sagrada,  
Por bárbaro invasor despedazada.

Ya no empuñas tu cetro soberano;  
Tu púrpura en jirones  
Fué juguete de pérfido tirano;  
Enemigos pendones  
Vénse flamear en el alcázar santo  
Que tu morada fué, i ora tu espanto.

Triste cautivo de un poder extraño  
Arrastras tus cadenas  
Sin que dado le sea a tu rebaño  
Aí! endulzar tus penas...  
Pío IX inmortal, pastor querido,  
Oye, al ménos, mi cántico sentido.

¡Prisionero de un hombre, tú, el unido  
De Dios, rei de los reyes!...  
¡Tú, dos veces monarca, sometido  
A despóticas leyes!...  
¡Oh! ¡cuánto enojo el corazón sintiera  
Si la ira de Dios no presintiera!...

Tú que estienes do quier el vasto imperio,  
No encuentras mano amiga  
Que haga cesar tu injusto cautiverio;  
Que compasión no abraza  
El poder de la tierra por tu suerte:  
Con su abandono cruel, pide tu muerte.

Ninguna voz condena al atentado  
Que invasor alevoso  
En nombre de la fuerza ha perpetrado;  
Ni un brazo jeneroso  
Háse alzado en favor del prisionero  
Que no tiene ni ejércitos ni acero.

I mientras que de sangre ancho torrente  
Inunda a las naciones,  
Por constituir a un rei omnipotente,  
Contra esas agresiones  
Que la justicia i el derecho oprimen,  
Otras voces no hai que las que jimen.



¿Dónde el acero está, dónde la espada  
Del grande Constantino?...  
¿Do de Lepanto la temible armada?  
De Cárlos i Pepino  
La jenerosa diestra ¿dónde se halla?  
¿No hai una vez que guie a la batalla?

¿Dónde la Francia está, la hija preciada  
De la Iglesia? ¿do existe?...  
La señora del mundo es ultrajada;  
Negro crespon la viste,  
Desolado el santuario, i a deshora  
Una mano al pastor hiere traidora;

I en medio ruina tanta i tanto estrago  
¿Dónde ¡oh Francia! has huido?  
¿Dónde están tus jendarmes?... ¿día aciago!  
Sepúlte'e el olvido,  
Que la hija de Sion abandonada  
Yace al furor de turba desalmada.

Huyes, ingrato pueblo, huyes cobarde  
I dejas la victoria  
Al enemigo... ¡id, pero es ya tarde  
Para alcanzar la gloria  
Que en tu loca ambicion soñaste un día;  
Tremenda maldicion será tu guía.

No encuentras para tí, pastor divino,  
Ni compasión, ni llanto,  
Ni justicia, ni lei; todo camino  
Cegado a tu quebranto;  
En lágrimas empapas tus cadenas  
Sin que nadie se duela de tus penas.

Vano será que clamés; tus clamores  
Como un eco perdido,  
No llegan a los piés de los señores  
De la Europa; su oído  
No se abre a tu lamento, indiferentes  
Al escuchar tu voz, bajan las frentes.

Bien pudieran, Señor, tus hijos fieles  
Desnudar el acero  
I presentar sus pechos por broqueles  
Al enemigo fiero;  
Mas, no fias tu causa a ruda lanza  
Ni a la humana justicia tu venganza.

Tú detestas el triunfo que se alcanza  
Al filo de la espada;  
Tú no quieres fundar grata esperanza  
En la sangre preciada  
De tu rebaño fiel: pastor amante,  
Antes quieres morir, que así triunfante.

Mas, si no mora aquí la alma justicia,  
Desde el emporio santo  
Ella a tu suerto sonreirá propicia;  
I en medio del espanto  
De tus mismos inícos agresores,  
Alumbrarán tu cárcel sus fulgores.

I en tanto que los grandes de la tierra  
Déjante abandonado  
Al insano furor de crua guerra,  
Entre nubes vado,  
El Dios del Sinai lanzará sus rayos  
I a los señores torcerá en vasallos.

RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.

## EL SYLLABUS.

*Docete omnes gentes...*

### I.

El aguijon de las pasiones incita al hombre a rebelarse contra la lei de Dios que condena i contraría las perversas e inmundas inclinaciones del corazón. El hombre ha rodado por la pendiente de la rebelion, no ya solo hasta sacudir el yugo de la voluntad i de la lei de Dios, sino hasta renegar de las enseñanzas de Dios, hasta negar a Dios mismo i divinizarle a sí propio en lugar de Dios.

Esa es, por mas que se diga, la verdadera historia de los humanos errores. La incredulidad es hija del corazón i no de la cabeza. No hai nadie ya a quien pueda engañar el afectado catonismo de los incrédulos. No hai nadie ya que no se ria de esas incredulidades por estudio, por convencimiento, por obra de la intelijencia. Cuando vemos esta superabundancia de luz que deslumbra, tenemos derecho para creer que los que caen, caen porque cerraron los ojos. La verdad brilla con tanta nitidez, está tan levantada, visible i clara, que tenemos derecho para creer que si las naves se despedazan contra las rocas no es por cierto porque no vean el faro. En presencia de lo que vemos, tenemos derecho para no creer en esas pretendidas incredulidades de buena fé.

Si las incredulidades i las rebeliones no nacen de la corrupcion del corazón, sino del extravío de la intelijencia ¿cómo se nos explica el fenómeno de que, cuando los hombres desertan de la verdadera fé no la cambian nunca por otra que los obligue a vida mas estrecha, mas austera i mas contraria a las malas inclinaciones del corazón? ¿Qué causa hace que todos los extravíos tengan un mismo rumbo i un mismo remate? Habiendo tanto campo, tantos senderos por donde enderezar a un lado i otro de la via recta ¿cómo es que los que se descaminan echan todo en la misma direccion? Si el fe-

nómeno es casual, débese confesar que es ésa una casualidad universal, una casualidad que es lei invariable, sin escepciones, es decir, una casualidad que no es casualidad.

Realmente es mui digno de notarse que esos pretendidos extravíos de la inteligencia, que por lo mismo que se pretenden tales no deben obedecer a concierto ni a lei, si se protesta que no hai daño en el corazon, converjan todos en el sentido de encaminarse a doctrinas que autorizan vida mas cómoda, mas libre de todo freno, completo desahogo e ilimitada satisfaccion a todas las pasiones. Para convencernos de la buena fé de la incredulidad querriamos ver trocar la fé católica por una profesion que obligara a los hombres a ser mas humildes, mas sóbrios, mas caritativos i mas castos. Querriamos ver algo que disipara la mala impresion que nos han dejado la historia i la esperiencia. Una i otra nos dicen que no hai padre Jacinto descatoquizado que no encuentre casualmente mui pronto su Miss. Merriman i no emprenda mui luego una cruzada contra la pobreza, la obediencia, el ayuno, el celibato i la virginidad. Mucha razon tenia el satírico Erasmo: todos esos dramas de incredulidad i rebelion contra la fé son sainetes que se desenlazan trocando el fraile sus votos i sus hábitos por una hermosa.

No digo yo que las inteligencias no puedan llegar a ser impías, no pretendo que las pútridas emanaciones del corazon no puedan subir hasta la cabeza e inficionarla. Creo, por el contrario, que así sucede; pero creo que se comienza siempre por ser impío del corazon ántes que impío de la mente, creo que lo que espanta a los incrédulos no es el credo sino los mandamientos.

Queda todavía el crecido rebaño de los necios que son incrédulos por seguir la moda. En estos predomina, preciso es confesarlo, la imbecilidad sobre la malicia. Pero a esos que niegan i blasfeman por conquistar un palmeto, por merecer una caricia de eso que se llama el aura popular, por alcanzar los honores de la letra de molde, dejémoslos seguir su camino: no quitan ni ponen rei i se pierden sin comerlo ni beberlo.

Malas pasiones de unos, subyugando la ineptia i necesidad de otros, hé ahí la triste composicion de la incredulidad.

## II.

Si la alta i divina mision de la Iglesia no fuese otra que arrojar un rayo de luz sobre el caos tenebroso en que han sumerjido al mundo los errores, no habria mision mas sublime que la mision de la Iglesia.

*Vos estis lux mundi!* vosotros sereis la

lumbre que ilumine los senderos de la inteligencia humana; vosotros la alumbrareis para que vea i no caiga, para que descubra las emboscadas i los precipicios; vosotros levantareis en alto la antorcha de las divinas enseñanzas i hareis la luz, i la luz disipará toda tiniebla. Hé ahí la grandiosa mision, la sublime prerogativa, el mandato que dió el Hombre Dios a sus Apóstoles i principalmente a Pedro, el primero de ellos.

La inteligencia gobierna al hombre i ¡ai del hombre si la inteligencia se ciega! Rodará de abismo en abismo hasta el mas profundo i sin salida. Correrá en insensata carrera i no conocerá su insensatez sino cuando ya de nada le sirva conocerla. ¡Bendito sea Dios que en su Iglesia ha dejado luz para los ciegos, norte para los extraviados!

¡Bendito sea Pio IX, debemos esclamar tambien, bendito sea Pio IX, sucesor de Pedro, que, en medio de la confusion i la oscuridad de los errores que nos circundan, en su solicitud, levanta la voz para enseñarnos i nos envia la viva luz que nos alumbrá!

Nunca mas grande, nunca mas glorioso el ilustre Pio IX que cuando, desde lo alto de su augusta cátedra i en medio de las tribulaciones que lo aflijen pero no lo abaten ni le hacen olvidar a sus ovejas ni enmudecer, pronuncia los oráculos de la eterna verdad, lanza rayos de anatema contra el error, da la voz de alarma a sus ovejas, i enseña la verdad aunque ella infortunada enoje a los poderosos i a los impíos.

Nunca mas grande i admirable Pio IX que cuando escribe ese códice inmortal de la verdad que se llama el *Syllabus* i que él suscribe con una mano que tiembla ya, pero nó de miedo.

«Si fuese yo, escribia Monseñor Dupanloup, un simple filósofo así como soi un eristiano i un Obispo, me pareceria siempre un hermoso espectáculo el de ese anciano, presa de las mas grandes tristezas, amenazado mas que nunca, i que, en medio de los ruidos de todos sus enemigos que lo asedian en las últimas fronteras de su pequeño territorio, olvida todos sus peligros, i no piensa mas que en levantar la voz para defender el órden divino, el órden moral, i toda la sociedad contra los monstruosos errores que la amenazan, contra las ilusiones, los falsos principios i las doctrinas erróneas, previendo ya el espantoso tumulto que habia de rodearlo a él i rodearnos a nosotros.

«¡Si, eso es grande!»

## III.

El *Syllabus* es detestado i maldicido. Ello se comprende i se esplica. El bandolero



ama la oscuridad de la noche i reniega de la luz del día; el lobo maldice los sibidos del pastor que ponen en guardia al aprisco.

Mas aun: si el *Syllabus* no fuera aborrecido no valdria el *Syllabus* lo que vale. Si no dispertase la rabia de muchos, querria decir que era u obra inútil u obra ineficaz. Si es arma, si es rayo, fuerza es que hiera, fuerza que se lamenten i renieguen los heridos. So pena de ser una triste cosa, el *Syllabus* necesita tener adversarios i aborrecedores.

Ciertamente, la impiedad no tiene por qué estar contenta del *Syllabus*; para que no quedara contenta fué dictado. La espresion i proclamacion de la verdad no puede ser halagüeña a los hombres del error, la afirmacion i la defensa de la libertad de la Iglesia no puede ser simpáticas a sus opresores.

El *Syllabus* es para esas jentes algo, por lo ménos, mui importuno. Pero, como dice el ilustre obispo de Orleans: «Las enseñanzas de la Iglesia son importunas. Desde San Pedro i San Pablo, la Iglesia está encargada de importunar al mundo i reprenderlo. Los hombres se parecen a veces a los niños. Las correcciones i los mandatos les hostigan porque los refrenan. Pero, precisamente ésa es la gloria del cristianismo. Despues que él apareció en el mundo no ha sido vencido por completo el mal; por eso, el cristianismo no está tranquilo; por eso, no le es dado reinar en paz.»

El odio de la incredulidad contra el *Syllabus* se comprende, pues, perfectamente. Lo que no se comprende es que odien al *Syllabus* i blasfemen de él los que no lo concen.

Juzgar sin estudiar, condenar sin oír, blasfemar sin conocer, parece ser la divisa que ciertas jentes han adoptado como norma de su conducta en presencia de todo lo que procede de la Iglesia. La divisa abre, es verdad, un camino mui espedito i fácil pero no dice mucho en favor de la lógica ni de la honradez de los que la adoptan.

Conozco personalmente a muchos que jamas se han tomado el trabajo de leer el *Syllabus*, que no saben absolutamente lo que es; pero que, no obstante, cuando se trata del *Syllabus* o lo oyen nombrar siquiera, arrojan toda una tempestad de rayos sobre el *Syllabus* o, por lo ménos, sonrien desdenosamente.

Entre tanto, murmurar de lo que no se conoce, condenar lo que no se ha meditado es la suprema injusticia, la mas grande consecuencia; reirse sin saber de qué, es la suprema demencia.

Aun hai hombres que se dicen católicos; pero que rechazan el *Syllabus*. Esos tales son católicos absurdos, es decir, no son ca-

tólicos. Si fueran católicos, creerian en la autoridad docente infalible de la Iglesia i del Pontífice. Si tal creyeran, no rechazarían el *Syllabus*, enseñanza dogmática, universal i *ex-cathedra* del Sumo Pontífice, enseñanza admitida, promulgada i enseñada por todos los Obispos del orbe católico. ¿Cuándo se comprenderá que no es posible ser católico a medias, que no se puede sostener ese equilibrio, esa transaccion entre la verdad i el error? ¿Cuándo se comprenderá que o se cree todo lo que la Iglesia cree i manda creer o se deja de ser católico?

En los que se dicen católicos es una inconsecuencia i una cobardía incalificables renegar del *Syllabus* o siquiera avergonzarse de él. Si son de veras católicos deben creer que el *Syllabus* es la verdad. I si tal creen ¿por qué renegar de la verdad? ¿por qué avergonzarse de ella? Si creen que el *Syllabus* no es la verdad, entónces están en la lógica condenándolo, pero ya no son católicos.

Por lo demas, los *tolerantissimos* libre-pensadores incurrén en una monstruosa inconsecuencia ensañándose contra el *Syllabus*. Deben dejarlo pasar. Si el Papa, como cualquier hombre, tiene, segun las doctrinas de los libre-pensadores, el derecho de pensar como quiera, de espresar libremente su pensamiento i de enseñar lo que quiera; si, por otra parte, todos los hombres tienen el derecho de dejarse enseñar por quien quieran, ¿qué significa esa cólera del libre-pensamiento contra el *Syllabus*?

Decir que el Papa enseña i los católicos creen errores i doctrinas perniciosas, es erijirse en juez de ajenas opiniones i creencias. Los que se erijen en jueces de las enseñanzas del Papa i de las creencias de los católicos i fallan sobre ellas, niegan al Papa su infalibilidad para revestirse ellos de ella; quieren imponer las creencias propias a las inteligencias ajenas.

Mientras se protesta como contra un absurdo contra el Papa infalible en virtud de una prerogativa concedida por Dios, brota una turba innumerable de pequeños infalibles por derecho propio que fallan sobre toda doctrina i sobre toda infalibilidad. De veras que los católicos no trocaríamos por nada nuestra doctrina por la doctrina libre-pensadora. Segun la nuestra, no hai mas que un solo hombre infalible, siempre anciano, hombre de eminente saber, i de larga esperiencia, que medita, estudia i se aconseja ántes de enseñar; hombre a quien prometió Dios mismo que no se engañaria cuando enseñara la verdad relijiosa i la verdad moral; ese hombre es el Papa. Segun la doctrina libre-pensadora, hai tantos infalibles cuantos son los hombres dotados de la facultad



de hablar i cuantos son los rapaces dotados de la petulancia suficiente para dar un fallo tan majestuoso como desautorizado sobre cualquiera verdad religiosa o moral.

Toda esa turbamulta de infalibles lanzó contra el *Syllabus* desde el primer momento de su publicacion las mas terminantes i categóricas reprobaciones. Diaristas, panfleteros, diputados, charladores de club, de salon i de café todos eran competentes para pronunciarse sobre el *Syllabus*, todos se pronunciaron i no hai ninguno que no se pronuncie sobre él con el mayor desenfado. Tratándose de otros órdenes de cuestiones, se suele ver la rara modestia de que algunos de esos infalibles se declaren poco competentes i versados; pero, tratándose de cuestiones religiosas, el último perillan puede habérselas, no digo con el primer teólogo, sino con el Papa mismo.

Sin embargo, sería mui curioso hacer la estadística de los que, entre esos flamantes teólogos, hayan saludado el catecismo, de los que, habiéndolo saludado, se acuerden algo de él i de los que siquiera se hayan tomado el trabajo de leer el *Syllabus*.

En Chile, no han faltado hombres que ocupan puestos conspicuos, que cuando hablan llegan a parecer hombres ilustrados i que, no obstante, creían que las proposiciones contenidas en el *Syllabus* eran las que enseñaba i no las que condenaba el Papa!!

Cuando el gobierno frances, que prohibió a los obispos la promulgacion del *Syllabus*, lo entregó sin embargo al manoseo de los gaceteros, fué cosa de alquilar balcones el modo como éstos comentaron, interpretaron i tradujeron ese desgraciado *Syllabus*. Mostraron a las claras desconocer las mas vulgares nociones de interpretacion, no concibiendo, por ejemplo, que contra una proposicion condenada pudiese haber otra cosa que la proposicion *contraria*, sin sospechar siquiera la posibilidad de una simplemente *contradictoria*. Se trataba, por ejemplo, de esta proposicion condenada por el *Syllabus*: «Es lícito rehusar la obediencia a los príncipes lejitimos.» Aquellos famosos intérpretes del *Syllabus* dedujeron de ahí que el Papa enseñaba que *en ningún caso* era lícito negar la obediencia a un príncipe lejitimo.... Pero, si las reglas de interpretacion eran latin para los diaristas de Francia, el latin era para ellos mas que caldeo. *El Diario de los Debates*, uno de los mas ilustrados i respetados órganos del libre-pensamiento en aquel país, incurrió en SETENTA groseros disparates en la traduccion del *Syllabus*, haciendo enseñar a cada paso a Pio IX justamente lo que condenaba!!! Lo que prueba que para fallar sobre las enseñanzas contenidas en el *Syllabus* i aun sim-

plemente para traducirlo, se necesita algo mas que unas cuantas cuartillas de papel, una pluma i una copa de coñac sobre la mesa.

#### IV.

Un valiente e ilustrado diputado belga M. Coomans, decia ante su Congreso: «El *Syllabus* es la concepcion filosófica mas alta i mas profunda de este siglo.» El diputado belga decia bien i decia mal: decia bien porque realmente el *Syllabus* es eso, i decia mal porque el *Syllabus* es mas que eso.

Es cierto que el *Syllabus* es el compendio de la sapientísima filosofía cristiana opuesto al laberinto de absurdos i delirios del libre-pensamiento. Irreprochable i concisa expresion de la verdad filosófica, el *Syllabus* sería una grande obra aunque no fuera mas que una obra humana.

Pero el *Syllabus* es mas que eso. Es las tablas de la lei nueva, escritas por el dedo divino i mostradas al mundo por el nuevo Moises del Vaticano. El *Syllabus* es la expresion de la verdad religiosa, expresion infalible, saludable para los hombres i para las naciones, valentísima proclamacion de la verdad neta i entera hecha por un anciano humanamente débil a quien no han intimidado ni los furoros de los poderosos ni la rabia de la turba impía.

Página inmortal radiante de luz, obra indestructible cuyo cimiento es la verdad divina, vindicacion de Dios contra las negaciones i las blasfemias, vindicacion de los derechos de los que obedecen contra el despotismo de los que mandan, vindicacion de la libertad de la Iglesia, vindicacion de la verdad contra el absurdo, vindicacion de la sociedad contra sus enemigos descubiertos i clandestinos, vindicacion de la moral contra el vicio, vindicacion de la familia contra la disolucion doméstica, vindicacion de la mujer contra los que quieren convertirla unicamente en abyecta esclava: eso es el *Syllabus*.

Como proclamacion de la verdad, el *Syllabus* debe ejercer irresistible atraccion sobre las inteligencias, como palabra de Dios, deben rendirsele las almas i los corazones; como obra de libertad, debe arrastrar nuestro entusiasmo i nuestro amor; como magnánima obra del débil que defiende sus derechos contra el poderoso, debe arrebatarnos nuestra admiracion.

#### V.

¿El *Syllabus* contiene alguna doctrina nueva? Nó, porque si la contuviera dejaria

de ser enseñanza católica; nó, porque el Papa infalible no puede engañarse enseñando nada que no sea católico, es decir, universal en la Iglesia, en cuanto al tiempo i en cuanto al espacio. Es axioma teológico la frase de un gran padre de la Iglesia: *Id et solum catholicum est quod semper, quod ubique, quoa ab omnibus creditum est*. Nada hai contenido en el *Syllabus* que no haya sido creído i enseñado desde el nacimiento de la Iglesia cristiana, nada que no lleve el sello de la autoridad de Jesucristo, de los Apóstoles, de los Padres de la Iglesia, de los Concilios i de los Sumos Pontífices.

¿Cómo se explica entónces la sorpresa con que la incredulidad recibió el *Syllabus*, la extrañeza con que hasta católicos lo recibieron i lo miran? Es que el mundo está circundado de una atmósfera pestifera i contagiosa que sin cesar respiramos los creyentes mismos, i, sin sentirlo talvez, ese aire helado i dañoso nos compenetra hasta los huesos. Es que, a fuerza de oír, de leer i sobre todo de ver, hemos llegado a familiarizarnos i quizás hasta a admitir como verdades, funestos errores. De ahí la extrañeza. Hai muchas voces que enseñan i propalan el error; que lo muestre i lo condene no hai más que una, la de la Iglesia. De ahí que cuando esa voz se alza, parece decir cosas nuevas i peregrinas. El furor de la impiedad i la extrañeza de los creyentes mismos son las mejores pruebas de la necesidad del *Syllabus*. Era indispensable que un rayo partido del foco eterno de verdad hendiese la atmósfera del mundo para iluminarla i desinfectarla. Era indispensable que el Supremo Pastor diera la voz de alarma a aquellas de sus ovejas que pacían como en buenos pastos, en los pastos venenosos.

La impiedad, en la mayor parte del mundo, dueño, casi sin contrapeso, de los periódicos, de los libros, de las escuelas, de las universidades, de los parlamentos i de los gobiernos, iba llevando al error de triunfo en triunfo i de conquista en conquista camino de la dominación absoluta i universal del mundo. Fuerza era que aquel sobre cuyos hombros pesa la tremenda cuanto augusta responsabilidad de la salvación del mundo, levantara su voz para hacer oír al mundo la verdad, para arrancar la venda que la incredulidad habia echado sobre tantos ojos, para poner una valla a la marcha triunfal del error, para desplegar i plantar, donde el orbe entero la viera, la espléndida i gloriosa bandera del Cristo, único Salvador del mundo.

La maleda generación de los hombres i de los ancianos iba dejando a las nuevas generaciones una horrenda herencia de escepticismo, de disolución i de ruina. Pio

IX no era tan solo pastor de la generación de los hombres i de los viejos. Guía i Pastor de la Iglesia, que es de todo siglo i de todo tiempo, Pio IX debía tender la vista hacia el futuro i ser el legislador i maestro de los siglos venideros. Por eso, escribió ese código eterno e imperecedero de la verdad, para hoy, para mañana i para todos los días hasta el último de ellos.

El *Syllabus*, pues, era la indispensable proclamación de la verdad para el tiempo presente, para el venidero i para siempre; el *Syllabus* era la verdad universal, la verdad de ayer, de hoy, de mañana i de siempre; era la verdad de todos i la verdad para todos, de todas partes i para todas las naciones.

## VI.

Si el *Syllabus* no era nuevo como verdad católica, ¿era siquiera nuevo en boca de Pio IX? Ni aun eso. Se convencerá de ello cualquiera con solo leer el encabezamiento de ese documento. Dice así, *Syllabus complectens præcipuos nostraræ civitatis errores qui notantur in allocutionibus consistorialibus, in encyclicis, aliisque apostolicis litteris sanctissimi Domini nostri Pii Papæ IX. I*, si alguna duda quedara todavía, la harían desaparecer las anotaciones que se encuentran al pié de cada una de las 80 proposiciones condenadas, en que se señala el acto pontificio en que cada una de ellas lo ha sido antes de la publicación del *Syllabus*.

## VII.

En presencia del clamoreo con que el libre-pensamiento recibió el *Syllabus*, en presencia de las alarmas de los gobiernos i de las violencias de éstos contra el *Syllabus*, bien podría Pio IX haber exclamado i exclamar todavía hoy como el Cristo despues de recibir la bofetada de Malco: *Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo: si autem bene, quid me cædis?*—«Si lo que yo enseño al mundo, no es la verdad, convencedme de error i de mentira; si es la verdad lo que he enseñado, ¿por qué gritais así, por qué proscibís i ahogais con la fuerza mis enseñanzas?»

¿Cómo habrían respondido los incrédulos al reto del Pontífice? Haciendo lo que hicieron sin ese reto de que no eran dignos: torciendo i desfigurando la doctrina del Papa, declamando contra las absorbentes ambiciones de Roma, haciendo un llamamiento a todas las pasiones, desplegando toda la audacia de la ignorancia i todo el lujo de so-



fismas que desplagan los que no tienen razon. Habrian probado que se sentian heridos i que como la fiera herida sabian dar aullidos; habrian probado que aborrecian al Papa, a su causa i a sus doctrinas. Pero no habrian probado que éstas eran falsas ni habrian convencido de error al Papa.

Si el reto les hubiera venido no de tan alto, habrian hecho lo mismo i ademas se habrian ensañado contra el valiente provocador; se habrian ocupado mas de sus miserias de hombres verdaderas o supuestas que de la doctrina controvertida. Habrian probado todo lo que ántes ya dijimos i ademas que los católicos son hombres que tambien tienen miserias o que los incrédulos saben inventarlas, calumniando, cuando los católicos no las tienen. Por mas que el soldado quedara acribillado de balas, la bandera habria quedado intacta, siempre flameando, vencedora i gloriosa.

Esta es la verdad. ¿Dónde está el que ha convencido de error al Pontífice que dictó el *Syllabus*?

En presencia de este *Syllabus* tan detestado como calumniado i mal conocido, no puedo resistir al deseo de hacer por su campo una excursion aun que sea mui de prisa.

### VIII.

*Syllabus* es lo mismo que catálogo o índice. Un índice de los principales errores modernos condenados por Pio IX en diferentes documentos i ocasiones, fué lo que recibieron junto con la Enciclica de 8 de diciembre de 1864 todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos i Obispos del orbe católico.

### IX.

¿Será menester en una sociedad cristiana, en una sociedad que se dice a la altura de la ilustracion del siglo XIX, vindicar al *Syllabus* porque condena errores tan groseros como el panteísmo, el naturalismo i el racionalismo absoluto? Ello no debiera ser necesario, pero talvez no faltan hasta en nuestra tierra hombres que gozan de cierta reputacion i que sehan atrevido a manifestar ideas panteísticas. El panteísmo ha tenido tambien su cantor que ha consagrado al dios-todo sus cantos de dudosa correccion, i de inspiracion mas dudosa todavía. Es verdad, sin embargo, que los primeros no han encontrado eco. I es verdad tambien que si el poeta panteísta supo en sus prime-

ros dias sacár de su guitarron sonos rudos casi pasables, hoy tiene demasiado tosca la mano, no atina con las cuerdas i produce solo discordantes, desapacibles i estruendosos ruidos.

El panteísmo es el absurdo de los absurdos. Dios es lo que debe ser o no es Dios. El Ser Supremo, sér que existe por sí mismo i que es fuente de toda existencia. Sér objeto de la adoracion de los hombres, debe ser infinito en la perfeccion i en la grandeza. Si no es así, no es Dios. Si se afirma, pues, que «Dios es lo mismo que la naturaleza de las cosas,» se forja un Dios sin intelijencia, porque la materia no la tiene, sin libertad porque tampoco la tiene, sin vida propia por que la materia es contingente, sin vida eterna porque la materia se corrompe, se descompone i muere, sin la perfeccion de la simplicidad que en la materia no existe, sin la perfeccion de la inmutabilidad, pues la materia cambia i se transforma en cada momento. Fórgase un dios imperfecto i mezquino que no puede ser Dios. Si Dios «es el mundo i el hombre,» Dios es al mismo tiempo virtud i vicio, caridad i crimen, es el ladrón, el crapuloso i el asesino, o bien no hai virtud ni vicio, mal ni bien, i entonces el hombre es como las bestias del campo, máquina de obrar fatalmente, sin discernimiento, sin lei i sin libertad. Si Dios «es el mundo i el hombre,» Dios es astro, mar, monte, árbol, bestia i hasta estiércol. Adorad vosotros, si os place, a ese vuestro dios. Con Pio IX queremos los cristianos adorar un Sér superior al hombre i al mundo, Sér que tiene en sí mismo el eterno principio de vida, fuente de toda vida, Sér infinitamente intelijente, libre, Sér necesario, inmutable, simplicísimo e inmortal. Si no hubiera un Dios como le hai i como nosotros lo adoramos, preferiríamos negar todo Dios antes que doblar la rodilla ante el vuestro. Vuestro dios es un dios absurdo, miserable e inmundado.

El panteísmo hace un Dios-nada por hacer un Dios-todo, el panteísmo se resuelve en ateísmo. En él se resuelven todas las doctrinas que despojan a Dios de cualquiera de sus perfecciones. Eso sucede, pues, tambien con el anti-providencialismo. «Negar toda accion de Dios sobre los hombres i el mundo» es inventar un Dios que no interviene en la conservacion i gobierno de sus creaturas. Si no interviene es porque no puede o no quiere. Si no puede, ese dios carece de la omnipotencia esencial a la idea de Dios. Si no quiere, es un dios indolente, imprevisor e imbécil, es decir no es dios: por que ¿quién hai que despues de fabricar o hacer algo, abandone su obra, sin cuidar despues de que su fábrica o su obra se con-



serve, se perfeccione i cumpla con el fin a que estaba destinada?

Como la incredulidad del hombre es hija de su soberbia, no se ha contentado con deprimir a Dios sino que ha exaltado entronizado i divinizado al hombre en lugar de Dios. El racionalismo es el orgullo humano que coloca a la razon sobre Dios. Pretende que «la razon humana sin atender absolutamente a Dios es el único árbitro de lo verdadero i de lo falso, del bien i del mal.»

¿Qué es la razon? Una emanacion de la infinita intelijencia de Dios, una chispa desprendida de la luz infinitamente clara e inextinguible. Se quiere que la emanacion sea mas que la fuente de donde sale, que la chispa sea mas que el foco. El mendigo que recibió del potentado una moneda de limosna se cree mas rico que el potentado que se la dió. El racionalista, porque ve con sus ojos, cree que sus ojos pueden algo sin la luz. El niño, porque mueve sus piés dentro de las andaderas, cree que caminaría bien i aun mejor sin ellas. Dios, infinita intelijencia, puede equivocarse a la razon, limitada, tenebrosa i mezquina, puede corregir las enseñanzas de Dios. La razon que, abandonada a sus propias fuerzas, no produjo ni produce mas que absurdo tras absurdo i monstruosidades sin cuento, pretende bastarse a sí misma. La razon que cada dia, aun en lo sujeto a la inspeccion de los ojos del cuerpo i al tacto de las manos, está encontrando cada dia cosas que ignoraba, sorprendiéndose de cómo pudo ignoralas por tantos siglos, pretende dominar sin maestro i sin enseñanza toda la verdad relijiosa. Los hombres, que apenas saben lo que hai i lo que pasa a unas cuantas leguas de la superficie de la tierra en que se arrastran, pretenden saber mejor que Dios lo que Dios es, lo que El hizo i hace, i las leyes que El dictó, las verdades de que El es autor i asiento.

«La revelacion divina, dicen, es imperfecta, i sujeta a un progreso continuo e indefinido que corresponda a la progresion de la razon humana. La fé de Cristo se opone a la razon humana i la revelacion divina perjudica a la perfeccion del hombre.»—¿La revelacion divina es o nó revelacion divina? Si, segun se confiesa, lo es, ¿cómo se concilia la idea de enseñanzas de un Dios infinitamente sabio con la idea de imperfeccion en esas enseñanzas? Si la revelacion es realmente divina, ¿cómo puede oponerse a la razon, emanacion de la intelijencia divina? Si la revelacion de un Dios infinitamente sabio i bueno fué hecha para el bien i perfeccionamiento del hombre, ¿cómo puede esa revelacion perjudicar a la perfeccion del hombre?

«Las profecias i los milagros son invenciones,» agrega el racionalismo. ¿por qué por la suprema razon de que la mente humana no puede concebirlos como humanamente posibles. A un salvaje se le dice que hai inmensos convoyes de carros i enormes navios que se mueven con vertijinosa rapididad los unos en tierra i los otros sobre el mar sin necesidad de caballos ni de velas. ¡Invenciones! podría esclamar el salvaje, porque ninguno de los iguales a mí puede hacer cosa semejante. Sin embargo, no por eso sería ménos cierto que hai ferrocarriles i vapores. ¿Los milagros i las profecias son invenciones porque no pudieron hacerse o solamente porque, pudiéndose hacer, no se hicieron jamas? Si lo primero ¿dónde está la omnipotencia de Dios? ¿dónde su omnisciencia i omnipresencia? Si lo segundo, ¿por qué habríamos de creer mas a cualquier racionalista que niega que a Dios que asegura? Mas aun: ¿por qué habríamos de creer al racionalista mas que a la historia meramente humana que nos cuenta milagros i profecias?

## X.

En todo terreno hai transacciones i conciliadores. En el racionalismo hai tambien un racionalismo *moderado*. Un bueno, intelijente i muy ilustrado amigo mio decia en una ocasion ante una concurrencia numerosa, en el inimitable lenguaje que le caracteriza: «¡Libreme Dios de los partidos con nombre i apellido!» Lo que mi amigo de los bandos políticos, creo yo de todo sistema i de toda doctrina «con nombre i apellido.» Son amalgamas híbridas, mezclas de verdad i errores, transacciones absurdas e imposibles entre lo bueno i lo malo, entre la luz i las tinieblas.

El racionalismo de conciliacion pretende que «todos los dogmas de la relijion sin distincion son objeto de la ciencia natural o sea de la filosofia; i que la razon humana puede por sus fuerzas naturales llegar a la ciencia de todos los dogmas aun los mas recónditos, con tal que estos dogmas sean propuestos como objeto a la misma razon.»

¿La intelijencia humana puede conocer con sus propias fuerzas todos los dogmas de la relijion? Indudablemente puede alcanzar algunos, puede conocer todos aquellos que Dios grabó en el corazon i la mente del hombre al crearlo. Pero ¿cómo puede conocer aquellos que han sido objeto de una *revelacion* positiva de Dios? ¿Cómo puede alcanzar los misterios, que son superiores a la comprension de la intelijencia humana? ¿Cómo podría adivinar los arcanos del seno de Dio?

¿Qué se entendería por ser los dogmas propuestos como objeto a la razón? ¿Quién los propondría i para qué? Siendo limitada i pequeña la razón de todos los hombres, ¿de qué serviría que esos dogmas fuesen propuestos por otro hombre? I a la razón de ese otro hombre, ¿quién los habría propuesto? Cada proponente necesitaría a su vez de otro proponente i así ¿hasta dónde? Si es Dios quien propone los dogmas a la razón ¿para qué los propondría? ¿Sabe Dios lo que enseña o no lo sabe? ¿Buscaría Dios la aprobación del hombre para sus enseñanzas? ¿Querria Dios hacer al hombre juez de la verdad divina? Pero entonces habríamos caído en el racionalismo absoluto.

Los racionalistas moderados agregan todavía que «la filosofía debe estudiarse sin tomar en cuenta la divina revelación; que el filósofo debe someterse a la autoridad de la Iglesia, pero la filosofía nó; i que la Iglesia no debe corregir ni condenar a la filosofía.»

Si con la filosofía se persigue la verdad, debe echarse mano de todos los medios que conduzcan a la verdad: raciocinio, esperiencia, revelación. I eso, concediendo que la razón i la esperiencia humanas puedan equipararse a la revelación divina. ¿Cuánto más si se admite la infinita superioridad de la inteligencia i la enseñanza infinitas sobre la inteligencia i el estudio humano? ¿Qué sino un caos, hoy ya objeto de risa hasta para el niño que estudia el catecismo, era la filosofía antes que la revelación arrojara su luz sobre ella? ¿I en qué fuente bebieran, como estudiaron la filosofía los padres de la filosofía moderna?

¿Qué es un libro sin un autor que lo escriba, que la lección sin un hombre que enseñe, qué el raciocinio i la creencia sin un hombre que raciocinie i crea? ¿Qué es la filosofía sin el filósofo?—Nada. Pretender, pues, que el filósofo se someta a las enseñanzas de la Iglesia, pero que la filosofía campee libremente, es un absurdo. Si el filósofo se somete a la Iglesia, ¿podrá enseñar en la cátedra i consignar en el libro lo que la Iglesia condena?

I, por último: si la misión de la Iglesia Católica, misión primordial, i su más sagrado deber, es enseñar al mundo la verdad i anatematizar el error, dondequiera que éste levante la cabeza, es evidente que no solo tiene derecho sino que está en el imprescindible deber, de condenar las doctrinas filosóficas que se opongan a las verdaderas doctrinas del Cristo. Si se hubiera de tolerar el error en la filosofía ¿por qué no se habría de tolerarlo también en todas las demás ciencias i en todos los demás órdenes de cosas?

## XI.

Pío IX condena la doctrina de los que sostienen que «todo hombre es libre para abrazar i profesar la religión que guiado por su razón reputa verdadera.» I la condena con justicia. ¿Qué papel haría Dios en presencia de esa Babel de religiones, en que cada hombre se forjase la suya i pretendiese cada uno adorarlo i agradecerlo creyendo i practicando unos el sí i otros el nó? No es posible que Dios, a ménos de ser un loco, apruebe todas las contradicciones i se complazca al mismo tiempo en todas ellas. La verdad es solo una. Una sola es la verdad dogmática, una sola la verdad moral, porque no puede ser al mismo tiempo verdadera que Jesucristo es Dios i es un farsante, que es lícito matar al prójimo inocente i que debemos amarle como a nosotros mismos. Luego Dios de una sola manera quiere ser honrado i adorado, una sola lei ha impuesto al hombre, un solo credo es el que El aprueba, i una sola moral es de su agrado. Luego todavía no hai más que una sola religión que sea lícito al hombre abrazar. Luego es falso que dos hombres pueden hallar el camino de la salvación eterna i alcanzar ésta en el culto de cualquiera religión.» Luego es falso que «el protestantismo (que contraría a la religión católica por su base) no sea mas que una forma diversa de la misma religión verdadera.»

¿Es segura la salvación de «todos aquellos que de ninguna manera se hallan en la verdadera Iglesia de Cristo?» Si de buena fé i con ignorancia invencible está algun hombre fuera de la verdadera Iglesia, se salvará. Si conociendo o pudiendo conocer la verdadera Iglesia se mantiene fuera de ella, no se salvará. Hé ahí la doctrina católica. ¿Hai doctrina más racional?

Concluámos. La verdad es una. Una sola debe ser la religión verdadera. Esa sola es lícito abrazar al hombre, mal que pese a sus pasiones i a su obcecada razón. No puede elejir porque solo se elije donde hai mas de un objeto entre los cuales elejir. Todo lo que no es la religión verdadera, es seguro camino de perdición. Inútil i vana habria sido la revelación de Dios, si todo hombre fuera libre, despues de conocerla, para escucharla o desoirarla, para abrazarla o abandonarla. I Dios no hace cosas inútiles.

## XII.

Comienzan los errores contra la Iglesia i sus derechos. Comienza el tejido de tiránicos errores urdidos a una por los déspotas coronados i por el déspota populacho. ¿Fe-



nómeno extraño que se ve realizado siempre que se trata de perseguir a Dios i a las cosas de Dios! Los enemigos mas irreconciliables son compañeros de fila: se coaligan los déspotas de arriba, que quisieran ver cortadas todas las cabezas que gritan desde abajo reclamando buenos o malos derechos, i los terribles déspotas de abajo, que quisieran ver rodar la cabeza del que les arrebatara sus libertades o simplemente refrena sus excesos. Pilatos, escribas, fariseos i turba, todos gritan hoy: *¡crucifige!* Lo que prueba que la Iglesia, cuando están de por medio la fé i la moral, no sabe ni doblegarse bajo las omnipotencias brutales de los que mandan, ni halagar las malas pasiones de las turbas. Lo que pone de manifiesto que mienten igualmente los mandones que acusan a la Iglesia de subversiva i demagógica, i los populacheros que acusan a la Iglesia de fautora del despotismo.

¿Será la Iglesia Católica, aborrecida a la vez i unicamente por el despotismo i por la licencia, un peligro para la autoridad civil o para la libertad de los pueblos? Si fautora de la tiranía o siquiera testigo silencioso de la opresion ¿por qué la Iglesia es aborrecida por los déspotas? Si enemiga de la autoridad civil ¿por qué la aborrecen los enemigos de esa autoridad?

¡Nada! Es que la voz de la Iglesia es importante para los que abusan del poder i molesta para los que quieren sacudir el yugo de toda autoridad. Es sobre todo que los reyes de las monarquías i los reyes de las repúblicas, acostumbrados a ver hecha su voluntad en todo i por todos, no pueden soportar la altivez que la Iglesia despliega en la defensa de sus imprescriptibles derechos. Ellos quisieran imperar i ser adorados en el santuario mismo como imperan i son adorados fuera de él; pero la Iglesia que sabe muy bien quién es el único que puede i debe imperar i ser adorado en el santuario, les niega en él un altar, i prefiere ver encadenadas sus manos antes que batir con ellas el incensario ante el ídolo de la fuerza. Es todavía que la Iglesia con sus doctrinas, con el ejemplo de sus ministros i de sus hijos, es una severa e incansable reprobadora, i, por tanto, muy poco simpática. Por eso, los reprobados de abajo i de arriba, súbditos i mandatarios, querrian ahogar la voz de la Iglesia i, si posible fuese, suprimir a la Iglesia misma. Subyugar a sus jefes, subordinar sus enseñanzas i preceptos al antojo de los descreídos que gobiernan, introducir en el santuario dóciles instrumentos indignos del santuario, hacer, en una palabra, una Iglesia al amaño de sus enemigos, hé ahí la tendencia a los errores relativos a la Iglesia en sí i a sus relaciones con el Estado. Obra

de tiranía, de sofocacion, obra hipócrita, la del moderno liberalismo es digna de él: persigue so capa de acatamiento, sofoca en nombre de la libertad, hiere fingiendo que adora. Naturalmente, el error que se siente herido, el vicio que se siente anatematizado, la pasion que se siente refrenada, quieren que la boca que enseña i condena no pueda hablar, que la mano que hiere i refrena, sea encadenada. De ahí, el coro infernal de odio, persecucion i tiranía que se levanta por todos lados contra la Iglesia i en que se aunan las soberbias omnipotencias i las pasiones desbordadas. Las unas i las otras han visto que no se puede burlar la incansable vijilancia de la Iglesia, que es inexorable contra el error i la maldad, que no sabe disimular ni los excesos de violencia contra las libertades justas, ni las rebeliones contra las autoridades legítimas que dan leyes justas; han visto que ni el resplandor de las grandezas ni el brillo del oro son capaces de imponer o corromper a la Iglesia; que la persecucion la fortalece, que el plomo no la mata, que de la sangre de sus mártires brotan millares de valientes confesores de la fé, que el sacerdocio, el episcopado i el pontificado sobreviven a la muerte del sacerdote, del obispo i del Papa; que éstos siguen viviendo despues de muertos. Eso han visto la omnipotencia de la fuerza i los hombres del error i de la maldad; de ahí ese ciego furor, esa rabia desesperada. ¡Todo eso han visto i, en su ceguedad, están creyendo todavía que pueden, esclavizándola i persiguiéndola, vencer a la Iglesia!

### XIII.

¿Qué es la Iglesia? ¿Qué es el Estado?

La Iglesia es la gran familia de los cristianos que tienen dos patrias: arriba la del cielo, i abajo el mundo entero. ¡Sublime realizacion de la fraternidad universal! En la Iglesia todos los católicos son hermanos, sin distincion de razas, de nacionalidades, ni de rangos; todos tienen un mismo Padre en el cielo, un solo Padre en la tierra. La Iglesia es Jesucristo perpetuado en su obra de la salvacion del mundo, enseñando al mundo por boca de su infalible Vicario, gobernando por medio de Pedro que recibió sus plenos poderes. La voz de la Iglesia es la voz de Dios, sus preceptos son preceptos de Dios. La Iglesia es la barca misteriosa que conduce las almas al puerto de la patria eterna.

¿Qué es el Estado? El Estado es una reunion de hombres separados del resto del mundo por altas i escarpadas montañas, por rios invadables e inmensos océa-



nos, por diferentes usos i diferentes lenguas: uno, dos, veinte, sesenta millones de hombres. Un Estado es una pequeña fraccion del universo. El Estado es un hombre o muchos hombres que, en nombre del pueblo o en su propio nombre, dan las leyes i disponen de la fuerza: su jurisdiccion no se estiende ni mas allá de las montañas, de los rios o del Océano, ni alcanza a dominar mas que los cuerpos de los que viven sujetos a él.

¿Por qué da leyes i enseña el Pontífice Romano, jefe de la Iglesia? Porque Jesucristo le dijo: «Tú serás la piedra fundamental del edificio de mi Iglesia; gobernarás i rejirás a los corderos i a las ovejas con todo el pleno poder que yo recibí de mi Padre; yo rogaré siempre por ti para que jamas falle tu fé ni enseñes la mentira.» Por eso, en el Pontífice Romano i en la Iglesia, escucho i obedezco a Dios.

¿Por qué obedezco al Estado? Esos hombres que dictan las leyes i a quienes obedezco yo ¿de dónde han sacado ese poder que yo respeto?

Yo no pude conferirles poder sobre mi mismo porque no lo tengo. Si yo no dependiera mas que de mí, no habria órden ni dependencia. Si el poder lo hubiera comunicado yo, podria tambien revocarlo cuando los preceptos de la lei no me agradasen, i sobre todo cuando la lei me persiguiese. Como yo, ninguno de los hombres, ni por tanto todos ellos juntos, han podido comunicar a los que mandan el poder que éstos tienen. Ningun hombre tiene por derecho propio dominio sobre mí, todos los hombres juntos no le tienen tampoco. ¿De dónde viene entonces ese poder de que están revestidos aquellos cuyos preceptos yo acato?—Solo puede venir de Dios, que es el autor, dueño i último fin de mi alma, de mi cuerpo i de todo mi sér, señor de mi vida i de mi muerte, hacedor, conservador i árbitro mio. A nadie mas que a El puedo reconocer superior a mí, ante nadie mas que ante El debo inclinar mi frente, doblar mi rodilla, someter mi inteligencia i rendir mi corazón. Luego solo por Dios i en su nombre reinan los reyes, hacen justicia los jueces i dan leyes los lejisladores.

El gobierno civil fué instituido por Dios guarda de la sociedad, protector de los derechos de sus súbditos, ejecutor de las leyes que les imponen deberes, promotor de su felicidad material e intelectual, custodio de sus intereses morales. Como el cuerpo está sujeto al alma, el brazo a la razon, la materia al espíritu i el mundo a Dios, así el Estado debe estar subordinado a la Iglesia. La Iglesia es el todo; el Estado una fraccion. La Iglesia es el guarda del mundo; el Estado guarda de una sociedad particular, La

Iglesia es representante de los derechos de Dios i de los derechos de todos los hombres; la Iglesia enseña i da leyes con la asistencia directa del mismo Dios; la Iglesia es la depositaria infalible de la verdad moral. El Estado, pues, no puede crear derechos contra los derechos de Dios, no puede quitar al hombre derechos que Dios quiere que conserve; las leyes del Estado no pueden ni deben ser mas que el reflejo, la garantía i la sancion de las leyes de Dios, enseñadas por su representante en la tierra, que es la Iglesia; el Estado no tiene la promesa de la incesante inspiracion i asistencia directa de Dios mismo, i puede equivocarse i se equivoca; debe, pues, escuchar i obedecer a la Iglesia; el Estado no puede crear una moral contraria a la moral de Dios, que es la moral de la Iglesia infalible; el Estado debe promover la felicidad material, intelectual i moral de sus súbditos, subordinándose a la Iglesia; debe ser simplemente su auxiliar, su apoyo i su brazo; no su amo. I eso porque Dios confió a la Iglesia, i no al Estado, la mision de enseñar la verdad relijiosa i moral i de rejir a las almas por el sendero de su inmortal destino. El Estado no tiene poder ni fuerza sino para usarlos acatando la voluntad de Dios, interpretada por su lejítimo i único representante en la tierra.

## XIV.

Se principia por decir que «la Iglesia no es una sociedad verdadera i perfecta, enteramente libre, ni goza de derechos propios i constantes; i que al poder civil pertenece definir cuáles sean los derechos de la Iglesia.»

No es raro que a esta desgraciada Iglesia Católica no se reconozca ni siquiera el derecho de vivir. Sería demasiado exigir de los adoradores de la libertad que hiciesen esa limosna a la Iglesia de Dios. ¿Con qué derecho les exigiría la Iglesia para sí lo mismo que exigen las instituciones i las asociaciones que tienen por objeto el comercio, la instruccion popular, la beneficencia? ¿Cómo se atrevería a pedir la Iglesia para sí ni siquiera lo que se concede a las tenebrosas sociedades secretas? Eso sería demasiado.

¿Qué es la Iglesia si no es una sociedad perfecta? ¿Qué le falta para serlo? Es una reunion de hombres, con una organizacion uniforme i sapientísima, con jefe supremo, jefes subalternos i toda una jerarquia, tiene leyes fijas i únicas, sus miembros están ligados entre sí por la profesion de una fé i de una moral únicas, por la obediencia a un mismo jefe universal i por la persecucion de un mismo fin, que es al mismo tiempo la fe-

licidad en la tierra i la salvacion eterna. ¿Será que sus miembros no son miembros, que su jefe no es jefe, que sus leyes no son leyes, que sus vínculos de union no son vínculos? ¿O será que su fin es ilícito i criminal?

Dios, autor i fuente de todo derecho i de toda autoridad, al fundar su Iglesia, no la sujetó a otra autoridad que a la que El mismo dejó revestida de su pleno poder para gobernarla. Si los hombres no pueden alterar la obra de Dios, la Iglesia es, pues, completamente libre en el desempeño de su mision i en el ejercicio de sus derechos. Por otra parte, la Iglesia tiene una mision i un fin, señalados por Dios; luego Dios le ha otorgado todas las condiciones necesarias para llenar esa mision. Siendo así, pues, que, si la Iglesia dependiera de algun poder extraño a ella, no sería ella sino otro quien desempeñara esa mision, es evidente que la Iglesia no puede depender de ningun poder extraño.

Esa mision que llenar i ese fin que perseguir, suponen tambien en la Iglesia «derechos propios i constantes.» ¿Cómo le habria impuesto Dios deberes sin derechos propios para cumplirlos? Siendo permanente, i eterna la mision de la Iglesia ¿cómo pueden sus derechos no ser constantes? I ademas: si los derechos de la Iglesia no fuesen propios ¿quién, no siendo Dios, podria haberse los comunicado? ¿Qué hombre o qué hombres habrian podido comunicarle el de gobernar i enseñar infaliblemente a las almas? ¿Cómo i cuando se lo habrian comunicado? Si esos derechos no fuesen constantes ¿cuándo terminarian o se interrumpirian, habiendo un solo hombre sobre la faz de la tierra?

Si los derechos de la Iglesia son propios, es de primera evidencia que no toca al poder civil definirlos, como quiera que no es él la fuente de esos derechos.

De la independencia i libertad de la Iglesia de Jesucristo, basadas en los inamissibles derechos que le otorgó el autor de todo derecho, fluye rigorosamente la falsedad de toda doctrina que tienda a subordinar el ejercicio de la potestad eclesiástica a «la licencia i asentimiento del poder civil.» Siguese igualmente de la independencia i libertad de la Iglesia la independencia i libertad de su jefe supremo, siendo así perfectamente exacto comparar al «romano Pontífice con un príncipe libre que ejerce su accion sobre toda la Iglesia.»

Siendo la Iglesia una sociedad perfecta, es claro que le competen todos los derechos de tal Sociedad compuesta de hombres, en que entra el hombre entero, cuerpo i alma, es rigorosamente lógico que la Iglesia tiene

jurisdiccion sobre todo el hombre, que puede usar de la fuerza, que puede i debe adquirir todas las cosas temporales necesarias para la consecucion del fin a que está encargada de conducir a sus asociados, i, por último, que tiene sobre esas cosas materiales pleno e imprescriptible dominio i señorío.

Como obra de Dios, la Iglesia está por derecho divino en posesion de todo aquello que necesita para su subsistencia, propagacion i libre accion. Por eso ella, su Pontífice i sus ministros, están en perpétua posesion de todas las inmunidades que ella misma, en su juicio infalible, juzga necesarias. Ello se desprende tambien de la misma independencia i absoluta libertad de toda estraña potestad i jurisdiccion. Si los gobiernos hicieran súbdito al Supremo Jefe de la Iglesia, si los jueces láicos extendiesen su jurisdiccion a las personas sagradas, si el poder civil pudiese arrebatar a la Iglesia sus ministros para alistarlos en los ejércitos, sucedería que el Sumo Pontífice no gozaria de la independencia que necesita para gobernar al mundo, que las ovejas estarían sobre los pastores, o mejor dicho, los lobos sobre las ovejas, i que, cuando el Estado lo quisiera, podria despoblar la sagrada milicia para llenar las plazas de sus tercios. I ¿no es verdad que la independencia de la Iglesia, su accion i su vida misma serían ilusorias?

«Los sagrados ministros de la Iglesia i el Romano Pontífice, se dice, deben ser excluidos enteramente de todo cuidado i dominio de las cosas temporales.» I ¿por qué? Será porque no tienen derecho a ello o porque no conviene que tengan «ese cuidado i dominio?» Las personas eclesiásticas, por el hecho de ser investidas de su sagrado carácter de ministros del Altísimo, ¿habrían perdido derechos que se concede al último de los hombres? ¿No tendrán derecho para poseer, como cualquier ciudadano, lo que heredaron de sus mayores o adquirieron honradamente, i que, como cualquier otro hombre, necesitan para subvenir a sus necesidades i para hacer de ello, como cualquier hombre tambien, el uso que les plazca, sin infringir la lei de Dios ni irrogar perjuicio a tercero? Las personas eclesiásticas, a causa de su sagrado carácter, ¿habrán perdido los derechos para intervenir en la cosa pública i aun tener parte en su gobierno, derechos que no se niega al último de los ciudadanos?—Si se quiere separar a los ministros de la Iglesia del cuidado de las cosas temporales, en nombre de la conveniencia, mirando por el mejor desempeño de sus sagradas funciones i por su mayor prestigio, deben los enemigos de la Iglesia guardarse su solicitud i celo. No hai mejor juez que la



Iglesia, no hai mas juez que la Iglesia misma para decidir lo que conviene o nó al buen desempeño de las funciones de sus ministros i a su mayor prestigio. Nadie ha hecho a láicos ni a gobiernos jueces ni tutores de la Iglesia; es mayor de edad, i sabe lo que hace. Esa solicitud del libre pensamiento por el bien de los ministros de la Iglesia se parece mucho a la compasiva oficiosidad del ladrón que asalta al viajero para aliviarlo del peso que lleva en su bolsillo, o a la del que quisiera convencer a un adversario temible de que era mas conducente a una victoria segura i pronta retirarse a su casa, soltar las armas i echarse en cama.

«No pertenece esclusivamente a la Iglesia dirijir con derecho propio la enseñanza teológica.» Hé ahí otra doctrina condenada por el *Syllabus* i que suscita grandes aspavientos de parte de los que dicen que la Iglesia quiere absorberlo todo. ¿Quién es, sin embargo, el que aquí absorbe e invade? Uno solo es el depósito de la verdad relijiosa, i una sola la maestra por derecho propio en materia de verdades dogmáticas i morales instituida por Jesucristo, Maestro Supremo: ese depósito i esa maestra es la Iglesia católica. *Docete omnes gentes*, dijo Jesucristo a sus apóstoles i a nadie mas que a ellos. Solo la Iglesia recibió la mision de enseñar el dogma i la moral, solo ella es infalible en esa enseñanza, luego solo ella puede, con derecho propio, presidir a la enseñanza teológica. Quien absorbe e invade es aquí el Estado que quiere convertirse en cátedra de fé católica.

«Pueden instituirse iglesias nacionales separadas de la autoridad del Sumo Pontífice.» En esta proposicion se manifiesta una vez mas el espíritu de rebeldía i absorcion; se quiere sacudir la autoridad del Sumo Pontífice, destruyendo la unidad católica, para sustituir a esa autoridad la del poder laico, nuevo Jesucristo, fundador de iglesias i jefe de ellas. *Unum ovile et unus Pastor*, sin embargo, una sola es la grei i uno solo el Pastor; *ubi Petrus ibi Ecclesia*, la verdadera Iglesia está solo donde está Pedro. La cátedra del Sumo Pontífice es el centro de la unidad católica; todo lo que se desprende de ese centro es falsificado i espúreo, es rama que se desgaja del tronco del árbol diezinueves veces secular.

## XV.

«El carácter distintivo de la incredulidad moderna, decia en 1865, Monseñor Plantier, Obispo de Nimes, es la hipocresía.» I en verdad que es así. El moderno liberalismo besa, como Júdas, al Maestro para esclamár inmediatamente, como Júdas tam-

bien: *¡ipse est: tenete eum!* Visten de púrpura a la Iglesia para ceñirla con la corona de espinas i abofetearle despues el rostro.

En toda la maraña de despóticos errores, tejida por los gobiernos descreídos contra la Iglesia, hai la malignidad i la astucia de la serpiente, la alevosía del enemigo que, al dar el ósculo de paz, clava el puñal por la espalda; no hai siquiera la franqueza de la audacia, ni el descaro de la insolencia. Los Césares de hoy, ya ciñan una corona en la frente o una banda sobre el pecho, no persiguen ya, como los Césares de ántes, con la espada i la hoguera: esa persecucion es demasiado franca i leal para ellos. Han inventado otra que consiste en esclavizar a la Iglesia, protestando que la respetan; en suprimir la libertad i la accion de la Iglesia, protestando que la aman i que quieren protegerla.

I en los pueblos no faltan quienes hagan causa comun con los déspotas para cooperar al encadenamiento de la Iglesia. Los que tal hacen, sin embargo, adoran a la libertad, le entonan himnos i suspiran por ella. Los que tal hacen, protestan estar revestidos de la mas ámplia i respetuosa tolerancia para das las opiniones i creencias de sus semejantes. Mas aun: se dicen católicos. En nombre de la libertad, a quien adoran, quieren i piden que todos la tengan ilimitada para todo, pero la Iglesia nó: ella debe ser la esclava de la fuerza, el cascabel atado al calcañal de los pigmeos que se sientan en solío de rei o bajo dosel de presidente; ella no tiene derecho para respirar el aire de la vida libre; si quiere vivir, debe resignarse a vivir entre cadenas, hollada por los pies de los que disponen de la omnipotencia de la fuerza, enseñando, dando leyes i haciendo al sabor i conforme al antojo de sus amos. En nombre de la libertad, el liberalismo, que se pretende sincero, persigue i oprime en la Iglesia a la mas segura garantía, a la mas indomable resistencia i a la mas firme valla que puede oponerse al empuje i a los avances de la violencia contra el derecho, de las bayonetas contra la libertad. Si los que ocupan el poder están en plena i esclusiva posesion de los elementos de fuerza, si no hai nada ni nadie que pueda resistirles ni defenderse de ellos, si el despotismo triunfa apoyado en la fuerza ¿quién sino un poder moral, una voz que se alza en nombre de Dios, habla a la conciencia i amenaza con las sanciones eternas a los que abusan de su fuerza contra la libertad legitima, podrá detener a los poderosos en su camino de opresion i tiranía? En nombre de la absoluta libertad relijiosa que proclama como dogma, el liberalismo, que pide vida i libertad para toda secta, pide esclavitud para la Iglesia



Católica, única verdadera. En nombre de la absoluta tolerancia de opiniones i creencias, en nombre de esa veneración que profesa a todo lo que otro hombre cree, piensa, dice i escribe, el moderno liberalismo quiere que las creencias, el pensamiento, los preceptos i las enseñanzas de la Iglesia Católica lleven el visto-bueno del poder civil. El jendarme-Papa es la espresion del ideal del libre-pensamiento, tratándose de la verdad religiosa..... ¿Es concebible que haya quienes se digan católicos i coincidan con el libre-pensamiento en el ideal de relaciones de la Iglesia con el Estado? Concebible, nó; pero cierto, sí. Hijos desnaturalizados, quieren la esclavitud de su madre. Pregoneos de la dignidad i libertad de la conciencia, la arrojan por sus propias manos a los piés del intruso que quiere avasallarla. Creyendo, si son realmente católicos, que no dejó Dios otra autoridad ni otro maestro sobre las conciencias i los corazones de los hombres que su infalible Iglesia, consentien i quieren que el poder laico se sobreponga a la Iglesia, la domeñe i la esclavice. ¿Nó; esos no son católicos! En el corazon católico hai mas altivez; el católico no inclina su frente ni rinde su corazon sino ante Dios; el católico no adora la omnipotencia brutal de la fuerza!

## XVI.

Un coro unánime de aplausos i bendiciones de parte de todos los que en algo estiman sus derechos i su libertad, merece Pío IX por haber fulminado un rayo de condenacion contra el monstruoso i funesto error que sostiene que «el Estado, como orijen i fuente de todos los derechos, goza de cierto derecho absolutamente ilimitado.» El Estado sin dique, sin límite en su potestad, sería un monstruo que devoraría la felicidad pública i privada junto con absorber todo derecho i toda libertad. ¿Qué sería el hombre bajo un poder semejante? Si el Estado tiene ilimitados derechos, puede disponer a su antojo de los hombres i de sus bienes, puede mandar en su pensamiento i en su fé, puede quitarle la vida a su capricho. La sociedad sería una manada, cuyo soberano dueño sería el mas audaz o el mas criminal que lograra enseñorearse de la fuerza pública. Cuerpo, vida, familia, libertad, conciencia, ¿qué sería todo dentro del Estado omnipotente sino juguete de la caprichosa voluntad del que mandara?

¿El Estado, orijen i fuente de todos los derechos! De Dios, i solo de él recibió el hombre el derecho que tiene para adorarlo en la verdadera fé; solo de Dios recibió el padre la autoridad que en el hogar ejerce con

derecho propio sobre la esposa i sobre el hijo; solo de Dios recibió el hombre los derechos que tiene para adquirir i poseer, para conservar i defender su vida i la de los suyos, para educar a sus hijos, para hacer bien a sus semejantes, para moverse con libertad por toda la tierra. El Estado no ha conferido ni puede conferir derecho alguno; no puede crear ningun derecho ni suprimir derecho que sea justo. Lo unico que debe hacer el Estado, es reconocer i garantizar todo buen derecho, i cercenar de todos los derechos individuales solo aquella parte que sea menester para armonizarlos todos i obrar la felicidad social. El Estado no es omnipotente. Es falsa, absurda i despótica la nocion de lei que la hace consistir en la espresion de la voluntad del soberano. Esa voluntad puede ser caprichosa, injusta e impia; una voluntad soberana que repugne a la razon, que se oponga a la eterna justicia i atiente contra los derechos de Dios, no es ni puede ser lei; es un delirio, una monstruosidad o una blasfemia. La voluntad soberana tiene por intraspasables linderos la lei natural, la lei divina positiva i la lei de la Iglesia. Si así no fuera, si los hombres que lejislan no tuviesen valla, el poder sería despotismo, i el estado de sociedad sería peor que el estado salvaje.

La absurda doctrina de la omnipotencia absoluta del Estado, que mata todo derecho i toda libertad, no tiene por fortuna muchos sostenedores. Los enemigos de la Iglesia han encontrado otro que, paliando la monstruosidad de la doctrina mas radical, es sustancialmente la misma i conduce al mismo resultado. I lo mas triste es que esta última sea sostenida, caritativamente debemos suponer que talvez de buena fé, por hombres que se apellidan católicos. Esa doctrina es la de los que dicen que «al poder civil, aun ejercido por un infiel, compete una potestad indirecta sobre lo sagrado», tocándole, por consiguiente, presentar a la Santa Sede los obispos, deponerlos de su dignidad i quitarles su jurisdiccion, variar las leyes canónicas, dar o negar su aprobacion a las enseñanzas i preceptos del Sumo Pontifice i de los obispos. Hé ahí la enorme e invasora jurisdiccion que se llama *indirecta*. ¿en qué funda el poder civil su derecho a ejercer esa jurisdiccion?

Dios, en quien únicamente existe el poder pleno e infinito, revistió a su Iglesia de sus plenos poderes, para rejir a las almas i darles la enseñanza infalible de la verdad dogmática, moral i disciplinaria, constituyéndola soberana e independiente en el ejercicio de su ministerio. Cuando Jesucristo fundó su Iglesia no la colocó bajo la tutela del César, ni confirió a éste poder alguno sobre ella.

Mui al contrario; enseñó a separar al César del Pontificado, a no obedecerle cuando sus mandatos fuesen contrarios a los de Dios, interpretados por la Iglesia. La Iglesia desde sus primeros días prefirió las catacumbas, el potro, la hoguera i la muerte de sus hijos antes que permitir que el César imperara sobre la fé, sobre la moral i sobre las conciencias. Cuando Jesucristo echó los cimientos de la Iglesia, escogió a Pedro i no al César para piedra fundamental. Os doi, dijo al primer Papa i a los primeros Obispos, para gobernar mi Iglesia, todo el pleno poder que yo tengo de mi Padre. No les dijo: Antes de enseñar i al gobernar vuestro rebaño, impetrad la aprobacion i la vénia del César.

Si Jesucristo, fundador de la Iglesia, no dió al poder civil potestad alguna sobre ella; ¿de dónde saca el Estado esa pretendida potestad?

La falsa jurisdiccion indirecta se apoya en el derecho de proteccion. Pero una cosa es proteger i otra mui diversa imperar. Se puede proteger obedeciendo, i así es como puede i debe proteger el Estado a la Iglesia. Lo demas, lejos de ser proteccion, es usurpacion i guerra.

Si al Sumo Pontífice no es dado elegir Obispo al mas digno sino al candidato del poder civil, si éste puede privar de su dignidad a los Obispos que ha elegido el Sumo Pontífice, si éste no puede enseñar ni ordenar sino lo que sea de la aprobacion del poder civil, si éste puede legislar, alterar i derogar en materias de la competencia de la Iglesia, ¿dónde está la Iglesia, dónde el Pontífice, donde la autoridad de la una i del otro? ¿No es verdad que el Estado es Iglesia i que la Iglesia, si no queda suprimida, es completamente inútil? ¿No es verdad que hai razon para afirmar que la doctrina de la jurisdiccion indirecta es sustancialmente la misma de la absoluta e ilimitada omnipotencia del Estado? ¿No es verdad, que para estar en la lójica i para ser francos, los sostenedores de la jurisdiccion indirecta debieran mas bien decir: ¿No hai Iglesia; el Estado es Iglesia i es todo!?

La intrusion de la potestad laica en el gobierno de la Iglesia es absurda en teoria, funesta en la práctica.

Los gobiernos caen en la tentacion de elevar al delicado cargo pastoral a hombres indignos a trueque de tener en ellos instrumentos dóciles i rendidos servidores. Cuando la palabra del Pontífice no halaga los oidos del poder, cuando enseña verdades severas, cuando defiende derechos sagrados i justas libertades, cuando condena los abusos del poder, éste niega a los fieles la comunicacion de las enseñanzas del Pontífice.

En pago de su proteccion, el Estado se adueña de los bienes de la Iglesia i los usufructúa, sin cuidarse de las necesidades de la Iglesia. La jurisdiccion de los jueces eclesiásticos llega a ser ilusoria, cuando sus sentencias no son del agrado del poder civil; él emplea la violencia contra la justicia eclesiástica. El Estado impone, subyuga, despoja, i una vez entreabierta la puerta del santuario, no se detiene hasta no haberse entronizado en él por la fuerza.

«Cuando las leyes de ámbas potestades (civil i eclesiástica) se hallan en oposicion, el derecho civil prevalece.» ¡Absurda i tiránica doctrina! Si la lei civil se opone a la lei eclesiástica, se opone a uno de los límites naturales de toda lei. Lei que se opone a la voluntad de Dios, es injusta, no es lei. ¿Cómo podria prevalecer contra una lei lo que no es lei? Si la Iglesia es libre e independiente, ¿por qué el poder civil habria de sobreponerse a sus leyes? Si el Estado debe estar sujeto i subordinado a la Iglesia, bien así como el cuerpo al alma, el brazo a la razon i el hombre a Dios ¿cómo podria, en buen derecho, prevalecer la lei civil sobre la lei de la Iglesia? Si el bien espiritual, como que mira a la parte mas noble del sér humano, es superior al bien temporal, es evidente que la lei que garantiza al primero debe prevalecer sobre la que garantiza al segundo.

Pero, si la proposicion es falsa en teoria, en la práctica desgraciadamente no puede ser mas verdadera i exacta. Sí, es la verdad: de hecho quien siempre prevalece i triunfa es el que dispone del jendarme i del fusil, suprema razon i supremo derecho de los gobiernos. La Iglesia no dispone de esos elementos: no tiene para oponer a ellos mas que la indomable entereza con que defiende sus derechos, el invencible valor con que proclama la verdad en presencia i apesar de la fuerza. Pero, el poder civil prevalece, porque lleva la justicia en la punta de sus bayonetas.

La devoradora centralizacion del Estado no se detiene ante ningun derecho a trueque de llegar al término que se propone, cual es revestirse de un poder omnimodo i sin valla para domeñarlo todo. No solo quiere ser Papa i tutor del Papa i amo de la Iglesia, sino que se atribuye con exclusion de todo derecho i de toda autoridad el privilejio de dirigir la educacion i enseñanza de la juventud. Hé ahí otro funesto error, condenado por el *Syllabus*. El error que otorga al Estado ese privilejio es el origen del injusto, absurdo i opresor monopolio en la educacion i la enseñanza, que no es otra cosa que el negocio de unos pocos, la dominacion intelectual i moral de la secta que es-



tá en el poder, el poderoso instrumento de guerra i de opresion contra la fé de la juventud. El Estado puede instruir i educar a la juventud; pero en esa tarea no puede ni debe perder de vista la verdadera fé ni apartarse de la moral católica. Pero al mismo tiempo que el Estado i en el pié de la mas perfecta igualdad de derechos con él, ántes que todos, la Iglesia, que por derecho divino, tiene la mision de enseñar i despues de la Iglesia, todo ciudadano tienen tambien el derecho de instituir a la juventud sin mas limitaciones que el respeto al dogma i a la moral. Es ésa una libertad preciosa que garantiza la mas preciosa de todas, cual es la de la conciencia. A la sombra de esa libertad, puede el padre católico preservar a su hijo del contagio de las enseñanzas anticatólicas, contrarias a su fé, a su conciencia i a su deber, dadas en nombre i bajo los auspicios de gobiernos descreídos. Si el monopolio de la enseñanza es un monstruoso atentado contra el derecho comun, contra una libertad natural del hombre, la pretension de los Estados de intervenir en el réjimen de los estudios en los Seminarios es una invasion injustificable i sacrilega. Es otra vez el jendarme atropellando la puerta del santuario, es el César calándose la tiara i empujando el báculo pastoral. La instruccion i educacion de sus levitas es un derecho sagrado de la Iglesia, de cuyo libre ejercicio dependen la santidad i el prestigio del sacerdocio, el bien de las almas, confiadas por Jesucristo a la Iglesia. Pero ¿qué valen los derechos mas sagrados para la insaciable sed de dominacion que abraza a los gobiernos incrédulos? Si ganan terreno, nada les importa lo demas. Ahí está Bismark, que despues de empapar en sangre los hermosos campos de Francia, i de diezmar a sus propios súbditos haciéndolos comprar con millares de millares de vidas una corona de emperador para su amo, quiere convertirlo ahora no solo en emperador sino en Pontífice i en Dios, a costa de la libertad de la Iglesia i de la opresion de las conciencias católicas. El catolicismo, dueño de una crecidísima parte de la poblacion prusiana es el único párias que no tiene, bajo la dominacion del nuevo emperador, ni siquiera el derecho de elejirse libremente sus ministros. No pueden subir a los altares sino los que han tenido la fortuna de haber merecido el favor i la gracia del César, los que han o'tenido de él una patente de ilustracion e idoneidad, despues de un exámen en que es juez la policia. Dígase si no es ése el último despotismo i la mas irritante tiranía. Dígase si no es ésa la sustitucion del derecho i de la justicia por el sable. ¡Esto pasa en pleno siglo siglo XIX! ¡I pasa

en la culta Europa! ¡I merece los mas cauros aplausos de parte de los que repiten enfáticamente i en todos los tonos que adoran a la libertad! I apénas hai en Prusia i en Europa quiénes levanten su voz contra tamaños desacatos i atropellos de la libertad que el vigilante i valeroso episcopado i un puñado de intrépidos laicos sinceros amantes de su fé i de la libertad!

«Los reyes i los príncipes están exentos de la jurisdiccion de la Iglesia i son superiores a ella.» Sí, cantado al pié de las doradas ventanas de los palacios: ese canto sonará dulcemente en los oídos de los grandes, i puede ser que os dejen caer el vil precio de vuestra adulacion. Ellos que se ven así adorados no tendrán trabajo en creer que deben serlo, i creerán que son mas que hombres, que son como Dios. Mezquinos aduladores de los grandes ¡tarde os pesará a vosotros mismos! El humilde i virtuoso labriego es súbdito de la Iglesia, el pobre proletario es súbdito de la Iglesia, son sus súbditos todos los pequeños i los desheredados de la fortuna; pero la grandeza que brilla, que tiene incienso, placeres, escudos i cañones, la grandeza, nó. Mal que pese a los poderosos son polvo i barro como todo hombre; son hombres que tienen en lo alto un Señor i un Juez. Mal que les pese, ni la corona ni la púrpura los eximen de obedecer a Dios o de ser despues el objeto de su eterna ira. Mal que pese a su soberbia, el Vicario de Jesucristo i su Iglesia representan en la tierra a Aquel por quien los reyes reinan i que es el Señor de los Señores.

«El Estado no tiene que ver nada con la Iglesia, ni ésta con aquél, dicen otros. Así, pues, tome cada cual su sendero: la Iglesia debe separarse del Estado.»—Nó. El Estado no puede prescindir de la Iglesia, por que el hombre no puede prescindir de Dios ni el cuerpo del alma, ni la tierra del cielo. Nó, porque el Estado sin la Iglesia es el dominio de la fuerza caprichosa i tiránica, la lei no tiene mas sancion que el sable, ni la autoridad mas títulos para la obediencia que el cañon. Nó, porque la lei civil i el brazo secular deben ser la sancion, la garantia i la ejecucion de las leyes de Dios i de la Iglesia. Nó todavía, porque en la práctica la separacion de la Iglesia i del Estado es la separacion del ladrón que abandona al que ha robado, del asesino que abandona el cadáver del que ha ultimado. En esos casos, se separa, es verdad, la Iglesia del Estado; pero se separa sin sus derechos, sin sus bienes, sin su libertad; se separa, pero dejando en manos del Estado los jirones de su manto de púrpura. Separacion de la Iglesia i del Estado ha sido en todo tiempo persecucion del episcopado i del sacerdocio,



clausura de los seminarios, espoliación de los templos, persecución, supresión i destierro de las órdenes religiosas, persecución de la caridad, apropiación de los bienes de la Iglesia.... La Iglesia libre en el Estado libre es fórmula que, en el hipócrita i mentiroso lenguaje del falso liberalismo, significa la Iglesia perseguida en el Estado perseguidor.

Si la Iglesia a veces tolera su separación del Estado, la tolera solo como un mal menor. Prefiere vivir espoliada, pobre i perseguida, ántes que dejarse arrebatar la divina diadema que ciñe sus sienes seculares. Prefiere vivir en las catacumbas, prefiere morir en el Coliseo ántes que quemar incienso al ídolo del poder.

## XVII.

El paganismo antiguo era el culto de los vícios; el paganismo moderno es lomismo que el antiguo; solo que aquel personificaba cada maldad en un ídolo i el de hoy personifica cada maldad en una mentira. Como el antiguo paganismo, el moderno ha trastornado toda idea moral i todo orden moral. La lei moral del libre-pensamiento tiene por base el soberbio egoísmo i por término el placer, la conveniencia. Si Epicuro i los maestros de las mas repugnantes filosofías antiguas apareciesen en el mundo, resucitaran en el siglo XIX, encontrarían que su obra vivía i que habia resistido al influjo purificador de la civilización de los siglos i a la acción ennoblecedora del cristianismo. Epicuro se enorgullecería de sus discípulos del siglo XIX. Mas aun: oiría lo que talvez nunca soñó ni oyó.

«Las leyes humanas no deben obedecer a la justicia eterna i al derecho natural.»

«No hai mas lei moral que acumular riquezas i placeres.»

«No hai deberes ni derechos.»

«Todo hecho consumado es derecho perfecto.»

«No hai crimen ni infamia que no justifique i haga digno de alabanza el haber sido ejecutado por amor a la patria.»

No es ya solo la voz de Pio IX la que se levanta para lanzar un anatema de condenación a tan repugnantes i criminales doctrinas. Contra ellas se sublevan la dignidad humana i todo corazón bien puesto. Contra ellas claman la virtud i la justicia. Ha merecido bien de la dignidad humana i de la justicia eterna vindicadas el inmortal Pio IX, haciéndose intérprete, como hombre i como Pontífice, de los sentimientos de todo corazón que ama la justicia i de las enseñanzas de Dios.

¿Qué es la lei, sino se apoya en la justicia? ¿Con qué derecho se nos impone? Solo a Dios i a la justicia puede obedecer el ciudadano; no a los caprichos del poder, no a sus despóticos antojos. El hombre no es un esclavo, una máquina, un juguete. Es un ser hecho por Dios libre de toda lei que no sea la suya o un reflejo i garantía de la suya. La libertad humana no debe ni puede tener otras limitaciones que las que le imponga la lei de Dios i la de la Iglesia. Creado el hombre por el mismo Dios para la sociedad, no entra en ella a sacrificar todos sus derechos en aras del poder, no los pierde ni los abdica. Si entra el hombre en la sociedad, es para encontrar en ella la segura posesión de sus verdaderos derechos, que le dé la felicidad que le es dado disfrutar en el tiempo de prueba que ha de preceder a la consecución de su fin primario i supremo, que es la posesión eterna de Dios. Contrariando, pues, la lei civil a la natural i a la divina positiva, estralimita sus linderos i deja de ser lei para convertirse en tiránico capricho, a que la dignidad humana no permite obedecer, a que Dios manda no obedecer.

¿Cuán cierto es que Dios castiga la soberbia con la soberbia misma! Por sustraerse del poder de Dios, el hombre inclina la cerviz bajo el pesado i ominoso yugo del autojadizo i despótico albedrío de otros hombres. Ser como Dios fué la halagueña cuanto falaz perspectiva que ocasionó el primer pecado i ha sido i es la raíz de tantos i la raíz de la impiedad. Sin embargo, el hombre que quiso hacerse Dios i hacer de esta tierra un cielo para su divinidad, se ha convertido en cerdo, se ha fabricado en su ceguera un chiquero en vez de un emperio.

Si no hai virtud ni justicia, bien ni mal, el hombre no puede ser entonces un sér libre, porque por el hecho solo de serlo capaz de elegir, de ser responsable i de tener mérito o reato por sus obras. Entonces, si el hombre es libre, hai virtud, hai crimen, bien i mal.

El hombre, si no hai justicia, bien ni mal, es como el cerdo que vive, se mueve, engorda i muere. Nada de lo que hace le es imputable, porque obra como obra una bestia, un autómatas, una máquina. La razón capaz de discernir le fué dada en vano. La voluntad capaz de elegir le fué dada en vano. El corazón capaz de abrigar nobles o bajos sentimientos, amor u odio, compasión o ira, caridad o egoísmo fué tambien dado al hombre en vano. El que busca, cree i dice la verdad, hace lo mismo que el que profiere mentira i propala errores; el que mata a su hermano hace lo mismo que el que consagra su vida entera a curar las ajenas do-

lencias, a mitigar los dolores ajenos, a remediar las miserias de sus hermanos; el que derrama toda su sangre en defensa de su patria merece lo mismo que el que la vende por oro vil. ¿Es ésa la condicion del hombre? ¿Es el hombre máquina, cerdo? ¿Es ésa la condicion de la vida? ¿No hai heroismo ni crimen, no hai nobles acciones i acciones detestables? ¿Es la humanidad una manada, o es una noble familia de seres racionales i libres gobernados por una lei dictada por el Altísimo, i con cuyo espontáneo cumplimiento o infraccion es capaz el hombre de mérito o reato, de premio o de castigo?—¿Qué dicen de eso la intelijencia i el corazon?

Nó, mil veces nó, en nombre de la dignidad humana, en nombre de la virtud i de la justicia, en nombre de la verdad: el hombre es un ser nobilísimo, hecho a la semejanza del mismo Dios i destinado por éste a un fin tan alto que consiste en la posesion inamisible i plena del bien infinito i de la belleza infinita. El hombre puede i debe levantar mas alto sus ojos i el anhelo de su corazon: mezquina cosa son los placeres i las riquezas del tiempo para quien tiene prometido un perenne gozo de inefable pureza e intensidad, para quien tiene prometido un tesoro de precio infinito! El ciego i laescoria del mundo son viles términos, para las aspiraciones i el trabajo de quien tiene prometido un cielo! Hé ahí lo que dice Pio IX en el *Syllabus*.

«¡El hecho consumado es derecho!»—Francamente, ántes de leer el *Syllabus* no se me habia ocurrido jamas que cupiera en mente humana ni en boca que conozca el rubor una enormidad como la contenida en esa proposicion. No se me habia ocurrido que hubiese, como hai, hombres civilizados que la sustentaran.

Si el hecho constituye derecho, toda justicia, toda lei i todo derecho desaparecen. Si ya maté, tuve derecho para matar; si yo robé, estuve en mi derecho robando i estoy en mi derecho poseyendo lo robado; si yo menté i calumnié, estoy en mi pleno derecho i en plena justicia. Una sola cosa querria preguntar a los que defiendan la monstruosa doctrina de los hechos consumados: cuando el puñal del asesino se clavó en el pecho de la esposa o del hijo ¿persiguen ellos al asesino o acatan el derecho que procede del hecho consumado? Cuando el ladrón les arrebató sus tesoros i hasta su pan, ¿se resignan a la miseria i a morir de hambre porque respetan el derecho procedente del hecho consumado en cuyo pleno goce está el ladrón? Si persiguen al asesino o al ladrón con la vindicta pública o con la venganza privada, contradicen su principio.

*El fin justifica los medios* es una teoría ca-

lumniosamente imputada al catolicismo i especialmente a uno de sus mas beneméritos i gloriosos institutos, la Compañía de Jesus. Ni el catolicismo ni la Compañía, sin embargo, han profesado jamas semejante doctrina. Muí al contrario, Pio IX i con él los jesuitas que lo reconocen como su infalible maestro en la fé, condenan ese funestísimo error. El *Syllabus* señala como falsa e inmoral la proposicion que sostiene que los perjurios i cuantos crímenes e infamias cometa un hombre, léjos de ser vituperables, son dignos de alabanza i aplausos, cuando se cometen por amor a la patria. Santo i honroso es el amor a la patria, glorioso dar su vida por ella, i el catolicismo sabe mejor que nadie infundir a sus hijos fidelidad, valor e intrepidez de leones cuando combaten por su patria. Pero Dios, la conciencia i el honor están ántes que la patria, ántes que cualquier interes i cualquier amor, por grande i vivo que sea. Lo que Dios prohíbe, lo que la conciencia reprueba i al honor repugna no deja de ser prohibido, reprobado e infame porque con ello haya de hacerse bien a la patria.

## VIII.

La felicidad social i la felicidad del individuo descansan en la felicidad doméstica, que a su vez descansa en la santidad del matrimonio. La redencion de la mujer i el enaltecimiento de la vida conyugal son dos grandes glorias del cristianismo. La una i el otro han sido tambien objeto de constantes i solícitos desvelos de parte de la Iglesia Católica.

Jesucristo elevó el matrimonio a la dignidad de sacramento, ennobleciendo i santificando así con la gracia el contrato natural entre el hombre i la mujer para la propagacion de la prole. La mujer, ántes de Jesucristo, era algo como una cosa *semoviente* cuyo dominio pertenecía al hombre. La poligamia habia colocado en derredor del hombre un hato de esclavas que se dividian i se disputaban, con mil rivalidades, el corazon i el favor del hombre. La unidad del amor, la unidad de la maternidad i la unidad de la familia estaban rotas. Jesucristo quiso que la mujer fuese compañera i no esclava del hombre, quiso enaltecer a la esposa haciéndola dueño absoluto del amor de su esposo, quiso que en el hogar todos los hijos diesen a una misma mujer el dulce nombre de madre, i que el hombre i la mujer estuviesen unidos por el fuerte vínculo del amor a la prole comun. La mujer que un hombre tomaba por esposa, ántes de la venida del Cristo, estaba a merced de ese



hombre. Como se arroja la gala envejecida, así la mujer cuando se había marchitado su juventud, cuando su belleza se había ajado, cuando el tiempo había estampado en el rostro de esa mujer las huellas de su paso i traído al cansancio al voluble corazón del hombre, éste tenía derecho para despedirla, i la despedía. El Cristo quiso igualar los derechos del hombre i de la mujer, quiso que el juramento que ámbos hacen al pié de los altares los ligase para siempre. Hé ahí la doctrina católica sobre el matrimonio vindicada en el *Syllabus* por Pío IX.

Sí, el matrimonio es un sacramento, cuya materia es el contrato natural i, por tanto, éste es inseparable de aquél como quiera que la materia no puede separarse del sacramento ni hai sacramento sin materia. No hai lei civil ni voluntad humana que pueda alterar la lei i la voluntad divinas relativamente al matrimonio. La Sagrada Escritura, la tradición i la perpétua i constante práctica de la Iglesia universal están de acuerdo en reconocer la calidad de sacramento en el matrimonio. Los ministros de este sacramento son los mismos contrayentes cuya voluntad i consentimiento es necesario para la validez. I esto es tan cierto que de declaraciones espresas de la Santa Sede, anteriores a Pío IX, consta que es perfectamente válido el sacramento del matrimonio celebrado entre un hombre i una mujer que, encontrándose en la imposibilidad de presentarse ante el competente pároco o sacerdote católico, lo celebran ante dos testigos.

Siendo, pues, el matrimonio un sacramento, es evidente que entra de lleno bajo la exclusiva jurisdicción de la Iglesia, única autoridad a que están sujetas las cosas sagradas, todo lo que atañe al matrimonio. Las condiciones de su validez i su disolución temporal, o perpétua son materia de la privativa jurisdicción de la Iglesia. Dictar impedimentos i dispensar de ellos, declarar divorcios toca, pues, únicamente a la Iglesia.

#### XIX.

Como sociedad perfecta, independiente i libre, a quien Dios mismo ha confiado una alta, delicada i perpétua misión, la Iglesia, como ya mas atras lo he dicho, no puede ménos que haber recibido de Dios todas las condiciones, prerogativas e inmunidades que aseguren su vida, su independencia i el cumplimiento de su misión. Sostener lo contrario, sería pretender que Dios, omnipotente i señor del mundo, hubiera querido que su Iglesia fuese lo que no podía ser e hiciese lo que no podía hacer.

Ahora bien, ¿el poder temporal, es decir, la independencia temporal es necesaria al Sumo Pontífice para el cumplido gobierno de la Iglesia Universal? Respondan la historia i el buen sentido; respondan todos los que tengan algun conocimiento de lo que son los gobiernos, aun cuando son buenos, i de lo que son cuando son malos i hostiles a la Iglesia. Vean si, bajo la presión del poder i de la fuerza de un gobierno civil, podría el Sumo Pontífice disfrutar de toda aquella independencia que necesita en el ejercicio de su suprema potestad para rejir a la Iglesia. Vean si, no siendo independiente el Sumo Pontífice, no sería ilusoria la independencia de la Iglesia.

Antes de trazar las presentes líneas he tenido el gusto de leer dos hermosos trabajos destinados a engastarse en la Corona Literaria en honor de Pío IX. Ellos me ahorran aducir aquí pruebas en apoyo de la legitimidad i necesidad del poder temporal del Papa. Uno de esos trabajos ha salido de la pluma de un distinguido profesor de nuestra Universidad i no ménos distinguido abogado de nuestro foro; el otro es obra de un querido amigo i compañero, José Víctor Gandarillas. El primer trabajo es una irrefutable prueba teórica, el segundo, una irrefragable prueba práctica. Remito, pues, a mis lectores a los trabajos intitulados: *El Poder temporal de los Papas i Roma i sus invasores*.

El Papa debe ser soberano temporal para que la Iglesia sea independiente, como Jesucristo la fundó. Siendo dogma de fé declarado por el Concilio de Florencia que el Papa es el obispo de Roma i debiendo el obispo estar al frente de su diócesis i residir en ella, es claro que el Papa debe ser soberano de Roma. Los intereses del orbe católico así lo exigen; así lo quiere la mayor i mas sana parte del pueblo romano. I, ¡escandalicéase quien quiera! aunque el pueblo romano no lo quisiera, no quitaría al Papa su derecho al poder temporal sobre Roma, como quiera que la soberanía del pueblo no puede prevalecer sobre la soberanía de Jesucristo.

Todos los obispos del mundo reunidos en asamblea han declarado necesario a la Iglesia el poder temporal del Papa. Para un católico, pues, no cabe la duda sobre el particular.

Por otra parte, la experiencia de lo que pasa casi en todas partes i mui especialmente en Prusia, donde se ha levantado el Dios-Estado, la experiencia de lo que pasa en Roma misma, la experiencia de lo que con los obispos i el Papa hacen los gobiernos mas o ménos francamente anti-católicos, son otras tantas pruebas de la necesidad del



poder temporal del Papá. I, pör último, los vanos esfuerzos que los políticos del mundo entero han hecho para escójitar una garantía de independencia para el Papa que haga innecesario su poder temporal, es la mas espléndida prueba de su necesidad.

## XX.

De ser la verdad solo una i solo una tambien por tanto la religion verdadera, que es la de Jesucristo, se sigue que solo esa es lícito profesar i solo su culto practicar. De consiguiente, es falsa la doctrina de los que defienden la libertad de cultos. Esa doctrina es falsa, es absurda, funesta e impracticable.

Es absurda, porque el Estado no puede racionalmente autorizar i proteger todas las contradicciones. Es funesta, porque rompe la unidad religiosa, elemento poderosísimo de la paz, felicidad i progreso de los pueblos i porque abre un ancho campo a todas las inmoralidades que quieran erijirse en dogmas i religiones. Es por último impracticable: si se exceptúa algunas religiones i algunos cultos, hai inconsecuencia, como quiera que se ha proclamado el derecho de cada hombre para profesar i practicar la religion que en su concepto sea verdadera; si no se hace escepcion alguna, ¿toleraria el Estado las religiones que mandasen i autorizasen cosas que atacaran la vida i la propiedad del ciudadano o pusiesen en peligro la seguridad pública? Si no las tolerara, el Estado se erijiria en juez de todas las creencias, i entónces no habria en realidad libertad de cultos. Luego, la libertad de cultos no puede ponerse en práctica sin inconsecuencia o sin peligro del bienestar privado i de la seguridad pública.

No hai libertad de cultos: lo que puede haber, para evitar males mayores, en circunstancias escepcionales, es una tolerancia de cultos diversos del catolicismo i que no se opongan al bienestar privado ni a la moralidad i tranquilidad públicas. Pero esas circunstancias escepcionales no existen en paises en que la inmensa mayoría i la casi totalidad de los habitantes es católica.

## XXI.

«El Romano Pontífice puede i debe reconciliarse i arreglarse con el progreso, con el liberalismo i con la civilizazion moderna.» es la última proposicion condenada por el *Syllabus*. Al interpretarla, se hace un invidioso abuso de las palabras, para presentar al Papa i a la Iglesia como enemigos

del progreso, de la libertad i de la civilizazion. Los anti-católicos han pervertido el significado de esas palabras, bautizando con ellas no solo muchas cosas bellas i buenas, sino tambien muchas detestables i reprobadas. El progreso i la civilizazion, en el lenguaje del libre-pensamiento, no significan ya solo los saludables adelantos de la verdadera ciencia, de la industria, del comercio i del arte, de la beneficencia i de las garantías sociales, sino tambien las falsificaciones descaradas de todas las ciencias en odio a Dios i a su Iglesia, la prostitucion del arte, el monopolio i esclavitud de la caridad, los despóticos avances del Estado contra los derechos de la verdad i de la Iglesia. Seria menester borrar las pájinas que nos cuentan la historia de cerca de dos mil años para ocultar la gloria que le cabe a la Iglesia por haber sido el arca salvadora de la ciencia i del arte que salió a flote sobre el diluvio de la barbárie, por haber impulsado, alentado i promovido en el mundo entero el cultivo de todas las ciencias i de todas las artes, por haber hecho de sus conventos escuelas, de sus sacerdotes maestros, de Roma, su capital, el emporio inmortal del arte. Nadie, i mucho ménos los vándalos modernos, los nuevos Omars, pueden echar en cara a la Iglesia que sea enemiga del progreso i de la civilizazion. Verdad tan clara i tan sin efujio es la acción bienhechora de la Iglesia sobre el progreso humano que sus mismos adversarios han rendido a millares testimonios de ella. La Iglesia, pues, no necesita reconciliarse con el verdadero progreso. ¿Podrá reconciliarse con los errores que se arrogan el título de ciencia i que pretenden desmentir a Dios i a la Iglesia misma? ¿Podrá tolerar la prostitucion del arte? ¿Podrá reconciliarse con los que la despojan de sus derechos, la condenan i la persiguen? ¿Podrá tolerar el monopolio de la caridad? ¿Podrá aprobar la caridad oficial que, como en compañía de otros testigos, he visto, no hace cuatro dias, castigar en un paseo público con un latigazo a una niñita de doce años, por el delito de pedir una limosna? Con todo eso no puede reconciliarse la Iglesia i no se reconciliará jamas.

¿La Iglesia debe componerse con el moderno liberalismo! La Iglesia no necesita de nadie lecciones de libertad. Ella ha sabido siempre amarla i protegerla; ella ha sabido luchar por ella a brazo partido, con magnánima perseverancia, en lucha desigual contra la fuerza, ha sabido luchar por la libertad durante dieznueve siglos, derramando su sangre en defensa de su libertad. La Iglesia ha dado libertad a la mujer, ántes esclava del hombre, al hijo i al siervo, *cosas*, segun el derecho antiguo, ha condenado las

crueledades contra los indijenas de América, i el vil comercio de negros. Ha sido en todos los siglos la severa represora del despotismo civil. La Iglesia es la depositaria de la verdad, que da libertad. *Veritas liberabit vos.* La Iglesia es la libertad, no puede reconciliarse consigo misma.

La Iglesia no puede componerse con el moderno liberalismo, porque éste no es escuela de libertad, es escuela de monopolio i privilejio para ella sola i de opresion i guerra para todo lo que no es ella. Pide libertad de pensamiento, al mismo tiempo que pide visto-bueno civil para las enseñanzas de la Iglesia. Pide la libertad de cultos al mismo tiempo que niega a la Iglesia Católica hasta el derecho de vivir. Pide libertad de asociacion i suprime las órdenes relijiosas, i las destierra i confisca sus bienes. Para decirlo de una vez, el liberalismo adora una libertad a cuya sombra solo él es libre i que para todos los demas solo tiene cadenas i sable.

El Romano Pontífice no puede reconciliarse ni transijir con el espíritu que en estos tiempos impera en el mundo, porque ese espíritu es enemigo de Dios, enemigo de la sociedad i enemigo, por consiguiente, de la Iglesia. Si la Iglesia se reconciliara con el espíritu que predomina hoy en las escuelas, en las asambleas, en los gabinetes i en la prensa, la Iglesia se habria suicidado.

## XXII.

En la rapidísima escursion que en compañía de mis benévulos lectores he hecho por el *Syllabus*, no he pretendido sentar los fundamentos sobre que descansa la condenacion de las proposiciones contenidas en él. Esa tarea habria necesitado un desarrollo mucho mas lato que el que el tiempo i el espacio de que podia disponer me permitian. He querido únicamente poner el *Syllabus* a la vista de mis lectores, haciendo mui poco mas que exhibir sus principales proposiciones. Hé ahí, pues, el *Syllabus*, ese caballo de batalla del libre-pensamiento, ese tapaboca, ese *cuco* de que echa mano contra los creyentes.

Nada hai en el *Syllabus* que pugne con la razon, nada que no sea una verdad católica. Es, pues, infundada la timidez que, preciso es confesarlo, muestran en su defensa muchos que se dicen católicos.

Esa timidez vergonzosa e injustificable de los católicos, si bien arguye principalmente contra ellos, es tambien una prueba de la tolerancia i del respeto con que los anticatólicos tratan a los que, pensando i cre-

yendo de diverso modo que ellos, proclaman i defienden sus ideas i sus creencias.

En la sesion del Congreso belga de 20 de febrero de este año, un elocuente diputado católico M. Dumortier, esclamaba en alta voz: «¡SÍ! Creo en el *Syllabus!*» Un coro de carcajadas i vociferaciones salidas de los bancos del libre-pensamiento ahogó las últimas articulaciones de la valiente confesion de ese diputado. ¡En este nuestro siglo de cultura i tolerancia, se necesita ya valor para proclamar el hombre sus opiniones i sus creencias, cuando ellas no son del agrado de los que se dicen la personificacion de la tolerancia i de la cultura!

Yo creo tambien en el *Syllabus*, como creo en toda enseñanza del Pontífice infalible. Amo al *Syllabus* porque amo a la verdad, a la Iglesia i a la libertad. Bien sé que el libre-pensamiento, en nombre de la libertad del pensamiento, i por haber proclamado libremente el mio, puede castigarme con carcajadas e injurias. Ya sé yo que hoy no se gana nada con proclamar i defender la verdad católica: confesarla i acatarla va siendo algo como llevar en la frente una marca de oprobio. Pero ni me avergüenzo del Evanjelio ni ambiciono mas que la satisfaccion de haber rendido a la verdad el homenaje que le es debido i de haber opuesto una afirmacion, por insignificante que sea, a las negaciones i blasfemias de que la verdad es blanco. Ni carcajadas ni injurias alcanzarian a la verdad, ni carcajadas ni injurias me impedirian seguir siendo católico con el Papa.

## XXIII.

Pío IX, arrojando sobre el caos de errores i despotismos ese documento de libertad i de luz que se llama el *Syllabus*, iluminó de súbito los horizontes del mundo, i los errores, como aves nocturnas, huyeron a esconderse de la luz; palabras de libertad fueron a repercutir en los pedestales de los tronos; los que se sentaban en ellos rujieron de furor i en vano intentaron impedir que esas palabras multiplicadas en millares de ecos fueron a resonar en todos los oidos; la rabia de la impiedad estalló contra Pío IX.

Pero los hijos de la luz, los que aman la libertad tanto como aborrecen toda tiranía, los hijos fieles de la Iglesia bendijeron al gran Pío IX, autor del *Syllabus*. Abrieron con gratitud sus ojos a la luz, i sus pechos al aire puro de la libertad. Admiraron al anciano octogenario que, indefenso i débil, proclamaba verdades austeras que iban a herir soberbias, a amargar placeres i helar risas en muchos labios, verdades que iban

a suscitar cóleras rabiosas i poderosos furores.

XXIV.

Hoi sus amantes hijos bendicen todavía a Pio IX. Lo bendicen i lo aman hoi mas que nunca. La gran familia católica llora hoi las tribulaciones de su Padre. La grei jime por el cautiverio del Pastor.

Un rei sacrilego ha hollado con planta intrusa la capital de la Iglesia, ha usurpado al Pontífice su silla, ha extendido sobre él cobardemente mano violenta, i lo ha hecho prisionero. La catolicidad reclama a Roma para el Pontífice, reclama del rei usurpador la Silla de San Pedro, envia al Pontífice palabras de consuelo i de amor.

Mas, si Pio IX consume en la prision los últimos dias de su ancianidad, si el rei sacrilego bebe la copa del triunfador manchando el trono de los Pontífices, si la impiedad aplaude con repugnante algazara, entre tanto, Pio IX ora, la cristiandad ora, i la oracion de Pio IX i la oracion de la cristiandad harán violencia al cielo. ¡Ai, entónces, del que ultrajó la ancianidad del unjado del Señor! ¡Ai del que manchó el trono de los Pontífices! ¡Ai de los que se entregaron a insensata algazara! La justicia de Dios abrirá las puertas del Vaticano, barrerá la escoria que ha profanado la Ciudad Santa i restituirá al Pontífice a su trono purificado!

RAFAEL B. GUMUCIO.

LA INMACULADA CONCEPCION

I PIO IX.

Quando del orbe el entusiasta ap'auso,  
Contra el negro furor del bando impio,  
Saludó por Pontífice al gran Pio,  
I él bendiciendo al orbe respondió,

Entónces en su pecho enternecido  
A la voz del amor sublime i santo  
Por el bien de rebaño tan querido  
Solicitud inmensa se encendió.

Su corazon formula ardientes preces,  
De su amor paternal hijas hermosas;  
La esperanza i la fé lo alzan radiosas  
En sus alas al monte del Señor.

De allí fija sus ojos en el cielo,  
Morada augusta del pastor divino;  
Rómpanse entónces el terrestre velo  
I ven sus ojos sin igual fulgor.

La niña mas hermosa que Dios hizo  
Viene apacible a su ferviente raego.  
Ante ella sombra son cuantas el fuego  
De tierna inspiracion pudo idear.

Mi despide de sí rayos lucentes  
Que apagan de la esfera los luceros,  
I de ángeles los coros refuljentes  
Iban cantando su beldad sin par.

I se acerca la niña encantadora,  
I de tu pecho borra la honda pena  
I con voz apacible en luz serena  
Le baña el corazon i le habla así:

Hijo mio, ¿me conoces?  
Soy la estrella de tu infancia,  
Que con tierna vijilancia  
Te he conducido hasta aquí.

Desde la altísima cumbre  
Do brilla la eterna lumbre  
Pasar los siglos miraba  
Sin verte llegar a tí.

Ya mi hijo te trajo al mundo  
Por que colmaras mi gloria  
I anunciaras mi victoria  
Mas bella contra Luzbel.

En la corona esplendente  
Que mi hijo puso en mi frente  
Cubierta está la mas clara  
Estrella con que brillé.

Tus labios dirán al mundo:  
«María es inmaculada»;  
Tiene esta joya guardada  
En sus tesoros la fé.

Tú recorrerás el velo  
Que tendió el Señor del cielo  
Sobre el mas hermoso instante,  
El primero de mi sér.

Tú registra esos tesoros  
Fruto del amor divino,  
¡Amor para mí tan fino!  
I el mundo a su vez sabrá

Que, como en luz soberana  
Mi primer instante brilla,  
Siempre brilló sin mancha  
En tus labios la verdad.

Calla la Virgen, i el varon sagrado,  
Henchido el pecho de inefable gozo,  
Vuelve de aquel trasporte regalado  
En que su mente el gran misterio vió;



I en los arcaos que a su casta esposa  
 Confió el Verbo Humanado busca ateuo  
 El reguero de luz esplendorosa  
 Que de su cuna celestial brotó.

Abre el testo sagrado, i ve en sus páginas  
 De María oprimir el pié potente  
 A la cerviz de la infernal serpiente;  
 Ve a María en la vara de Jesé;

Ve a María en el templo i arca santa  
 Ve a María en la nube que vió Elías,  
 Ve a María en la Virjen de Isaías;  
 Todo le dice: «Inmaculada fué.»

Oye al ánjel que le habla, i por su boca  
 Llena de gracia el cielo la salud;  
 Ve cuál su gracia al orbe triste escuda,  
 No ve mancha en su velo virjinal.

El sol la viste, estrellas la coronan,  
 Tranquila está a sus piés la blanca luna;  
 Todas son bellas; pero igual ninguna;  
 Que inmaculada fué; no tiene igual.

Los padres, que nutrieron con fé pura  
 A las jeneraciones, la bendicen,  
 El Pontífice escucha, i todos dicen:  
 Inmaculada fué su Concepcion.

Pregunta a los pastores; i las greyes  
 «Inmaculada, dicen, es María.»  
 «Inmaculada», Oriente i Mediodía  
 «Inmaculada», Ocaso i Septentrion.

Luego los llama a sí. Prestos acuden:  
 Cruzan mares i montes i desiertos,  
 Del Ecuador hasta los polos yertos,  
 Se escucha el eco de su augusta voz;

I al rededor de la Cátedra de Pedro  
 Forman en mil idiomas un acento,  
 Que un amor solo espera, un pensamiento:  
 «Inmaculada fué su Concepcion.»

El Pontífice santo al solio ascende;  
 Espiritu de Dios sobre él descende;  
 Asoma por sus lábios el oráculo:  
 Mortales, vuestras frentes inclinad.

«La reina de los cielos nunca esclava,  
 «La Madre de Dios santo nunca rea,  
 «La fuente de la gracia nunca fea  
 «Se miró por la culpa orijinal.

«Así lo enseña la escritura santa,  
 «Así lo afirma tradicion divina,  
 «Así es querer de Dios que lo defina.  
 «Quien lo negare, naufragó en la fé.»

El Pontífice habló: i el orbe entero:  
 «Creo», responde alegre i festejante:  
 La frente hermosa de su madre amante,  
 Corona, i besa su materno pié.

El cielo goza lo que el mundo cree;  
 I al son de un harpa el cielo i suelo canta;  
 I una hermosura al cielo i suelo encanta;  
 I al cielo se une el suelo en un amor;

I ese amor es María Inmaculada:  
 Su luz fe-unada sobre el mundo brilla:  
 Apac'ble, amorosa, sin mancilla,  
 Da vida al moribundo corazón.

Tambien un día su fulgor benigno  
 Cercó la frente del anciano Pio,  
 Cuando a los bordes del sepulcro frio  
 Entonaba el cantar de Simeon:

«Señor, alegre de este mundo parto  
 Porque me diste verla coronada  
 Por mí con la diadema mas preciada  
 A su inocente i santo corazón.»

Dijo, i del orbe entero convocados  
 Traian la respuesta los pastores,  
 Cuando en torno de Pio colocados  
 Vieron su estrella reflujir sobre él.

Reflejada en su trono se veía  
 La luz por tantos siglos difundida  
 Desde que Cristo al pescador decia:  
 «Afianza mi oracion, Pedro, a tu fé.»

Los siglos desfilaban uno a uno,  
 I al pasar por su trono lo acataban,  
 I homenaje de luz le tributaban,  
 I a una decian: «Infalible es él.»

Los contemplaba aquel senado augusto;  
 E invocando el Espiritu de Arriba,  
 Concentró tanta luz, i con fé viva  
 Al mundo dijo: «Es infalible: cree!»

Así a la niña coronó el anciano,  
 Predestinado por el alto cielo;  
 I la niña adornó con tierna mano  
 De Pio Nono la modesta sien.

I la fé enseña al mundo que cual ella  
 Brilló en su albor primer inmaculada,  
 En los lábios del Papa ancillada  
 La verdad nunca ni será, ni fué.

MIGUEL ANJEL PRIETO.

PIO IX I CHILE.

De enemigos rodeado cuyas frentes  
Con satánico signo están marcadas,  
Que en ara de los vicios impudentes  
Ofrecieron sus almas mancilladas;

Lágrimas llora el venerable anciano  
Al ver a los que amaba con ternura  
Riendo ofrecerle con impía mano,  
Hipócritas, un cáliz de amargura.

Descansar quiere de su cruel tormento,  
Dar alivio a su pecho acongojado,  
I de grata quietud goza un momento  
Con los dulces recuerdos del pasado.

Cuando en el mar tranquilo de su vida  
Sin que nada turbase su bonanza,  
Caminaba su nave bendecida  
Bajo un cielo de luz i de esperanza.

A un oasis llegó donde beleño  
De paz i de ventura florecia;  
Dichosa imájen de ese dulce sueño  
Que de niño halagó su fantasía:

Chile, que entre sus bosques seculares,  
Naciendo apénas su brillante historia,  
Unidos elevaba dos altares  
A la excelsa virtud i pura gloria.

Detuvo allí su paso el peregrino,  
El alma llena de indecible encanto,  
Término prefijado a su destino  
Do lo llevaba un fin sublime santo.

A turbar vino un tanto su alegría  
Solo un recuerdo triste, en su ventura,  
Cual nubecilla que amenaza al día  
Brillando luego el sol con luz mas pura;

De su patria querida la memoria  
Vino a sacarlo de su grata calma,  
De la noble amistad la dulce historia,  
La página mas bella de su alma.

Pero luego esas tristes impresiones  
De su pecho alejaron la ansiedad;  
Que halló en Chile otra patria i corazones  
Que gozosos le dieron su amistad.

Bajo ese cielo los mejores dias  
Pasó de la risueña juventud;  
Allí fueron sus dulces alegrías  
En medio de la paz i la virtud.

Cuando al brillar naciente la alborada,  
Henchida su alma de entusiasta ardor,  
Contemplando la bóveda azulada  
Elevaba sus preces al Señor;

Cuando en sus campos de variadas flores  
Que su aroma exhalaban por doquier,  
Admiraba del iris los colores  
Del sol entre las nieves al nacer;

I al Andes, cual coloso que potente  
Ve las obras del hombre perecer,  
I alzando al cielo su nevada frente  
Las ruinas de los siglos a sus piés;

¡Cuántas veces su ardiente fantasía  
Hizo ajitarse al alma de emoción;  
¡Ah! cuán feliz entónces se creía  
Su jóven i sensible corazón!

Hoy, aunque tantos años han pasado  
Dejando en su alma angustias i dolor;  
Hoy, que en el mundo el crimen ha segado  
De la hermosa virtud la casta flor,

Aun recuerda esa patria el noble anciano,  
Que jamas en su angustia la olvidó,  
I la bendice su benigna mano,  
I eleva a Dios por ella su oracion.

Si, los hijos de Chile que a tu planta  
Se postraron ¡Oh Padre! con amor,  
Los que llenos de fé a la Ciudad Santa  
Corrieron a implorar tu bendicion;

Cuando regresan a su patrio suelo  
I a sus hermanos vuelven a abrazar,  
Cuentan les hablas de este hermoso cielo  
Que nunca tu alma dejará de amar.

FRANCISCO JAVIER VIAL.

ROMA I SUS INVASORES.

Stat Crax dum volvitur  
Orbis.

(S. Agust.)

I.

¡Roma! Hé ahí el punto culminante en la historia de los pueblos; todos hácia él dirijen sus miradas, i encuentran reunidas las glorias de los distintos tiempos; allí están los monumentos de la barbarie i los de la civilizacion, el Coliseo i la iglesia de San Pedro.

Numerosos pueblos han desaparecido; mas, Roma subsiste.

El viajero visita la Roma del siglo XIX i encuentra casi intactos los monumentos del paganismo al lado de los del arte moderno.

Merced al constante trabajo de los Papas, se

dan la mano los monumentos de Roma pagana con los de Roma cristiana. Roma solo ha sufrido el golpe de la revolución que nada resalta, cuando no ha sentido el benéfico influjo de los Papas, i cuando éstos han recobrado su dominio, tocándola con su báculo, la han hecho surgir de sus cenizas.

Mas, no es Roma solo el museo de los monumentos antiguos i de las bellezas del arte moderno; es mucho mas aun. Chateaubriand lo ha dicho: «Roma cristiana ha sido para el mundo moderno lo que Roma pagana para el mundo antiguo: *el lazo de union universal.*»

Esa es la voz de la historia i de la razon.

A nadie es indiferente la existencia de Roma; todos, aun sin conocer sus grandezas históricas, tienden su vista hácia ella. Para que Roma fuese indiferente al hombre, debía ántes extinguirse el sentimiento religioso: así, pues, en Roma se encuentran el amor de los católicos i el odio de los incrédulos.

Mas, hai gran distancia entre Roma, lazo de union en el paganismo, i Roma, lazo de union del mundo cristiano.

La Roma pagana, era reina, estendia su poder con las armas, haciendo esclavos a los vencidos. La Roma cristiana domina, estendiendo su poder con el estandarte de la cruz i el código del Evangelio, no subyugando, sino haciendo libres, redimiendo a los esclavos de los vicios i del error. En el paganismo, el lazo de union eran las cadenas de la esclavitud; en el cristianismo, el lazo que une es el amor, la caridad, cuya lei divina es: Amaos los unos a los otros.

Para el extranjero, súbdito de Roma pagana, solo habia un código de castigo i rigor, i para el romano otro de gracias i privilegios. Para el súbdito de la Roma cristiana i para el romano, solo hai el Evangelio, código universal de consuelos i esperanzas.

Roma cristiana vino a suplantarse a la Roma pagana, no con el estrépito de la guerra, en que se oyen mezclados el jai! de los vencidos con los himnos de los triunfadores. Nó, la Roma cristiana nació i tomó su desarrollo en medio de la persecucion encarnizada que le movia el vicio, sin oponer otras armas que la palabra i el ejemplo!

El fundador de la nueva Roma predica, hace milagros, probando su divina mision, i muere victima de aquellos que venia a redimir. El muere, pero habia dicho a sus discípulos: «Id a enseñar a todas las jentes,» i cumpliendo ellos la palabra de su maestro, continuaron la fundacion de la Roma rejeneradora. Todo les era adverso; aun para adorar a Dios, descendian a las oscuridades de las catacumbas, i allí tomaban fuerzas para luchar contra los emperadores en sus palacios, contra los vicios en todas partes i contra las fieras en el Coliseo.

Roma pagana, donde solo imperaba la tiranía i la corrupcion, fué purificada con la san-

gre de los mártires del cristianismo; i donde murió el Principe de los Apóstoles, se alzó el reinado de la verdad i el amor, sobre las ruinas del error i la tiranía.

Roma dejó el poder de las armas por el de la verdad, i desde entónces principió a ser el nuevo lazo de union universal.

En Roma no reside ya un déspota que cuenta millares de súbditos, cuya existencia pende de su voluntad; nó, al déspota ha sucedido el Vicario de Jesucristo; su poder se estiende a todo el orbe i alcanza su influjo hasta lo íntimo del corazon; es su diadema la verdad i el lazo que une, el amor.

Desde que la cruz, bajo el imperio de Constantino, fué enarbolada sobre el Capitolio, hácia Roma converjen las miradas de toda la humanidad: el artista admira las obras maestras de los jénios, el lejislador estudia i medita las disposiciones del derecho romano; el católico la ama como a su patria, i el incrédulo la odia i persigue como a su enemigo.

Gobernar a Roma fué desde entónces para los romanos tener como rei al Vicario de Cristo, que cuida sus intereses, aliviando a sus súbditos, fundando templos i colejos, protejiendo los jénios i las artes, conservando los monumentos; en fin, siendo rei i padre. Para los católicos, fué tener en Roma, como soberano independiente, al jefe de la religion, que proclama la verdad, con su voz infalible, sirviendo de guia i consuelo; que reuniera a su lado los pastores de todos los rebaños para tratar las cuestiones de la Iglesia, que enviara, en fin, nuevos Apóstoles a las rejiones mas lejanas, que con la verdad i la virtud, convirtiendo a los salvajes, los uniesen al catolicismo.

Siglos hubo en que solo la voz del Pontífice romano se hacia oír como de un ánjel de paz, defendiendo tantas veces a las naciones de los desastres de la guerra; él era el árbitro cuyo fallo pedian i respetaban los soberanos.

Mas, el Papa, para llenar su mision como jefe de la Iglesia, necesita independencia, libertad; no ser súbdito de nadie que le impida obrar: solo así continuaria siendo Roma el lazo de union universal.

¿Cómo podrá el Romano Pontífice, careciendo de libertad, subvenir a las necesidades de la Iglesia?

Nadie es libre, miéntras está rodeado de enemigos mortales, que lo asechan de continuo, i que con sus gritos de guerra pretenden apagar la voz que protesta contra las violencias i proclama la verdad.

Ningun soberano necesita mas que el Papa de independencia i libertad; i ninguna nacion necesita mas imperiosamente que Roma del Pontífice Rei para no caer de la altura en que ha sido colocada.

Roma, por sus monumentos, por la augusta antigüedad de su dominio vinculado al Vicario de Jesucristo, jefe del catolicismo, debiera



granjearse el respeto i el amor de cuantos aman la civilizacion i el progreso. Mas no es así: i como a Roma se dirijen ardientes las miradas de sus hijos, los católicos: así tambien se fijan en ella las del odio de sus mortales enemigos; i esto porque, si el católico ve en ella el baluarte de la verdad i la virtud que consuelan, el incrédulo descubre en esa verdad i esa virtud el contraste tan deshonoroso para sus vicios i su orgullo.

Roma cristiana, sepultó al paganismo; pero de ese sepulcro, el jénio del mal hizo surjir nuevos enemigos que moviesen guerra contra la Roma cristiana; por eso, Roma, la ciudad augusta del catolicismo, religion de virtud i paz, es siempre objeto de guerra i odio para los paganos modernos.

Probado está: los hijos de las tinieblas son mas audaces que los hijos de la luz, i a los audaces ayuda la fortuna; no obstante, la víctima encuentra su apoyo en Dios.

El Pontífice no posee ejércitos ni cañones que le den la supremacia de la fuerza para resistir a sus enemigos que le han jurado muerte; pero el pontificado ejerce sobre el mundo una fuerza moral garantida por el cielo.

Un lijero relato de los hechos que se verificaron en Italia al rededor de los muros de Roma i en el seno mismo de Roma, pondrá a la vista el poder de la fuerza bruta dirigida por una voluntad depravada; el porvenir escribirá con caracteres indelebles la historia de nuestras esperanzas.

## II.

Organo de la Providencia, la Francia intervino para defender al Papa espuesto a ser víctima de sus enemigos, para desgracia de Roma, del catolicismo i del mundo.

Victor Manuel promete a Francia no tocar la autoridad del Papa. ¿Mas qué importaban esas promesas si siempre existia Roma, i en ella el jefe del catolicismo, blanco de la guerra i el odio de la maldad?

Por eso Victor Manuel desmiente su palabra real siguiendo los deshonorosos sentimientos de su corazón.

En una entrevista habida entre el emperador de Francia i los enviados de Victor Manuel, Cialdini i Farini, éstos manifiestan que Garibaldi amenaza a Roma i solicitan «traverse por los Estados Pontificios *sin tocar la autoridad del Papa* a fin de presentar batalla, si era necesario, a la revolucion en el territorio napolitano.»

Cavour habia dicho ántes a Farini: «Vos no sois ministro, podeis obrar libremente; pero tened entendido que, si se me interpela en la Cámara, o me incomoda la diplomacia, renegaré de vuestro proceder.»

La expedicion de Garibaldi, que amenazaba a Roma, habia sido preparada por Victor Manuel, i si se mostraba alarmado por ella, solo era para tener un pretexto de ir en su ayuda.

A los ocho dias, despues de la entrevista de Napoleon III con los embajadores de Victor Manuel, Cavour ordenó al Papa que licenciase su ejército, i Cialdini descubre los fines que lo habian movido, usurpando a Pio IX las Marcas i la Umbria, i ayudando a Garibaldi con setenta mil hombres a apoderarse de Nápoles. La misma Roma hubiera sufrido la suerte de los otros Estados, si la Francia no hubiese acudido a socorrerla.

De este modo tan digno de un rei leal, principia la usurpacion de los Estados del Papa.

Mas, ya tola máscara era inútil, no habia a quien engañar con ella; así, las manos que se habian unido clandestinamente, se mostraron unidas ante la faz de la Europa, haciendo causa comun.

Los hechos habian mostrado la violacion de la palabra *real* i no quedaba ya mas que declararla.

Victor Manuel i Garibaldi entran a Nápoles en el mismo carruaje, i despues de jurar ante la Europa, que ignoraba la expedicion de Garibaldi, no teme el *Rei leal* decir en una proclama: «En italianos, i no he podido, no he querido contenerlos.»

Despues de tan honrosos triunfos, Cavour declara en la tribuna del Piamonte que esos acontecimientos eran consecuencia necesaria de la politica seguida por el Piamonte desde hacia doce años, «no trepidando en declarar públicamente lo que ántes era obra de sus maquinaciones secretas: «Necesitamos a Roma por capital, i dentro de seis meses estaremos allá,» i el parlamento con un voto solemne, el 29 de marzo de 1861, sanciona esta declaracion, proclamando a «Roma la capital de Italia.»

Las armas francesas, custodiando a Roma, impiden temporalmente la realizacion de la palabra de Cavour aclamada por el parlamento italiano.

La Francia es amenazada por un poderoso enemigo, i retira sus tropas de Roma para defender su honor; mas, ántes de abandonarla, recuerda a Victor Manuel el contrato del 15 de setiembre de 1864, en el cual Italia se obliga a no atacar, i defender en caso necesario el territorio pontificio. Dicha nota fué contestada el 4 de agosto de 1870, diciendo entre otras cosas: «El gobierno del rei en cuanto le concierne se conformará exactamente a las obligaciones que resultan para él de las estipulaciones de 1864.»

Tal fué la respuesta que dió Italia, i el mundo solo vió en ella un nuevo documento de respeto a la palabra jurada en nombre de la nacion, que presto seria desmentido por los hechos. Eso quedó en el corazón de todos i no tardó en ser una triste realidad.

Víctor Manuel no ve en Roma las armas francesas que la custodiaban; aun mas: la Francia sufría los desastres de una espantosa guerra i no eran los contratos los que podían detenerlo, cuando con las armas podía apoderarse de Roma, último dominio que no había usurpado a la Iglesia, i que era el objeto que mas codiciaban sus deseos.

Así, al mes siguiente, 8 de setiembre de 1870, Víctor Manuel continúa cumpliendo su *palabra real*, enviando una carta a Pío IX, cuyo principio es: «Con afecto de hijo, con fé de católico, con lealtad de Rei, con espíritu de italiano, me dirijo de nuevo, como lo he hecho ya otras veces al corazón de Vuestra Santidad,» i continúa expresándole el mismo mentido amor i respeto, al mismo tiempo que le anuncia la usurpacion del último de sus dominios; porque, viéndose el Pontificado amenazado por sus enemigos en la misma Roma, «como católico i Rei italiano, por disposicion de la Divina Providencia i por la voluntad de la nacion, siento el deber de tomar a la faz de Europa i del catolicismo, la responsabilidad de la conservacion del órden de la península i de la seguridad de la Santa Sede,» i concluye pidiendo a Pío IX su «bendicion apostólica, como mi humilde, obediente i afectuoso hijo.»

¿Qué fin movía a Víctor Manuel al escribir esa carta a Pío IX?

¿Quién no conocía sus pretensiones i sus hechos para creer en sus palabras?

Si lo movía el odio, ¿a qué repetir la escena de Judas, cuando a las palabras de cariño i respeto habian de suceder los actos del victimario? ¿A qué conducía esa carta, que, aunque no importase a su autor, dejaba un nuevo documento que al siguiente día, siendo desmentido por sus hechos, iba a amargar la venerable ancianidad de Pío IX, saludándole como padre, para reducirlo a prision?

Esa carta no es sino el último extremo del crimen, es la profanacion mas inicua de los sagrados títulos de hijo amante, católico, humilde i Rei *leal*.

Pío IX contestó esa carta con la dignidad de su grandeza i de la justicia de sus derechos, desechando las exigencias que se le hacían.

Mas, no importaba que Pío IX rehusase esa mentida proteccion, cuando el apoderarse de Roma era solo obra de los cañones, i nada habria que a sus fuerzas se opusiera. Así, no hubo mas que seguir la marcha.

El 15 de setiembre recibió Kanzler, jeneral de las tropas pontificias, una carta de Cardona, jeneral de Víctor Manuel, en que pedía libre entrada con las tropas de su mando; la cual fué contestada así: «He recibido la invitacion para dejar entrar las tropas que manda V. E. Su Santidad desea ver a Roma ocupada por sus tropas i no por las de ningun otro soberano. Por lo tanto, tengo el honor de responder que, estoy resuelto a hacer resistencia por

los medios de que dispongo; como me lo mandan el honor i el deber.» Al día siguiente volvió a recibir el jeneral pontificio otra carta de Cardona, en la que le anunciaba la toma de Civita-Vecchia; a la que dió una notable contestacion, que principia: «Excelencia: La toma de Civita-Vecchia no cambia sustancialmente nuestra situacion, i no puedo, por consiguiente, modificar la respuesta que ayer tuve el honor de dirijir a V. E.....»

El día 19, el Padre Santo dirije a Kanzler i las tropas de su mando, una hermosa carta en que, protestando contra el atentado próximo a consumarse, da las gracias i la bendicion a sus fieles i valientes servidores, agregando: «En cuanto a la duracion de la defensa, creo de mi deber ordenar que se limite a una protesta propia para hacer constar la violencia, i nada mas; esto es, abrir negociaciones para rendicion, luego que esté abierta la brecha. En el momento en que toda la Europa está de duelo por las numerosas víctimas de la guerra que se hacen dos grandes naciones, no se diga jamas, que el Vicario de Jesucristo, sin embargo de tan injusto asalto, dió su consentimiento para mayor derramamiento de sangre: nuestra causa es la causa de Dios i ponemos toda nuestra defensa en sus manos.»

Así manifestaba Pío IX la grandeza moral que le rodea, la víspera misma de verse prisionero de la fuerza bruta.

El gobierno italiano habia hecho lo posible para promover una revolucion en Roma, que pudiese la union italiana; aun mas, introdujo hombres armados para conseguir su intento, i llevó su audacia hasta querer seducir a los soldados pontificios; mas, nada de eso alcanzó. Ni un pretexto siquiera hubo que motivase la carta enviada a Pío IX, ofreciéndole proteccion i defensa contra sus enemigos; pero estaban dados los primeros pasos, i solo faltaba la consumacion del atentado.

¡El día 20, se anuncia para Roma con el estampido de los cañones i las bombas de Víctor Manuel, que venia a defender i custodiar a Pío IX! ¿Quiénes eran los enemigos del Papa? ¿quiénes oponían sus armas a Víctor Manuel?

¡Ah! eran los zuavos pontificios, esos valientes hijos de la Iglesia, venidos de todas las naciones para defenderla de sus enemigos; esos eran los enemigos que habian movido a Víctor Manuel a marchar en defensa de Roma, del Papa i del catolicismo!

La lucha habia empezado a las bombas incendiarias caían sobre Roma. Los zuavos, apesar de la inferioridad de sus fuerzas, luchaban con valor i constancia, defendiendo el precioso dominio del anciano Pío IX i de la Iglesia; i estaban dispuestos a morir peleando, antes que dejar libre entrada a los invasores.

Mas, el padre de la Iglesia habia dicho qué resistencia debían oponer al enemigo, i aunque el valor los empujaba a continuar la defensa,



sin embargo, ven que en el Vaticano se alza la bandera blanca, señal de capitulación, i el heroísmo cede a la obediencia. Manda Pío IX, i los zuavos pontificios no oponen resistencia; i Roma, la Ciudad Eterna, que mereció aun el respeto de los salvajes de Atila, fué desde entonces víctima de los que, llamándose civilizados, son los bárbaros del siglo XIX.

Roma, como nación, era pueblo independiente, gobernado por un legítimo soberano, i, por lo tanto, con justísimos derechos al respeto de las demás naciones. Como dominio del Papa, tiene para los católicos un título mas de respeto; pues, la independencia de Roma es necesaria para que ejerza su soberano el augusto poder sobre los fieles esparcidos por el orbe.

Sin embargo de tan justos títulos, la ocupación de Roma se consuma violando el derecho internacional, pisoteando los tratados, que obligan a Víctor Manuel a defenderla i respetarla; en fin, haciendo uso del poder de la fuerza, para la cual ningún derecho hai sagrado.

Profanóse así, no solo la soberanía i la religión, sino aun, los sagrados títulos del amor i la fé.

Las tropas de Víctor Manuel entran a Roma por la Puerta Pia i junto con ellas 4,000 garibaldinos, i..... 500 mujeres perdidas; tan honorable comitiva corteja a los nuevos conquistadores: digna guardia de honor del crimen triunfante. Dirijense a las cárceles, dan libertad al crimen, oprimido por la justicia, i aquellos criminales, rotas sus cadenas, se asocian con ellos i recorren la ciudad, dando muerte a cuantos zuavos indefensos encuentran.

Las calles, donde el pueblo reverente aclamaba a Pío IX como Papa i rei, eran invadidas por los impíos, que gritaban; ¡muera el Papa! ¡muera el catolicismo!

El Colejio Romano, el Jesus i otras casas religiosas, estuvieron espuestas a ser asaltadas por la multitud, que pedía el esterminio de sus tranquilos moradores.

Nada merecía el respeto de los invasores; los católicos se refugiaban en sus casas para no ser víctimas de la rabia de aquéllos.

Muchos edificios fueron incendiados. I los italianísimos obligaban con sus amenazas a los católicos a que encendieran luminarias, i enarbolasen banderas, llevando así la crueldad hasta forzar a la víctima a celebrar su martirio.

Una gran turba, en la plaza de San Pedro, pretende invadir el Vaticano i dar muerte a Pío IX, quien, oyendo aquellos gritos amenazantes, espera en oración a sus verdugos. Aun este sacrificio se habria consumado, si, pareciéndole demasiado al mismo Cardona, avisado del peligro, no hubiese ésto calmado a los ferajidos.

La persecución de la Iglesia habia empeza-

do; al día siguiente de la invasión eran conducidos por el gobierno italiano a Civita-Vecchia, *los enemigos de Roma i de Pío IX, los zuavos pontificios*. Sus armas habian pasado a poder de los italianos, sus cuarteles estaban desiertos i era borrado de sobre sus puertas el escudo papal.

Roma, ántes tranquila i relijiosa, se habia cambiado en teatro de revolución e impiedad.

¿Quién no conocia a Víctor Manuel, poniendo en práctica la fórmula de su ministro Cavour «La Iglesia libre, en el estado libre»? Tan opocho lema fué realizado, suprimiendo los órdenes relijiosos, confiscando sus bienes, apriionando a los obispos, violando los concordatos con la Santa Sede, en fin persiguiendo a la Iglesia por todos los medios posibles. ¿Si esto habia sido Víctor Manuel declarando la Iglesia libre en el Estado libre, qué podia ser declarándose tutor i defensor? Los hechos son recientes, i prueban que el celo manifestado como defensor, en nada cede al mostrado considerando a la Iglesia libre e independiente.

Inútil sería reunir los numerosos documentos dados por los invasores, queriendo con ello mostrar ese amor i ese respeto que, manifestado en actos, es guerra i vilipendio.

Aunque basta conocer los antecedentes de la honorabilidad de Víctor Manuel, para apreciar lo que valen sus palabras; sin embargo de conocer todas sus intenciones, hechos sacrilegos i sus palabras de cariño,—él se ha empeñado en continuar representando la misma comedia: así, el nuevo gobierno de Roma, envió a los obispos una circular asegurándoles las mas amplias garantías de independencia i plena libertad en el ejercicio del poder espiritual, así como los medios de proveer al sostenimiento de la Santa Sede, con todos los oficios, instituciones, iglesias i cuerpos morales existentes en Roma. Del mismo modo añadió: «No permitiré jamas que se haga la menor ofensa o insulto a la Iglesia, a sus ministros o al ejercicio de su ministerio espiritual.» Así hablaba el gobierno a los obispos; i no son ménos pomposas las palabras de Cardona, en la primera sesion de la junta romana: «La unidad de Italia se ha cumplido al fin; Roma es la capital del reino; Víctor Manuel será coronado en el Capitolio; ante tan prodijiosos acontecimientos, ¿quién no se siente lleno de entusiasmo? ¿quién no dirá que Dios ha bendecido a la Italia? ¿Se negará el Papa a bendecirla por segunda vez?

«El jefe augusto del catolicismo hallará en nosotros el mayor respeto, la veneración mas profunda, la mas escrupulosa deferencia para la jerarquía de su clero; la garantía mas segura para el ejercicio de su supremo poder espiritual. Ante la elocuencia de los hechos se desvanecerán las preocupaciones: ante la realidad, desaparecerán las presunciones hostiles. Contando con esto, os invito que comencéis vuestras tareas al grito de ¡Viva Italia! ¡Viva el rei!»



Así habló Cardona: en presencia de su discurso ¿quién, que no lo conozca, verá en él un enemigo de la Iglesia? Los católicos lo conocían, i no le creyeron, i pronto todos vieron que «la elocuencia de los hechos, la realidad,» no eran sino la continuación de la política italiana que saluda con la izquierda i con la derecha da la puñalada.

El 20 de octubre de 1870, fué dada la Bula de suspensión del Concilio Eucuménico del Vaticano; pues, aquel palacio adonde habían acudido los pastores de todas las rejonas al llamado de Pío IX, para esclarecer la verdad, i proclamarla al mundo católico, ya no era, si quiera, un domicilio digno de respeto, sino una cárcel rodeada de soldadesca desalmada.

Pío IX, ya es un prisionero; así desde entonces se llama él mismo. No vé entre los soberanos del mundo una mano amiga que quiera abrirle su cárcel, dándole libertad i restituyéndole lo que le han usurpado; mas ese abandono no aflige al gran Pontífice. «Mi causa es la de Dios, dice, sin cesar, i El es solo mi apoyo.»

El rei Guillermo que había paseado triunfante su bandera por sobre las ruinas de la desventurada Francia, no escucha la voz del anciano prisionero que le pide proteccion; pues, la ocupacion de Roma no afecta a los intereses de Prusia i cree que Víctor Manuel dé al Pontífice el libre ejercicio de su autoridad espiritual, que debe ejercer en interes de la Iglesia, i ademas, está en muy buenas relaciones con su hermano el rei de Italia. Ya conoce el mundo que eran verdaderas esas buenas relaciones con el rei de Italia. Como éste, el rei Guillermo iba a la persecucion de la Iglesia.

Tal es la respuesta que se da a Pío IX; pero en cambio la fé en su triunfo, es firme. Sabe que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.

Es prisionero, i si su corazon se oprime con la profanacion de Roma i las cosas sagradas, se consuela con las manifestaciones de cariño i sumision que recibe de todo el orbe, i con las plegarias que elevan al cielo doscientos millones de católicos, pidiendo a Dios rompa las cadenas que sus enemigos han puesto al jefe de su Iglesia.

Roma, la indisputable propiedad del Papa i los católicos, está en pleno poder del rei de Italia, que vino a custodiarla de sus enemigos.

Así adquirido el dominio de Roma, el nuevo dueño dispuso de ella. Se apoderó de las cajas del Tesoro, de Ahorros i del Monte de Piedad, hallando en la primera 6.000,000 de escudos acañados en oro i plata.

El gobierno asignó a Pío IX la pension de 2.000,000 de escudos romanos; pero al llevarle el título de esta asignacion, el gran Pontífice lo rehusó, diciendo: «Con el dinero que me envian como limosna los fieles del orbe, tengo lo suficiente para ir pasando.» Tambien fué concedida a Pío IX la posesion de los palacios

del Vaticano, Lateranense i la casa de campo Castelgandolfo. Mas el Papa, sagrado, inviolable, segun la lei de garantias, i soberanismo en sus palacios, no tiene siquiera la libertad de ir a la biblioteca i museo del Vaticano, cuyo dominio se le otorgó. Dicha biblioteca i museo han sido declarados propiedad nacional; i el ministro Lanza, el 11 de febrero de 1871, declaró en las Cámaras: «El Papa para poder entrar a los museos i biblioteca del Vaticano, debe dirigirse a un empleado del gobierno para darle cuenta de los libros i documentos que quiera consultar.»

Aun mas, se presentó a las cámaras de Víctor Manuel, un proyecto para que la policia pudiera entrar al Vaticano.

¡Tal fué el dominio que tuvieron a bien otorgar tan justos poseedores!

No ménos singular que el dominio otorgado a Pío IX fué la concesion de amplia libertad en el ejercicio de su poder espiritual, i la escrupulosa deferencia con la jerarquia de su clero. Las Constituciones, Bulas i Breves, solo puede el Padre Santo fijarlos en las puertas de los templos; para publicarlos en los diarios le seria necesario pedir licencia al procurador jeneral de la Corte de Apelaciones de Roma.

Segun la lei de garantias, puede el Papa elegir las personas que quiera para su servicio; pero permaneciendo sujetas a la lei italiana. A los veintin años tiene derecho el reino para llamarlas al alistamiento, tanto a los seculares, como a los clérigos; o el Papa los liberta dando en reemplazo un militar o los entrega al ministro de guerra.

Tales son las garantias que se ofrecen a Pío IX, que vió caer sus Estados en poder de sus enemigos hasta llegar a Roma; i luego, apoderándose de ella, apénas le conceden el dominio del Vaticano; pues aun ahí tiene que conformarse con los reglamentos del rei de Italia.

Pío IX desechó las falsas garantias que con seriedad discutió el congreso italiano. I era raro, en efecto, que el gobierno que habia venido a defender al Pontífice, protestándose amor i sumision filial, se ocupara en darle garantias. Pero la alarma se habia introducido en el gobierno protector, pues, numerosos extranjeros, justamente indignados por las tropelías que se cometian en Roma, pedian auxilio a sus soberanos, contra el gobierno usurpador.

Por eso el diputado Corte, que se oponia a dichas garantias, dijo: «Vosotros haceis todas estas concesiones, porque temeis que la Europa católica os pueda hacer la guerra» i el diputado Crispi, concluia con razon: «Se diria que estábamos arrepentidos de haber entrado a Roma.....»

Tanto habian valido las declaraciones de respeto a la Iglesia, que el gobierno acudió a este ridiculo expediente, para ver modo de calmar los ánimos.

El nuevo soberano de Roma continuó, como ántes, disponiendo de ella.

El general Lamarmora, comunica al Eminentísimo cardenal Antonelli: «Que, despues de un maduro exámen, el consejo de ministros habia determinado por unanimidad que el palacio del Quirinal debia considerarse como perteneciente al Estado, i que el mismo Estado debia entrar en posesion de él.» I como el cardenal no entregara las llaves de dicho palacio, de habitaciones del Papa, destinado al cónclave, allí mismo donde se eligió al gran Pio IX, el jeneral, a la hora señalada, rompió las cerraduras i se apoderó de él.

Antonelli protestó contra la violencia, preguntando cuáles eran las garantías de independencia i respeto; pero, el acto estaba consumado i ya era derecho perfecto.

La sinceridad con que el buen gobierno italiano ofrecia respetar i garantir a la Iglesia recibió una nueva comprobacion. Nomburada, al efecto, una comision recorrió los conventos de Roma, para averiguar cuáles eran mas adecuados para el servicio de la capital; i luego que hubo presentado su informe, Víctor Manuel declaró de utilidad pública ocho de ellos: Despues de tan justa declaracion no tuvieron los tranquilos moradores de esos claustros mas que abandonarlos a los quince dias, término fijado por el Rei, dejando en ellos los mas caros recuerdos i las prendas mas valiosas, para que con mayor utilidad fuesen ocupados esos claustros por los servidores del Rei de Italia, protector de la Iglesia i sus cuerpos morales.

En el parlamento del Rei protector fué presentado un proyecto, que principia así: «Considerando los males que ocasiona a la sociedad i a la Iglesia, la institucion politico-relijiosa denominada compañia de Jesus:...» i continúa con otras razones del mismo estilo, deduciendo de ellas como consecuencia precisa: «la Compañia de Jesus queda escluida definitivamente de todo el Estado, se cerrarán sus casas i colejos, i se le prohibe toda reunion en número cualquiera de personas,» del mismo modo todos sus bienes pasarán al fisco protector; los jesuitas estranjeros dentro de quince dias dejarán el pais, i los italianos deben avisar su domicilio a los ocho dias subsiguientes a la proclamacion del decreto.

Sobrados ejemplos manifiestan el celo de estos defensores de la Iglesia i de la sociedad. Los hechos de hoy son sólo la continuacion de la no interrumpida historia de las persecuciones mas o ménos hipócritas que se han hecho al catolicismo.

¡Ah! si los jesuitas, esa santa institucion perseguida i calumniada por todos los enemigos de la Iglesia, fuese realmente contraria a Dios i su religion, para los que la odian i persiguen, esos serian titulos incomparables de amor i respeto!

El gobierno quitó a los jesuitas su colejo e

hizo borrar a martillo el nombre de *Jesus*.....

Ahora se trata de la supresion de todas las órdenes religiosas: a muchas ya se les ha quitado sus propiedades. Si Pio IX conserva su preciosa existencia apesar de los sufrimientos que lo rodean i la guerra que le hacen sus enemigos, solo es debido al auxilio de Dios.

El 4 de diciembre de 1871 se paseaba el ilustre prisionero con el arzobispo Merode, por el Vaticano, i como se asomaron por una ventana al patio Belvedere, fueron intimados por un guardia italiano, gritádoles ¡*atras!* i en muestra de su poder i la obediencia que debian prestarle, apuntó el fusil contra los intimados, que al instante se retiraron. Viendo Pio IX el peligro que habian corrido, solo dijo: «Hé ahí otra de las garantías que se me conceden....» I el hecho presenciado por Pio IX se habia repetido numerosas ocasiones con los moradores del Vaticano.

El marques Cavalletti, tuvo la noble idea de iniciar una suscripcion para ofrecer a Pio IX un trono pontifical de oro, i pedirle agregara a su nombre el título de Grande. Mas, apenas supo el Padre Santo la manifestacion que se proyectaba, pidió encarecidamente que las oblaciones que se obtuvieran, se empleasen en libertar a los jóvenes sacerdotes, que una loi inicua iba a arrastrar a las armas, diciendo: «El clero es el trono de oro que sostiene a la Iglesia, i por eso los esfuerzos de los dominadores pervertidos van siempre dirigidos contra él por medio de la espoliacion i las persecuciones...»

Pidió igualmente que su nombre fuera pronunciado como siempre, que solo Dios es grande, i las obras de sus siervos solo son grandes, por la proteccion que El les dispensa.

Roma, donde ántes solo se respiraba el aroma de la piedad, ahora está infestado por el letal ambiente de la corrupcion.

En los teatros, en las calles públicas, en la prensa, solo hai un grito para ultrajar a Dios, al Papa i a la religion.

Así ve convertido el augusto anciano en teatro de desmoralizacion el que ántes era templo de la piedad universal.

¿Quién se atreverá a decir que es libre, que puede gobernar la Iglesia el Gran Pontifice, en poder de sus enemigos, cuando ni aun puede asomarse a las ventanas de su prision i contemplar la desgraciada Roma; mas aun, cuando ni la correspondencia que se le envía del orbe católico es respetada por sus enemigos; i ha habido vez en que han sido registradas por los guardias italianos las personas que salian del Vaticano?

Los registros parroquiales han sido tomados por la fuerza de los usurpadores.

Tales son, entre mil otros, los actos de violencia injustificable, cometidos por Víctor Manuel, i en vano pretende calmar los espíritus justamente indignados, ofreciendo ridiculas garantías que tendrán el mismo efecto que las



demas protestas de cariño i sumision a la Iglesia.

Tristísima es la suerte de Pio IX en el Vaticano i con sobrada razon le escribia al Eminente cardenal Antonelli:

«¿Qué importa que la puerta de nuestro domicilio no esté cerrada, si no es posible atravesar su umbral, sin asistir a escenas impías i repugnantes; sin esponderse a ultrajes de parte de la jente que trata de fomentar la inmoralidad i los desórdenes; sin correr el peligro de hacerse causa involuntaria de conflictos entre los ciudadanos? ¿Qué importa prometer garantías personales a los altos dignatarios de la Iglesia, cuando ellos se ven obligados a ocultar por las calles las insignias de su dignidad, para no esponderse a toda clase de malos tratamientos; cuando los ministros de Dios i las cosas mas sagradas son objeto del escarnio i del ludibrio, de manera que no es a veces conveniente celebrar en público las ceremonias mas augustas de nuestra santa religion; cuando, en fin, los sagrados pastores del orbe católico, que están obligados de tiempo en tiempo a venir a Roma a dar cuenta de los negocios de sus iglesias, pueden encontrarse espuestos, sin ninguna real garantía, a los mismos insultos i, por lo tanto, a los mismos peligros?»

Nada rendirá al anciano Pio IX ante las pretensiones de sus enemigos, i aunque a los sufrimientos del alma, se unen los de la ancianidad, sin embargo, como apóstol de la cruz tiene la enerjía de los mártires, i a las amenazas i violencias del verdugo responde la voz de su conciencia: «*Non possumus, non licet.*»

Lo calumnian sus enemigos cuando dicen que estipulará con ellos.

El 27 de julio de 1871, le presentaban 27,161 firmas de adhesion, i despues de espresar la alegría de su alma, i dar su bendicion apostólica, agregaba estas elocuentes palabras, contestando a los que quisieran aprovecharse de su desamparo para obtener la aprobacion de sus iniquidades:

«Se dice que estoi vencido por las fatigas i por el cansancio.

«Sí, estoi cansado de ver tantas iniquidades, tantas injusticias i tantos desórdenes.

«Sí, estoi cansado de ver insultada diariamente la religion en una ciudad que debe dar al mundo católico el ejemplo del respeto a la fé i a la moral.

«Estoi cansado de ver a los inocentes oprimidos, a los ministros de santuario ultrajados i profanado todo lo que nosotros amamos i veneramos.

«Sí, estoi cansado, pero de ninguna manera dispuesto a ceder a la fuerza.....

«No estoi dispuesto a ceder a las armas, ni a celebrar pactos con la injusticia, ni a dejar de cumplir todos mis deberes. Para esto, gracias a Dios, no estoi fatigado, i espero que no lo estaré jamas.»

Cuanto hai de mas sagrado i digno de respeto es hoi en Roma objeto público de ultraje.

El Coliseo, el teatro de las luchas de los cristianos contra las fieras en medio de los aplausos del paganismo, ese lugar regado con la sangre de tantos mártires, conservado al traves de los siglos por el cuidado de los Papas; que de teatro de la barbarie fué convertido en templo cristiano; donde habia una Via-crucis que recorrian devotamente los fieles, i una cátedra donde se predicaba la palabra divina, es ahora el lugar de reunion de los revolucionarios. A la palabra del sacerdote que predicaba la virtud i el órden, ha sucedido la palabra del demagogo que clama solo destruccion i guerra. La Via-crucis fué destruida por Lamarmora, i con esa tierra sagrada del Coliseo se ha terraplenado las calles de Roma...

Así en poco tiempo la mano destructora de los invasores, ha ido borrando la Roma cristiana; ni aun las iglesias, ni el sacerdote mismo, celebrando el augusto sacrificio de la misa, han estado exentos de los asaltos de la impiedad.

Los elementos de desmoralizacion, viven hoi en Roma como en su propio albergue; las órdenes relijiosas, los sacerdotes, son victimas de la persecucion; ni aun la palabra de Dios puede proclamarse libremente.

Hai poderosa fuerza, pero no es ella la defensora de la justicia i el órden; solo sirve para alentar a los revolucionarios con la impunidad.

¡Oh, Roma! dichosa i tranquila bajo el paternal poder de Pio IX, victima ahora de la ambicion del vencedor, que no respeta ni tus monumentos, ni tus templos, ni tus apóstoles, ni la ancianidad misma del que llaman padre, para escarnecerlo en seguida.

Ayer Roma tenia al mundo católico atento, lleno de alegría; los pastores de todas las naciones habian acudido al llamamiento del inmortal Pio IX para resolver las graves cuestiones que interesaban al orbe i luego proclamar la verdad, que habia de ser norte seguro para los hijos de la fé; eso era Roma; mas, las tropas invasoras hicieron suspender la noble empresa que apesar de numerosos obstáculos habia marchado cumpliendo su mision. Los pastores volvieron a sus rebaños, llevándoles la verdad i la bendicion del gran Pontífice, prisionero de sus enemigos. Desde entónces, no son las miradas de alegría las que van a Roma, pues todos los católicos ven en ella al Vicario de Cristo prisionado, a sus sacerdotes perseguidos i a sus templos i a sus claustros espropriadados.

Ayer los católicos en Roma iban al templo i oraban; en la calle, de rodillas, recibian la bendicion de Pio IX. Hoi no pueden estar tranquilos ni en el recinto sagrado de los templos, i el Padre Santo no puede salir de su prision; i



son sus enemigos los que recorren las calles gritando guerra a la Iglesia.

Los invasores celebran su triunfo con blasfema algazara en la alegría de los banquetes. Los católicos se ocultan en sus casas i ahí lloran la desgracia que les aflige. Quizá no esté lejano el tiempo en que tengan que descender a las Catacumbas para adorar a Dios i fortalecerse con la oración, i soportar así la guerra de los nuevos paganos: quizá se renueven las escenas del Coliseo i sea la sangre de esos mártires el precio del triunfo de la Iglesia.

Nada sabemos; pero no hay por qué dudar de que los enemigos de la Iglesia continúen su carrera destruyendo lo venerable i lo santo, e, inmolando víctimas inocentes, conviertan a Roma en el Coliseo del siglo XIX.

Las palabras del gobierno italiano dicen amor, protección al Papa i a los derechos de la Iglesia; pero las obras muestran el odio que siente en el corazón i que sus labios aun no se atreven a proclamar.

Esa es la verdad, i está en la conciencia de todos; mas que la codicia de unir a Roma a Italia i poseer su territorio i sus monumentos, fué el odio a la Iglesia i a Pio IX como Vicario de Cristo, lo que movió a los invasores de Roma a apoderarse de ella, i, destrinando al Pontífice Rei, hacer guerra al catolicismo. I no advierten que ni las grandezas de Roma les pertenecen, i que, estando en su poder, solo dan gloria a la Roma artística de los Pontífices i deshonra a la fuerza que las ha usurpado.

Tal es la gloria que han alcanzado los italianos, apoderándose de Roma como museo artístico.

Ménos aun han alcanzado ni pueden alcanzar mas, contra la Roma católica, blanco de sus furores.

Los monumentos i los templos pueden destruirse; mas aun, puede correr la sangre del Vicario de Jesucristo, de sus sacerdotes i sus fieles, todo eso puede acontecer; pero, la Iglesia católica, continuará su marcha de gloria a través de los siglos. Los Papas, los sacerdotes i los fieles se sucederán mientras haya hombres; el catolicismo es inmortal, se sobrevive a sí mismo, como es inmortal la vida con que premia a sus hijos i el castigo con que oprime a sus enemigos.

¿Qué han hecho en Roma contra el catolicismo los que ansian destruirlo?

Han tomado prisionero al Vicario de Cristo, rodeándolo de guardias enemigos; han declarado guerra al sacerdocio, ya haciéndolo abandonar sus claustros para usurparlos, ya obligándolos a dejar las nobles tareas de su ministerio para cargar las armas en las filas de sus mismos enemigos; han asaltado los templos, dado muerte a los fieles por el crimen de adorar a Dios; sustituyendo, en fin, a los elementos de orden i virtud, los de demagogia i prostitución. Así Roma, de ciudad tranquila i reli-

jiosa que era, presenta hoy el aspecto de una descarada prostituta.

Pero, mientras tanto, en el furor de la guerra desalmada que hacen los enemigos de la cruz, han olvidado que no son las persecuciones las que pueden destruir el catolicismo; al contrario, son ellas las que, aumentando la fe, hacen elevar constante plegaria al cielo, i el cristiano perseguido vé en el puñal del verdugo los resplandores de la gloria inmortal.

¿Cómo estos nuevos paganos de Roma, que hacen guerra al catolicismo, no han pensado qué significan para la religión que persiguen el Coliseo i las Catacumbas?

Si esto hubieran hecho, sabrían que el odio i las persecuciones son elemento de vida i grandeza para la Iglesia de Jesucristo.

Los primeros cristianos, perseguidos por los paganos de la antigüedad, descendían a las Catacumbas a orar i temprar su fe, i en el Coliseo los ruidos de las fieras i los alaridos de los espectadores eran para ellos la armonía cuyos acordes entonaban el himno de su martirio; i cuando se cavaban sus sepulcros, se ahondaban los cimientos del catolicismo perseguido.

Los paganos del siglo XIX, creyendo herir a la Iglesia en el corazón, al herir a su Pontífice i dejarlo así espirante, no se acuerdan de que el dolor sublime del Calvario es la condición inequívoca de la inmortalidad. Han hecho prisionero al Papa i cantan el poder de sus armas; mas, si oprimen al anciano Pio IX, inutilmente pretenden doblegar al Vicario de Jesucristo.

Lo han visto abandonado por los poderosos, i en su alegría han gritado parodiando a los judíos, los primeros enemigos de la Cruz: «Si eres representante de Cristo sal de tu prisión;» i olvidan que Dios no lo ha abandonado, i, si aparece tal, solo es para darle gloria, i mostrar su poder cuando se hace sentir, abatiendo a los soberbios i exaltando a los humildes.

Jesucristo, el divino maestro, muere en la cruz a manos de sus enemigos, que, enorgullecidos, cantan victoria; i mientras ellos se glorían, Jesucristo eleva la cruz como el cetro de su dominio sobre el mundo. Al colocarlo bajo la losa del sepulcro, dijeron: con El sepultamos su religión.—I El resucita al tercer día, i de las sombras del sepulcro hace brotar la luz inextinguible de la vida.

El Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, era víctima de sus enemigos en oscura prisión; mas Dios envió un mensajero que, abriéndole las puertas de la cárcel, le mostrase al mundo entero como teatro para la predicación del Evangelio.

Pio IX triunfará, su causa es la de Dios. El es Vicario de Jesucristo i sucesor de Pedro.

No olviden los enemigos de la Iglesia la promesa del Señor a los Apóstoles: «Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los si-

glos.» Esa palabra que ha salido de sus labios para hacer eco en el fin del mundo, está garantida con el poder del Omnipotente, i es la base incommovible de nuestra esperanza. Esa palabra se cumplirá, elevando triunfante a la Iglesia sobre el sepulcro de sus perseguidores.

¿Cómo se verificará? No lo sabemos. ¿Será un hombre extraordinario, será una revolucion imprevista de la humanidad? No lo sabemos. Pero, si eso ignoramos, la fé de nuestra esperanza no es ménos firme, que acaso Dios realizará su obra cuando mas imposible creamos el remedio.

JOSÉ VÍCTOR GANDARÍLLAS.

### ADHESION.

El señor Ministro de Instruccion Pública, don Abdon Cifuentes, uno de los fundadores i mas antiguos colaboradores de *La Estrella de Chile*, a quien invitamos a tomar parte en la *Corona Literaria* en honor de Pio IX, nos ha enviado la carta que a continuacion hallarán nuestros lectores: es una excusa por falta de tiempo i de salud; pero al mismo tiempo una calorosa i noble adhesion al pensamiento de la *Corona*. Héla aquí:

*Santiago, julio 10 de 1873.*

SS. RR. de *La Estrella de Chile*.

Amigos queridos:

Aplaudo vivamente el propósito que me manifestais de consagrar el próximo número de *La Estrella de Chile* a tributar un justo homenaje de admiracion i de amor, a Nuestro Santo Padre, Pio IX, en el aniversario de la declaracion dogmática de la Infalibilidad Pontificia. Siento en el alma, sí, que ni mi salud ni mis tareas me permitan colaborar dignamente a vuestro laudable pensamiento.

Espero que apreciareis debidamente mi justa excusa, desde que sabeis que mi espíritu i mi corazon se asocian tan de veras a vuestra veneracion profunda por el Jefe de la Iglesia, a quien yo llamo con mui justos títulos: El gran capitán del siglo.

Sé que el mundo reserva jeneralmente ese título de gloria para los grandes conquistadores, es decir, para los grandes de-

rramadores de sangre humana i grandes opresores de los pueblos.

Pero aquí es justamente donde yo encuentro una de las pruebas concluyentes de la caída i degradacion moral de la raza humana. El entusiasmo que le infunden i los aplausos que le arrancan los triunfos materiales, muestran bien que es mui propensa a rendir culto a lo que ménos la ennoblece. En su ceguera moral se apasiona mas por aquello que la humilla o la degrada, que por aquello que la levanta a su excelso orijen i a su inmortal destino. Los triunfos morales, tan nobles como difíciles, suelen pasar silenciosos como las luchas i victorias secretas de la conciencia.

El camino del bien es para ella cuesta arriba, como el camino del mal es cuesta abajo. El descenso es grato, la ascencion penosa: para el primero basta dejarse resbalar; para la segunda es preciso vencer a cada paso una nueva dificultad, a cada jornada una nueva fatiga.

De aquí es que la pobre humanidad está mas dispuesta a coronar de flores a los que la invitan a bajar, i a coronar de espinas a los que la convidan a subir. Por eso tambien los que trabajan por alzar el nivel moral de los pueblos, los que luchan con el error i el vicio para impedir que ese nivel descienda, junto con cumplir una obra de ordinario severa como el deber, amarga como la ingratitud, penosa como el sacrificio, son los mas desinteresados i nobles bienhechores de la humanidad.

Entre esos bienhechores insignes figura en primera línea el venerable anciano que, animoso i sereno en medio de las mas deshechas tempestades, dirige con mano firme la barca de Pedro.

Todos los delirios de la perversidad humana, elevados a la categoria de doctrinas, han derramado a manos llenas, en el seno de las sociedades modernas, el veneno destructor del orden moral. La revolucion social, coronada de sierpes como la antigua hidra, envenena la fuente de los principios sobre que reposa la civilizacion cristiana, i lleva por todas partes, como una tea incendiaria, los jérmenes de perturbaciones desastrosas i profundas.

Su nombre es demagogia, que «atacando, como dice un filósofo, todos los dogmas religiosos, se ha puesto fuera de toda religion; que atacando todas las leyes humanas i divinas, se ha puesto fuera de toda lei; que atacando a todas las naciones, no tiene patria; que atacando todos los institutos morales de los hombres, se ha puesto fuera del jénero humano. La demagogia no es un mal, es el mal por excelencia; no es un error, es el error absoluto; no es un cri-



men cualquiera, es el crimen en su acepción mas terrífica i mas lata.»

La demagogia, como nuevo Proteo, cambia de nombre i de forma, de lenguaje i de medios, segun las circunstancias i los lugares; pero su objeto final es el mismo: destruir el órden moral fundado por el cristianismo, suprimiendo su base, que es Dios, i su cuerpo de doctrina, que es la religion. De ahí su odio rencoroso contra todo lo que lleva el signo de la cruz.

Por eso trabajan para arrojar a Dios i a la religion de la cuna i del sepulcro, de la escuela i del hogar, de la sociedad doméstica i de la sociedad civil.

Si lo consiguiere, las sociedades retrocederian no solamente al paganismo, sino a la mas estúpida barbarie. El órden moral, freno indispensable de todas las brutalidades humanas, arrastraria en su naufragio todo lo que embellece la existencia, todo lo dignifica al ser humano, todas las libertades que forman el mas glorioso patrimonio de los pueblos civilizados.

La Iglesia católica, esa arca santa que conserva la verdad i con ella todos los jémenes rejeneradores del linaje humano, lucha heroicamente en obsequio de las sociedades, contra esa inmensa conspiracion de sus enemigos, auxiliados mas que por su propia audacia por la indolencia o medroso silencio de los buenos.

En medio de la negra cerrazon producida por el cúmulo de errores que ajitan i conturban al mundo, no cesa de oirse la voz imperturbable del piloto del Vaticano, que marca el rumbo. En esta formidable contienda del mal contra el bien, el Supremo Pastor de las almas, intrépido i sereno, custodia i afirma la verdad, i alienta a sus defensores con la palabra i el ejemplo, sin que las furiosas investidas del enemigo logren otra cosa que vigorizar su enjeria i redoblar su ardor. Sublime espectáculo el que ofrece ese noble anciano, defendiendo incansable los mas preciosos fueros de la raza humana, contra la infernal tarea de los que la estravian i corrompen para esclavizarla i envilecerla.

Entre los ataques vigorosos que ese gran capitán ha dirijido contra la demagogia moderna, ninguno hai talvez que haya empeñado mas mi gratitud de demócrata i republicano, como hombre de libertad i como hombre de dignidad, que ese puñado de condenaciones enérgicas contenidas en el *Syllabus*.

El jénio del mal debió sentir lo vigoroso i certero del ataque, pues tocó a rebato a todas sus lecciones para devorar a su adversario. La malicia i la simpleza, el atolondramiento i la ignorancia, todas las ciegas

preocupaciones se dieron cita para caricaturar al recién venido. Impotente para combatir a la verdad cara a cara, trató de esquivar el golpe mintiendo. Supongamos, dijo, al jefe de la Iglesia lo que no ha dicho i aun lo contrario de lo que ha dicho, i medraremos. Si la verdad nos hiere, la mentira i la caricatura nos volverán la vida; i la mentira i la caricatura tendieron sus telarañas en que habian de enredarse tantas moscas.

Apesar de todo, el *Syllabus* subsistirá como un verdadero monumento de la civilizacion contra la barbarie i como un nuevo título del Papado al reconocimiento de la humanidad.

Cuando yo veo en ese resumen de los errores modernos, condenada la irresponsabilidad absoluta de la prensa, veo en ello salvada la libertad misma de esa preciosa institucion. La responsabilidad es la compañera inseparable de la libertad: constituye su esencia misma. Solo los seres libres son seres responsables. Los autómatas no son responsables, justamente porque no son libres.

Cuando veo proclamarse al Estado orijen i fuente de todos los derechos humanos i como tal en posesion de una autoridad absolutamente ilimitada, bendigo al Papado, que, condenando enérgicamente esa tiranía monstruosa de la fuerza, la omnipotencia absurda i el despotismo sin freno de la autoridad civil, defiende al mismo tiempo todos los derechos i todas las libertades primitivas, imprescriptibles e inviolables del linaje humano.

Cuando veo a los idólatras del Dios Estado proclamar como un principio que en caso de conflicto entre su ídolo i la Iglesia, entre el derecho religioso i el derecho civil, el derecho civil debe prevalecer siempre, mi espíritu recuerda que esta insolente mentira no es nueva; recuerda el Coliseo i escucha ahí la antigua disputa entre el César que decia: Adora a Júpiter, i los mártires que respondian: Adoramos al Cristo; entre el derecho civil que, armado de la fuerza, queria prevalecer sobre la conciencia humana; i la conciencia humana que con la palma del martirio, defendió sus fueros i supo vencer la detestable iniquidad de la fuerza bruta. Vuelvo, pues, a bendecir los esfuerzos del Papado contra la resurreccion del falso ídolo.

Yo vuelvo a bendecir a Pío IX, cuando, condenando con su inflexible entereza esa otra detestable tiranía que atribuye a la autoridad civil toda la direccion de la enseñanza que pueda recibir la juventud de un Estadocristiano, reivindica i defiende, junto con las sagradas libertades del entendimien-



## CANONIZACIONES HECHAS POR PIO IX.

to i de la conciencia, del individuo i de la familia, los derechos indisputables de la Iglesia misma; única autoridad legítima que los fieles pueden reconocer en materia de doctrinas.

Cuando veo al Supremo Pastor marcar con el sello de sus augustos anatemas, el bárbaro sistema de no intervenir contra las obras de la iniquidad; i la infame doctrina de que los hechos consumados i la injusticia coronada por el éxito, tienen la fuerza del derecho; cuando veo a la impiedad moderna atacar en sus delirios liberticidas, hasta la santidad de la limosna i veo al Pontífice defendiendo hasta la libertad del hambriento para abrir la boca i pedir a sus semejantes las migajas que les sobran, me espantan las ruinas del orden moral que los paganos modernos van amontonando a su paso; me espanta el porvenir que aguarda a las sociedades que se dejan corromper por ellos; i al confirmarme en la creencia de que su salvación solo se encuentra en el seno de la Iglesia i en las verdades que enseña ella, bendigo desde el fondo de mi alma al intrépido capitán que está en la brecha, defendiendo los mas sagrados derechos i las mas preciosas libertades de la humanidad.

La gloria que él alcanza no es gloria barata, bien lo veo, por lo mismo que es gloria verdadera. Sabéis que la demagogia rencorosa ha ido al asalto contra su enemigo capital, i que ahora mismo, la inicua fuerza bruta lo tiene, en su venganza, maniatado en Roma.

Este espectáculo me constriñe mas por la desgraciada humanidad que por la noble víctima; pero ese espectáculo ni es nuevo ni me asusta. El Vicario sigue las huellas del Cristo. El maestro dió la libertad al mundo i fué crucificado; i el discípulo no puede ser superior al maestro.

Gloria al mártir; pero ¡ai! de los crucificados i de sus secuaces.

Entre tanto, considero que sería muy útil, para volver la vista a tantos ciegos, un estudio detenido i profundo de las perversas doctrinas resumidas i condenadas en el *Syllabus*. Los redactores de *La Estrella de Chile* harían, creo, con ese estudio, un señalado beneficio a sus lectores, i levantarían en su corazón, a Nuestro Santo Padre, Pio IX, un duradero monumento de veneración i gratitud.

Aceptad el testimonio del aprecio i consideración de vuestro amigo,

ARDÓN CIFUENTES.

Dieziocho siglos hace a que la Iglesia fundada por Jesucristo viene sosteniendo con ardor heroico las luchas de la verdad contra la mentira, de la virtud contra la maldad. Mas de 1800 años de batallas en que el infierno ha desplegado en contra de ella innumerables i aguerridas lecciones, no han bastado para calmar su ardor, para vencer su fe. Muchas veces ha parecido que la falange católica iba a perecer, se ha visto rodeada de enemigos, parecia destituida de todo socorro, i en el colmo de su angustia sus enemigos le gritaban: *Si filius Dei es descendente de cruce*. Pero la Iglesia sin arredrarse ni por un momento, firme i constante, sufría con paciencia incontestable la burla soez hasta que, llegada su hora, destrozaba i vencía a sus enemigos, como el sol despedaza i disuelve las nubes que se oponen a sus rayos.

Hoy, perseguida acaso como nunca, tiene a su cabeza a un anciano de virtud i fortaleza que con sabiduría i prudencia la rije i la gobierna; a Pio IX, que hace mas de 27 años conduce las huestes católicas en la batalla grandiosa del bien contra el mal, del cielo contra el infierno.

Como un capitán que en medio del estruendo del cañon i del silbido de las balas mantiene serena su mente para dirigir la batalla i conseguir la victoria, así Pio IX, de pié sobre la roca inmóvil del Vaticano, sereno e imperturbable, manda a su ejército en la tremenda lucha. Todo se ha conjurado contra él: los poderes de la tierra se arman para combatirlo; el vicio triunfante, la maldad coronada pretenden anonadarlo; la impiedad lo insulta i escarnece; hasta los mismos elementos parecen hacerle la guerra. No importa: no se abatirá su ánimo; nó, jamas será vencido! Es el general de un ejército, cuyo rei lo sostiene desde el cielo; cuenta con la protección de la milicia celestial; el triunfo le está prometido: triunfará i la victoria será espléndida, deslumbradora, completa.

Pio IX, tranquilo, pero dolorosamente impresionado, contempla ese cuadro espantoso que presenta el mundo: una cadena de errores mantiene como sitiada a la verdad, una nube de vicios oscurece la tierra, la ambición i el egoísmo son el patrimonio de los hombres, la mala fe domina los corazones, la crueldad se antepone a todo sentimiento humanitario, la duda sembrada por todas partes ha hecho brotar el indiferentismo i la impiedad.

En medio de este total desquiciamiento de la sociedad, Pio IX dirige su mirada suplicante al cielo, i, divinamente inspirado, vuelve

la vista hácia las jeneraciones pasadas; indaga en ellas sus héroes cristianos i una leccion de santos aparece a su imaginacion, para contraponer a tanta maldad. Toma de entre ellos lo mas palpitante i presenta a esa atmósfera oscurecida de la humanidad nubes de luz que fulgurán heroicas virtudes; ejemplos brillantes de fe, de abnegacion, de pureza, de constancia, de caridad, de candor.

I esos santos eran frágiles como nosotros i espuestos acaso mas que nosotros a los asaltos de la pasion, a las seducciones del demonio; i sin embargo ellos abandonan las comodidades que les brinda el mundo, desprecian la posición que su rango, sus virtudes, sus talentos les han merecido en la sociedad, i, en medio de la muchedumbre, pasan los días i los años en la meditacion i el silencio, dando ejemplo de virtud doméstica; o van a la soledad del claustro a ofrecer al Señor una vida entera de oracion i penitencia en holocausto por los pecados del mundo; ora levantan cátedra de predicacion, para combatir la herejía i la impiedad, clamar contra los vicios, pregonar la virtud i alumbrar al mundo con la luz pura de la verdad; ora parten a los confines de la tierra en busca de una muerte oscura i cruel por recompensa de la salvacion que llevan al paganismo.

Es el embriagador aroma de su virtud lo que detiene el brazo de la justicia de Dios; son escudos de proteccion de los pueblos, i el día que nos falten, el fuego del cielo devorará la tierra.

¡Al del mundo el día en que no haya santos en la tierra!

¡Bendito sea Dios que todavía nos da santos i que hace florecer las virtudes en este valle de miseria i llanto!

Allí está para confirmarlo la brillante pléyade de bienaventurados que Pio IX ha elevado a los altares. Ellos espargen por el mundo esa luz divina que va a replegarse en torno de la Iglesia i aumentar así su espléndida aureola de santidad. Ellos derraman en el amante corazón de esa madre cariñosa el bálsamo del consuelo cuando hijos desnaturalizados asestan a su pecho el puñal alevoso. Ellos son la señal visible de la proteccion que el Esposo celestial prodiga a su Iglesia. Ellos, por fin, presentan a la Iglesia firme i vigorosa para sostener las batallas contra el infierno.

El oráculo augusto del Vaticano no completa en la tierra la recompensa que el Señor ha dado a sus siervos en el cielo, sino despues que la santidad de éstos ha brillado como la luz del medio día. La sagrada Congregacion de Ritos investiga severa i prolijamente; exige milagros ex-profeso: la verdad queda tan manifiesta que la incredu-

lidad mas prevenida se rinde confundida i anonadada.

Roma se conmueve i el ruido inmenso de esas fiestas con que la Iglesia celebra la canonizacion de un santo va a resonar en países lejanos, va a hacer eco en el mundo entero. Majistrados i pueblo, mujeres, niños i ancianos, toda una nacion se siente vibrar de alborozo a la noticia de que es portador el breve del Papa. En el colmo de su entusiasmo corren al templo i, postrados ante las venerandas reliquias, piden para la patria i para los conciudadanos, auxilio i proteccion con que luchar contra el infierno i confundirlo. Se improvisan peregrinaciones en honor del santo i compatriota, se lee su vida, se meditan sus virtudes i por dondequiera se palpan los benéficos resultados de tan saludables lecciones: la piedad se mueve, el fervor aumenta, las costumbres se rejeneran i un nuevo horizonte se abre para ese pueblo, en cuyo cielo ha brillado el astro de porvenir i de esperanza.

Todas las naciones han obtenido de Pio IX esos intercesores, escudos de proteccion que les ha colocado en el cielo para que los rayos de indignacion de Dios no lleguen hasta ellos.

Muchos han sido los canonizados; pero el Papa ha elegido con preferencia aquellos santos que mas practicaron las virtudes cuyo ejercicio es mas indispensable al pueblo a quien los propone por modelo; aquellos de cuyo ejemplo mas necesita la cristiandad. En la imposibilidad de apuntarlos todos, vamos a reseñar a la lijera los principales.

Figura en primera línea la Beata Mariana de Jesus, llamada la *Azuena de Quito*, beatificada el 20 de noviembre de 1853. Mariana, pobre, sencilla, humilde, pura, retirada en el fondo de su casa, en medio del silencio, es un apóstol de ejemplo para nuestra América, cuyos hijos parecen olvidar en su prosperidad las severas costumbres del cristianismo que recibieron en herencia de sus padres.

Los que creen que la virtud es planta que no puede crecer en el mundo; aquellos que dicen que solo en el claustro se puede exhalar ese aroma, tienen en Mariana de Jesus una enseñanza. Aquella planta necesita, es cierto, de delicados cuidados, de campo mui bien preparado; solo crece al calor del tabernáculo; pero el terreno en que nacen esas flores que despiden perfumes tan delicados, puede estar en Paris o en la Trapa: tanto da! Si el dueño lo cultiva, las flores serán delicadas, hermosas i fragantes; si lo descuida, se agostarán al abrir su tierno cáliz.

La Iglesia es tildada de imprevisora i de retrógada. I sin embargo Pedro Claver, lla-



mado el apóstol de los negros por sus admirables trabajos, celo i caridad para con esos infelices, sale del olvido precisamente cuando queria asomar la aurora de ese dia brillante que se llamó «la abolición de la esclavitud en Estados Unidos.»

El 21 de setiembre de 1851 fué beatificado este heroico misionero jesuita. La ciudad de Cartajena en Nueva Granada fué el teatro de sus cuarenta años de laborioso apostolado.

El Japon ha sido el gran campo de batalla del paganismo con el cristianismo, i los principales apóstoles de esa lucha, los jesuitas que, por espacio de medio siglo, a partir desde San Francisco Javier, hansido sus únicos misioneros, han continuado siendo los principales en esa prolongada i noble lid.

Pío IX espidió el 7 de julio de 1867 el breve de beatificación de 250 mártires del Japon, poderosos protectores de esa fecunda mies. A los apóstoles i a la grei de esa tierra de mártires los propone por modelo de celo, fortaleza i constancia. Esos mártires son de diversas condiciones i edades: miembros de sangre real i nobles, ancianos decrepitos e inocentes niños, madres de familia, delicadas virjenes i tiernos jóvenes, i un crecido número de sacerdotes: la Compañía de Jesus solo cuenta 33, entre los cuales queremos nombrar al padre Spino-la, que en la hoguera ya, despues de orar por sus verdugos, habla así al tirano allí presente: «Viendo la alegría con que vamos a la muerte, fácilmente podeis comprender si los relijiosos vienen al Japon con el fin de usurpar vuestro reino o enseñaros el camino del cielo. La relijion cristiana no enseña a buscar un reino caduco, ni las riquezas perecederas; ántes bien impone la obligacion de despreciar semejantes vanidades. No son vuestros bienes los que ambicionamos, nosotros que espontáneamente hemos dejado los nuestros: vuestra felicidad i vuestra salvacion es lo único que deseamos. No nos intimidan los tormentos; ellos son nuestra gloria, i estas llamas que se levantan debajo de nuestros piés, son para nosotros la aurora de un descanso eterno.»

Esas palabras revelan los sentimientos todos de la grei, todas las aspiraciones, todo el pensamiento de esos misioneros que mas victoriosos obtienen en pro de la civilizaci6n cristiana en el mundo pagano con su sotana, su breviario i su cruz que las que han conseguido con todo su poder las armadas navales, la diplomacia i los tratados internacionales.

En la India i la Cochinchina la persecucion contra el cristianismo era encarnizada. Neron i Diocleciano no la imaginaron mas cruel.

Es preciso fortalecer a esos cristianos diezmados en odio de la fe, i Juan de Britto, jesuita portugues, que llenó de sus trabajos apostólicos la India, martirizado en el reino del Madure, es beatificado el 30 de agosto de 1853.

La Alemania, cuna de la herejia, centro de la moderna impiedad, el indiferentismo, recibió en 1864 un adalid celestial, que será su astro en medio de esa noche tempestuosa de tinieblas espesas que la han invadido.

Pedro Canisio, el grande apóstol de la Alemania al nacer el protestantismo, que la ilustró con su ciencia, sus virtudes i sus luchas con los herejes de cuyo principal corifeo fué el mas celoso antagonista, que sirvió de consejero a los emperadores, de consultor a los papas, fué beatificado el 20 de noviembre de ese año.

Pero no es éste el único defensor de la fe que nos ha presentado para modelo nuestro Santo Padre.

Andres Bóbola, jesuita polaco, martirizado en odio a la fe por los cosacos, fué beatificado el 30 de octubre de 1852.

No hai memoria en los siglos pasados de haberse presentado a la aprobacion de la sagrada Congregacion de Ritos un martirio mas desapiadado i cruel que el de este bienaventurado.

I S. Josafat Kunsewik, arzobispo de Polosko, de rito ruteno oriental, del órden de San Basilio, es otro mártir canonizado por Pío IX el 29 de junio de 1867.

Ahora que la Francia se engolfa en los placeres i olvida sus piadosas tradiciones para ocuparse en terrenales intereses, cuando mas amagada está en ella la civilizaci6n cristiana, le regala protectores penitentes i humildes. Santa Germana Cousin i San Godofredo de Marville son canonizados en 29 de junio de 1867, i San Benito Labre el 10 de febrero del presente año.

En este mismo dia San Andres Borgia es dado a esa Italia que, apesar de haber recibido a un San Leonardo de Puerto Mauricio, a una Santa Maria Francisca de las Llagas de Jesus en 1867 i a otros muchos, sigue tropezando en el abismo insondable de la demagogia i de la impiedad.

San Pedro Bautista de San Estéban, San Francisco Blanco, San Miguel de los Santos, canonizados en 1862, auxiliarán a España en la lucha que sostiene con el indiferentismo, i el maestro de Epila, San Pedro Arbues, canonizado en 1867, enseñará a la patria de San Pelayo i de San Fernando a seguir siempre las doctrinas de Jesus.

En estos tiempos en que la persecucion contra el Pontífice ha llegado a su colmo, en que el Vicario de Cristo permanece en



cautiverio, en que la libertad de la Iglesia está tan amagada, Pio IX ofrece a nuestra meditación el cuadro de los mártires del Pontificado. El 29 de junio de 1867 fueron canonizados los «Mártires Gorcumenses» pereneantes a ambos clerics i a varias órdenes religiosas, i que precedidos por San Nicolas Pich, sufrieron, por defender el pontificado, un martirio cruel en Brila, en Holanda, despues de haber permanecido presos algun tiempo en la cárcel de Gorcum.

Para este siglo XIX que ha prostituido todo sentimiento jeneroso, que solo se mueve por el interes, que ha metalizado su corazon, sabe encontrar el padre solícito un ejemplo de amor, todo abnegacion i desinterés. La beata Margarita María de Alacoque, monja de la Visitacion, a quien Jesucristo hizo tan magnificas promesas para los devotos de ese Corazon en donde se aprende a amar, tan favorecida por él, la primera promotora de esa devocion que tan buenos resultados está produciendo i que tan feliz porvenir augura a la humanidad, fué beatificada el 18 de setiembre de 1864.

A la juventud que practica la virtud i a la juventud licenciosa ha dado un modelo i un ejemplo en Juan Berchmans, confesor, jóven estudiante de la Compañía de Jesus, grande imitador de San Luis, cuyo breve de beatificacion tiene la fecha de 28 de mayo de 1865.

De los muchos otros que ha beatificado o canonizado, apuntamos al beato Juan Magno a la beata María de los Angeles, a los mártires beatos Cambiano de Ruffia, Pavonio, Cervieros, Bandello, Taparelli Pavonio, Rossi Leonard, Urbino i Orsuccio. I entre los santos, a San Pablo de la Cruz, a San Juan de Colonia, a San Nicacio Oshnson, a San Francisco Rodes, a San Pedro Vander, a San Santiago Sacops i a San Luis Flores.

Despues que los hechos han revelado de una manera tan elocuente el pensamiento del Padre Santo, el mismo nos lo dice con las sencillas palabras que en seguida apuntamos.

Con motivo de la canonizacion de San Benito Labre se espresaba así:

«No hai reino, ni quizá provincia que no tenga su santo. Con motivo de una beatificacion o canonizacion se frecuentan mas que nunca las iglesias del país del bienaventurado; sus conciudadanos piadosos le dirijen sus súplicas, leen su vida i encuentran un ejemplo de santificacion. Pero gran parte de este piadoso movimiento no se encierra dentro de los límites de la provincia del santo: todos los cristianos se ocupan de sus actos, de su manera de vivir, virtudes i milagros. Meditan sobre esto i viven, por decirlo así, en una atmósfera nueva i celeste,

harto diferente de la que ordinariamente les rodea. Se esfuerzan en imitar a este santo, i por sus ejemplos se encuentran afirmados en la fé.»

I al reproducir estas palabras, una idea ha venido a nuestra mente. Nos hemos acordado de las palabras de San Gregorio Magno: *animam salvasti, animam tuam liberasti*, que pronunciaba refiriéndose a los que salvan o convierten tan solo una alma.

Aplicamos a Pio IX todo el significado de ese pensamiento i le decimos: «Habeis canonizado centenares de mártires, habeis rendido homenaje a sus virtudes, dado al mundo protectores i propúestole modelos. La intercesion suya, el amparo i proteccion que os deben, la gratitud misma que les habeis merecido, harán que ocupéis un lugar en los altares.

Las jeneraciones presentes, haciéndoos justicia, os apellidan grande: el pedestal de vuestra grandeza lo han levantado vuestros méritos, las jeneraciones venideras coronarán ese pedestal con la aureola de santidad que a costa de tantos sacrificios habeis adquirido.»

Pio IX ama a los católicos; son sus hijos; ruega i trabaja por las naciones todas; para cada una hai un lugar en su corazon, un recuerdo en su mente; a todas ha dado protectores celestiales; a todas envia palabras de consuelo i de esperanza. I sin embargo casi puede llamarse ingratos a los hijos: lo olvidan en medio de sus penas i dolores, i las naciones lo miran con indiferencia.

A su prolongado martirio se añade éste que debe ser horrible, que debe traspasar su alma.

¡Somos sus hijos! correspondamos a su amor; oremos sin cesar porque el Dios de San Pedro, de San Gregorio VII i de Bonifacio VIII desate las ligaduras que lo oprimen.

¡Es nuestro padre! enviémosle, con el tributo de nuestro amor, la ofrenda de nuestra inmensa gratitud.

ENRIQUE CUETO GUZMAN.

CARTA

DEL ILUSTRÍSIMO I REVERENDÍSIMO SEÑOR  
ARZOBISPO DE SANTIAGO.

En respuesta a una comunicacion que tuvimos el honor de elevar al Ilustrísimo i Reverendísimo Señor Arzobispo, ántes de dar a la prensa la presente *Corona Literaria*, sometiendo nuestro pensamiento a la aprobacion del Prelado i rogándole desde luego que tuviera a bien trasmitir nuestra ofrenda al Padre Santo, hemos recibido la siguiente carta:

ARZOBISPADO DE SANTIAGO DE CHILE.

*Santiago, julio 15 de 1873.*

Mui señores míos:

Cuando los enemigos de la Iglesia tan encarnizadamente la persiguen, i cuando el dignísimo Pontífice que la

gobierna se vé acosado per la saña in-pia de sus enemigos, no dudo que debe recibir algun consuelo con la manifes-tacion que Uds. quieren hacerle, propia de escritores católicos. Si la cruel tira-nía de gobiernos sojuzgados por la in-credulidad audaz no basta para sofocar la voz de los fieles que se alza en todas partes, tributando alabanzas a la virtud heroica, a la indomable constancia i a la jenerosa abnegacion del ilustre prisionero del Vaticano, ¿con cuánta mas razon no debe hacerse eco a esos enco-mios aquí que gozamos de plena liber-tad para ello? Así, pues, de mi parte, aplaudo el pensamiento de Uds. i me será mui grato trasmitir al Padre Santo el testimonio de adhesion a la Santa Sede i la ofrenda de respeto, admiracion i cariñoso afecto que Uds. van a hacer al que hoi la ocupa.

Soi de Uds. S. S.

RAFAEL VALENTIN,  
Arzobispo de Santiago.